UN THRILLER DE TERROR APOCALÍPTICO



BAJO EL CIELO ROTO

LIBRO 1

NICK CLAUSEN

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

1. FRITZ

2. MARK

3. GINA

4. TOMMY

5. MARK

6. GINA

7. MARK

8. GINA

9. MARK

10. TOMMY

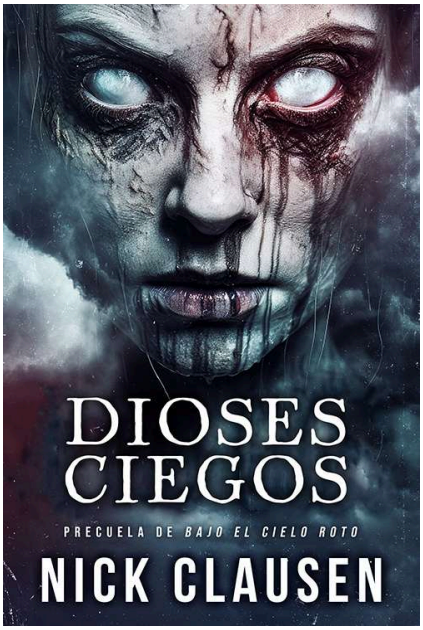
11. MARK

12. GINA

13. TOMMY
14. MARK
15. GINA
16. TOMMY
17. MARK
18. JOHN
19. BIRTE
20. TOMMY
21. GINA
22. MARK
23. JOHN
24. TOMMY
25. GINA
26. MARK
27. JOHN
28. MARK
29. JOHN
30. GINA
31. JOHN
32. TOMMY
33. THORN

34. MARK
35. GINA
36. JOHN
37. MARK
38. GINA
39. THORN
40. MELISSA
41. GINA
42. THORN
43. GINA
44. THORN
45. TOMMY
46. THORN
47. GINA
48. RASMUS
49. GINA
50. PHOEBE
51. GINA
52. FRITZ
53. CAMILLA
54. MARK

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?
Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Dioses Ciegos*,
que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:
nick-clausen.com/dioses

FRITZ

Dinamarca, 14:44 h

Les dijo que vendrían. Se lo dijo mil veces. Nunca le escucharon. Ninguno de ellos.

Simplemente lo encerraron y lo llenaron de medicamentos.

Paranoico, le llamaron. Esquizofrénico. Diagnosticado a los diecinueve años. Internado a los veintiuno.

Ahora, dos años después, lo han trasladado al centro de alta seguridad. Los llamados doctores no estaban viendo el progreso que esperaban.

Al menos, eso fue lo que le dijeron.

Él, por supuesto, conoce la verdad. Es porque no dejaba de hablar de ellos. Los intrusos.

Fue entonces cuando Fritz comprendió que, si quería salir alguna vez, tendría que empezar a fingir. Convencerlos de que se había rendido.

Así que ya no se toma las pastillas. Le revisan debajo de la lengua. Pero puede esconderlas en el paladar. Luego, cuando está de vuelta en su habitación, las escupe. Las tira por el inodoro.

Desde que dejó de tomar la medicación, empezó a sentirse mejor. Más lúcido. Menos adormecido y confuso.

Vuelve a pensar con claridad. A conectar los puntos.

Los intrusos están constantemente en su mente. Pero no ha dicho ni una palabra sobre ellos. Ni a los médicos, ni al personal, ni a los otros pacientes. Ni siquiera a su pobre hermana, que aún viene a visitarle cada semana.

Últimamente, Fritz ha empezado a sospechar que ella también trabaja para ellos. La forma en que se echa a llorar cada vez que lo ve… le parece fingida. Ensayada. Como si le hubieran dicho que lo hiciera.

Para ganarse su confianza. Para tener una infiltrada, espiándole.

Esperando que cometa un desliz y suelte la lengua.

Pero no lo ha hecho. Ha sido muy cuidadoso.

Y hoy es el día. Le van a trasladar. Lo siente. Por fin volverá a la sociedad.

Solo tiene que seguir fingiendo unos días más. Puede hacerlo.

—Entonces, Fritz —dice el doctor, al fin levantando la vista del portátil. Le sonríe al otro lado de la mesa. La sonrisa es evidentemente falsa—. Has solicitado el alta.

—Así es —responde Fritz, asintiendo—. Creo que estoy listo, señor.

—Bueno, eso es lo que estamos aquí para determinar, ¿no?

—Supongo que sí, señor.

—No hace falta que me llames señor, Fritz. Puedes llamarme Christian. Ese es mi nombre, por cierto.

—Sí, lo he leído en tu placa —dice Fritz, señalando su pecho—. Te llamaré Christian, entonces. Gracias, señor. Quiero decir, Christian.

El doctor —cuyo nombre no es Christian, como tampoco es un doctor de verdad— vuelve a sonreír. Lleva gafas. Parece que los cristales no tienen graduación. Probablemente sean solo de adorno.

—Has cambiado mucho en estos últimos meses, ¿verdad, Fritz?

—Eso creo.

—¿A qué se debe esta mejora repentina en tu estado?

—Será porque tengo una vida sana y tomo vitaminas —dice Fritz con una sonrisa—. No, en serio, debe de ser la medicación. Supongo que por fin está haciendo efecto.

—Llevas casi un año con la dosis actual de Torazina. Esperábamos que hubiese funcionado antes.

Fritz no está del todo seguro de si eso es una pregunta. Se da cuenta de que está frotándose los muslos bajo la mesa y se detiene.

—Ya, bueno, no sé por qué ha tardado tanto. Pero más vale tarde que nunca, ¿no?

El doctor lo observa. Fritz desvía la mirada. Mira por la ventana. Justo al otro lado hay un comedero para pájaros. Un par de gorriones picotean las semillas. Más allá, está la verja. Una de las furgonetas blancas se aproxima desde el exterior.

—Oh, nuevos ingresos —dice Fritz antes de poder evitarlo.

El doctor entrelaza las manos.

—Verás, Fritz, voy a ser sincero contigo. Hay algunas cosas que aún me preocupan de ti.

—¿Qué cosas? —pregunta Fritz demasiado deprisa. La sala parece sofocante, aunque esté ventilada. El sol de la tarde entra a raudales por la ventana. Está seguro de que han escogido esta sala justo para hacerle sudar.

—Para empezar, progresos así suelen ser mucho más graduales. Además, las notas de tus sesiones de terapia me indican que aún te aferras a ciertas… ideas.

—¿Qué ideas? No, quiero decir, ya no creo en nada de eso.

—¿En qué exactamente? —el doctor frunce el ceño—. Me gustaría saber un poco más, si no te importa.

—Bueno, lo de… lo de los intrusos y todo eso. Es en lo que solía creer. Pero ya no.

El doctor teclea unas notas en su portátil.

—Estos intrusos, ¿quiénes son exactamente?

Fritz traga saliva. Tiene la garganta seca. Esto no está yendo tan bien como esperaba.

«Sigue con el plan. Solo te está poniendo a prueba».

—Extraterrestres —murmura Fritz.

—Ajá —otra nota—. ¿Extraterrestres? ¿Como en las películas?

—No, no exactamente. Las películas no los retratan bien. No son esos tipos grises con ojos brillantes.

El doctor lo observa con interés.

—¿Y cómo son, entonces?

Fritz vuelve a mirar por la ventana. La furgoneta se ha detenido frente a la verja. El conductor asoma la cabeza por la ventanilla. El guardia armado le habla.

—En realidad, no tienen un aspecto definido —murmura Fritz, sin apartar los ojos del guardia—. Son muy buenos escondiéndose. Adaptándose. Pueden cambiar de forma si lo necesitan.

—¿De verdad?

—Claro. Es que tendrían que hacerlo. Piénsalo. Si viniesen aquí, bajando del cielo con sus naves espaciales, disparando a diestra y siniestra, nosotros lucharíamos. Incluso podríamos ganar.

—Entonces, cuando lleguen, según tú, serán mucho más sutiles.

—Por supuesto. Son demasiado inteligentes como para dejarse ver.

—¿Y cómo sería esa supuesta invasión, entonces? ¿Si no hay platillos voladores, ni pistolas láser? ¿Qué deberíamos esperar?

Fritz se encoge de hombros. No puede apartar la vista de la furgoneta. El guardia ha vuelto a su caseta. Un momento después, la verja comienza a abrirse.

—Bueno, puede que ni siquiera sea una invasión física. Al menos al principio. Probablemente tengan algún método para allanar el terreno. Algo que no veremos venir. Podría incluso ser algo más espiritual —mientras habla, Fritz observa cómo la furgoneta atraviesa la verja—. Todo depende de lo que quieran de nosotros.

—¿Y qué es?

—Nuestras almas, por supuesto.

—Me da la impresión de que estás hablando, casi, de la decadencia moral de la humanidad, Fritz.

—Supongo que se podría llamar así.

—Si los extraterrestres no van a llegar en carne y hueso, ¿sería justo llamarlo una metáfora, entonces? ¿Una forma de expresar tu miedo a que el mundo se desmorone a tu alrededor?

—No estoy seguro… —Fritz se interrumpe de golpe. Se da cuenta de inmediato de que ha hablado demasiado. Muchísimo. El doctor lo ha engañado. La furgoneta lo ha distraído. Seguro que han planeado que llegase justo en ese momento, para que la viera.

—Escuche —dice, forzando una sonrisa y secándose el sudor de la frente—. Todo eso quedó atrás. Ya no creo en ninguna de esas cosas. Todo eran fantasías. Debí de ver demasiadas películas en mi adolescencia.

El doctor simplemente le devuelve la sonrisa. Parece satisfecho. Como si supiera que ha ganado.

—Mira, Fritz, no estoy convencido de que esos pensamientos formen parte del pasado para ti. Da la impresión de que aún están muy presentes, y que tienen bastante poder sobre ti.

—Oh, no, no —le asegura Fritz—. No, solo estaba respondiendo a tus preguntas sobre lo que solía pensar.

El doctor cierra el portátil.

—Déjame decirte lo que pienso, Fritz. Yo creo que…

Lo que el doctor cree nunca queda claro para Fritz. Sus labios siguen moviéndose, pero no le llega ningún sonido. Frunce el ceño mientras el doctor sigue gesticulando en silencio.

Fritz tiene la fuerte sensación de que lo están observando por detrás. Vuelve a mirar por la ventana. La furgoneta ya no está. Pero la verja sigue abierta. El guardia ha salido de su caseta. Está allí de pie, con el cuello echado hacia atrás. Mirando al cielo.

—¿… Fritz? —la voz del doctor regresa—. ¿Te encuentras bien?

Fritz se levanta de la silla. Se acerca a la ventana a grandes pasos.

—Fritz, necesito que vuelvas a sentarte, por favor.

Fritz no obedece. Apoya la barbilla contra el cristal y mira hacia arriba.

Y allí lo ve.

No tenía ni idea de que se vería así. Pero sabe al instante lo que es.

En algún lugar del edificio, una mujer grita. Hay un estruendo, que es el sonido del cristal al romperse.

—Dios mío, ¿qué está pasando?

Fritz se gira y ve al doctor levantándose, con una expresión de alarma en el rostro.

Cuando corre hacia la puerta, Fritz susurra:

—Ya están aquí…

MARK

De repente, no se oye nada.

Es como cuando despega un avión y se te comprimen los tímpanos.

Excepto que Mark no está en un avión. Está en la sala de conferencias de la segunda planta.

Mira a su alrededor, hacia a las otras personas presentes en la reunión. Sus labios se mueven sin emitir sonido alguno.

Bach está de pie junto a la pizarra, explicando algo sobre el tercer trimestre con su habitual actitud despreocupada.

Sea lo que sea que esté causando la pérdida de audición repentina de Mark, claramente no está afectando a los demás.

Se masajea discretamente la oreja con dos dedos. Al no funcionar, mueve la mandíbula, esperando oír un chasquido.

No hay chasquido.

En lugar de eso, su móvil vibra en el bolsillo. Lo saca y revisa el mensaje entrante. Es de Erika.

«¿Estás bien?»

Al mirar al otro extremo de la mesa, ve que Erika lo observa desde el lado opuesto. Escribe:

«Solo intento no quedarme dormido».

Erika lee el mensaje, sonríe y se muerde el labio para disimularlo. Lleva pintalabios rojo.

Mark se olvida por un momento de su pérdida de audición.

La respuesta de Erika aparece unos segundos después:

«¿Está ella en casa esta noche?»

No hace falta preguntar a quién se refiere con «ella».

Mark está a punto de contestar, cuando le asalta una inquietante sensación de ser observado desde atrás.

Es más que una simple sensación. Es la certeza de que alguien está justo detrás de él.

Mark se siente culpable al instante, como un colegial pillado enviando mensajes en clase. Cubre el teléfono y se gira para ver quién está allí.

No hay nadie.

La puerta del pasillo está cerrada.

«Vaya. Juraría que había alguien».

Mark vuelve a mirar a Erika, esperando encontrarse con sus ojos. Pero ella está mirando hacia las ventanas, con una expresión de leve desconcierto.

Igual que los demás.

Mark ha estado demasiado distraído. Solo ahora se da cuenta de que la atención en la sala ha cambiado en los últimos treinta segundos.

Bach, que estaba haciendo la presentación, se ha desplazado hacia las ventanas que dan a la calle y está mirando hacia el cielo azul de la tarde.

Parece haberse quedado absorto. Está simplemente allí de pie, con las manos en los bolsillos, sin decir nada.

Los demás en la mesa se lanzan miradas inciertas.

Erika mira a Mark, encuentra sus ojos y le lanza algo que parece una pregunta silenciosa. Él se encoge de hombros.

Y justo en ese momento, el sonido regresa. Mark vuelve a oír.

Aunque no hay mucho que oír. Nadie parece saber qué decir.

Entonces Jonathan, del departamento de contabilidad, carraspea.

—Disculpe, señor Bach…

No hay respuesta.

Desde donde está sentado, Mark puede ver que Bach está mirando algo.

Jonathan se levanta y se acerca a Bach, posándole una mano en el hombro.

—¿Jefe? ¿Todo bien?

Bach no responde ni reacciona al contacto, ni siquiera cuando Jonathan lo sacude suavemente.

Simplemente sigue allí, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos clavados en el cielo.

Jonathan mira hacia la mesa. Algunos de los demás se levantan de sus asientos, con gestos de preocupación.

—Creo que le pasa algo —dice Jonathan—. Quizá deberíamos llamar a alguien. O traerle un vaso de agua.

Erika se levanta y le lleva su botella.

Jonathan chasquea los dedos frente a la cara de Bach.

—¡Bach! ¿Me oye? —Niega con la cabeza, murmurando—: Está completamente ido. Será mejor que…

Jonathan se interrumpe al mirar hacia el cielo, siguiendo la mirada de Bach, y cae al instante en un estupor similar.

—Aquí tiene, señor Bach —dice Erika, ofreciéndole la botella, sin notar que Jonathan también se ha quedado paralizado—. Beba un poco; se sentirá mejor.

Bach no reacciona a su gesto.

—¿Qué demonios están mirando? —exclama alguien—. ¿Qué hay ahí arriba?

Más personas se levantan y se acercan a las ventanas.

Erika aún intenta que Bach beba, cuando de repente él vuelve a la vida. Baja la cabeza y parpadea lentamente un par de veces.

—¡Dios mío! —grita alguien, con claras notas de horror en la voz—. ¿Qué le ha pasado a los ojos?

Mark se ha puesto en pie sin darse cuenta. Por alguna razón extraña, su cuerpo se pone en alerta, su pulso se acelera, las palmas le sudan.

Siente que algo malo está a punto de suceder, aunque no tiene ni idea de qué pueda ser.

Quiere gritarle a Erika que se aleje de allí. Pero se contiene, porque no quiere gritar su nombre delante de todo el departamento.

En lugar de eso, se mueve de lado para ver mejor la cara de Bach.

Y al hacerlo, se le cae el alma a los pies.

Los ojos de Bach solían ser de un avellana apagado, maduros y llenos de inteligencia.

Ahora están completamente vacíos. Las pupilas y el iris han desaparecido por completo. Como si Bach hubiese girado los globos oculares hacia dentro.

—¡Dios mío, algo le ha dejado ciego! —grita alguien—. ¡Apartadlo de la ventana!

Bach se gira hacia Erika. Al ver su rostro, ella da un grito ahogado, deja caer la botella y da un paso atrás.

Su intención es retroceder más, pero choca con Simon, un tipo grande y corpulento del departamento de RRHH.

Entonces todo se descontrola.

La expresión de Bach cambia de una indiferencia vacía a una mueca de furia, mostrando los dientes y emitiendo un gruñido gutural, como de oso.

Se lanza sobre Erika, le rodea el cuello con los brazos y le propina un brutal cabezazo. Sus cráneos chocan con un estruendo seco.

—¡No, Erika!

La voz de Mark se ahoga entre los gritos que estallan por todas partes.

Erika cae al suelo, inconsciente, con la nariz destrozada y sangre brotando de su rostro.

Mark quiere correr hacia ella, pero no puede moverse.

En su lugar, Simon se adelanta para sujetar a Bach por los hombros justo cuando este se inclina sobre Erika con la clara intención de agredirla de nuevo.

Simon empuja a Bach contra la ventana, inmovilizándolo.

—¡Llamad a alguien! —ruge, y como vuelve la cabeza para mirar a los demás, no ve que Bach enseña los dientes antes de clavarle las

mandíbulas en el cuello.

Simon ruge de dolor y se echa hacia atrás, haciendo que Bach le desgarre la carne. Una cascada de sangre cae al suelo.

En ese mismo instante, Jonathan también vuelve en sí.

Inmediatamente alza los brazos, levanta el rostro hacia el techo y lanza un aullido agudo.

El sonido es tan inhumano, tan primitivo y depredador, que recorre la espina de Mark con un escalofrío.

Jonathan se gira y se lanza sobre la persona más cercana, un tipo gordo que trabaja en la planta de arriba.

Caen al suelo, y Jonathan empieza a golpearle la cara con los puños, gruñendo y bufando.

El pánico se extiende por la sala. Varias personas corren hacia la puerta.

Algunos hombres se unen a la pelea para intentar detener a Jonathan y a Bach.

Simon se apoya en la ventana, intentando detener la hemorragia de su cuello.

Mark se da cuenta de que sigue ahí parado, viendo todo como un sonámbulo atrapado en una pesadilla.

La escena ante él es irreal.

Sesenta segundos antes estaba en la típica reunión de los lunes por la mañana, luchando por mantenerse despierto.

Ahora, está metido en una maldita novela de Stephen King hecha realidad.

Debe de ser un sueño. Una pesadilla.

Alguien pasa corriendo junto a él y lo empuja con fuerza. Mark cae sentado.

Jonathan ha terminado con el hombre del suelo, su rostro ahora es una masa sangrienta, y de repente se levanta de un salto.

Inmediatamente, empieza a palpar el aire, buscando a quien pueda agarrar.

De verdad está ciego.

A su lado, Bach forcejea con otro hombre que ha intervenido en la pelea valientemente.

Bach lo agarra por el cuello de la camisa, lo lanza con fuerza y lo estrella contra la ventana.

El cristal estalla mientras el hombre sale volando con un grito.

Unos segundos después, Mark lo oye estrellarse contra la calle. La gente allí abajo empieza a gritar.

Mark se pone de pie.

«¡Ve a ayudar a Erika!», le grita un pensamiento en su cabeza.

«¡Sal de aquí de una vez!», le insta otro.

Sin hacer caso a ninguno, Mark se encuentra acercándose a la ventana.

No le gustan las alturas, pero algo le atrae. Se acerca con cuidado al borde.

La calle está sumida en el caos.

Al principio, Mark cree que todo se debe al hombre que cayó, pero enseguida se da cuenta de que ocurre algo más.

Varias personas pelean, se apalean con violencia.

Otras huyen en pánico.

Y otras simplemente están allí, con el cuello echado hacia atrás, mirando al cielo como hicieron Bach y Jonathan.

«Hagas lo que hagas, no mires hacia arriba», se dice Mark a sí mismo.

Y entonces, mira hacia arriba.

GINA

—Espera, Ruth, algo va mal con mi móvil. No te oigo.

Incluso antes de terminar la frase, Gina se da cuenta de que el problema no es el teléfono. No puede oír a Ruth, pero tampoco se oye a sí misma. De hecho, no oye absolutamente nada.

Se detiene en mitad de la acera y mira hacia ambos lados de la calle. Ve coches que pasan, ve a la gente caminando y conversando, incluso ve a un artista callejero tocando el acordeón.

Pero no oye nada de ello.

«¿Qué demonios?»

Mira la pantalla de su móvil. Ruth la observa desde el otro lado, negando con la cabeza, sonriendo y moviendo los labios.

—No puedo… no puedo oír nada —dice Gina, sin estar segura de si las palabras salen correctamente.

No es como el tinnitus. Ya lo tuvo en su adolescencia, cuando iba a conciertos de rock y volvía a casa de madrugada con un molesto pitido en los oídos.

Esto es distinto. Su audición no está alterada. Ha desaparecido por completo. Como si alguien hubiese cortado la conexión entre sus tímpanos y su cerebro.

«Espero de verdad que esto sea temporal», piensa Gina, frotándose la base de la oreja.

Vuelve a mirar el rostro de Ruth, que sigue hablándole sin sonido, ahora con una expresión de confusión.

«Te llamo luego», articula Gina, y está a punto de colgar.

Alguien está de pie detrás de ella.

Gina se da cuenta de que debe de estar bloqueando el paso. Se aparta a un lado, murmurando:

—Perdona.

Pero al mirar hacia atrás, no hay nadie.

La persona más cercana es un anciano a unos cinco metros, que sostiene un helado y mira hacia arriba, protegiéndose los ojos con la mano libre.

Gina ve a una mujer más lejos, también mirando al cielo. Y hay otro, un niño pequeño con su madre, ambos con el cuello inclinado hacia atrás.

¿Qué están mirando todos?

Entonces, justo cuando está a punto de mirar hacia arriba, su audición regresa tan repentinamente como se fue.

—Vaya —dice Gina, sin poder evitar sonreír al volver a oír el bullicio de la ciudad—. Increíble.

Se da cuenta de que está hablando en voz alta, ya que un par de skaters junto a un banco se giran para mirarla.

—Eh —dice uno de ellos con una sonrisa burlona—. ¿Estás bien, guapa?

Hace tiempo que nadie llama «guapa» a Gina. A sus veintinueve años aún parece joven, pero normalmente va con sus hijos cuando sale, y ser madre parece incompatible con ser «guapa».

El chico obviamente cree que tiene su misma edad—o está intentando pasarse de listo. En cualquier caso, Gina lo ignora y mira su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunta Ruth.

Gina se siente aliviada al oír la voz de su amiga.

—No lo sé, simplemente… durante un momento no oía nada.

—Qué raro.

—Sí, bueno, ya estoy bien, así que supongo que no fue nada.

Gina empieza a caminar, pasando junto a los skaters. El que le habló la sujeta del codo.

—Eh, te he preguntado si estás bien.

—Estoy bien —dice Gina, apartando el brazo de un tirón—. Por favor, no me toques.

El chico alza las manos.

—Solo me preocupo por ti, eso es todo. No hace falta que te molestes.

Camina a su lado mientras habla.

La mano de Gina va instintivamente hacia su bolso. Si el tipo intenta agarrarla una vez más, le rociará la cara con el espray de pimienta.

—Déjala en paz, Peter —dice el otro chico.

Peter no parece oírle. Se ha detenido.

—¿Qué coño está pasando allí?

Gina es muy consciente de que podría ser una treta. Pero aun así, mira.

No es una treta.

Al otro lado de la calle, un grupo de personas permanece quieto, mirando al cielo, protegiéndose los ojos con las manos o con el móvil.

—¿Gina? —pregunta Ruth desde algún punto cercano.

—Espera un momento, Ruth —murmura Gina.

—¿Qué están mirando todos? —pregunta el skater.

Gina alza la vista, pero desde donde está, no puede ver el cielo por culpa de un gran cartel publicitario que bloquea la vista.

Los skaters sí pueden, y ambos miran hacia arriba y se quedan paralizados.

—¿Qué es? —pregunta Gina, cada vez más desconcertada.

Entonces, justo cuando va a moverse para salir de debajo del cartel, oye un estruendo de cristales y gritos detrás de ella.

Se gira de golpe y ve una figura cayendo desde lo alto, atravesando un toldo y estrellándose contra las mesas y sillas de una cafetería.

La gente sentada allí se levanta de un salto y empieza a gritar.

La figura, un hombre con traje, yace boca abajo, con sangre manando de su cabeza sobre el pavimento.

—¡Dios mío! —exclama Gina.

Alza la vista y ve a un joven en la ventana rota del segundo piso. Por la expresión de shock en su cara, probablemente no fue él quien lanzó al otro por la ventana.

Algo más llama su atención. Un poco más abajo en la calle, un hombre sale corriendo hacia el tráfico, haciendo que un coche frene en el último segundo.

El conductor asoma la cabeza para gritarle. El hombre responde agarrándolo por el cuello.

Lo saca del coche a la fuerza, lo tira al suelo y comienza a darle patadas en la cabeza.

—¡No! —grita Gina—. ¡No, para!

Mira a su alrededor buscando a alguien que la ayude y de pronto se encuentra cara a cara con los skaters.

Ambos la miran con los ojos completamente blancos.

Gina vio una vez a una mujer ciega sin gafas de sol cuando tenía cinco años. Todavía tiene pesadillas con eso.

Los skaters se parecen mucho, excepto que la mujer aún tenía iris, aunque nublados.

Los chicos los han perdido por completo.

El que la había abordado hace solo un momento muestra los dientes y gruñe. No hay otra palabra para describir el sonido que emite. Es más animal que humano.

Luego levanta su monopatín y lo lanza con fuerza hacia su cabeza.

Gina reacciona instintivamente, agachándose y sintiendo cómo la tabla silba a escasos centímetros de su cabeza.

Antes de que el chico pueda volver a atacar, Gina le pisa el pie y le empuja con fuerza en el pecho, haciéndolo caer sentado.

Es un movimiento que aprendió en sus clases de defensa personal hace años, y al parecer se ha convertido en un reflejo.

El otro skater salta sobre ella con un gruñido.

De nuevo, el reflejo se impone. Gina se aparta de lado, lo agarra por la camiseta y lo lanza por encima de la cadera.

El chico cae torpemente sobre el hombro. Un chasquido seco y horrible indica que algo se ha roto.

—¡Dios, lo siento! —se oye decir Gina, horrorizada por lo que acaba de hacerle.

Por lógica, el dolor debería bastar para mantenerlo en el suelo.

Pero apenas parece afectarlo. Simplemente se reincorpora, sacude la cabeza, gruñe como un oso furioso, y extiende las manos buscando a Gina.

El brazo izquierdo cuelga de forma antinatural.

«Le he roto la clavícula», piensa Gina, sintiéndose mareada mientras se desliza fuera de su alcance.

Otro gruñido se escucha detrás. Alguien la agarra, inmovilizándole los brazos.

Antes de que pueda hacer algo, un dolor agudo se clava en su hombro: el skater la ha mordido.

Gina lleva una sudadera fina, y los dientes atraviesan la tela y la carne.

Gina grita de dolor, levanta el pie e intenta pisarle de nuevo. Falla.

En su lugar, lanza la cabeza hacia atrás, tratando de darle un cabezazo, rozándole apenas el pómulo.

Es suficiente para que afloje el agarre. El tipo gruñe y Gina se libera a la fuerza y echa a correr, con los pensamientos desbocados.

«¿Qué demonios les pasa?»

En el cruce, se oye el claxon de un coche seguido de un golpe: alguien ha chocado contra el escaparate de una tienda.

«Todo se está volviendo un caos. Tengo que salir de aquí».

Gina corre por la acera, esquivando a personas que están de pie o tiradas por el suelo.

Algunas están heridas, otras luchan, otras más huyen como ella.

Una mujer agarra a otra del pelo y la derriba, atacándole la cara como una gata furiosa, arañándola con sus uñas largas.

Un hombre se abalanza sobre un anciano con un rugido, lo derriba y tira de su cabeza como si intentara arrancársela.

Un adolescente abre la puerta de un coche y trata de sacar a un hombre que se aferra al volante.

El joven le golpea la cabeza con la puerta repetidas veces.

Gina lo ve todo en destellos frenéticos, sintiéndose enferma mientras sigue corriendo. No intenta ayudar a nadie. Solo se concentra en salir de allí cuanto antes.

Desde que se convirtió en madre, Gina ha vivido con el miedo constante de que algo le ocurra.

Como morir en un accidente de tráfico. O ser atacada en la calle.

El miedo no es por ella, sino por sus hijos. La idea de salir un día y no volver nunca, dejándolos crecer sin una madre, es lo más aterrador que ella puede imaginar.

Así que arriesgar su vida para ayudar a un desconocido no es una opción, y bloquea con eficacia cualquier impulso de detenerse o intervenir.

Entonces alguien grita desde una ventana. Gina se detiene y mira hacia arriba.

Es entonces cuando, por fin, lo ve.

Está justo encima, perfectamente centrado en la franja de cielo azul visible entre dos edificios.

Una grieta negra y diminuta.

No es más grande que un puño, y debería ser fácil de pasar por alto.

Pero tiene algo que atrae la mirada. Resulta inquietante y fuera de lugar.

Como un efecto especial en la vida real.

«¡No mires! ¡No mires!», se grita a sí misma internamente.

Gina se obliga a mirar hacia abajo, parpadeando al fijarse en sus manos.

No se ha quedado ciega. Se siente normal. Al menos por ahora.

«Estás bien. No ha pasado nada. Sigue moviéndote».

Casi choca con una niña. No tendrá más de cinco o seis años. Lleva una mochila escolar.

Está allí de pie, con la cara alzada hacia el cielo. Congelada, con los brazos colgando.

—¡No! —grita Gina—. ¡No mires!

Pero ya es demasiado tarde.

Gina siente un vuelco en el estómago al ver cómo los ojos de la niña se vuelven blancos.

Ocurre en un segundo. Las pupilas se disuelven y desaparecen como tinta en un vaso de agua.

Lo único en lo que puede pensar en ese momento es en alejarse cuanto antes de lo que sea que esté ocurriendo.

Así que, sin mirar, Gina gira y corre hacia la calle.

Choca con alguien que viene en dirección contraria. El chico, que es un adolescente delgado, de pelo rizado, gime.

Gina saca el espray de pimienta y lo apunta a la cara, justo cuando él le agarra la muñeca.

—¡Espera! —dice él, mirándola con unos grandes ojos azules—. ¡No soy uno de ellos!

TOMMY

—Y déjame decirte que, si vuelves a faltarle al respeto a tu madre de esa manera, te aseguro que te vas a arrepentir. Llevar un cuchillo al colegio… ¿pero en qué demonios estabas pensando? ¿Se te ha ido por completo la—

Tommy está en el asiento trasero, sin prestar demasiada atención a lo que Charles está diciendo, hasta que este se calla de repente.

Tommy levanta la vista del móvil para ver qué ha causado el repentino silencio en el discurso. Pero para su sorpresa, Charles parece seguir regañándolo. Al menos, sigue gesticulando con la mano que no sujeta el volante, moviendo la boca y lanzándole miradas de reproche por el retrovisor.

Pero es como si alguien hubiese silenciado el sonido.

¿Está teniendo un ACV?, se pregunta Tommy. No puede evitar sentir cierta emoción ante la idea.

Quizá el estrés de estar gritándole ha elevado tanto la tensión de Charles que algo le ha reventado por dentro.

Sea lo que sea que le enfade, Charles siempre acaba haciéndolo girar en torno a Tommy. Así que si está a punto de morir por un derrame, a Tommy no le va precisamente a romper el corazón.

Pero al mirar por la ventanilla lateral al tráfico, Tommy se da cuenta de que no solo Charles se ha quedado en silencio, todos los sonidos parecen haber desaparecido del mundo.

Tommy se lleva la mano a la oreja y chasquea los dedos con fuerza.

Siente cómo el dedo golpea la palma. Incluso nota cómo la vibración llega al tímpano… pero no oye nada.

Charles se detiene en un semáforo en rojo y lo fulmina con la mirada en el retrovisor. Su expresión de desprecio se convierte en confusión airada al articular con los labios: «¿Qué estás haciendo?»

—No oigo nada —le dice Tommy. Nota cómo se mueven su lengua y sus labios, pero no oye las palabras.

Entonces siente una fuerte sensación de ser observado. Se gira para mirar por la luneta trasera, esperando encontrar la mirada del conductor del coche que viene detrás.

No hay ningún coche detrás.

«¿Qué me está pasando? ¿Y si soy yo el que está teniendo un ACV?»

Tommy se palpa el cuello con dos dedos, buscando el pulso. Late con regularidad, aunque algo acelerado.

Un coche se detiene junto a ellos. La conductora, una mujer pelirroja con traje y auricular, mira por la ventanilla a los peatones, con expresión de desconcierto. Luego se inclina hacia delante para mirar hacia arriba.

Tommy observa a los peatones. Inmediatamente ve lo que ha desconcertado a la mujer: al menos la mitad de ellos se ha detenido y está de pie, con la cabeza inclinada hacia atrás, el rostro inexpresivo, mirando todos al mismo punto del cielo.

—¿Qué demonios está mirando todo el mundo? —murmura Charles, asomándose por la ventanilla.

Tommy se da cuenta, sin pensar, de que ha recuperado el oído.

Baja su propia ventanilla. Siente una inquietud creciente ante lo que sea que esté ocurriendo arriba.

Sea lo que sea, no puede ser bueno. Tal vez alguien se está preparando para saltar desde una ventana.

O quizá es algo mucho peor. Tal vez un avión ha chocado contra un edificio, como en Nueva York en 2001. No ha oído ninguna explosión, pero eso explicaría por qué ha perdido el oído durante medio minuto.

Lo que ve al sacar la cabeza por la ventanilla, sin embargo, es algo muy distinto.

Una pequeña figura negra con forma de estrella es visible muy arriba, en el cielo. Podría ser una rama que cae, o un pájaro de aspecto extraño contra el fondo azul.

Excepto que está completamente estática. Y no parece una rama ni un pájaro.

Parece una grieta.

Como si alguien hubiese roto el cielo.

Tommy activa la cámara del móvil de forma automática, la alza y toma una imagen. No llega a revisarla, porque la calle estalla de repente en gritos y alaridos.

Mira alrededor y ve peleas. A un adolescente le arrancan su bicicleta. A una mujer la lanzan contra el escaparate de una tienda.

Una madre y su hijo pequeño se abalanzan sobre un anciano, lo tiran al suelo.

La mujer le golpea el rostro sin piedad con el puño cerrado, mientras el pobre hombre intenta cubrirse en vano.

El niño le muerde el brazo y le arranca un buen trozo de piel.

«¿Qué… coño… está pasando?»

Aparece la pelirroja, que ha salido de su coche.

Pasa junto a la ventanilla de Tommy con los brazos extendidos, palpando el aire como lo haría una persona ciega.

Y al mirarle los ojos, Tommy se da cuenta de que, en efecto, la mujer está ciega.

Al menos, sus ojos están completamente blancos.

No lo estaban hace un momento; Tommy está seguro. ¿Cómo habría podido estar conduciendo entonces?

Vuelve a mirar a la madre y al niño, que ahora parecen haber terminado con el anciano. El cuerpo yace inmóvil en la acera con la cabeza ensangrentada.

Madre e hijo se levantan y miran a su alrededor, o mejor dicho, escuchan a su alrededor.

Porque ellos también están ciegos.

«¿Qué demonios está pasando aquí?»

Tommy examina la escena y ve más ojos ciegos. Están por todas partes.

Una chica joven corre a la calle, sus ojos no son blancos, sino grandes, marrones y aterrados, grita mientras escapa de un tipo

gordo que intenta agarrarla del cabello.

En lugar de eso, choca contra la pelirroja, que inmediatamente le araña la cara, dejándole marcas sangrientas con las uñas.

Antes de que la chica pueda escapar, la mujer la agarra por el cuello y la lanza contra el suelo, haciéndole chocar el cráneo contra el cemento con un sonido espeluznante.

—¡Dios santo! —exclama un chico con voz aguda—. ¿¡Por qué has hecho eso!?

La pelirroja se gira y se lanza sobre él. El chico salta a un lado, chocando contra un scooter aparcado y tirándolo al suelo.

Un movimiento en el asiento delantero hace que Tommy aparte la mirada de la escena, justo cuando Charles se gira para mirarlo.

Tommy se queda helado al ver los ojos abultados y sin vida de Charles.

De cerca, Tommy ve que no solo los ojos de su padrastro han cambiado; su piel también ha perdido casi todo el color, quedando en un tono grisáceo enfermizo, con las venas finas marcadas como cables oscuros bajo la superficie.

«Está muerto. Dios mío. Están todos muertos».

Ese pensamiento cruza su mente con absoluta claridad.

Entonces Charles deja escapar un gruñido gutural y se lanza sobre Tommy.

El cinturón de seguridad lo detiene, dejando sus manos a escasos centímetros del rostro de Tommy.

Charles parece darse cuenta del problema y se gira a medias para buscar el enganche.

Tommy no desperdicia la oportunidad. Abre la puerta y se lanza a la calle.

Apenas ha salido del coche cuando Charles, cambiando de táctica, al parecer, acelera a fondo.

Los neumáticos chirrían al salir disparado hacia el cruce, rozando un coche que cruzaba y que toca el claxon.

Luego, Charles sube a la acera, atropellando a varias personas antes de estrellarse contra un edificio.

—¡Madre mía! —exclama Tommy. Su voz casi se pierde entre el bullicio.

Se da la vuelta para correr, pero solo da dos pasos antes de chocar con una mujer.

Tommy apenas tiene tiempo de notar que sus ojos son normales—almendrados y color avellana—antes de que ella le apunte a la cara con un bote de espray de pimienta.

Él le agarra la muñeca y dice:

—¡Espera! ¡No soy uno de ellos!

La chica baja el espray, su expresión se suaviza.

Lleva el pelo recogido en una coleta y viste una sudadera.

Tiene una rotura en el hombro, con un pequeño manchón de sangre.

Parece a punto de decir algo, pero ve a alguien detrás de Tommy. Lo agarra del brazo y lo arrastra a un lado.

Tommy se gira justo a tiempo para ver a una anciana tambalearse hacia ellos, con los ojos blancos girando en sus órbitas mientras avanza a tientas, gruñendo y buscando a alguien a quien hacer daño.

Tommy y la chica se quedan completamente quietos mientras la anciana pasa de largo.

La mano derecha de Tommy va a su bolsillo. Siente el cuchillo allí dentro y da gracias al cielo por que Charles olvidara confiscarlo.

Lo llevó al colegio para asustar a Johan, ese cabrón que lleva meses acosándole.

Pero en lugar de eso, lo expulsaron, quizá para siempre.

Ahora, ese cuchillo podría salvarle la vida.

Tommy no quiere usarlo contra la anciana, pero si lo necesita, lo hará.

La mujer pasa a escasos centímetros de él, su mano está casi tocando su brazo.

Tommy suelta el cuchillo y suspira aliviado en cuanto la anciana se aleja.

Mira a la chica.

—¿Tienes idea de qué coño está pasando aquí?

—No, pero es algo muy grave.

—Ya lo creo. Vamos a—

Un claxon fuerte lo interrumpe.

Tommy se gira y ve el autobús que se aproxima.

Siente que se le descomponen las tripas.

La chica lo empuja con fuerza por la espalda.

Es casi suficiente para sacarlo del camino.

Casi.

MARK

Mark no está seguro de lo que espera ver ahí arriba.

Tal vez una explosión de algún tipo. Una llamarada solar. O incluso el destello de una bomba.

Lo que ve es algo completamente distinto.

El cielo está muy azul. Es uno de esos raros cielos otoñales intensos, y, muy arriba, hay una diminuta figura negra, casi como una araña de patas finas suspendida en el aire.

Mark entrecierra los ojos.

«¿Qué demonios es eso?»

Sea lo que sea, aparentemente ya no es peligroso mirarlo, porque no se siente diferente. Y no se ha quedado ciego.

Alguien carraspea detrás de él.

Se gira de golpe y ve a Brian, del departamento de RRHH., en el suelo. Intenta incorporarse, pero está claro que ha recibido una buena paliza. Sangra por un oído y ha perdido los dos dientes frontales.

—¡Ayúdame! —gime, extendiendo la mano hacia Mark.

Mark se lleva un dedo a los labios, pero ya es tarde. Tanto Bach como Jonathan reaccionan de inmediato al oír la voz de Brian. Se giran y se acercan a él desde lados opuestos.

Brian los ve y empieza a arrastrarse a codazos hacia Mark.

—¡No, alejaos de mí! ¡Ayúdame, Mark!

Mark niega con la cabeza frenéticamente y articula en silencio: «No hables», pero Brian no capta el mensaje.

—¡Por favor, ayúdame! ¡No dejes que me—!

Bach es el primero en alcanzarlo. Tropieza con él y lo interrumpe propinándole una patada brutal en las costillas, haciéndole soltar el aire con un gemido seco.

Jonathan se une agachándose y clavando los dientes en la parte trasera del hombro de Brian.

Brian intenta gritar de dolor, pero solo le sale un jadeo ronco.

Jonathan arranca un gran trozo de tela y carne, lo escupe al suelo, y se inclina de nuevo para morder.

Brian consigue empujarlo y casi logra ponerse en pie.

Entonces Bach lo atrapa con un candado al cuello, le rodea el cuello con los brazos y gira con fuerza. Un crujido seco indica que la médula espinal se ha partido.

Brian cae desplomado al suelo, mientras le mana sangre del boquete en el cuello.

Mark se queda mirando a su compañero.

Compartieron el ascensor esa misma mañana. Brian estaba de buen humor, hablando sobre una excursión absurda que había hecho con su prometida el fin de semana.

Mark solo asintió educadamente y fingió escuchar.

Ahora desearía haberle prestado atención.

Después de todo, fue una de las últimas conversaciones que tuvo el pobre.

Bach y Jonathan se incorporan y se quedan allí un momento, jadeando.

Mark está pegado a la ventana rota, sin escapatoria.

Permanece completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

Están a solo unos pasos, y Mark puede ver sus caras con claridad por primera vez.

La de Jonathan está cubierta de sangre fresca. La de Bach tiene solo algunas manchas.

Sus pieles han perdido el color, dejándolos con un aspecto ceniciento y enfermo.

No parecen exactamente zombis, al menos no como los de las películas.

La forma en que mueven las extremidades es extrañamente rígida, como marionetas gigantes controladas por hilos.

No dejan de rechinar los dientes, con los músculos de la mandíbula moviéndose sin cesar, los tendones del cuello tensándose con espasmos involuntarios.

A Mark le recuerdan más a yonquis que a zombis.

O a alguien en las últimas fases de una rabia terminal.

—¡Wrough! —exclama Jonathan, con un sonido que sale desde lo más profundo de su garganta.

—¡Grruah! —responde Bach, como si de repente hablaran el mismo idioma gutural.

Y con eso, la conversación se acaba.

Se dan la vuelta con rapidez y empiezan a caminar en direcciones opuestas.

Todo el mundo ha salido ya de la sala de reuniones, algunos están muertos o inconscientes.

El aire apesta a sangre y sudor, a pesar de la ventana rota que deja pasar una brisa cálida.

En el pasillo, la gente grita y corre.

Los sonidos parecen atraer a Bach y a Jonathan, que avanzan entre las sillas volcadas y los cuerpos esparcidos por el suelo.

Mark vuelve a respirar.

«Eso es, seguid. Seguid así.»

Bach pasa justo al lado de Erika, y su zapato, que está pegajoso por la sangre, le pisa la mano.

Mark reza para que Erika no despierte.

No lo hace.

Bach sigue caminando, ya casi llega a la puerta, choca con la pared y la sigue, guiado al parecer por los gritos que provienen del pasillo.

Encuentra la salida, da un paso y desaparece por el pasillo.

«Uno menos. Falta uno.»

Jonathan se acerca a la puerta desde el otro lado y está a punto de alcanzarla, cuando Mark, deseoso de llegar hasta Erika para comprobar cómo está, da un paso hacia un lado y pisa un trozo de cristal roto de la ventana.

Se escucha como se rompe con un chasquido seco.

Jonathan se queda paralizado. Gira la cabeza de golpe, mirando directamente a Mark con sus ojos ciegos, los labios temblando, y una hebra de espuma que le cuelga de la comisura de la boca.

«Oh, joder…»

Los sonidos que se escuchan desde la calle—gritos, alaridos, bocinas y coches estrellándose—parecen confundir a Jonathan, quien huele el aire como un depredador que percibe a su presa.

«¿Puede olerme? No me jodas…»

Mark mira de reojo la ventana rota, considerando por un instante trepar por ella.

Pero los cristales del borde le harían trizas, y la caída hasta la acera es de una altura considerable, se rompería algo seguro.

Lo que significa que solo hay un camino: pasar junto a Jonathan, que ahora se dirige de nuevo hacia él.

Las mesas, antes agrupadas formando una sola mesa larga, están ahora esparcidas.

Jonathan avanza entre ellas, palpando con las manos.

Mark mira al suelo para asegurarse de no pisar más cristales, y comienza a moverse lentamente de lado, alejándose de Erika.

Jonathan no parece notarlo.

Sigue dirigiéndose al lugar donde Mark estaba cuando rompió el cristal.

Mark rodea una mesa cercana, con cuidado de no tropezar con algo. Se da cuenta de que aún contiene la respiración y se obliga a exhalar por la boca.

«Solo un poco más. Cinco pasos más y podrás salir corriendo.»

Pero no puede. No va a dejar a Erika así.

Si consigue llegar a la puerta, podrá atraer a Jonathan fuera de la sala. Luego volverá por Erika.

La sacará de allí en brazos, como un héroe de película.

Mira hacia atrás y ve que Jonathan vuelve a girarse en su dirección.

Aparentemente, puede intuir más o menos dónde está Mark, o simplemente está probando suerte.

Sea como sea, está siguiendo su rastro y acercándose.

«Eso es, ven.»

Mark continúa hacia la puerta abierta, obligándose a no correr, concentrado en levantar un pie, luego el otro.

«No la cagues, lo vas a lograr, no la cagues…»

La salvación, que es salir por el pasillo, está casi al alcance, cuando Mark decide mirar una última vez.

Jonathan ha perdido el rastro, o quizás nunca lo tuvo.

Ahora se dirige hacia otra zona de la sala, acercándose a una esquina.

Mark está a punto de llamarlo. Las palabras ya están en sus labios.

Entonces Bach reaparece en el umbral.

GINA

Gina ve cómo el chico choca contra el autobús.

Casi consigue apartarlo antes de saltar ella misma hacia atrás, pero el empujón no tiene la fuerza suficiente.

En realidad, el autobús apenas lo roza y le golpea el hombro. Aun así, es suficiente para lanzarlo por los aires hasta la acera.

El autobús lo oculta de la vista de Gina mientras cae. Ella al mirar al interior, ve a varias personas peleando: una mujer golpea la ventana, con el rostro lleno de terror, justo antes de que un anciano con ojos ciegos la agarre por detrás.

El autobús embiste un coche aparcado. El estruendo de la colisión retumba con fuerza ensordecedora mientras cristales y pedazos de metal se esparcen por todos lados. El vehículo sigue adelante, empujando el coche delante de él.

Cuando el autobús por fin ha pasado, Gina ve al chico delgado tendido inmóvil sobre la acera, con los brazos extendidos y el rostro girado hacia el cielo.

«Mierda. Está muerto.»

Justo cuando está a punto de correr, una chica adolescente con una funda de guitarra a la espalda sale tambaleándose desde detrás de una marquesina.

Lleva unas gafas grandes y modernas, que ya no tienen utilidad, puesto que claramente está ciega.

Sus manos palpan el aire con ansia hasta que tropieza con el chico y cae sobre él, sin alcanzar a frenar la caída y golpeándose la cara contra el pavimento.

Cuando vuelve a levantar la cabeza, las gafas han desaparecido, y los cristales rotos le han cortado la cara.

Sus ojos blancos, abultados, miran hacia atrás para ver qué la ha hecho tropezar.

El chico se mueve y deja escapar un quejido. Gina se sorprende al ver que no está muerto, después de todo.

La chica de las gafas rotas reacciona de inmediato al sonido y se lanza hacia él.

—¡No!

Antes de poder pensarlo, Gina salta hacia delante y le propina una patada lateral a la chica justo cuando esta alcanza la pierna del chico.

La patada es lo bastante fuerte como para hacerla rodar de espaldas, y Gina agarra al chico por la camiseta.

—¡Despierta! ¡Eh! ¡Despierta! ¡Tenemos que salir de aquí!

La cabeza del chico simplemente cuelga de un lado a otro, y murmura algo ininteligible.

Gina lanza una mirada a la chica, que intenta incorporarse. La funda de guitarra le actúa como caparazón de tortuga y le impide girarse con facilidad.

Gina sacude de nuevo al chico.

—¡No puedo cargarte! ¡Tienes que despertar!

Esta vez, el chico no responde en absoluto; está claramente inconsciente.

«¿Qué estás haciendo? ¡Lárgate de aquí! ¡Déjalo!»

Pese a los gritos en su cabeza, Gina se niega a dejarlo atrás.

No tiene sentido; ni siquiera lo conoce. Quizá sea porque le miró a los ojos y le oyó la voz.

Quizá sea un arrebato de compasión.

O quizá sea porque se parece demasiado a una versión adolescente de sus propios hijos: el pelo rubio, el hueco entre los dientes frontales, las pecas alrededor de la nariz.

La chica de la guitarra por fin consigue ponerse a gatas. Exclama algo parecido a un gruñido de victoria:

—¡Gruaw! —y se arrastra de inmediato hacia Gina y el chico.

Gina lo agarra por las muñecas y lo arrastra fuera de su alcance justo antes de que la chica pueda caer sobre él.

Así que en lugar de eso, la chica se estrella contra un cubo de basura, golpeándose otra vez la frente ya magullada.

«Mañana va a tener una resaca de las buenas…», piensa Gina.

Gina arrastra al chico por la acera mientras vigila en todas direcciones para evitar una emboscada.

Pero el paisaje ha pasado de un caos absoluto a algo más tranquilo, aunque igual de espeluznante.

Parece que un huracán ha arrasado la calle, destrozando la mayoría de los escaparates, esparciendo objetos por doquier y dejando cadáveres por el suelo.

Gina cuenta al menos veinte personas inmóviles en el suelo, y por los gritos que aún se oyen más abajo, siguen cayendo nuevas víctimas.

Los ciegos, en su mayoría, se han ido, salvo por algunas figuras dispersas que siguen tambaleándose, buscando a tientas con los ojos blancos y los rostros crispados, en busca de alguien a quien hacer daño.

La mayoría ha sido atropellada o se ha marchado hacia nuevas zonas de caza en las manzanas vecinas.

Gina oye un gruñido a su izquierda y ve a un hombre ciego salir tropezando de una tienda.

Tiene las manos y la parte inferior de la cara cubiertas de sangre, como si acabara de comerse un filete crudo.

Gina se queda paralizada a pocos metros de él. El hombre se detiene para inspeccionar los alrededores.

Aunque esté quieto, parece como si impulsos eléctricos recorrieran su cuerpo, provocándole espasmos.

Respira con dificultad, su cara se ha convertido en una mueca de furia, y no deja de rechinar los dientes desnudos.

Cuando su mirada ciega pasa por encima de Gina, lo único que ella puede hacer es permanecer completamente inmóvil, apretando los labios para que no escape ningún sonido.

El hombre empieza a oler el aire, y de pronto da un paso dirección a Gina, con las manos ensangrentadas y extendidas.

Gina está a punto de saltar a un lado, cuando alguien grita desde el fondo de la calle.

El hombre gira la cabeza de golpe con un gruñido. Se da la vuelta y corre torpemente en dirección al sonido.

Gina deja escapar un suspiro largo y tembloroso.

«Dios santo, por poco… ¿Podía olerme? ¿O ha sido pura suerte?», piensa Gina.

Da igual. Lo importante es salir de esta calle. Y rápido.

La entrada a una tienda de ropa está a solo unos metros.

Gina arrastra al chico con ella, su cabeza colgando a cada paso.

Una de las puertas automáticas de cristal está destrozada, pero la otra mitad aún se abre sin problema.

Gina entra en la tienda y se topa con una atmósfera inquietantemente normal: música suave de fondo, el olor a perfume y tejidos.

Se detiene y mira a su alrededor. Algunos estantes han sido volcados, y hay gotas de sangre por todo el suelo.

Detrás de una mesa llena de camisas de colores se asoman un par de piernas femeninas.

Una de ellas está descalza, la otra, ensangrentada.

Gina suelta al chico y busca su móvil. Marca esos tres números tan conocidos, y al llevarse el teléfono al oído, de repente vuelve a tener dieciocho años.

En un instante, se ve a sí misma sentada, temblando, llorando, abrazándose.

—Central de emergencias, ¿cuál es su emergencia?

—Me han… me han atacado… —oye decir a su yo más joven.

Entonces regresa al presente y carraspea.

—Ha habido un incidente en el centro de Copenhague.

—Estamos informados. La policía y los servicios médicos están en camino. ¿Está usted herida?

—No, estoy bien. Por favor, daos prisa. Hay muchas personas muertas o heridas.

—Estamos haciendo todo lo posible. Si puede, busque refugio hasta que…

Gina deja de escuchar y baja el teléfono cuando oye un ruido en la parte trasera de la tienda.

Algo golpea el suelo de madera. Seguido de un gruñido.

Gina trata de ver entre los estantes de ropa y distingue una figura que viene hacia ella.

MARK

Mark se queda inmóvil.

Bach permanece en el umbral durante un par de segundos. Abre los labios para sacar una lengua grisácea que lame el aire brevemente como la de una serpiente. Una gota de espuma cae al suelo.

Menos de un metro les separa. Si cualquiera de los dos estira el brazo, tocará al otro.

Entonces Bach avanza, y Mark gira, al mismo tiempo que da un paso tambaleante.

Al echar el cuerpo hacia atrás, logra apartarse un centímetro. Bach pasa justo a su lado, tan cerca que su codo roza la corbata de Mark.

Roza la tela, pero Bach no lo nota.

Sigue su camino, dirigiéndose hacia el revoltijo de mesas en el centro de la sala.

Mark no puede moverse. Debería salir disparado de la habitación. Pero simplemente se queda allí.

Bach choca con una mesa.

Jonathan gira la cabeza al oír el ruido y deja escapar un gruñido como de anticipación. Suena como:

—¿¡Hruah!?

Bach emite un sonido propio:

—Prook.

Casi como si le dijera a Jonathan: «Soy yo otra vez.»

Y Jonathan parece entenderlo. Vuelve a girarse y continúa palpando el aire, decidido a encontrar a quien se oculta allí.

Mark por fin recupera el control de su cuerpo, justo cuando se oye un sonido inesperado al otro extremo de la oficina.

Un gemido bajo, como de una mujer herida.

Jonathan y Bach reaccionan al mismo tiempo, girándose hacia el sonido como antenas parabólicas.

Mark mira y ve a Erika incorporándose. Tiene los ojos cerrados y el rostro hecho un desastre, lleno de sangre.

—Dios mío… —carraspea con voz nasal—. Mi cabeza… ¿Qué ha pasado?

Se lleva las manos a la cara y palpa con cuidado su nariz rota. Gime de dolor. Intenta parpadear para despegar el párpado izquierdo, pegado por la sangre.

Consigue abrir el ojo derecho, y eso le basta para ver a Jonathan y Bach acercándose a ella, tambaleándose con los brazos extendidos.

La visión parece activar su memoria.

—¡No! —grita, intentando ponerse en pie—. ¡No, por favor, no me hagáis daño!

Su súplica solo sirve de guía a los hombres, que se lanzan hacia su voz, compitiendo por ver quién la alcanza primero.

Jonathan tropieza con un cadáver, y Bach derriba una silla, pero los obstáculos solo los retrasan unos segundos.

Erika se arrastra lejos de ellos, retrocediendo hasta una esquina, quedando acorralada.

«Mierda, tengo que hacer algo…», piensa Mark.

Lo sensato sería marcharse. Velar por su propia supervivencia.

Al igual que no hizo nada cuando atacaron a Brian.

Pero Mark no puede hacer eso. No a Erika.

—¡Eh! —grita, entrando de nuevo en la sala—. ¡Eh, Bach! ¡Jonathan! ¡Estoy aquí!

Ambos reaccionan a su voz, girando la cabeza y clavando en él sus ojos blancos.

Pero solo Jonathan decide cambiar de objetivo, Bach, en cambio, sigue dirigiéndose hacia Erika.

—¡Joder!

Mark se mueve hacia la izquierda, se acerca a Bach y a Erika, mientras se aleja de la puerta, por donde Jonathan ha empezado a salir.

Mark agarra una silla y la lanza al otro lado de la sala, golpeando a Bach en la espalda justo cuando se inclina sobre Erika, que ahora solo está chillando.

Bach cae hacia delante, dándose un golpe en la cabeza contra la pared. Gruñe y se tambalea.

Jonathan ha oído el movimiento de Mark y ha cambiado de rumbo en consecuencia.

Mark acelera, corre hacia Bach, aunque aún está demasiado lejos para alcanzarlo.

Por suerte, Erika se arrastra fuera de la esquina.

Bach la oye y gira en esa dirección, tanteando con las manos para agarrarla por las piernas, resoplando ansioso, con la saliva espumosa colgando de sus labios.

Mark se lanza sobre la espalda de Bach, rodeándole la cabeza con los brazos.

—¡Sal de aquí! —Le grita a Erika, justo antes de que Bach lo derribe al suelo.

Mark se sorprende de lo rápido y fuerte que es.

El pánico se apodera de él cuando Bach se monta sobre su torso y empieza a golpearle la cara con ambos puños.

Mark mueve la cabeza de un lado a otro, esquivando por poco los golpes pesados.

Bach golpea el suelo con las manos y ruge de rabia.

Entonces cambia de táctica y agarra a Mark por el cuello.

Sus dedos son como hierro, cerrándose sobre la tráquea.

Mark intenta darle un puñetazo en la cara, pero Bach se echa hacia atrás y mantiene la cabeza fuera de su alcance.

Luego empieza a golpear la cabeza de Mark contra el suelo con violencia.

La visión se le nubla y un pensamiento claro atraviesa su mente:

«Va a matarme.»

Mark tantea en el suelo, buscando cualquier cosa que pueda usar como arma, pero no encuentra nada.

Bach se inclina más sobre él, aumentando la presión sobre su cuello.

El peso es tan intenso que Mark está convencido de que le va a partir el cuello.

Sus pulmones suplican aire. Los sonidos van disminuyendo.

A través de un velo de lágrimas, ve la cara de Bach flotando sobre él, sus ojos ciegos abultados, las venas palpitantes en la frente, los dientes apretados, la saliva cayendo sobre Mark.

Entonces ve el bolígrafo aún metido en el bolsillo delantero de la camisa de Bach.

Mark lo agarra con los dedos temblorosos, gira la punta hacia delante y se lo clava en el ojo derecho.

El bolígrafo se hunde profundamente en la cuenca. El globo ocular estalla con un ruido húmedo.

La presión del cuello desaparece cuando Bach grita y se echa hacia atrás de un tirón.

El aire entra con fuerza en los pulmones de Mark.

Encima de él, Bach aúlla.

El bolígrafo sigue sobresaliendo de su ojo. Lo agarra y lo arranca.

Mark ve el ojo destrozado y una cascada de sangre empieza derramarse sobre el suelo.

Bach se desploma, llevándose las manos a la cara, gimiendo con un chillido agudo.

El sonido le recuerda a Mark al quejido de un perro herido.

«Siente dolor», piensa Mark con asombro mientras se incorpora, jadeando, aspirando varias bocanadas de aire.

La visión se le aclara. El volumen de los sonidos vuelve a la normalidad.

—¡Mark, ayuda!

Mark gira la cabeza. Erika está junto a las ventanas.

Jonathan la ha acorralado. Solo hay una mesa entre ellos.

Jonathan agarra la mesa y la lanza a un lado como si fuese de cartón.

Erika grita y retrocede hasta la esquina.

Mark se pone en pie y echa a correr.

Jonathan parece oírle justo antes de que lo alcance, porque se gira a medias, mirándole con sus ojos ciegos y furiosos.

Mark lo embiste a toda velocidad.

Jonathan cae hacia atrás, agitando los brazos en busca de algo a lo que agarrarse.

Solo alcanza el borde astillado del cristal antes de volcarse hacia el vacío con un chillido agudo.

—¡Mark, cuidado!

GINA

Gina cuelga la llamada de inmediato y vuelve a guardar el móvil en el bolsillo.

Agarra las piernas del chico y lo arrastra hasta el mostrador. Al colocarlo detrás, queda fuera de la vista y debería estar a salvo.

Cuando se levanta, se queda congelada.

Una mujer baja y gorda, de más o menos la misma edad que Gina, aparece tambaleándose.

Debe de trabajar allí, a juzgar por el llavero que lleva en el cuello.

Va maquillada en exceso, aunque buena parte del maquillaje está corrido.

Tiene el pelo revuelto y la camisa desgarrada. Rechina los dientes y mira a su alrededor con los ojos blancos, aparentemente intentando averiguar de dónde ha salido la voz que ha oído.

Gina permanece completamente quieta detrás del mostrador, observándola con el pulso martilleándole en el pecho.

La mujer se da la vuelta, palpando el aire con sus dedos gruesos.

Se dirige al otro extremo de la tienda, alejándose del mostrador.

Gina vuelve a respirar, inspeccionando los alrededores.

Al fondo, hay una escalera mecánica que sube al segundo piso.

Si logra subir, estará más segura que abajo. Las probabilidades de que la mujer consiga subir hasta allí son mínimas.

Así que comienza a moverse.

Da pasos ligeros, con cuidado de no hacer ruido.

La mujer choca contra una mesa y ruge de frustración.

Sigue a tientas su camino, desviándose ligeramente.

Gina se concentra en sus propios pasos.

Llega a la escalera y mira hacia arriba. Desde donde está, parece que la planta superior es una especie de cafetería para clientes.

Podría haber alguien allí, pero no se oye ningún ruido.

Echa un último vistazo atrás, comprobando dónde está la mujer. Esta se ha alejado más del mostrador y rebusca a ciegas entre un perchero de pantalones.

Justo cuando Gina va a poner un pie en la escalera mecánica, ve aparecer un rostro y un torso desde dentro del perchero.

Es un joven con un peinado estrafalario, que lleva una camisa idéntica a la de la mujer.

Tiene los ojos abiertos de par en par y llenos de terror.

A medida que la mujer avanza por el perchero, el chico salta y echa a correr.

La mujer lo percibe y se lanza hacia él, fallando por apenas unos centímetros.

El chico resbala en el suelo y cae, intentando levantarse, pero la mujer es demasiado rápida y se le lanza encima.

Él se revuelve intentando liberarse, pero es muy delgado y su compañera claramente lo supera en peso.

—¡No, Charlotte! —grita con voz chillona—. ¡No, por favor! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho, no era mi intención! ¡Solo estaba bromeando! ¡Por favor!

La mujer—Charlotte—no escucha sus súplicas.

Simplemente empieza a golpearle la cara con furia.

El chico comienza a gritar y a arañarla, lo que solo parece enfurecerla aún más.

Le agarra del pelo, le echa la cabeza hacia atrás y se inclina con un gruñido.

Gina ve sus pequeños dientes blancos antes de que se claven en la nuez del chico y la arranquen de cuajo.

Los gritos se convierten en gorgoteos ahogados mientras una fuente de sangre rosada rocía el rostro y el pecho de Charlotte.

Gina se da cuenta de que está ahí, paralizada. No quiere seguir mirando, pero no puede apartar la vista.

Mientras el chico se ahoga con su propia sangre, Charlotte se levanta de nuevo.

Ha perdido el interés en su víctima, dándole la espalda mientras él aún se retuerce.

La sangre le gotea por la barbilla y empapa su camisa.

Se la limpia con la manga de forma mecánica, volviendo a su búsqueda.

«Sube al piso de arriba. Ahora.», piensa Gina.

Pero Gina no se mueve.

La mujer se dirige hacia el mostrador, avanzando a tientas.

«No. No vengas aquí…»

Gina observa cómo Charlotte llega al mostrador.

Por suerte, rodea la parte delantera. Sus manos pequeñas y gruesas registran el escritorio, derribando objetos, como un vaso de cartón con café, un jarrón con flores de plástico, un cartel que dice ¡REBAJAS DE FIN DE VERANO!

Al llegar al final, se aleja del mostrador.

Gina exhala temblorosamente y se sube a la escalera mecánica.

Su alivio dura poco, porque en ese momento, el chico detrás del mostrador emite un gemido fuerte.

Gina se gira. Desde donde está puede verlo.

Empieza a mover brazos y piernas, como si estuviera despertando.

«No. Ahora no. ¡Ahora no!»

El café del vaso volcado ha formado un charco sobre el mostrador, y ahora gotea sobre la cara del chico.

Este gira la cabeza y gime de nuevo aun más fuerte.

Charlotte lo ha oído. Se gira como una hiena al captar el olor de su presa.

Se encamina hacia el mostrador sin dudarlo.

Gina baja corriendo las escaleras. Pero está demasiado lejos, y Charlotte avanza con determinación, guiada por la voz del chico.

Gina no tiene otra opción. Se detiene y grita:

—¡Eh! ¡Estoy aquí!

Charlotte se detiene en seco y gira todo su cuerpo hacia Gina.

Solo hay unos pocos pasos entre ellas, y Gina está completamente expuesta en la mitad del suelo abierto.

Mientras Charlotte se lanza hacia ella, Gina se escabulle rápidamente hacia un lado, colándose entre dos maniquíes.

Su zapato hace ruido al chocar contra el suelo duro, y Charlotte lo capta. Ajusta su rumbo y extiende los brazos.

Gina está atrapada. Como reflejo, empuja el maniquí más cercano. Charlotte lo agarra y lo derriba.

Gina se aparta, pasando muy cerca de Charlotte, que golpea sin piedad al maniquí.

Gina corre hacia el chico y se agacha.

—¡Eh, despierta! —le sisea al rostro, mojado de café.

Él parpadea y abre brevemente los ojos, pero su mirada está perdida, desenfocada.

Luego los cierra y vuelve a desvanecerse.

—¡Despierta, maldita sea! Tenemos que...

Gina se ve interrumpida cuando unas manos pequeñas y fuertes le cierran la tráquea.

No puede lanzar la cabeza hacia atrás, así que intenta pisotear.

Pero Charlotte la levanta completamente del suelo, apretándole el cuello con una fuerza nauseabunda.

Gina jadea, se retuerce, intenta golpearla, pero solo consigue dar un par de golpes flojos en los muslos de su atacante.

El dolor en su cuello es insoportable.

Siente cómo los tendones se tensan hasta el límite, oye su columna crujir al estirarse por el peso de su propio cuerpo.

Un pánico absoluto se apodera de ella. No puede respirar.

Lucha con todo lo que tiene, pero se da cuenta, con una oleada de pavor, de que está completamente perdida y no tiene forma de

soltarse.

Gina solo puede esperar a asfixiarse.

Frente a ella, la única otra persona que podría ayudar sigue tendida en el suelo.

Con los ojos cerrados. Inconsciente.

MARK

Mark se gira y ve a Bach corriendo hacia él.

Su jefe se ha vuelto a levantar y parece aún más furioso que antes. Su cuenca ocular derecha es un agujero sangriento.

Mark se agacha y se aparta del camino. Luego corre hacia Erika, que ya se ha puesto en pie y se dirige a la puerta. La agarra del brazo y la detiene justo a tiempo para alejarla del umbral.

—Espera —susurra, recuperando el aliento—. Déjame mirar.

Asoma la cabeza y echa un vistazo al pasillo. Parece estar vacío.

Hay un dispensador de agua volcado y un portátil que alguien ha dejado caer o lanzado como arma.

Mark oye algo golpeando, pero podría venir de fuera del edificio.

A sus espaldas, Bach ruge de rabia al chocar contra una mesa.

—Vale, vámonos —le dice Mark a Erika, tirando de ella.

—Ay, mi nariz —gime Erika mientras se deslizan por el pasillo—. Creo que está rota. ¿Está rota, Mark? Me da la sensación de que sí.

Mark lanza una mirada fugaz a la nariz de Erika, haciendo lo posible no mostrar alguna emoción.

Definitivamente está rota, aplastada, sería más acertado.

—Puede ser —responde Mark—. Pero no te preocupes por eso ahora.

Pasan junto a las puertas abiertas de las otras oficinas, todas abandonadas, muchas con señales claras de lucha.

Mark ve manchas de sangre y cuenta al menos cinco compañeros tendidos en el suelo, inmóviles.

Uno parece tener el cráneo destrozado, a otra le han seccionado la yugular, quizá con uñas o dientes, y a un tercero, a quien Mark por suerte solo ve por un instante, jura haberle visto la mandíbula arrancada de raíz.

Erika no ve nada de eso, lo cual Mark agradece; está demasiado centrada en su nariz rota.

Si llegara a notar la carnicería que los rodea, sin duda entraría en pánico.

Pasan junto al dispensador de agua, pisando con cuidado el charco para no resbalar.

—¿Ruarh?

Se escucha un gruñido seco, que suena extrañamente como una pregunta que resuena detrás de ellos. Ambos se giran de golpe y ven a un tipo calvo con la camisa ensangrentada.

Está oliendo el aire. Es Anders, del departamento de contabilidad.

Un auténtico capullo, opina Mark, de esos que siempre lucen un bronceado envidiable y suben fotos en Instagram, sin camiseta en el gimnasio.

—Vamos —susurra Mark, tirando de Erika.

Llegan al ascensor, y Mark pulsa el botón.

Se oye un «ding» y el zumbido de los cables al subir desde la planta baja.

Mark mira hacia atrás.

Anders ha oído el sonido y ha acelerado el paso.

Patea el dispensador de agua, casi resbala en el suelo mojado, recupera el equilibrio y continúa.

Otro «ding» indica que el ascensor ha llegado.

Están a punto de meterse dentro cuando Mark ve a la mujer que los espera, mirándolos fijamente con sus ojos ciegos.

Lleva una camisa rota y los pantalones manchados de sangre.

Erika grita.

Mark le tapa la boca con la mano y la arrastra hacia un lado justo cuando la mujer se lanza desde el ascensor, fallando por muy poco.

En su lugar, choca con Anders, y ambos forcejean durante unos segundos.

Mark alberga brevemente la esperanza de que se maten entre ellos, pero desaparece enseguida cuando, al parecer, se reconocen como aliados, se sueltan y se quedan buscando a su alrededor.

—¿Grouh? —articula Anders, con otro de esos gruñidos interrogativos.

—¡Brrah! —responde la mujer, rechinando los dientes, palpando el aire, buscando a quien haya gritado hace apenas unos segundos.

Mark sujeta a Erika con fuerza, pegándolos a ambos contra la pared.

Mira a un lado y ve la puerta de emergencia a solo unos metros.

Da un paso lateral, arrastrando con él a Erika, que está rígida como un palo, apenas puede mover los pies.

Anders vuelve por donde vino.

La mujer palpa la pared junto al ascensor.

Ninguno parece darse cuenta de que Mark y Erika están muy cerca.

«Quizá no pueden olernos», piensa Mark. «O quizá el olor a sangre y caos nos camufla.»

Sea como sea, a medida que se aleja un poco más de la pareja ciega, empieza a sentir un poco de esperanza.

Puede que realmente consigan salir de esta.

—Vamos —le murmura al oído a Erika.

Alarga la mano y encuentra el picaporte.

«Lo conseguimos», piensa Mark, con las rodillas a punto de fallarle por el alivio.

Entonces gira el pomo.

La puerta, que evidentemente no se ha abierto en años, emite un chirrido agudo y estridente al moverse.

Anders y la mujer mayor se giran de golpe con gruñidos y corren hacia ellos.

TOMMY

Tommy huele a café.

Odia el café. Le recuerda al aliento de su madre por las mañanas. El único momento del día en que su aliento huele a algo que no sea licor.

Quiere seguir durmiendo, pero un dolor en la caja torácica lo arrastra a la consciencia.

«¿Me hice daño anoche? ¿Estaba borracho?»

La mente de Tommy está extrañamente vacía de recuerdos recientes.

Toma consciencia de que está tumbado sobre una superficie dura.

Debe haberse caído de la cama. Eso explicaría el dolor. Seguramente se dio un buen golpe.

Intenta abrir los ojos, gimiendo ya que el dolor se intensifica.

Parpadea y mira hacia un techo extraño, con ventanas y varios focos que apuntan hacia él.

—¿Dónde coño estoy? —murmura. Tiene la voz ronca, jadeante, y le duele hablar.

Otro sonido cercano se escucha. Alguien gruñe. Suena como un perro grande. Tommy odia a los perros tanto como al café.

Levanta la cabeza. La imagen frente a él tarda un segundo en enfocarse.

Observa, con asombro, a dos mujeres peleando. Una es corpulenta, la otra delgada. La grande tiene a la otra en una llave brutal desde atrás, apretándole el cuello. A pesar de los ojos desorbitados por el pánico y la cara amoratada, Tommy reconoce a la mujer delgada.

Todo vuelve de golpe.

Charles. El coche. Algo en el cielo. Gente ciega por todas partes, pegando, matando.

Los ojos de la mujer gorda son lechosos, su expresión es de furia.

«¡La está matando!»

—¡Déjala! ¡Para! —su voz apenas se escucha. La mujer ciega no le presta atención.

«Tengo que detenerla.»

Tommy se pone en pie de un salto, pero grita al sentir un latigazo de dolor recorrerle el costado izquierdo.

Consigue mantenerse en pie. Rodea a las mujeres, saca su navaja, la despliega y, sin pensarlo, la clava con fuerza en el costado de la mujer gorda.

Ella grita y suelta a la otra mujer, que cae al suelo, jadeando en busca de aire.

Tommy retira la navaja justo cuando la mujer se vuelve hacia él, y solo tiene tiempo de pensar:

«¡Mierda! Debería haberle apuñalado el cuello…»

Entonces la mujer se lanza hacia él.

Tommy se aparta, o más bien cae a un lado, pero ella lo agarra con una mano, tirando de él para estrangularle o golpearle, o quizá morderle.

Nunca llega a saber qué le iba a hacer.

Porque asesta otro golpe con la navaja, esta vez apuntando al cuello.

La hoja de la navaja se hunde justo bajo la mandíbula de la mujer. Probablemente perfora el interior de la boca, porque al gritar de nuevo, su voz suena distinta, y Tommy jura haber visto la punta del cuchillo junto a su lengua rosada.

La mujer lo lanza a un lado. Tommy logra aferrarse a la navaja, que se desliza fuera de la mandíbula de la mujer.

Ella avanza por la tienda, chocando contra una mesa y cayendo con fuerza. Rueda un par de veces, emitiendo un sonido entre grito y gorgoteo, mientras se araña su cuello carnoso.

La sangre brota, tiñendo el suelo de rojo, y en menos de veinte segundos, deja de moverse.

—Joder… —resopla Tommy, mirando a la mujer y luego al cuchillo ensangrentado en su mano—. La he matado…

Recuerda a la otra mujer y se gira para mirarla. Está sentada en el suelo, frotándose el cuello.

—Hiciste… lo que tenías que hacer… —dice con voz entrecortada.

—Sí, pero… o sea… la he matado… La he matado de verdad…

Tommy no puede creer lo que está diciendo. Tampoco puede creer lo que ha ocurrido.

Hace apenas un momento estaba en el coche, ignorando a Charles y a su sermón incesante.

Ahora está en una tienda destrozada, con una mujer muerta y la sangre aún fresca en la navaja.

«No. Ya estaba muerta. Igual que Charles. No es asesinato si ya están muertos.»

Pero Tommy no lo cree por completo.

La mujer se pone en pie.

—Tenemos que encontrar un sitio donde escondernos.

La idea de hacer cualquier cosa que no sea esperar a que venga la policía a arrestarlo le parece absurda.

Algo le sube por la garganta. Cree que son sollozos, pero lo que sale son estallidos de risa.

—No… no me lo creo… He matado a alguien… He matado a una persona ahora mismo…

La mujer le agarra por el hombro y lo aprieta con fuerza, obligándolo a mirarla a los ojos.

—Eh. Escucha. No hay tiempo para eso. Me salvaste la vida. Yo metí la pata y tú me ayudaste. Fin de la historia. Así que espabila.

Tommy parpadea.

Intenta que su mente piense con claridad. Es difícil. Se siente mareado, borracho, difuso.

Pero al menos consigue parar los pensamientos.

—Vale —dice, asintiendo—. Ya estoy mejor.

—Bien —dice ella, mirando por encima de su hombro—. Porque se acerca más lío.

Tommy se gira y ve a un tipo ciego entrar tambaleándose por la puerta destrozada.

Es gordo, calvo y lleva una chaqueta de cuero completamente fuera de lugar con el clima de ese día.

«Seguro que tiene moto», piensa Tommy, y se contiene para no volver a reír.

La mujer le agarra de la muñeca y tira de él.

Tommy se queja de dolor cuando sus costillas protestan, y aparta el brazo.

Ella le lanza una mirada de reproche, pero su expresión se suaviza al verlo doblado de dolor.

Se agacha y le susurra al oído:

—Sígueme. Y no hagas ruido.

Tommy asiente, dejando escapar el dolor en un suspiro.

La mujer avanza hacia el fondo de la tienda.

Tommy mira hacia atrás. El motociclista está inspeccionando el aire, tratando de decidir a dónde ir.

Tras él, entra por la puerta una joven rubia bastante guapa. Pisa unos cristales rotos.

El motociclista gira en redondo y exclama:

—¿¡Pourah!?

La rubia le responde con un gruñido seco:

—¡Kroouh!

Satisfecho con la respuesta, el tipo elige una dirección y empieza a buscar a alguien a quien hacer daño.

La rubia hace lo mismo.

Los movimientos que hacen le recuerdan a Tommy a los de un sonámbulo.

Se concentra y sigue a la mujer.

Tiene cuidado de no pisar nada ni tirar nada mientras cruzan entre estanterías y mesas.

Llegan a los probadores. Junto a ellos hay una puerta con el cartel «SOLO PERSONAL».

La mujer la abre con cuidado, mira al interior y hace un gesto para que Tommy la siga.

Entran en una sala que combina oficina y comedor.

Hay otra puerta.

La mujer corre hacia ella y la abre.

Niega con la cabeza.

—Un baño.

Luego asiente hacia las ventanas que están sobre el fregadero.

Dan al callejón entre este edificio y el de al lado.

—Tenemos que salir.

—¿Estás segura de que no estaremos más seguros aquí dentro? —pregunta Tommy—. Por si siguen ahí fuera…

—No podemos cerrar la puerta —responde ella—. No tiene llave. Tarde o temprano, alguien nos encontrará aquí dentro, y estaremos atrapados.

Puedes quedarte si quieres, pero yo me voy.

Tommy se frota la frente y luego mira sus dedos.

—¿Por qué tengo la cara pegajosa de café?

—¡Eh! —le dice ella—. Te he dicho que te concentres. ¿Vienes conmigo o no?

Tommy mira la puerta.

Entonces decide que probablemente tiene razón.

La sola idea de estar ahí si el motociclista y la rubia lo encuentran le basta para querer seguir avanzando.

—Voy contigo.

La mujer asiente, se sube al mostrador y abre una de las ventanas.

Se abre hacia fuera, como una puerta.

Saca la cabeza y mira en ambas direcciones. Está apoyada sobre manos y rodillas, y Tommy no puede evitar fijarse en su trasero en esos pantalones ajustados.

Baja la vista, avergonzado.

«¿Qué coño te pasa? Estás en una situación de vida o muerte…»

—Está despejado —dice la mujer por encima del hombro.

Sale sin dificultad y le hace señas a Tommy.

—Vamos. Te ayudo —dice de nuevo la mujer.

Él sube una pierna a la encimera, pero grita cuando el dolor le atraviesa el costado izquierdo.

—No puedo… no puedo —dice, jadeando mientras una oleada de punzadas le recorre las costillas—. Creo que tengo algo roto…

La mujer alarga los brazos hacia dentro.

—Venga, te ayudo. Pero tienes que hacerlo tú. No puedo sacarte en peso.

Tommy niega con la cabeza.

Se siente mareado, con náuseas. Quiere tumbarse.

No hay forma de que pueda trepar por esa ventana.

Quizá sería mejor esconderse aquí y esperar a que...

La puerta se abre a sus espaldas.

Tommy se gira de golpe y ve al motociclista tambaleándose dentro de la sala.

—¡Mierda! —exclama, y se sube a la encimera.

Esta vez está preparado para el dolor, y no es tan intenso.

La mujer lo agarra por los brazos y lo ayuda a salir.

Detrás de él, Tommy oye cómo el motociclista derriba una silla al lanzarse al interior.

Tommy cae por la ventana, aterrizando torpemente de rodillas.

La mujer lo medio sujeta, amortiguando la caída. Luego cierra la ventana.

—Dios… —gime Tommy, doblándose sobre sí mismo—. Me duele como nunca… Jamás había sentido un dolor así…

Su propia voz suena lejana.

—Solo te has roto algunas costillas —le dice ella desde algún lugar sobre él—. Estarás bien. Vamos, levántate.

Tommy intenta incorporarse, pero el mareo lo vence.

—Creo que me voy a desmayar otra vez…

—No, no te vas a desmayar. Tienes que aguantar.

La oscuridad le inunda la visión por todos lados, y no puede evitar rendirse a ella.

—¡Joder!

Escucha decir a la mujer, con una voz lejana.

Siente sus manos agarrándole las muñecas.

Lo arrastra consigo.

Tommy intenta decirle que lo siente por ser un flojo, pero lo único que logra emitir es un quejido apagado.

Lo último que oye es la voz de un hombre:

—¡Eh, tú! ¡Mira aquí!

MARK

Tienen menos de dos segundos para reaccionar.

Erika emplea los dos segundos en gritar.

Mark ve tanto a Anders como a la mujer mayor abalanzarse sobre ellos, gruñendo.

Agarra a Erika por la muñeca y la arrastra hacia abajo por la escalera metálica.

Mark cierra la puerta justo delante del rostro de la anciana.

Ella comienza de inmediato a tantear el pomo.

No hay forma de cerrar la puerta desde este lado.

—Vamos —dice Mark, tirando de Erika por los peldaños.

Toda la estructura vibra, y Mark vuelve a tener que apartar su miedo a las alturas, centrándose en sus pies en lugar del suelo que está a una distancia considerable.

Apenas han bajado medio piso cuando Mark oye cómo se abre de nuevo la puerta de emergencia.

Desde arriba se escucha un gruñido, y alguien pisa la escalera y comienza a seguirles.

—¡Ya vienen! —informa Erika, innecesariamente.

—Sigue bajando —responde Mark—. No te caigas. Lo conseguiremos.

Y en realidad empieza a creérselo. Ya están a medio camino, a solo un piso del suelo.

Se mueven lo bastante rápido como para que los ciegos no los alcancen.

En cuanto lleguen al callejón, podrán salir corriendo.

Entonces Mark nota cómo la escalera empieza a sacudirse.

Oye un gruñido de sorpresa desde arriba.

Alza la vista y ve a Anders rodando escaleras abajo, como un niño en un castillo hinchable.

—¡Me cago en…! —grita Mark, tirando de Erika—. ¡Vamos! ¡Tenemos que correr!

Aumentan la velocidad, bajando de dos en dos los peldaños, pero Mark siente y oye que Anders viene a toda prisa.

A diez escalones del suelo, Mark decide que no lo lograrán, así que se detiene, rodea a Erika con un brazo por la cintura y la lanza por encima de la barandilla.

—¡Espera, espera! —grita ella, mientras él la suelta y ella cae al suelo con un golpe seco, desplomándose.

Mark está a punto de seguirla por la barandilla cuando Anders choca contra él, derribándolo.

Mark cae de espaldas, logrando no golpearse la cabeza contra los peldaños metálicos.

Son sus brazos y espalda los que se llevan el impacto. El dolor le atraviesa la espalda.

Anders queda medio encima de él e inmediatamente comienza a arañarle.

—¡Quítate de encima! —ruge Mark, mientras Anders le rasga la camisa.

Dobla una pierna y la mete entre ambos, levantando a Anders unos centímetros.

Pero Anders es demasiado rápido.

Le agarra por la oreja y tira con fuerza. El dolor es agudo e intenso.

Mark grita e intenta sujetarle la muñeca, pero su brazo izquierdo está atrapado entre dos peldaños.

El brazo derecho actúa como escudo, empujando la cabeza de Anders, que intenta morderle la cara con desesperación, mientras la saliva gotea entre los dedos de Mark.

Anders gruñe, babea y trata de golpear con la cabeza.

El peso de su cuerpo, combinado con la ferocidad del ataque, es demasiado.

Es como pelearse con un rottweiler rabioso.

Mark no tiene otra opción: debe ceder.

Relaja el brazo y deja que Anders caiga sobre él.

Simultáneamente, lanza su propia cabeza hacia adelante, estrellando su frente contra la mandíbula inferior de Anders, emitiendo un crujido.

Oye cómo la mandíbula se parte.

Anders se echa hacia atrás, con un quejido, escupiendo dientes sobre Mark.

Mark no desaprovecha la oportunidad.

Estira la pierna, empuja a Anders hacia arriba y lo lanza rodando hacia abajo.

Luego se levanta, agarrándose a la barandilla.

Tiene la frente palpitante, la oreja vibrando de dolor.

Pero la adrenalina que corre por su sangre le impide notar el daño real.

La mujer mayor sigue bajando por los peldaños, acercándose.

Desde abajo, Erika le grita algo.

Anders ya se ha recuperado y vuelve a subir.

Con un gruñido de esfuerzo, Mark se lanza por encima de la barandilla y cae al suelo de cemento, justo al lado de Erika.

Se pone en pie y la agarra del brazo.

—¡Vamos!

Tira de ella, pero Erika lo detiene.

—Espera… por ahí no.

Mark mira hacia el callejón y ve a dos hombres tambaleándose.

Uno lleva uniforme de conductor de autobús, el otro viste normalmente.

Ambos están ciegos.

Mark y Erika se giran y corren en la dirección contraria, pasando junto a la escalera justo cuando Anders estira el brazo para atraparlos.

Lo esquivan y se dirigen a la calle.

Al pasar junto a un contenedor, aparece otra figura.

Es una joven con coleta y una mancha de sangre del tamaño de una mano en el hombro.

Está de espaldas, arrastrando a alguien: un chico, aparentemente inconsciente.

Erika se detiene de golpe, y Mark deduce rápidamente lo que está ocurriendo: la mujer está ciega y ha noqueado al chico. Ahora lo está arrastrando para matarlo.

Mark mira al suelo y ve un trozo de tubo metálico justo a sus pies, como caído del cielo.

Lo recoge, lo alza dispuesto a golpear mientras la mujer se acerca.

—¡Eh, tú! —grita Mark, sintiendo una repentina oleada de furia—. ¡Mira aquí!

La mujer se sobresalta, suelta al chico y se da la vuelta.

Mark ya está lanzando el golpe cuando se encuentra con los ojos de la chica.

Son grandes, marrones… y desde luego, no están ciegos.

GINA

Gina se agacha justo a tiempo para esquivar la barra metálica que viene hacia ella. Pasa a menos de un centímetro por encima de su cabeza y siente cómo le roza el pelo.

Da un salto hacia atrás, casi tropezando con el chico inconsciente, y alza las manos.

—¡Eh! ¿¡Pero qué coño haces!? —dice Gina y se prepara para pelear.

Pero el hombre no lanza otro golpe.

En lugar de eso, se queda mirándola con una expresión de horror atónito durante un par de segundos. Tiene más o menos su edad y parece el típico oficinista, a juzgar por la camisa y los pantalones planchados. También parece haber problemas en los últimos minutos, lo cual podría explicar los desgarros en la ropa, las marcas en la frente, la sangre fresca que le cae de la oreja y la expresión salvaje en el rostro.

Gina tiene la sensación de que ya ha visto a ese hombre antes. Entonces recuerda dónde: en la ventana rota del segundo piso, hace apenas unos minutos.

—Joder —murmura él, bajando la barra—. Pensé que eras… Casi te reviento la cabeza…

—Sí, casi —dice Gina, bajando también los brazos—. Por favor, no lo vuelvas a hacer.

Una mujer con la nariz destrozada aparece detrás del hombre y lo agarra del brazo.

—Vámonos de aquí, Mark —le susurra, con la voz espesa y nasal.

—No deberíais salir ahí fuera —les advierte Gina—. Hay demasiados de ellos. —Mira por encima del hombro hacia un calvo y una anciana que se acercan—. Mirad, si tenéis que golpear a alguien… —dice, asintiendo en su dirección.

El hombre se da la vuelta, empuñando la barra de metal.

—Suéltame, Erika —dice, soltándose de su agarre—. Tengo que ocuparme de ellos.

Para sorpresa de Gina, el hombre (Mark), actúa con mucha más decisión de la que esperaba. Da un paso al frente para enfrentarse al calvo, luego se aparta en el último momento y le asesta un golpe con la barra en la parte posterior de la cabeza. Se oye un crujido seco y luego húmedo. El hombre se desploma boca abajo y no se mueve. La mujer, atraída por el ruido, acelera el paso.

Mark repite la maniobra y la derriba también con un solo golpe.

Luego apoya la barra en su hombro como si fuese un bate de béisbol y murmura:

—Ese tío nunca me cayó bien, de todas formas.

La pelirroja (Erika) no parece encontrarle gracia al comentario. Se cubre la boca con ambas manos y empieza a sollozar.

Gina mira en ambas direcciones. No viene nadie. El tipo que les siguió a la cantina no ha logrado salir por la ventana. Por ahora, parecen estar a salvo en el callejón. Y, por primera vez, Gina tiene un momento para pensar.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta—. ¿Tenéis vosotros alguna idea?

El hombre se encoge de hombros.

—Si no supiera que suena ridículo, diría que es un puto apocalipsis zombi.

Gina lo mira sin paciencia.

—¿Los zombis no están muertos?

—En las pelis sí —dice él—. Pero esto… creo que tiene que ver con esa cosa de ahí arriba… —Mira hacia el cielo, y luego añade—: Huh. Ya no está.

Gina mira hacia arriba también. No ve nada vuelve a mirar al tipo.

—¿Crees que esto solo ha pasado aquí?

Él abre los brazos.

—Mira, no sé más que tú. Esto ha ocurrido de repente y mi jefe se ha convertido en uno de esos ciegos locos y ha empezado a reventar a todo el mundo.

Gina siente un escalofrío recorrerle la espalda al considerar la posibilidad de que esto sea más grande de lo que pensaba. Podría estar ocurriendo en toda la ciudad. Incluso en todo el país.

Saca el móvil.

Entonces oye el sonido de sirenas. Se hacen cada vez más fuertes. Un par de coches patrulla pasan por la calle a toda velocidad, con las luces encendidas.

—Oh, bien. Ya están aquí los polis —dice la pelirroja con un suspiro tembloroso de alivio—. Ellos lo controlarán.

Gina llama a Víctor y se aparta un poco, llevándose el móvil a la oreja.

Él contesta al segundo tono.

—¿Mamá? ¿Por qué llamas ahora? Estoy en clase.

La alivio la inunda.

—Perdona, cariño —dice—. Solo quería asegurarme de que estabas bien. ¿Dónde está Anton?

—Sigue en clase, creo.

—¿Entonces estáis bien? ¿No ha pasado nada raro?

—¿Cómo qué?

—¿Puedes ir a mirar cómo está Anton, por favor?

Los chicos van a clases diferentes, una decisión que el colegio le aconsejó tomar, para obligarles a «valerse más por sí mismos». Aunque ninguno de sus hijos tuviera problemas para eso.

—Mamá, no puedo entrar así como así en su clase —dice Víctor—. Ni siquiera debería estar hablando por teléfono. En serio, ¿qué te pasa?

—Nada, es solo que...

—¡Mark! —grita la pelirroja detrás de Gina, con voz de alarma—. ¡Mark, cuidado!

Gina se gira y ve a una mujer con falda bajando por el callejón, atraída por sus voces, un gruñido húmedo y ansioso sale de de la

garganta.

Mark se vuelve hacia la mujer. Se dispone a hacerle frente cuando Erika grita:

—¡No, Mark! Es Natalie. Por favor, no le hagas daño…

—¡Cállate! —le dice Gina a Erika.

—¿Qué? —pregunta Víctor, incrédulo—. ¿Qué he dicho?

—Nada, cariño —dice Gina, retrocediendo mientras comprueba que no se les acerque alguien más—. No hablaba contigo.

La mujer se detiene a escuchar, intentando localizar dónde se encuentra su próxima víctima. Mark permanece inmóvil, a unos pasos de ella, esperando a que se acerque lo suficiente.

Gina se cubre la boca con la mano y habla deprisa y en voz baja al teléfono.

—Ve a buscar a tu hermano, ¿vale? Ahora mismo. Llámame en cuanto sepas algo. Te quiero. Haz lo que te digo. —Cuelga y guarda el teléfono.

La mujer gruñe y hace sonar los dientes, su cabeza se agita de un lado a otro. Luego da un paso al frente.

Mark salta a un lado, alza la barra y está a punto de golpear cuando escucha una voz masculina gritar:

—¡Quieto ahí! ¡Suelta eso!

Gina se vuelve y ve a dos agentes de policía con equipo antidisturbios entrar al callejón, ambos con escudos y porras.

La mujer se lanza de inmediato hacia los policías.

—Escuche, agente —dice Mark, levantando los brazos—. Nos alegramos de que estén aquí, pero por favor, no...

—¡Cállese! —grita el agente, sacando lo que parecen ser bridas de plástico grueso—. ¡Están todos arrestados! ¡De rodillas ahora mismo! ¡Y usted, señora, quieta!

—Esa es una de ellos —dice el otro agente—. Está ciega.

—De acuerdo, inmovilizadla.

Uno de los agentes se lanza a por la mujer. No solo le dobla en tamaño, sino que además está completamente protegido. Aun así, necesita varios intentos para derribarla. Es obvio que tiene más fuerza de la que aparenta. El agente debe emplearse a fondo para inmovilizarle las muñecas en la espalda con una brida gruesa. Ella se mueve y chasquea los dientes como un perro rabioso, gruñendo y chillando con furia.

—¡Ahora el resto! —grita el otro policía—. ¡De rodillas como he dicho o tendremos que obligaros!

Erika ya se ha dejado caer al suelo y Gina la imita, entrelazando automáticamente los dedos tras la cabeza, como ha visto hacer en las películas.

El movimiento de alzar el brazo izquierdo le provoca un pinchazo de dolor en el hombro. Mira y ve la mordedura del skater. Sus dientes atravesaron la camiseta y le rasgaron la piel. No le arrancó un pedazo, por suerte, pero aún sangra. Sorprendentemente, no lo había notado hasta ahora.

—No deberíais perder el tiempo arrestándonos —dice Mark, poniéndose de rodillas con desgana y dejando la barra—. Deberíais parar a esos ciegos de...

—¡Cállese! —le interrumpe el agente, acercándose—. No se lo repito. Y ponga las manos en la espalda.

El otro policía, el que acaba de inmovilizar a la mujer, se acerca a Gina sacando otra brida.

—¿Qué es esto? —pregunta Gina, mirándole con sinceridad. A través de la visera del casco alcanza a distinguir parte de su cara. Sus ojos son de color azul. Parece aterrorizado, pero decidido—. ¿Qué está pasando?

—Aún no lo sabemos —responde, rodeándola, cogiéndole los brazos y bajándolos a la espalda.

Gina se estremece ante un nuevo latigazo de dolor en el hombro.

—¿Está pasando esto solo aquí? —pregunta, sintiendo cómo el corazón le late con fuerza—. Por favor, dígame que solo ha ocurrido aquí.

—Deje de hablar, por favor.

—Por favor, necesito saberlo. Mis hijos están en el colegio, a tres kilómetros de aquí. Necesito saber si están a salvo.

El agente no responde, y Gina nota cómo la brida se cierra alrededor de sus muñecas y las aprieta.

—¡Por favor! —dice, girando el cuello para mirarle—. ¡Por favor, dígamelo! ¿Ha pasado solo aquí?

El agente duda un segundo, luego niega con la cabeza.

—No lo sabemos aún. Lo siento.

—¡Claus! —grita el otro agente—. ¡Cuidado!

Gina y el agente se giran. Cuatro personas ciegas entran tambaleándose en el callejón desde la calle. Es evidente que ya han causado bastante destrozo: la sangre les mancha la ropa y la cara.

—¡La madre que los…! —exclama el agente, soltando a Gina y sacando la porra—. ¡Quietos ahí!

—¡No responden! —grita el otro agente—. ¡Usa la fuerza si es necesario!

—¡Disparadles! —grita Mark desde el suelo, con las manos atadas a la espalda—. ¡Disparadles, joder!

Los policías no parecen querer usar sus armas. En su lugar, se lanzan a derribar a los ciegos golpeándoles las piernas con las porras.

Están claramente entrenados en combate y protegidos por su equipo. Pero están en desventaja por ser minoría, pues otros dos ciegos más se suman desde la calle.

Y la ferocidad con la que atacan es aterradora. Se lanzan como animales salvajes, usando dientes y uñas, gruñendo, chillando y resoplando sin parar, con esos movimientos espasmódicos que parecen pillar desprevenidos a los agentes más de una vez.

Mark sigue gritando.

—¡Disparadles, joder! ¿Qué hacéis? ¡Usad las putas armas!

Gina oye ladridos y mira hacia la calle. Desde donde está, puede ver a más policías antidisturbios luchando contra más ciegos. Algunos han traído pastores alemanes, y los perros se lanzan a por los atacantes con determinación brutal, mordiéndoles los brazos o los hombros, zarandeando para derribarlos.

Entonces, algo más llama la atención de Gina: su móvil empieza a vibrar en el bolsillo. Va a sacarlo, pero recuerda que tiene las manos atadas. Rápidamente, pasa los brazos por debajo de las piernas y los lleva al frente. Mete ambas manos en el bolsillo y saca el teléfono a tirones. Ve el nombre de Víctor en la pantalla.

—¿Hola, cariño? —dice, contestando la llamada y llevándose el móvil torpemente a la oreja—. ¿Estás bien?

Su voz suena distinta. Gina lo nota de inmediato.

—Estoy bien, mamá. Anton también. ¿Y tú? Nos acaban de decir que está pasando algo raro en el centro…

Gina cierra los ojos un instante, soltando un largo y tembloroso suspiro.

Sus hijos están bien.

Eso es lo único que importa.

Y parecen estar fuera de peligro, al menos de momento. Tal vez esto, sea lo que sea, solo esté ocurriendo ahí.

—¿Mamá?

—Estoy bien, cariño —dice ella—. La policía ya está aquí. Se están encargando.

Un movimiento a su derecha hace que Gina se gire. La anciana que está en el suelo no se ha rendido. Está arrastrándose hacia Gina, empujándose con las piernas.

Gina se pone de pie y se aparta.

Los policías siguen luchando contra los seis ciegos, dos ya están fuera de combate, pues los agentes han optado por golpear directamente a la cabeza de los atacantes.

Uno de los policías ha perdido el casco, el otro ha perdido la porra y pelea con las manos.

Mark sigue gritando para que disparen.

Desde el otro extremo del callejón, Gina puede oír más pelea y los perros ladrando sin descanso.

—¿Qué está pasando? —se oye la voz de Anton al fondo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Víctor—. ¿Han dicho algo de peleas por las calles? ¿Es algún tipo de disturbio?

«Ojalá», piensa Gina.

—Creo que sí. Pronto acabará. Haced lo que os digan los profesores, ¿vale?

—Pero ¿qué es—?

El resto de la frase de su hijo se ve interrumpido por un estruendo repentino en la calle, seguido del fuerte sonido de agua.

Gina ve una fuente horizontal de agua rociando la calle, es un camión de bomberos que aparece en escena, su cañón está escupiendo chorros que derriban a los ciegos como si fueran muñecos.

Entonces Erika grita.

Gina se da la vuelta. La anciana ha logrado imitar el truco de Gina para pasar las manos por delante del cuerpo y ahora está encorvada sobre Erika, usando ambas manos para golpearle la espalda. Erika solo grita de dolor, mientras está atada como una res.

—Tranquilo, cariño —dice Gina al teléfono—. Obedece y mantente tranquilo. Te llamo luego.

Cuelga justo cuando Mark aparece, con las manos todavía atadas pero ya al frente, y con la barra metálica de antes.

La levanta, toma carrerilla y lanza un golpe directo a la sien de la anciana. El impacto la tumba en seco y queda inmóvil.

Entonces se escucha un arma. Los disparos retumban como agujas perforando los oídos de Gina. Se gira y ve al policía que ha abierto fuego.

Su compañero está en el suelo a cuatro patas, tiene a una ciega subida a su espalda, mordiéndole y golpeándole.

El agente armado está pegado a la pared, o lo estaba, hasta que ha empezado a disparar. Ahora los ciegos caen como patos en una feria.

Ha perdido el casco y sangra por el labio inferior. Aprieta los dientes y sigue apretando el gatillo una y otra vez.

—¡Por fin! —grita Mark, con la voz rota—. ¡Eso es! ¡¡Acabad con esos hijos de puta!!

El policía dispara otra vez, alcanza a un ciego, lo toma del hombro y lo lanza al suelo. Luego se acerca a su compañero y apunta con cuidado a la cabeza de la mujer que lo está atacando.

Justo antes de disparar, Gina gira la cabeza y cierra los ojos.

Se queda allí de pie, con la cabeza baja, la respiración entrecortada, los oídos aún zumbando.

Cuando por fin abre los ojos y mira alrededor, la escena está algo más calmada.

El policía ayuda a su compañero a levantarse. Ambos sangran, y uno de ellos parece bastante herido, pues le cuesta mantenerse en pie.

Pero están vivos.

Cosa que no se puede decir de los ciegos. Solo dos se mueven aún en el suelo, pero tienen varios impactos de bala y no logran levantarse. Gimen y chillan con desesperación.

Mark está allí, jadeando, con la barra en la mano.

Erika llora desconsoladamente.

El camión de bomberos se aleja, su sonido ya se escucha de fondo.

Los perros siguen ladrando a lo lejos.

La gente sigue gritando.

En alguna parte, alguien vuelve a disparar.

Gina mira hacia la calle y ve una nueva oleada de policías llegar.

«Están ganando», piensa, parpadeando lentamente. «Lo tienen controlado.»

Entonces, de repente, el chico delgado aparece a su lado, frotándose la frente.

—¿Qué… ha pasado? ¿Me he desmayado otra vez? Joder… —Se lleva la mano al costado izquierdo—. Me duele…

—Tienes suerte de seguir vivo —le dice Gina con una voz sorprendentemente serena—. Todos hemos tenido suerte.

TOMMY

Tommy siente punzadas dolorosas por todo su torso con cada respiración. Está bastante seguro de que se ha roto al menos un par de costillas. Lo cual significa que a pesar de todo, ha salido favorecido a pesar de las circunstancias, tal como le sugirió la chica que lo apartó de un empujón. No deja de moverse de un lado a otro en el banco, intentando encontrar una postura para sentarse que no le duela demasiado.

Más que el dolor, lo que le atormenta es la imagen del rostro de Charles después de lo que le sucedió. Sus ojos desorbitados, su piel cenicienta con las venas finas y oscuras... era algo como sacado de una pesadilla. Y ahora, lo más probable es que esté muerto; al menos, ese choque no lo pudo dejar en buen estado.

La madre de Tommy se va a llevar un disgusto. Siempre tuvo una habilidad especial para encontrar imbéciles, pero Charles era el peor de todos. Aun así, le quería mucho.

El recuerdo del cuchillo atravesando el cuello de la mujer corpulenta también sigue presente en su mente, tan vívido como entonces . Sigue sintiendo su sangre derramarse sobre su mano. Tiene presente que perdió el cuchillo en la tienda de ropa y en cuanto la policía lo encuentre, irá a la cárcel.

Tommy se mueve de nuevo.

—¿Quieres dejar de moverte así, joder? —dice el hombre desde el otro extremo del banco, mirándole—. Me estás empezando a irritar.

Se ha aflojado la corbata y abierto los primeros botones de la camisa, ya de por sí rota, revelando unos grandes hematomas de color azul oscuro que le rodean todo el cuello.

—Lo siento —dice Tommy, entrecerrando los ojos—. Solo intento que deje de doler.

—¿No te han dado calmantes?

—No. Han dicho que vendría un médico a verme.

La pelirroja se fue en ambulancia por su nariz rota. Tommy no tenía la cara ensangrentada, así que la policía interpretó que no estaba gravemente herido, a pesar de que se quejara una y otra vez del dolor en las costillas.

—Quizá deberías tumbarte —dice la chica desde la puerta, donde lleva de pie, con los brazos cruzados, desde que los metieron en la celda.

—O simplemente dejar de quejarte —propone el otro tipo.

—Joder, ¿cuál es tu problema? —dice la chica, girándose—. El chico tiene dolor. Déjale en paz.

Pero él no responde, simplemente se cubre el rostro con las manos, apoyando los codos en las rodillas.

—Joder, no me puedo creer que estemos aquí sentados como idiotas mientras el mundo se va a la mierda ahí fuera.

—No se está acabando —dice la chica.

—¿Ah, no? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Han conseguido controlarlo, ¿no? Detuvieron a todos los ciegos.

—Sí, de momento. Pero ¿qué pasa cuando vuelva a aparecer esa mierda en el cielo?

Hay un momento de silencio en la celda. La chica parece pensárlo.

—Quizá no vuelva —dice al fin—. Tal vez se trató de un episodio único .

—Eso espero —dice el hombre, tirando del cuello de su camisa para mirarse el pecho, donde un par de clavos parecen haberle desgarrado la piel. Puede ver también la sangre seca impregnando la tela. Bueno, al menos ya sabemos la respuesta a la pregunta sobre los zombis. Parece que no me estoy volviendo verde ni nada por el estilo, así que no son contagiosos.

—No creo que sean zombis —dice Tommy—. Creo que siguen vivos. Solo que... parecen muertos.

—¿Les tomaste el pulso? —le pregunta Mark.

—No, pero...

—Entonces no tienes ni puta idea. Estaban muertos, te lo digo. Los vi de cerca. Nada vivo debería tener ese aspecto.

El silencio vuelve a imponerse.

Tommy oye el murmullo de gente corriendo por el pasillo. La comisaría entera estaba abarrotada cuando llegaron, tanto de agentes como de civiles. Nunca había estado en una celda antes, y se parece muy poco a las que ha visto en las películas.

—¿Por qué tuvieron que quitarnos los móviles? —dice la chica, como hablando consigo misma—. Necesito llamar a mis hijos.

—Seguro que están bien —dice el hombre—. Parece que solo se vio afectado el centro.

La chica le lanza una mirada fija.

—Sabes que eso no es verdad.

Tommy recuerda que, mientras se dirigían a la estación, por la radio de la policía solo llegaba información dispersa, y solo parte de ella tenía sentido para él. Pudo entender, sin embargo, que lo que hubiera pasado ya estaba relativamente controlado. Es decir, que la policía y el ejército habían logrado sofocar los "disturbios", como los llamaban, y que todos los "hostiles" estaban arrestados o neutralizados. Lo segundo, Tommy lo interpretó como muertos. Se estaban enviando equipos médicos para atender a los muchos heridos. Pasaron al menos seis ambulancias en dirección contraria. Pero lo más importante que oyeron —y que hizo que todos se mirasen en silencio— fue que había ocurrido en otros dos lugares también. Uno justo a las afueras de la capital, y otro en un pueblo más pequeño del norte.

Tommy carraspea.

—Perdón, no recuerdo vuestros nombres.

El tipo no levanta la cabeza.

La chica le lanza una mirada rápida.

—Yo soy Gina. Él es Mark.

—Yo soy Tommy. Encantado.

Mark resopla.

—Parece que estamos en una puta barbacoa.

—¿Os conocíais de antes? —insiste Tommy, ignorando el comentario.

—No —responde Gina.

—¿Creéis que han controlado también los otros dos sitios?

Ella encoge los hombros.

—Quién sabe. Estoy segura de que están haciendo lo que pueden.

Tommy asiente, haciendo una mueca al recibir otra punzada de dolor en el costado. Hablar parece empeorar el dolor, pero aún así prefiere tener algo en lo que pensar.

—¿Qué creéis que era eso? —pregunta Tommy.

Gina simplemente niega con la cabeza.

—Fuera lo que fuera, fue una puta locura —murmura Mark, sin levantar la vista—. Tiene que haber sido algún tipo de arma nueva. Seguramente los rusos. O los chinos. Quizá solo lo estén probando. Ya sabes, antes de usarlo a lo grande.

—¿Y cómo funcionaría un arma así? —pregunta Tommy.

—Ni puta idea. No soy ingeniero. Tal vez alguna clase de señal. Desde un satélite o lo que sea. Podría haber sido eso lo que vimos ahí arriba.

Por fin levanta la cabeza. Mira a Tommy y luego a Gina, claramente buscando su aprobación.

—No sé —dice Tommy—. A mí me pareció más bien una grieta.

—Sí, bueno, eso no es posible, ¿verdad? No se puede hacer una grieta en el cielo. Es solo aire, por así decirlo.

—En realidad, no es nada —le corrige Tommy—. El cielo no existe como tal. Es solo la forma en que nuestros ojos perciben la atmósfera.

Mark le lanza una mirada.

—O sea, como decía: aire.

—Aire no es el término correcto —dice Tommy con paciencia—. El cielo es solo un concepto. Como un kilómetro. O el futuro. Le dimos un nombre a esa cosa azul que vemos ahí arriba porque es más fácil hablar de ella si tiene nombre.

—¿Qué eres, astrólogo? —pregunta Mark.

—Quieres decir astrónomo. Y no, aún estoy en el instituto.

Mark se inclina hacia él.

—¿Te pegan mucho en el instituto, Tommy? Por listillo, digo.

Tommy aparta la mirada.

—En fin, estamos de acuerdo —continúa Mark—. El puto cielo no puede romperse. Además, esa cosa desapareció, ¿no? Así que tenía que ser algo físico.

—No estoy tan seguro —dice Tommy—. Para mí, parecía casi... irreal.

—Venga ya —dice Mark—. No me digas que vas por ahí. Esto no es una puta peli de Netflix. Las mierdas sobrenaturales no pasan en la vida real.

Gina parece captar por fin la conversación, porque le lanza una mirada a Tommy.

—¿Qué quieres decir, exactamente?

—Bueno, no he podido dejar de pensar en lo que vi durante todo el camino hasta aquí, y no consigo olvidarme de lo extraño que se veía. Como si no encajara en la imagen. Casi como si alguien hubiese manipulado mi visión.

—Lo entiendo —dice Gina—. A mí también me pareció así. "Irreal" es la palabra.

—Os estáis comiendo la cabeza —dice Mark—. Esa cosa era real, simplemente no sabemos qué era. Te digo que probablemente era un arma con alguna tecnología nueva de camuflaje. Eso explicaría cómo pudieron hacer que desapareciera.

—¿Notasteis esa sensación rara justo antes de que ocurriera? —prosigue Tommy—. Como si alguien os estuviera mirando desde detrás.

Gina y Mark se miran a los ojos, y la respuesta es evidente.

—También perdí el oído —dice Gina en voz baja—. Durante medio minuto, más o menos.

—Yo también —dice Tommy.

—Debió de ser un efecto secundario del arma —murmura Mark—. Aunque ya no suena tan convencido.

—Entonces, ¿por qué no nos quedamos ciegos como los demás? —pregunta Gina.

—Esa es la gran incógnita —dice Tommy—. Debemos de ser inmunes de alguna forma. —Mira a Mark—. ¿Y tu novia? ¿Ella también lo vio?

—¿Cómo voy a saberlo? —murmura Mark—. No hablo con ella desde anoche.

Tommy frunce el ceño.

—¿No era ella la de la nariz rota?

—No. Esa era mi compañera de trabajo.

—Oh... es que pensé que...

Tommy se siente incómodo.

Mark le lanza una mirada amenazante.

—¿Pensaste qué?

Tommy se limita a negar con la cabeza.

Gina se da la vuelta.

—No le culpes. Pensó que la pelirroja era tu novia, con lo pegada que estaba a ti.

Mark levanta la vista hacia ella, con los ojos oscuros de repente.

—¿Estás intentando buscar pelea? —pregunta Mark.

Gina no aparta la mirada.

Tommy siente cómo la tensión se vuelve espesa en el aire mientras Mark y Gina se miran desde los extremos de la celda.

Entonces Mark resopla y sacude la cabeza.

—Loca de mierda. Si fueras la mitad de guapa que ella, no estarías tan celosa.

—Ya no es tan guapa.

Mark se pone de pie de un salto y se dirige hacia Gina a grandes zancadas.

Ella no se aparta, solo levanta las manos en una especie de postura de kárate.

—¡No, espera! —grita Tommy.

Es entonces cuando la cerradura de la puerta se abre de golpe.

MARK

Mark desenrosca el tapón de la botella. Luego duda un poco, mirando a los agentes sentados frente a él.

—Esta ya está abierta —dice Mark.

La mujer levanta una ceja.

—¿Y? ¿Esperáis que me la beba?

—Eres libre de no hacerlo.

Mark vuelve a dejar la botella sobre la mesa.

—No voy a dejar que me droguéis con algún suero de la verdad o algo así.

El agente —un tipo corpulento, de unos cuarenta años, que parece más un levantador de pesas retirado que otra cosa, junta su par de manos enormes sobre la mesa.

—No drogamos a la gente, Mark. Eso solo pasa en Guantánamo.

—¿Ah, sí? Me gustaría confiar en vosotros, pero… —Mark se encoge de hombros—. Perdón, ¿vuestros nombres eran?

—John Nygaard —dice el hombre con paciencia—. Ella es Else Holm.

—Si no os importa, creo que os llamaré poli bueno y poli malo. Mucho más fácil de recordar. ¿Quién quiere ser el malo?

Los agentes se limitan a mirarle.

La sala no tiene un espejo unidireccional ni fluorescentes sobre la mesa. También es mucho más pequeña de lo que Mark imaginaba. No hay muebles, aparte de la mesa, el banco y las dos sillas que ocupan los agentes, lo cual deja bastante claro cuál es la finalidad del lugar.

—¿Es que tienes algo que ocultar? —pregunta la agente. Podría ser guapa de no ser por su nariz, demasiado fina, que le da al rostro un aire afilado—. ¿Por eso no quieres arriesgarte a beber un suero de la verdad?

Mark se encoge de hombros.

—Tengo un montón de cosas que no son asunto vuestro. Como dónde escondo mi colección de consoladores anales.

El agente no se inmuta. Solo echa un vistazo con calma a la tableta frente a él.

—Ya estuviste en la cárcel.

—Así es. Fui un chico malo en mis años mozos.

—¿Pero ya no lo eres?

—No. Cambié de vida. Tengo trabajo. Incluso dejé de beber.

—Bien por ti, Mark —dice la mujer—. ¿Y ya no tienes relación con nadie de tu entorno anterior?

Mark le dedica una sonrisa.

—¿Estás preguntando si puedo conseguirte algo?

Mark no puede evitarlo. Le han arrestado varias veces, pero esta es la primera en la que realmente es inocente. Lo único que ha hecho es defenderse a sí mismo y a Erika. No pueden acusarle de nada. Le cabrea que aun así lo traten como a un criminal.

—Mira —dice el agente—. Esto irá mucho más rápido si dejas esa actitud y simplemente respondes a nuestras preguntas. Tenemos que interrogar a mucha más gente.

—Perdón —dice Mark con sinceridad—. Intentaré portarme mejor.

—Puede que esto te parezca una broma —continúa la agente—, pero hasta ahora llevamos más de dos mil muertos. Esto es como nuestro once de septiembre, ¿lo entiendes? No nos ha pasado algo así desde la Segunda Guerra Mundial.

—Estoy de acuerdo, la situación es una mierda —asiente Mark—. Pero ya os he dicho que no tengo nada nuevo que aportar. ¿Queréis que sea sincero? Muy bien, entonces decidme por qué coño estoy aquí hablando con un par de agentes de Seguridad Nacional.

—Porque esto es un asunto de seguridad nacional —responde la mujer con un tono como si fuera evidente.

—¿Así que creéis que ha sido un atentado?

—No estamos elaborando teorías todavía. Solo…

—Pues yo sí creo que lo ha sido. Y creo que deberíais estar interrogando a otra gente sobre lo que ha pasado. A los que lo provocaron, por ejemplo.

—Empezaremos contigo —dice el agente, consultando de nuevo el ordenador—. Dos de tus compañeros te vieron mirar al cielo justo después de que sucediera esto. ¿Y tú dices que viste lo que había allí arriba?

Mark asiente.

—Así es. ¿Queréis que lo dibuje? Se me da bastante bien dibujar mierdas.

—Limítate a describirlo de nuevo, por favor.

—A mí me pareció un satélite.

—¿Has visto un satélite antes?

—En la tele, claro.

—¿Sabes que los satélites no se ven a simple vista?

—No —dice Mark, negando con la cabeza—. No lo sabía.

—Si se pudieran ver, el cielo estaría lleno de ellos. Así que si no era un satélite, ¿qué crees que podría haber sido?

Mark lo piensa un momento.

—¿Un dron?

La agente vuelve a levantar una ceja —una costumbre molesta, por lo visto—.

—Estás convencido de que era algún tipo de tecnología, ¿verdad?

—Es mi mejor suposición, sí.

—Dices que podría haber sido un dron. ¿De quién?

—No logré ver la matrícula.

—¿Y por qué estaba allí?

—De nuevo: eso deberíais preguntárselo a los que lo pusieron ahí.

La agente anota algo en su bloc.

El hombre se limita a observar a Mark. Luego abre sus enormes manos, mostrando las palmas.

—Te lo diré con franqueza, Mark: personalmente no creo que hayas causado este incidente ni que tengas nada que ver con lo que ha pasado, en realidad. Pero no importa lo que yo piense. Tenemos que

sacar todo a la luz, y no vas a irte hasta que nos convenzas de que no estás ocultando nada.

—No os estoy ocultando nada —dice Mark sin dudar—. No sé qué más queréis que os diga.

La mujer interviene de nuevo:

—Hasta ahora hemos contabilizado al menos mil personas afectadas por lo que sea que haya sido esto. De todas las pobres almas que, a falta de mejor término, perdieron la cabeza al mirar al cielo, ninguna ha sido capaz de contar lo que vio allí arriba porque, bueno… perdieron la cabeza. Las únicas dos excepciones sois tú y uno de tus compañeros de celda. Así que comprenderás por qué estamos tan interesados en saber exactamente qué visteis.

—¿Dos excepciones? —pregunta Mark—. ¿Y qué hay de…? —Se interrumpe, al darse cuenta de que uno de sus compañeros de celda ha mentido a la policía diciendo que no miró al cielo.

Seguramente fue ese enano molesto, ¿cómo se llamaba? Listo de mierda. Yo también debería haber mentido, así no estaría aquí sentado…

—¿Qué hay de qué, Mark? —pregunta el agente.

Mark siempre ha sabido improvisar una mentira convincente cuando lo ha necesitado. Es lo que ha mantenido en secreto su relación con Erika durante tanto tiempo. Incluso ahora, no duda ni un segundo:

—¿Qué hay de toda esa gente que se quedó ciega? ¿Queréis decir que ni uno solo ha podido contaros nada?

—Hasta ahora, ninguno ha salido de ese estado.

—Bueno… ya os he dicho que puedo dibujarlo. —Cruza los brazos sobre el pecho.

Los agentes intercambian una mirada. Luego dice la mujer:

—No sé si lo has oído, pero lo que ha pasado en esta ciudad no ha sido el único incidente de hoy.

—He oído que ocurrió en otros dos sitios.

—Así es. Al menos aquí en Dinamarca.

Mark se endereza un poco.

—¿Queréis decir que también ha pasado en otros países?

Ella asiente.

—Estamos recibiendo informes de toda Europa. Dos minutos antes de entrar aquí contigo, empezamos a recibir información de Estados Unidos, Corea y Australia también. Esto es un fenómeno global, Mark. Probablemente cambiará el mundo para siempre. Así que, por favor, repasémoslo una vez más, desde el principio…

—Joder…

—¿Cuándo fue la primera vez que notaste que algo extraño estaba ocurriendo?

GINA

Mientras observa las calles desfilar tras la ventana del autobús, Gina no deja de recordar lo que acaba de vivir.

Sigue oyendo el sonido de la clavícula del skater rompiéndose al caer al suelo. Sigue sintiendo las manos de la mujer apretándole el cuello, con una fuerza sobrenatural, estrangulándola.

Pero lo que más la atormenta es la joven con la mochila.

«Podría haber sido perfectamente uno de mis chicos», piensa Gina.

El simple pensamiento de que Victor o Anton pudieran haberse quedado ciegos y enloquecidos basta para que Gina se estremezca y suelte un sonido involuntario.

La chica sentada frente a ella la mira.

—Todo esto es una locura, ¿verdad?

Asiente hacia la pantalla suspendida del techo. Están mostrando escenas del centro de la ciudad. Coches de policía y ambulancias por todas partes, escombros y bolsas con cadáveres esparcidas por las calles. El titular es:

¡Caos y matanzas en tres ciudades!

—Aún no saben qué lo causó —prosigue la chica—. Al menos no lo dicen. Dios, qué suerte que no estaba allí. Iba a quedar con una amiga en el centro comercial, ¿sabes? Pero el coche no arrancaba y llegaba tarde. O sea, ¿qué suerte, no?

Gina no sabe qué decir, pero tampoco hace falta, porque el teléfono de la chica suena y ella contesta al instante.

—¿Mamá? Sí, ya voy. No, no, estoy bien.

Gina vuelve a mirar por la ventana. Esta parte de la ciudad parece completamente normal. Coches aparcados en orden a los lados de la calle. Gente paseando. Ventanas intactas. Es un contraste desconcertante con las escenas del televisor.

Gina todavía no puede creer que le haya mentido a las autoridades.

Desde hace tiempo se había propuesto a ser honesta en todas las situaciones de la vida, bueno, en casi todas, y ocultar información a la policía que pudiera ayudarles a resolver esta crisis y averiguar lo que ha pasado le parece algo horrible.

Pero no podía arriesgarse a quedarse atrapada en esa sala durante horas. Había visto suficientes series policíacas como para saber lo que significaba que te llevaran a una habitación pequeña con dos agentes de traje sentados frente a ti.

Tenía que ir a buscar a sus hijos. Ellos eran su prioridad. Siempre lo habían sido y siempre lo serían. Al parecer, incluso la seguridad nacional quedaba en segundo plano.

Los agentes le hicieron un montón de preguntas, le pidieron que describiera con detalle todo lo que había vivido. Y ella se lo contó…

excepto por la parte en la que miró al cielo.

Cuando se lo preguntaron directamente, respondió que no, que no había mirado. Había deducido por la situación que mirar al cielo era un error fatal, así que afirmó haber mantenido la vista baja.

En todo caso, esa habría sido la opción más inteligente. Pero Gina sí había mirado. Por lo que sabía, debería haber corrido con la misma suerte que esas otras pobres almas. Por algún motivo desconocido, sin embargo, estaba bien. Igual que Tommy y Mark. Y quién sabe cuántos más.

Cuando los agentes consideraron que Gina no tenía nada más que aportar, la dejaron marchar. Y como su coche estaba aparcado en el centro (que probablemente quedaría cerrado al paso durante un par de días al menos), Gina se dirigió directamente a la parada de autobús más cercana.

Por fin aparece el colegio de sus hijos a lo lejos. No hay mucha gente en el autobús a estas horas de la tarde, ya que la mayoría ha salido del trabajo o del colegio, así que Gina es la única que se baja cuando el autobús se detiene.

En cuanto se marcha, cruza la calle y entra corriendo en el patio del colegio. Y ahí los ve, sentados en las escaleras de la entrada principal. Anton está jugando con el móvil y Victor se entretiene intentando equilibrar un palo sobre el dorso de la mano.

El corazón de Gina da un vuelco de alivio mientras corre hacia ellos.

—¡Dios, qué alegría veros!

Se agacha para cubrirles las mejillas de besos, algo que ellos detestan que haga en público. Ahora mismo, a Gina eso le da igual.

Y probablemente, por la situación, ellos tampoco no protestan.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta Anton, guardando el teléfono—. Dijeron que el padre de Frederik estaba allí cuando pasó todo y no saben si está bien.

—¡Y la abuela de Lisa, la de séptimo, ha muerto!

—Estoy bien, no me ha pasado nada —les asegura Gina—. La policía vino y me ayudó.

—¿Entonces por qué te llevaron a la comisaría? —pregunta Victor —. ¿Te arrestaron o algo?

—No, solo necesitaban hablar conmigo. Están intentando averiguar qué ocurrió, así que es importante hablar con todos los que estuvimos allí.

«Y no les ayudé mucho precisamente, mintiendo y saliendo de allí por patas…», piensa Gina.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta Victor—. Estaban diciendo de todo. Que si eran terroristas. O un ataque de quimo.

—Ataque químico, idiota —le corrige Anton.

—Sed amables —dice Gina, tomándoles de la mano—. Vamos, tenemos que coger el próximo autobús.

—¿Fueron terroristas, mamá? —insiste Victor mientras caminan—. ¿Viste a alguno?

—¿Tenían armas? —pregunta Anton—. ¿Como en el *Counter Strike*?

—¿Qué fue lo que hizo que la gente se quedara ciega, mamá? ¿Les pasó algo en los ojos?

—¿Y cómo es que tú no te quedaste ciega, mamá? ¿Eras como…?

—A ver, escuchad —dice Gina, deteniéndose.

Los coloca frente a ella para poder mirarles a los ojos. Apenas necesita flexionar las rodillas, de lo mucho que han crecido este último año. Mide un metro setenta, que no es poco para una mujer, y aun así sus hijos pronto la superarán. Evidentemente han heredado la estatura del padre…

Gina aparta ese pensamiento con firmeza. Es lo último que quiere tener en mente ahora mismo.

—No sé qué fue lo que pasó —dice, mirándolos uno por uno—. Nadie lo sabe. Aún no. Pero estoy segura de que la policía lo averiguará. Y también se asegurarán de que no vuelva a ocurrir.

—Pero, mamá…

—Déjame terminar. Fue terrible lo que pasó. Peor incluso que esas películas que no quiero que veáis.

Piensa un momento, eligiendo las palabras. Su compromiso con la honestidad se extiende también a sus hijos. Decidió hace mucho, cuando empezaron a hablar y a entender, que no quería mentirles salvo que fuera estrictamente necesario. Incluso las cosas difíciles de afrontar se volvían más manejables si se podían hablar abiertamente.

La única gran mentira entre ellos era la del padre.

Se los contará. Algún día. Cuando estén preparados. Cuando ella lo esté.

Gina respira hondo.

—Algunas personas salieron heridas. Algunas incluso murieron. Y es cierto que mucha gente se quedó ciega. Todos han sido llevados al hospital y los médicos están haciendo todo lo posible por ayudarles. Quizá vuelvan a ver. No lo sé. Hay muchas cosas que no

sé. No tengo ni idea de lo que ocurrió allí. Puede que fueran terroristas. Puede que fuera otra cosa. Como he dicho, la policía lo descubrirá.

Les da tiempo para procesarlo. Luego continúa.

—Ahora quiero que escuchéis con mucha atención. Esto es lo más importante. —Hace una pausa y luego dice despacio—: No sé si volverá a pasar. Quizá no. Pero si pasa, tenéis que recordar una cosa: no miréis al cielo. ¿De acuerdo? Sea lo que sea lo que hizo que la gente se quedara ciega, estaba en el cielo. Pero si no lo miráis, no os pasa nada.

—Entonces… ¿tú no lo miraste, mamá? —pregunta Victor, sin aliento.

Gina elige su respuesta con cuidado. Llega a la conclusión de que esta es una de esas escasas ocasiones en las que proteger a sus hijos implica ocultarles la verdad.

—No. No lo hice. Por eso estoy bien. Y si de repente veis que la gente empieza a mirar al cielo, vosotros no. Mantened los ojos en el suelo y echad a correr todo lo rápido que podáis. Os encontráis el uno al otro y os alejáis de allí. ¿Vale?

La miran con los ojos muy abiertos y pálidos. Luego asienten al mismo tiempo.

—Bien —dice Gina—. Sé que da miedo. Yo también tuve miedo. Pero si mantenéis los ojos bajos, estaréis bien. Y además, puede que no vuelva a pasar. Solo tenemos que asegurarnos de saber qué hacer si ocurre. ¿De acuerdo? Como hicimos el verano pasado, cuando os enseñé a hacer la reanimación antes de ir a la playa. ¿Os acordáis de lo que os dije entonces?

—Cabeza hacia atrás, tapar la nariz, soplar en la boca —recita Anton.

Gina sonríe.

—Exacto. Pero me refería a lo otro, a lo de no tener miedo.

—Ah, sí —dice Victor—. Que no hay que tener miedo de que pase algo malo, solo hay que saber qué hacer si pasa.

—Exactamente —dice Gina—. Esto es lo mismo. No vamos a vivir con miedo. Solo vamos a ser precavidos.

Los chicos asienten con la cabeza.

—Vale, en ese caso, ¿qué haríais? .

—Bajamos la vista —dice Anton.

—Nos encontramos y corremos tan rápido como podamos —añade Victor.

—Eso es. —Gina les aprieta los hombros—. Qué suerte tengo de tener unos chicos tan valientes. —Se endereza—. ¿Y si nos damos un capricho y vamos al McDonald's?

—¡Guay! —dice Victor—. Me muero de hambre.

Se dirigen al restaurante que hay a una manzana de distancia. Victor empieza a hablar de otras cosas, como el nivel en el que está en su juego online y lo que hizo durante el recreo. Siempre ha sido el hablador, mientras que Anton tiende a adoptar el papel del más callado. Y ahora también lo hace, caminando junto a Gina, mirando al suelo, frunciendo un poco el ceño.

—¿En qué piensas, Anton? —pregunta Gina.

Él la mira. Luego se encoge de hombros.

—Estaba pensando que estoy orgulloso de ti, mamá.

Las palabras casi hacen que se detenga en seco.

—Ya sabes, por haber salido bien de todo eso. Me dio mucho miedo que te pasara algo, como a toda esa gente que dijeron que había resultado herida o… muerta.

—Sí, a mí también —añade Victor—. También estoy orgulloso de ti, mamá.

Un nudo en la garganta y un torrente de lágrimas le suben de golpe, pero Gina logra contenerlos. Nunca llora delante de ellos si puede evitarlo, así que en lugar de eso, los abraza.

—Bueno, yo también estoy orgullosa de vosotros. ¡Vamos, que esas hamburguesas nos están esperando!

TOMMY

En cuanto abre la puerta de casa, oye a su madre llorar. Ve el jersey rosa de Melissa colgado en el perchero y se plantea, por un momento, escabullirse a su cuarto sin anunciar su presencia.

Pero decide no hacerlo. Respira hondo y entra en la cocina llena de humo. Su madre y su hermana están sentadas una frente a la otra, ambas con cigarrillos en la mano, compartiendo un plato que ya hace de cenicero desbordado.

Su madre llora desconsoladamente y Melissa ha conseguido exprimir unas cuantas lágrimas de simpatía. La única persona por la que Tommy siente aún menos afecto que por Charles quizá sea su tía Melissa. Cuatro años más joven que su madre, Melissa es aún más manipuladora. Desde que Tommy era pequeño, se ponía nervioso cuando ella estaba cerca, sin saber nunca qué iba a hacer o decir, temiendo sus repentinos cambios de humor.

—Hola, mamá. Hola, Melissa.

Solo Melissa le oye —su madre está demasiado ocupada llorando. Ella alza la vista y su expresión cambia de tristeza a reproche.

—Ahí está, Birte. Por fin.

La madre de Tommy alza la vista hacia su hermana, confusa, y luego mira a Tommy.

—¡Ay, Tommy! ¿Te has enterado? ¡Charles ha muerto! —dice su madre seguido de un nuevo estallido de llanto.

—Lo sé —dice Tommy—. Yo estaba allí.

—¿Por qué no has llamado? —exige Melissa—. Tu pobre madre estaba muerta de preocupación por ti.

«Seguro que sí», piensa Tommy, mirando las botellas de vino sobre la mesa. La mayoría están vacías.

Tommy sabe que su madre no guarda alcohol en casa. Obviamente, son cortesía de su hermana. La inconfundible Melissa. Siempre se puede contar con ella cuando la necesitas. Ocho semanas de sobriedad por la borda.

Aunque Tommy no se sorprende. Así es como su madre ha afrontado siempre las adversidades. Cada ruptura, cada pérdida, cada dificultad le ha llevado siempre a caer en picada. De hecho, se habría sorprendido si no hubiera recaído.

—Me quitaron el móvil —dice Tommy, dirigiéndose a su madre y no a Melissa—. La policía. No me lo devolvieron antes de dejarme ir. Para entonces, la batería ya estaba agotada.

No era del todo cierto, pero era lo bastante cercano.

Su madre le mira de nuevo, sorbiéndose los mocos.

—¿Te… arrestaron? ¿Por qué? ¿Qué hiciste, Tommy?

—Nada —responde él—. Nos llevaron a todos a la comisaría. A todos los que… sobrevivieron.

Se arrepiente de inmediato de haber dicho esa última palabra, pues provoca otro ataque de llanto en su madre.

—¿Quieres decir que ni siquiera te dejaron llamar a tu madre? —dice Melissa, aspirando de su cigarrillo y cerrando un ojo al pasarle el humo por delante de la cara—. Me cuesta creerlo.

«Me da igual lo que creas», piensa Tommy, pero no dice nada. No quiere verse arrastrado a algún problema. Solo quiere irse a su cuarto. Son las ocho, y apenas tiene hambre. Durante todo el camino a casa, su mente ha estado dando vueltas. No ve el momento de conectarse y ver qué dice la gente sobre todo esto.

—Voy a mi cuar...

—¿Te lo puedes creer? —interrumpe su madre—. Está realmente muerto, Tommy. El pobre Charles. Ha muerto y se ha ido. Me llamaron y me dijeron que… que había muerto en un accidente de tráfico.

—Lo siento, mamá.

—No lo pareces mucho —dice Melissa, sirviéndose otra copa de vino—. ¿Te das cuenta de que tu madre acaba de perder a su alma gemela? Es la segunda vez que se le rompe el corazón. ¿Es demasiado pedir que la abraces?

Solo la mención de su padre es suficiente para que Tommy se tense. Odia cuando Melissa habla de su padre. Él y Melissa no se soportaban, y mientras vivió, su presencia mantenía a Melissa a distancia.

No hacía falta tener un título en psicología para ver que Melissa veía a Tommy como la reencarnación de su padre. No es que a Tommy le molestara esa imagen —siempre tuvo una relación mucho más estrecha con él. La pérdida de su padre fue el mayor golpe que ha recibido en su vida, y en las noches más silenciosas se sorprendía deseando que hubiera sido su madre quien tuviera cáncer en lugar de él.

Por supuesto, luego siempre se sentía culpable.

No odia a su madre, ni mucho menos le desea la muerte. En realidad, no siente nada por ella. Son como compañeros de piso que comparten el mismo techo techo y un poco más. Es casi como si tuvieran un acuerdo tácito de no entrometerse en la vida del otro. A su madre no le importa lo más mínimo cómo le va a Tommy en el colegio o con sus amigos, y Tommy siente lo mismo respecto al trabajo y las relaciones esporádicas de su madre.

La mayoría de los días, ni siquiera hablan. Pueden pasar semanas sin compartir una comida.

Tommy no recuerda la última vez que se abrazaron.

¿Fue en el funeral de su padre? Tal vez.

—Creo que me voy a mi cuarto —dice Tommy, sin mirar a Melissa.

—¿Y el abrazo? —insiste ella—. ¿Tu pobre madre está hecha pedazos y ni siquiera intentas consolarla?

Tommy tiene ganas de decirle a Melissa que se meta en sus propios asuntos. Pero logra contenerse.

Su madre lo mira, y él puede ver sus ojos llorosos y el rímel dibujando líneas negras por sus mejillas. Ella sonríe y le extiende los brazos torpemente.

Tommy se acerca, se inclina y la abraza con rigidez. Es una sensación muy rara y muy incómoda. Su madre huele a una mezcla repugnante de lágrimas saladas, vino, perfume y humo. Su piel está sudorosa pero fría al tacto. Sus brazos delgados le aprietan un instante, sin una ternura real, y luego le sueltan.

Él se levanta, está a punto de irse (después de haber cumplido con su deber), cuando su madre, inesperadamente, le agarra la mano.

Le sonríe, con el labio inferior tembloroso.

No dice nada al principio, y Tommy se siente aún más incómodo que con el abrazo. Siente la mirada de Melissa sobre ellos, observándolo todo. Teme lo que pueda decir su madre. Teme que diga algo como «Me alegro de que estés bien», o «¿Cómo te sientes?» o «Debes de haber pasado por mucho, ¿quieres hablarl?»

Lo que dice es mucho peor.

—Te quiero, Tommy.

Tommy intenta sonreír. Se le queda más en una mueca.

—Yo también te quiero, mamá.

Las palabras salen a duras penas, como el último resto de pasta de dientes de un tubo vacío.

Luego retira suavemente su mano de ese agarre húmedo y se dirige a la puerta.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —dice Melissa, con voz de triunfo agrio, mientras Tommy deja la cocina.

Se apresura a entrar en su cuarto, cierra la puerta y un escalofrío violento recorre su cuerpo, liberando toda la tensión acumulada. El movimiento le causa dolor en las costillas, y recuerda que debe

tomar dos analgésicos más antes de irse a dormir. Eso fue lo que le dijo el médico de la comisaría después de examinarle.

Increíblemente, Tommy no se había roto ni dislocado nada. Y tras auscultarle, el médico concluyó que tampoco había daños internos. Tommy solo tenía que soportar el dolor durante una semana aproximadamente.

Sus pensamientos empiezan a girar en círculos furiosos en torno a Melissa. Cosas que debería haber dicho. Pero los aparta. Se dice a sí mismo que tiene algo más importante en lo que concentrarse.

Enciende el ordenador y pone su teléfono a cargar conectado al mismo.

El cuarto de Tommy, aunque no está peor que el resto de la casa, muestra señales claras de ser el dormitorio de un adolescente. Ropa sucia tirada por el suelo. Cajas de pizza y latas vacías de refresco amontonadas sobre la mesa. Y el olor no es precisamente agradable.

Abre la ventana que da a un callejón estrecho, con la casa de enfrente tan cerca que casi podría tocarla. Al sacar la cabeza, puede distinguir el cielo azul oscuro del anochecer, e instintivamente lo mira. No hay ninguna grieta, solo un avión muy alto, dejando un triángulo blanco de humo a su paso.

Se sienta frente al ordenador e inicia sesión.

Tommy pasa la siguiente hora navegando por todos los foros, sitios de noticias y redes que se le ocurren. Incluso revisa las redes sociales, algo que normalmente evita. Facebook y Twitter resultan bastante útiles, ya que varios *hashtags* están en tendencia y cientos de miles de personas han publicado sobre el incidente.

Algunos usuarios se han tomado la molestia de recopilar toda la información disponible, y esas publicaciones ayudan mucho a Tommy. Aunque algunas son engañosas, mezclando hechos con teorías personales.

Encuentra al menos diez hipótesis distintas sobre lo ocurrido: algunas muy imaginativas, otras más realistas, pero intenta no dejarse llevar por ninguna conclusión. Quiere formar su propia opinión basándose en la mayor cantidad de hechos posible.

Queda claro de inmediato que los incidentes fueron un fenómeno global, afectando a prácticamente todas las naciones del mundo. Incluso países pequeños como Dinamarca tuvieron al menos un par de casos, mientras que grandes naciones como China o Estados Unidos recibieron varios cientos. Un usuario ha publicado un mapa interactivo mundial, donde otros pueden marcar la ubicación de sus incidentes locales. Hasta ahora, el mapa cuenta con un total de 4.378. Y la cifra no deja de aumentar.

Lo siguiente que descubre Tommy es que los incidentes no ocurrieron de forma perfectamente simultánea. Todo indica que se propagaron en sentido opuesto al de las zonas horarias: comenzaron en Asia Central y continuaron hacia el oeste, con los últimos registros produciéndose unos veinte minutos después.

Todos duraron exactamente dos minutos y medio, aunque la cantidad de personas afectadas varió mucho según el lugar. En zonas rurales, fueron entre cinco y diez los que quedaron ciegos, mientras que en ciudades como Tokio, Delhi o Nueva York, se contaban por miles. En algunos lugares con escasa autoridad

policial, los ciegos ni siquiera habían sido neutralizados todavía, y los asesinatos seguían en curso.

La hora del día también influyó en cuántas personas fueron afectadas, lo cual tenía sentido. La costa este de Estados Unidos, por ejemplo, sufrió un golpe mucho más fuerte que la costa oeste. Eran las ocho de la mañana cuando los incidentes llegaron a Nueva York, con millones de personas camino al trabajo, mientras que en Los Ángeles, con cuatro horas menos, la mayoría aún dormía.

En cuanto a la grieta —o lo que fuera aquello en el cielo—, cualquier mención de ella resulta difícil de encontrar. Finalmente, Tommy da con el testimonio de una anciana en Canadá que asegura haber visto una figura en forma de estrella en el cielo. Alguien en París también la vio. Y un par de personas en Rusia. Aunque los testimonios son escasos, las descripciones son lo bastante claras como para que Tommy se convenza de que quienes dicen haberla visto, vieron lo mismo que él, Mark y Gina.

Lo que lleva a la pregunta: ¿era la misma grieta? ¿O aparecieron varias? Dado que el cielo no puede agrietarse de verdad, Tommy concluye que la grieta debe de haber sido o una ilusión óptica, una visión psicótica colectiva o algo sobrenatural.

La mujer de Canadá incluso la vio de madrugada, cuando el cielo aún estaba oscuro. En su descripción menciona que una luz extraña, de otro mundo, salía de la grieta, y por eso pudo verla.

De pronto, Tommy se topa con una web de noticias polaca que acaba de publicar un artículo hace cinco minutos con el titular: «Una foto de móvil muestra un objeto desconocido en el cielo.»

El corazón de Tommy da un vuelco mientras la página carga. Pasa de largo el texto. Se trata de una mujer en Polonia que logró sacar una foto del cielo justo antes de que empezara todo.

Al ver la imagen, Tommy se queda paralizado.

—Joder…

Allí, en mitad de un cielo nublado, está exactamente la misma grieta que vio él. La imagen está algo desenfocada, y los editores del sitio web debieron ampliarla bastante.

Tommy —recordando la foto que tomó él mismo— coge su móvil. Lo enciende y abre la galería.

La imagen es mejor de lo que esperaba. Mejor que la de la página polaca. Solo con mirarla de nuevo se le pone la piel de gallina. La policía le hizo enviarla como prueba, así que ellos también la tienen. Pero probablemente no la harían pública.

«Tengo que subirla. Tengo que enseñársela a los demás. Como advertencia, por si vuelve a suced—»

Tommy casi deja caer el móvil cuando la puerta de su cuarto se abre sin previo aviso.

Se gira y ve a Melissa, con un cigarrillo en la mano. Observa la habitación con una mezcla de desdén y desinterés.

—¿No sabes llamar antes de entrar? —pregunta Tommy, sin poder ocultar la indignación en su voz. Discretamente, guarda el móvil en el bolsillo.

—He llamado. Tú no lo oíste. Y no me gusta tu tono.

—Pues no quiero hablar. Por favor, vete.

Melissa le da una calada al cigarrillo.

—¿No crees que deberías pasar un rato con tu madre ahora, en lugar de estar jugando con el ordenador? Le vendría bien algo de consuelo, ¿sabes?

—¿No estás tú para eso?

—No me vengas con eso. Me voy pronto. Tengo otras personas de las que ocuparme, ¿sabes?

Tommy no tiene ni idea de a quién se refiere. Melissa nunca se casó ni tuvo hijos. Gracias a Dios.

—Pues estoy ocupado —le dice.

Melissa le lanza una mirada como si acabara de soltar un insulto.

—Eres su hijo. Ahora eres lo único que le queda. No creo que llegues a entender por lo que está pasando tu pobre madre. Perder a alguien a quien amas profundamente…

—Yo también pasé por eso, ¿sabes? —le interrumpe Tommy. Se arrepiente de inmediato.

Melissa frunce el ceño.

—¿Hablas de tu padre? Pues siempre pensé que estarías mejor sin él, así que tampoco…

Tommy se pone en pie de un salto.

—¡Lárgate! ¡Fuera de mi cuarto!

Melissa se queda con el cigarro en la mano, a medio camino de la calada, y le mira fijamente.

—¿Qué demonios te pasa? —susurra, bajando la mano—. ¿Gritarme así? ¿De verdad crees que este es el mejor momento para ponerte a hacerte el chulo?

—¡Que te vayas! —repite Tommy, señalando la puerta como un árbitro expulsando a un jugador—. Lo digo en serio, Melissa. No

quiero hablar contigo. ¡Fuera!

Melissa niega con la cabeza, no porque se niegue a marcharse, sino porque no puede creer lo que está oyendo.

—Tu madre se merece un hijo mejor que tú. Eres igual que tu padre.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Claro que sí. Pregúntate una cosa: ¿crees que estaría orgulloso de ti ahora? —Sacude el cigarro con el dedo índice y una gran ceniza cae al suelo. Luego se da la vuelta y cierra la puerta.

—Jódete —murmura Tommy, sintiendo una oleada de emociones arremolinándose en su garganta, queriendo salir en forma de grito. Traga saliva con fuerza para contenerlas. Al cabo de medio minuto, logra volver a sentarse, cerrar los ojos y respirar hondo.

Melissa siempre sabe cómo hacerle daño. Es una experta en encontrar los puntos débiles de las personas y apretarlos tanto como le apetezca. Después de que muriera su padre, Melissa encontró el modo perfecto de hurgar en lo que ya era una herida abierta para Tommy.

Había tenido episodios de ira repentina e inexplicable. En el colegio, si alguien le decía lo incorrecto, se ponía rojo y apretaba los dientes. Incluso se peleó una vez con Johan. Tommy habría acabado en el suelo si un par de profesores no los hubieran separado.

Antes de que a su padre le diagnosticaran el cáncer, Tommy estaba hablando con una chica del pueblo de al lado, y estaban a punto de empezar algo serio cuando todo cambió. Louise le dio su espacio durante esas duras seis semanas que pasó casi por completo en el

hospital, y cuando su padre falleció, ella volvió a ponerse en contacto.

Pero Tommy ya no era el mismo.

Su padre había sido la única persona en el mundo con la que Tommy sintió una conexión real. Y ahora se había ido, demasiado pronto, dejando a Tommy solo frente al mundo, sin nadie que estuviera de su lado. Aquello casi lo destrozó.

Desde entonces, ha mejorado un poco su temperamento. Al menos ahora los ataques de ira solo aparecen de vez en cuando. En un momento dado, parecía que lo iban a expulsar del instituto, pero empezó a ver a Gitte, su psicóloga, y ella le ayudó a entender por qué estaba tan enfadado. Cómo se sentía culpable, triste y engañado por la vida. Cómo resentía a su padre por dejarle y cómo, al mismo tiempo, aún le quería. Todo era muy confuso.

Pero Tommy logró encontrar la claridad suficiente para mantener la ira bajo control cuando era necesario, y eso le salvó de ser expulsado. Dejó de ir a ver a Gitte tras seis meses.

Fue más o menos cuando empezó a llevar el cuchillo al instituto. No pensaba usarlo. Solo era un elemento disuasorio contra Johan o cualquiera que quisiera meterse con él. Ahora el cuchillo ha desaparecido. Probablemente siga tirado en el suelo de la tienda de ropa, cubierto de sangre del cuello de aquella mujer gorda.

Tommy se mira la mano. Se la ha lavado varias veces. No hay señales de sangre.

Y sin embargo, todavía puede sentirla.

«La maté. Soy un asesino.»

Tommy deja escapar un largo suspiro y cierra los ojos. Ha sido un día de locos. Tiene la cabeza embotada por el cansancio. Tal vez le ayude dormir un poco.

Apaga el ordenador y se quita la camiseta, haciendo una mueca cuando al alzar los brazos le provoca un latigazo de dolor en el costado. Mira su torso delgado y ve un enorme hematoma oscuro que va desde el pezón izquierdo hasta la cadera.

—Menos mal que te apartaste a tiempo —le había dicho el médico —. Un segundo más tarde, y estarías muerto seguro.

Tommy se toma dos analgésicos y se mete en la cama.

MARK

Son las diez y media de la noche cuando Mark mete la llave en la cerradura.

Podría haber llegado a casa una hora antes, pero pasó por el hospital para ver cómo estaba Erika. Aparte de la nariz rota y dos dedos dislocados, estaba bien. No quería que se marchara, pero él le dijo que no podía pasar la noche en el hospital, y por supuesto ella sabía por qué. Además, sus padres llegarían en cualquier momento, ya que habían cogido el primer avión en cuanto se enteraron de lo ocurrido.

En cuanto Mark entra en el recibidor, nota que Camilla está despierta. Al quitarse los zapatos, oye una voz procedente del salón.

—… Creo que ya ha llegado… —Se oyen pasos, y la puerta del salón se abre. Camilla está allí, con el teléfono pegado a la oreja, observándole de arriba abajo—. Sí, es él. Te llamo mañana, papá. —Cuelga y deja el móvil sobre su vientre prominente—. Me estabas preocupando.

—Te dije que me retuvieron para interrogarme —murmura Mark, quitándose los zapatos.

Camilla le había llamado en cuanto se enteró del incidente y supo que la oficina de Mark estaba justo en medio del caos. Hablaron brevemente mientras él se dirigía al hospital.

—¿Estás bien? —pregunta, inclinando la cabeza para mirar el vendaje que le cubre la oreja—. Dijiste que no estabas herido.

—No es nada grave —responde Mark, apartándose de ella mientras se obliga a darle un beso en la mejilla; algo que no hace desde hace mucho. Pretende tranquilizarla, pero parece lograr el efecto contrario.

—¿Seguro que estás bien? Por lo que dijeron, debió de ser muy…

—Estoy bien —la corta él, entrando en el salón.

Se deja caer en el sofá y se pasa una mano por el pelo. La tele está en silencio, sintonizada con un canal de noticias local que muestra imágenes del centro de la ciudad grabadas más temprano.

Saca su móvil y cambia de canal a uno de comedia. Dan Padre de familia. Agradece ver algo en lo que pueda perderse sin pensar demasiado. Pero siente a Camilla de pie, detrás de él.

—¿Qué? —pregunta, con un tono mucho más brusco de lo necesario—. Mira, solo quiero sentarme y desconectarme de todo. Ha sido un puto día de mierda.

—¿No quieres al menos hablar de ello?

—Ya he hablado suficiente.

—Estuve muerta de miedo.

—¿Así que ahora se trata de ti?

Camilla suspira.

Mark espera que se marche.

En su lugar, se sienta en el reposabrazos, frente a él.

—Está bien si no quieres hablar de lo que pasó o de cómo te sientes. Entiendo que necesites tiempo para asimilarlo. Solo me alegro de que hayas vuelto sano y salvo.

Mark la mira a pesar de sí mismo. El tono cálido de su voz le resulta tan ajeno que casi había olvidado cómo sonaba.

—Sí, yo también —murmura.

Ella le observa con expresión triste.

—¿Qué pasa? —pregunta él, temiendo la respuesta.

—Es solo que… —Aprieta los labios y aparta la mirada, con los ojos humedeciéndose—. Lo siento, ya sé que odias que llore. No puedo evitarlo, son estas malditas hormonas.

—Está bien. Solo dime qué te ronda la cabeza.

Ella se muerde el labio, se limpia una lágrima que le cae por la mejilla con los dedos, todavía sin mirarle.

—Lo de hoy… me ha hecho ver lo mucho que me aterra perderte. Lo perdida que estaría sin ti.

—No tienes por qué preocuparte por eso. No me has perdido.

—Tengo miedo de que lo haga.

—Ni siquiera sabemos si volverá a pasar. Quizá solo fue…

—No hablo de eso —dice Camilla, mirándole a los ojos—. Me alivió muchísimo que salieras con vida. Pero no puedo evitar sentir que fue como una advertencia para mí. Sentí cómo sería si te perdiera. Si tuviera que afrontar todo esto sola. —Mira su vientre y lo rodea con las manos—. Me dio miedo.

—Mira, no tienes de qué preocuparte —intenta tranquilizarla Mark —. No voy a irme a ninguna parte.

Ella le observa. El sofá parece de repente el doble de largo, la distancia entre ellos se siente insalvable.

—¿De verdad no?

—No.

La palabra le sale demasiado rápido, demasiado firme.

Camilla le estudia el rostro, con una expresión suave. Susurra:

—Tenía la esperanza de que esto cambiara las cosas entre nosotros. Estoy dispuesta a intentarlo, si tú lo estás.

Mark suspira y se frota la frente.

—¿Así que de eso se trata? ¿De verdad me sueltas esto ahora?

—Solo digo que esta podría ser nuestra oportunidad de dejar todo atrás.

—Ya no la veo, ¿vale?

—Por favor, Mark —su tono se vuelve suplicante, y se inclina hacia él—. Por favor, no mientas. Es lo único que te pido. Podemos arreglarlo, de verdad lo creo. Si somos sinceros el uno con el otro. Puedo perdonarlo todo, puedo. Siempre que me prometas que…

—Es muy noble por tu parte, pero no hay nada que perdonar. Ya no la veo.

Camilla se recuesta de nuevo, con el ceño fruncido.

—Quizá deberíamos esperar unos días antes de hablar de esto.

—¿Por qué? —dice él, con un súbito enfado—. ¿Porque no me crees? No sé cuántas veces tengo que decirlo, Camilla. ¡Ya no la veo!

Él mismo oye la mentira y eso solo le enfurece más. Siente ganas de volcar la mesa del café, de lanzar algo a la tele, de gritar con

todas sus fuerzas. Está furioso con ella por hacerle sentir aún peor que antes de entrar por la puerta. ¿No podía simplemente abrazarle y decirle que se alegraba de que estuviera bien? ¿Luego irse a la cama y dejarle en paz? ¿Era mucho pedir?

Por lo visto sí. Por lo visto, tenía que cargarle encima todo lo de su puta relación. El hecho de que ya prácticamente no fueran una pareja, el hecho de que él le estuviera siendo infiel, el hecho de que iban a tener un hijo en cualquier momento.

—Yo no pedí nada de esto —murmura, inclinándose hacia adelante para apoyarse en las manos.

—¿Estás… estás hablando de…?

—¡Sí, estoy hablando del puto bebé! —grita él, haciéndola encogerse—. ¿Quieres que sea sincero? ¿Quieres que deje de mentir? Muy bien. Aún la veo. Y no quería tener un hijo. Nunca lo quise. Me engañaste para que lo tuviera.

Camilla le mira como si la hubiera abofeteado.

—¿Que te engañé? Pero si quedamos en que…

—Sí, quedamos. Quedamos en que o empezábamos a intentar que te quedaras embarazada o no volverías a acostarte conmigo. Vaya pedazo de trato.

Camilla entrecierra los ojos.

—¿Esto es lo que sientes? ¿De esto se trata?

—¡Claro que sí! ¡No estaba preparado, joder! Tengo veintiséis años. Me gustaría disfrutar de la vida unos años más. ¿Por qué no pudimos tomárnoslo con calma? Todo iba bien antes de que te diera por desear un hijo.

—¿Desearlo? —replica ella, con tono ofendido—. No lo deseaba. Lo quería. Y tú también. Me lo dijiste.

—Me chantajeaste —le señala—. Y no me pongas esa cara. Lo sabes. Estaba loco por ti y tú tenías ese poder sobre mí. No me dejaste más opción que seguirte la corriente.

Camilla se cruza de brazos sobre el pecho.

—Si te sentías presionado, ¿por qué no me lo dijiste?

—No habría servido de nada —responde él, sombrío—. Siempre consigues lo que quieres, ¿verdad? Pues enhorabuena, has vuelto a ganar. Tendrás a tu bebé y también me tendrás a mí.

—¿Mi bebé? Es tu hijo también, Mark.

Él niega con la cabeza.

—No, desde mi punto de vista, no.

Ninguno de los dos dice nada durante un largo momento.

El móvil de Mark vibra. Va a llevarse la mano al bolsillo, pero el teléfono está en el sofá, junto a él.

En la pantalla se lee: 1 mensaje nuevo de E.

Sabe que Camilla puede leerlo desde donde está sentada, así que lo agarra de un tirón y se lo mete en el bolsillo.

—¿No vas a leerlo? —le pregunta ella.

—Ahora no —dice Mark, mirando Padre de familia, sintiendo que le arden las mejillas.

—E —dice ella, como si intentara resolver un acertijo—. ¿Así que es ella? ¿Es Erika? —Y al ver que él no responde—: Me lo imaginaba.

Él resopla, como queriendo decir: «No sé de qué hablas». Pero no lo dice. No tiene sentido. Por supuesto que Camilla lo sabe. No es tonta. Y él ha sido cada vez más descuidado ocultando su aventura.

Seguro que notó el perfume de Erika en su camisa, que encontró mechones largos de pelo rojo en la ropa. A lo mejor incluso revisó su móvil mientras dormía. Está casi seguro de que ella conocía el código de bloqueo.

—Bueno —dice Camilla, respirando hondo y con un temblor—. Al menos ya está todo sobre la mesa.

Mark suelta una carcajada fea.

—Sí, eso es lo que querías, ¿no? Una vez más, Camilla consigue lo que quiere.

—Estás siendo injusto ahora.

—¿Y esto qué tal de injusto? —pregunta Mark, levantándose de golpe—. Esta noche duermo en el coche.

Espera que ella proteste mientras sale de la habitación.

Para su sorpresa, no lo hace.

JOHN

No puede dormir. No para de darse la vuelta, lanzando miradas desdeñosas a los dígitos rojos que le observan desde lo alto de la cómoda, burlones.

Necesita descansar. Mañana será un día aún más largo que el que acaba de vivir. Necesitará estar en buena forma. Hay muchas cosas que dependen de él.

Fragmentos de las entrevistas siguen repitiéndose en su cabeza. Ha hecho ocho, y todas han sido como escuchar informes de testigos presenciales de una zona de guerra civil.

Dos de ellas destacan: el tipo flacucho y el listillo. Tommy Jansen y Mark Hoffman. John sabe que esos dos nombres se le quedarán grabados para siempre. Así es como funciona su memoria. Recuerda cada detalle de cada entrevista que ha hecho en su vida, pero no logra, por más que lo intenta, recordar la fecha de su aniversario. Probablemente por eso Karen acabó dejándole.

—Está mintiendo descaradamente, John —le dijo Else cuando hicieron una pausa durante la conversación con Hoffman.

—No lo sé —murmuró John, apoyado contra la pared—. No me da la impresión de que tenga más que decir.

—Venga ya. Primero no sabía lo que era, luego que si un satélite, y ahora un dron. Es tan inconsistente que está claro que miente sobre lo que había ahí arriba.

—¿Pero por qué mentiría? ¿De verdad crees que tiene algo que ver con todo esto?

—No lo sé. Solo creo que se está guardando algo. Lo siento en las tripas.

Volvieron a entrar, pero Hoffman se mantuvo en su historia: no sabía lo que había visto en el cielo. Finalmente, lo dibujó en una hoja de papel. Y no mentía: se le notaba que dominaba el bolígrafo.

Cuando John vio el dibujo, se le puso la piel de gallina.

Aun así, Else seguía reacia a dejarle marchar. Estaba convencida de que ocultaba algo y que debían seguir presionando. Hasta que hablaron con Jansen y le pidieron que dibujara lo que había visto. En lugar de eso, pidió educadamente que le devolvieran el móvil y les mostró una foto que había sacado justo cuando todo empezó.

Lo que vieron en la imagen se parecía casi exactamente al dibujo que había hecho Hoffman. Y Jansen aseguró que no le había enseñado la imagen a Hoffman.

No cabía duda. Fuera lo que fuera lo que aquellos chicos habían visto, era la misma cosa.

Entonces Else cedió: probablemente Hoffman no estaba ocultando nada.

Cuando terminó la entrevista con Jansen, John estuvo muy cerca de confesarle a Else que en realidad quien estaba ocultando algo era él. Que él también había visto...

—¿Papá? ¿Estás despierto?

Se da la vuelta y ve a Lisa de pie en la puerta. Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no oyó abrirse la puerta.

—¿Qué pasa, cielo?

—No puedo dormir.

—Te entiendo.

—¿Puedo dormir aquí?

Eso le desconcierta. Lisa no duerme en su cama desde que tenía… ¿ocho, nueve años? Ahora tiene quince y, a todos los efectos, ya es una joven.

—Si no quieres, no pasa nada —empieza ella.

—No, no, está bien. Coge tu manta. Yo me hago a un lado.

—Vale, gracias. —Un evidente alivio en su voz mientras se da la vuelta y vuelve corriendo a su habitación.

Karen la dejó en casa más temprano aquella tarde. De hecho, estaban esperándole cuando llegó de la oficina.

—Quería quedarse contigo un par de días —le dijo Karen, con los ojos sinceros, casi suplicantes—. ¿Está bien? Sé que seguramente tienes mucho entre manos.

—Está bien —le aseguró él, poniendo un brazo alrededor de los hombros de Lisa. Ella le sonrió y entró en la casa con su mochila.

Karen esperó a que su hija estuviera fuera de alcance, y entonces miró a John.

—¿Seguro que no te importa? He intentado convencerla para que se quedara conmigo, pero estaba decidida. Creo que se siente más segura contigo. Desde que pasó todo, tiene la ansiedad por las nubes.

John asintió.

—Está bien, Karen. Puede quedarse el tiempo que quiera.

Karen suspiró aliviada.

—Gracias, John. Significa mucho para mí.

—Eh, no hace falta que me des las gracias. También es mi hija.

—No es tu semana.

—No. Pero entiendo por qué quiere estar aquí en vez de… bueno. —Se encogió de hombros. No quería decirlo abiertamente, pero vio que Karen lo entendió.

Finn, el nuevo marido de Karen, no es precisamente el tipo de hombre que uno escogería para formar su equipo ideal de rugby. Es agente inmobiliario y le va bastante bien en lo económico, mucho mejor que a John, incluso después de pasarse a Seguridad Nacional. Finn es un tipo majo, muy simpático y atento, también en eso supera a John, al menos durante sus nueve años de matrimonio con Karen.

Pero cuando las cosas se ponen feas, John siempre supo que Finn no serviría de mucho. Puede que su visión de lo que constituye un «hombre de verdad» sea anticuada, pero por lo visto no es el único. Lisa quiere estar con él, y Karen, claramente, se siente más segura que ella se quede con su padre.

Después del divorcio, John se sintió furioso. No sabía qué hacer consigo mismo. Estuvo muy cerca de perder algo más que el

matrimonio. Fue entonces cuando apareció, de la nada, la oportunidad en Seguridad Nacional, y la aprovechó para empezar de cero. Era bueno en su nuevo trabajo, y eso no pasó desapercibido. En dos años, ascendió y se convirtió en jefe de investigación.

Tener a Lisa con él cada dos semanas resultó ser otra bendición. A medida que ella crecía y podía valerse más por sí misma, tenerla en casa se hizo más fácil, y su relación fue fortaleciéndose poco a poco. Incluso empezó a confiarle cosas que, sospechaba John, le costaba hablar con su madre.

Aunque no se hacía ilusiones: Lisa siempre elegiría a su madre antes que a él. Pero al menos ahora tenía un papel significativo en su vida. Y se dio cuenta de que eso era todo lo que había querido.

Así que, cuando Karen llamó preguntando si Lisa podía quedarse allí esa semana, no lo dudó.

Lisa regresa con su manta y se mete en la cama, acurrucándose junto a él.

John le acaricia el pelo una vez.

—¿Mejor?

—Mmm.

—Bien. Intenta dormir un poco ahora.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cielo.

John se gira de lado, fingiendo dormirse él también.

Pero se queda despierto mucho tiempo, mirando hacia la pared.

Incluso cuando nota, por la respiración de Lisa, que está profundamente dormida, él sigue despierto.

Está preocupado. Las preguntas le dan vueltas en la cabeza. ¿Podrán tratarse los ciegos y recuperar una vida medianamente normal? ¿Cómo afrontará la sociedad el impacto? ¿Volverá a pasar? Y la gran pregunta: ¿qué demonios ha pasado realmente?

John también está preocupado por sí mismo. Preocupado por estar perdiendo el juicio. Por primera vez en todos sus años de servicio, está ocultando información vital a propósito. Peor aún: le está mintiendo a su compañera.

Lo que Else no lograba identificar en Hoffman, John sí lo entendía. Sabía exactamente qué era lo que Hoffman no quería compartir con ellos. Aquello en el cielo parecía no pertenecer a ese lugar. Como si no estuviera realmente allí. Una aparición. Algo que solo los locos podrían ver.

John lo sintió en cuanto lo vio. Aquello en el cielo era claramente algo muy personal. Íntimo, incluso. No le apetecía contárselo a nadie. Casi le daba vergüenza pensarlo.

No tenía sentido. Seguramente era solo su ego.

Aun así, no podía contarlo. Sabía lo que significaría si lo hacía. De repente, él sería el interrogado. Él sería el que tendría que responder a las preguntas.

Nadie le preguntó dónde estaba cuando ocurrió el evento. Era lunes, así que todos sabían que John estaba en la División, al otro lado de la ciudad.

Excepto que ese día, la reunión se interrumpió antes de lo previsto. John volvía a la comisaría cuando ocurrió.

A las 14:44, la hora exacta del evento, John cruzaba el puente sobre la autovía. También cruzaba la frontera invisible hacia lo que

más tarde se conocería como Zona Cero. Cuando vio que el tráfico abajo se detenía y la gente miraba al cielo, él mismo se paró en el puente, bajó la ventanilla y miró hacia arriba.

A partir de ahí, todo se volvió caos.

John, aislado en el puente, quedó prácticamente a salvo de cualquier peligro inmediato, y al ver el alcance de lo que estaba ocurriendo, decidió que lo sensato era no intervenir, ya que no iba armado ni llevaba protección. En su lugar, tomó la circunvalación y volvió a la comisaría.

Consiguió actuar con normalidad durante todas las entrevistas, y estaba seguro de que Else no había notado nada extraño en él, ni siquiera cuando se quedó paralizado al ver la imagen en el móvil de Jansen.

Después de las entrevistas, hicieron una reunión de informe con el resto del equipo. Como jefe de sección, John tuvo que llevar la voz cantante. Estaba nervioso al entrar. Se sentía desbordado. Pero en cuanto empezó a hablar, las palabras le salieron solas, como siempre. Si mostró alguna señal, nadie la detectó. Al fin y al cabo, todos estaban alterados.

Compilaron algunas teorías para trabajar sobre ellas.

Radiación. Tormenta solar. Fuga química.

Todas se investigarán a fondo, pero los datos ya disponibles refutan la mayoría.

La radiación se descarta fácilmente. No hay rastro alguno. Ninguna arma nuclear se ha desplegado en el mundo. Ninguna central ni planta muestra anomalías ni signos de fallo.

Una tormenta solar también parece improbable, según los astrofísicos consultados por videoconferencia. Todos sus datos eran normales. Sin cambios en la actividad solar, sin perturbaciones atmosféricas, ni siquiera en los campos magnéticos.

Algún tipo de fuga química es más difícil de descartar a primera vista. Los toxicólogos explicaron que existen decenas de agentes capaces de provocar ceguera y comportamientos frenéticos como los que se han observado. Pero encontrar uno que encaje en esta escala es mucho más complicado. Algunos no son volátiles, lo cual ya los descarta. Y no se ha detectado nada inusual en el aire en ninguna parte.

Así que el "qué" sigue sin estar claro.

En cuanto al por qué, los compañeros de John están divididos en dos campos: fenómeno natural o terrorismo.

Si se trata de un ataque terrorista, no solo sería el mayor de la historia, sino también el más amplio, ya que ha afectado a todas y cada una de las naciones del planeta.

Claro que el terrorismo moderno no entiende de fronteras nacionales. A menudo se dirige contra creencias, ideologías o razas. Pero lo mire por donde lo mire, sigue sin encajar. El evento afectó por igual a todas las razas, ideologías, religiones y opiniones políticas.

La única explicación plausible desde la teoría del terrorismo es que esa nueva arma se haya descontrolado y haya golpeado tanto a sus creadores como a sus objetivos. Pero viendo la reacción internacional, John lo duda mucho. Cada gobierno está hecho un

hervidero. Los rusos culpan a los americanos. Los judíos a los musulmanes. Pakistán a la India. Y así sucesivamente.

Por otro lado, está la teoría del fenómeno natural.

Esa, de entrada, tiene más sentido para John. No es gente matando gente. Y ya tenemos demasiados ejemplos de eso en la historia. Esto es algo completamente nuevo.

¿Es la naturaleza matando gente, entonces?

Tampoco le convence del todo.

Por la magnitud, solo puede tratarse de un desastre natural.

Y aun así, John tiene la sensación de que hubo una intención detrás. Entiende por qué muchos de sus compañeros defienden que debe de tratarse de un ataque. Él también siente que esto es algo más que un capricho de la Tierra.

Alguien, o algo, provocó esto. Tal vez sin querer. Pero lo hizo.

John nota que sus pensamientos se vuelven más confusos e incoherentes, mientras por fin empieza a quedarse dormido.

Entonces percibe que Lisa se sienta en la cama detrás de él.

—¿Qué pasa, cielo? —murmura, pero su voz no le responde.

En lugar de eso, se da la vuelta para mirarla. Y es entonces cuando se da cuenta de que Lisa no está sentada. Está tumbada de lado, con los ojos cerrados y la boca abierta, profundamente dormida.

Una intensa sensación de déjà vu le invade.

Su cerebro exhausto tarda unos segundos en encajar las piezas.

—¿Hola? —dice en voz alta, sintiendo cómo la palabra sale de su boca, pero sin oírla—. Oh, no…

Tampoco oye esas palabras.

Pero Lisa sí. Abre los ojos parpadeando y le mira.

—¿Has dicho algo, papá?

El oído de John regresa a mitad de la frase de Lisa. Se vuelve hacia la ventana. Las persianas están bajadas, dejando pasar finas líneas de luz de luna.

—¿Papá? ¿Qué pasa? —La voz de su hija denota una creciente ansiedad.

—Quédate ahí —dice John, apartando la colcha y cruzando la habitación hasta la ventana.

Separa las persianas y mira hacia el jardín delantero y la calle que está vacía. Todo parece normal. Las farolas están encendidas y la mayoría de las ventanas, apagadas.

Y sin embargo, John lo siente. Es la misma sensación que tuvo por la tarde.

Está ocurriendo de nuevo…

—¿Papá? —pregunta Lisa desde atrás, claramente asustada—. ¡Por favor, dime algo!

John alza la vista al cielo.

BIRTE

Se incorpora en la cama con un grito atrapado en la garganta.

Mira a su alrededor en el dormitorio oscuro, tratando de recuperar el aliento. Las horribles imágenes de su pesadilla se disuelven poco a poco. Sus ojos buscan la mitad vacía de la cama.

Charles no está.

Charles está muerto.

La realidad la inunda de golpe. Instintivamente, alarga la mano hacia los cigarrillos del mueble de noche. Acciona el mechero, y el resplandor anaranjado le ilumina el rostro por un instante. Da una calada profunda, llenándose los pulmones. El dolor se atenúa un poco.

Por supuesto, nada podrá mitigar ese dolor del todo. No se hace ilusiones al respecto. Sabe muy bien lo que es perder a la persona que amas. La muerte de su primer marido sigue pesando en su ánimo, por mucho que su hijo piense lo contrario.

A veces, Birte tiene la sensación de que Tommy la odia. Como si, de algún modo, le hiciera responsable de la muerte de su padre. Lo cual es absurdo. Ella no provocó su cáncer. Nadie lo hizo.

Y sin embargo, puede sentir el resentimiento silencioso de Tommy todo el tiempo.

No es justo. ¿Qué ha hecho ella para merecer una vida así? Incapaz de mantener un trabajo, un fracaso como madre y ahora, viuda por segunda vez.

—Y aquí estamos otra vez —murmura con voz mohína, mirando de reojo la botella de vino sobre la mesilla—. En el fondo del pozo.

Coge la botella. Aún queda un poco de vino. Se la lleva a los labios y apura el contenido. El líquido cálido y avinagrado le quema la garganta al pasar.

Nada de esto es culpa suya, en realidad. Es culpa de su madre. Ella la estropeó. Le robó cualquier posibilidad de tener una vida normal.

Birte vuelve a inclinar la botella, exprimiendo las últimas gotas, lamiendo el borde. No es suficiente. Necesita más si quiere tener alguna esperanza de volver a dormir. Si quiere mantener la voz alejada.

Da una última calada al cigarro, lo apaga dentro de la botella de vino y la deja sobre la mesilla. Se levanta y se abre paso tambaleante entre el montón de ropa del suelo. Un incipiente dolor de cabeza le palpita en la base del cráneo. Más vino debería ayudar también con eso.

Se detiene a escuchar frente a la puerta del cuarto de Tommy.

Solo hay silencio. Debe de estar dormido.

Gira el pomo y se asoma. En la oscuridad distingue la silueta de su hijo bajo las mantas. Respira profundamente.

«Tiene motivos para odiarte.»

«Ya está. Justo a tiempo.»

«Mírate. Eres un completo desastre. Nunca has sido una madre para él. Estaría mejor si tú no estuvieras.»

Birte cierra la puerta rápidamente, antes de que las lágrimas puedan dominarla. Avanza por el pasillo tambaleándose, sollozando.

A lo largo de su vida, ha pensado en el suicidio en varias ocasiones. Nunca ha tenido el valor. Y esa es, básicamente, la única razón por la que sigue aquí.

«Demasiado cobarde para matarte, demasiado desastre para seguir viviendo. ¡Vaya vida!»

La voz suena más cruel de lo habitual. También más fuerte. Incluso más real. Como si su madre estuviera allí mismo, a su lado.

Pero está muerta.

Dorte Jansen murió de un infarto el año antes de que naciera Tommy. Birte esperaba que eso pusiera fin al control que su madre ejercía sobre ella. Resultó ser peor. Fue entonces cuando la voz empezó a seguirla a todas partes.

Birte se detiene frente a la cómoda. Sus ojos se posan en la foto de su difunto marido.

—Ay, Charles… —susurra, con la garganta cerrándosele mientras nuevas lágrimas se acumulan—. ¿Por qué tú también tuviste que dejarme?

«¿Y ahora por qué te lamentas? Ni siquiera lo merecías.»

Birte percibe una figura por el rabillo del ojo y casi deja caer la foto. Gira la cabeza y no ve más que el pasillo oscuro. Juraría que su madre estaba allí de pie, pálida, delgada y fantasmal con su camisón blanco.

—Estoy borracha —se dice Birte, dejando la foto en su sitio. Pero no se siente borracha. Quizá con resaca, pero no borracha.

Birte llega a la cocina, tantea en busca del interruptor. Luego se lo piensa mejor y decide no encender la luz. No haría ningún bien a su creciente jaqueca, y sus ojos ya están acostumbrados a la oscuridad. Se dirige directamente a la bolsa de la compra que sigue sobre la mesa. Saca una botella de merlot y le quita el corcho.

De pie junto al fregadero, se bebe media botella de un tirón, deteniéndose solo para tomar aire. El último trago se le queda atragantado y le hace toser. Unas gotas rojas salpican el cristal de la ventana sobre el fregadero. Birte se queda mirando su reflejo.

«Mírate. Eres un completo desastre.»

Un destello de rabia cruza su rostro y, durante un momento terrible, se ve a sí misma transformarse en su madre. Luego desaparece, y Birte se encoge sobre el fregadero, llorando.

«Esto es el final. Esta vez no te vas a levantar. Has caído demasiado bajo. Más te valdría ahogarte en el fregadero de una vez.»

—Deja de hablarme —dice Birte, incorporándose para dar otro trago de la botella. Quiere bebérsela entera, pero su estómago no da abasto—. Por favor, deja de hablarme… Te odio…

—No, no me odias.

Esta vez, la voz no está en su cabeza.

Birte se gira de golpe para mirar hacia el fondo de la cocina oscura. Su madre está de pie en la puerta del pasillo. Lleva su vestido blanco, pero el rostro permanece en sombras.

—No me odias —dice, con la voz reptando por la habitación—. Te estás convirtiendo en mí. Eso es distinto.

—Yo… yo no soy como tú —dice Birte, sin convicción—. Yo no maltrato a mi hijo.

El fantasma de su madre ladea la cabeza, como solía hacer cuando estaba viva.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué te odia?

—Vete a la mierda —responde Birte, alzando la botella—. Ni siquiera eres real.

—Eso es, sigue bebiendo.

Birte duda, con la botella cerca de los labios.

—Bébelo todo —continúa su madre—. Bébete hasta morir antes de que él despierte. Libérale de esta carga.

Sin esperar respuesta, su madre da media vuelta y sale de la cocina. Lo hace con un movimiento extraño, como si no moviera los pies.

—¿Adónde… adónde vas?

Ninguna respuesta.

Birte está a punto de dejar la botella, pero decide llevársela consigo. Sale tambaleándose tras el fantasma de su madre al pasillo.

Dorte Jansen está junto a la puerta del baño. Está abierta. Birte juraría que estaba cerrada cuando pasó por allí dos minutos antes.

—¿Qué hay… ahí dentro? —susurra, casi sin voz.

—Algo muy especial. Ven a verlo.

—No. No quiero entrar ahí.

—Harás lo que yo diga.

—No. Ya no soy una niña.

—Harás lo que yo diga, o iré a despertar a Tommy.

Birte vacila, se balancea de un lado a otro, un gesto que solía hacer de niña cuando la castigaban.

Dorte Jansen se desliza hacia la puerta de la habitación de Tommy.

—¡No! —exclama Birte—. No, por favor, no…

Su madre se detiene y espera.

Birte se acerca. Mira dentro del baño. Todo está como lo recuerda. La luz de la luna entra por la claraboya del techo.

—¿Qué es? —pregunta Birte, mirando a su madre, esforzándose por distinguir sus rasgos en la penumbra—. ¿Qué quieres que vea?

—Dentro. En la bañera.

Birte siente ganas de salir corriendo.

El castigo favorito de su madre era en la bañera.

Vertía amoníaco en la tina y luego la encerraba en el cuarto. Los vapores hacían que respirar resultara doloroso. Estaba tosiendo durante días. Tenía que decir a sus compañeros de clase que tenía un resfriado… otra vez.

Entrar en el baño ahora le parece una idea horrible, pero Birte se sorprende obedeciendo al fantasma de su madre, adentrándose en la luz de la luna.

No quiere mirar dentro de la bañera, aterrada de lo que pueda ver. Pero no puede evitarlo.

La bañera, para su sorpresa, está vacía.

—Ahora, mira arriba.

La voz de su madre le susurra al oído. La siente detrás de ella, imponente, como cuando Birte era niña. No tiene más remedio que obedecer.

Birte inclina la cabeza hacia atrás y mira hacia arriba. Mira por la claraboya y ve el cielo nocturno. Ve las estrellas. Y ve la grieta.

Después, ya no ve nada.

TOMMY

Tommy se despierta con la certeza de que hay alguien en la habitación.

Se incorpora apoyándose en los codos y reprime un quejido por el dolor en las costillas. Mira a su alrededor, esperando ver a su madre de pie allí. Pero no distingue más que una oscuridad borrosa. Su habitación está vacía.

Tommy escucha.

El apartamento está inquietantemente silencioso. Tampoco se oye tráfico por la ventana que está abierta. De hecho, no se oye nada en absoluto.

—Oh, no… —murmura, sin oír su propia voz—. Está pasando otra vez…

Aparta la colcha de un tirón y se levanta de la cama dando traspiés, ignorando las nuevas punzadas de dolor. Sube las persianas de golpe, entrecerrando los ojos por la intensa luz de la luna. Se asoma y alza la vista.

Ahí está.

Esta vez no está oscuro. En lugar de eso, resplandece en blanco contrastando con el cielo nocturno, como si una luz sobrenatural brillara a través de la grieta. Tal como dijo la mujer canadiense.

Entonces, de pronto, Tommy vuelve a oír su propia respiración entrecortada. También oye la puerta de su habitación abrirse.

Se da la vuelta de golpe y logra contener un grito

Su madre entra en la habitación. Lleva su camiseta rosa extragrande y los pantalones de chándal con los que siempre duerme. Se mueve con inseguridad, y antes siquiera de ver su rostro, Tommy ya sabe lo que ha ocurrido.

Su madre da un paso hacia la luz de la luna, y Tommy apenas puede contener otro grito al ver su cara. Retorcida en una mueca de rabia y odio, los dientes amarillentos al descubierto, una tira de saliva brillando desde la barbilla, los ojos ciegos y vacíos de toda huella de su madre.

Tommy se queda paralizado, incapaz de mover un solo músculo. Solo puede observar cómo su madre tropieza con la silla y gruñe molesta, apartándola de un empujón.

«Ya no es ella», se dice Tommy. «*No es ella.*»

El pensamiento suena verdadero. Sus movimientos son tan ajenos, tan distintos a los de su madre, que parece como si algo maligno se hubiera apoderado de su cuerpo y lo manejara como una marioneta. Es absolutamente aterrador.

Tommy se ha enseñado a sí mismo a no sentir pena por su madre durante estos últimos años. Verla autodestruirse era demasiado

doloroso. En cierto modo, se había preparado para su muerte. Solo que no esperaba que llegara tan pronto.

Ella llega a la cama y avanza hacia la ventana.

Tommy se da cuenta de que se está desplazando lateralmente para alejarse de ella. Su cadera choca contra el escritorio, haciendo que una lata de refresco vacía caiga. El sonido retumba como un disparo.

Su madre gira la cabeza de golpe y se lanza hacia el ruido.

Tommy logra apartarse, acorralándose en la esquina entre el escritorio y la pared. No puede evitar soltar un chillido, pero el sonido queda ahogado por el estruendo de su madre abalanzándose sobre el escritorio, manoteando de forma frenética, apartando su teclado, su monitor, libros y otras cosas.

Tommy aprovecha el alboroto como cobertura para deslizarse por debajo del escritorio. Gatea hacia la puerta, pero su madre se mueve hacia un lado, bloqueándole el paso sin saberlo con sus piernas y sus pies descalzos.

Tommy se echa de nuevo contra la pared, conteniendo la respiración mientras su madre termina de vaciar el escritorio. Luego se detiene, resoplando y gruñendo, aparentemente escuchando.

Tommy se queda completamente inmóvil, aunque lo único que desea es salir corriendo hacia la puerta. Su madre sigue obstruyendo el paso, pero probablemente podría escabullirse antes de que ella lograra atraparlo. El problema es que el suelo de la habitación está cubierto de objetos, y corre el riesgo de tropezar.

Antes de que pueda decidirse, su madre ruge y agarra el escritorio con ambas manos, volcándolo con sorprendente facilidad,

estampándolo contra la cómoda y dejando a Tommy al descubierto como un insecto escondido bajo una piedra.

Tommy se mueve lateralmente, intentando rodearla a rastras. Sin mirar, apoya la mano sobre la lata de refresco—esa maldita cosa parece decidida a delatarle—. Se aplasta con un crujido metálico.

Su madre reacciona al sonido como un sabueso, lanzándose sobre él y cae medio encima de su cuerpo.

Tommy se revuelve y forcejea para liberarse, pero ella se aferra, el peso de su cuerpo huesudo ahora le está inmovilizándo. Busca su cabeza, sus uñas afiladas le rasgan la mejilla, ella va directo a por su ojo.

Tommy grita y sacude la cabeza, golpeando a ciegas el pecho, el cuello y el rostro de su madre, pero no con la fuerza suficiente para disuadirla. En su lugar, le agarra las muñecas delgadas y aparta sus manos de su cara, logrando ver claramente durante medio segundo.

Ella está sentada sobre su abdomen. La imagen de su madre encaramada sobre él es como salida de una pesadilla.

Se libera de su agarre con una facilidad aterradora y vuelve a atacarle la cara de inmediato. Tommy logra desviar sus manos, y ella opta por su cuello, cerrando los dedos en torno a su garganta con una fuerza sobrecogedora, obstruyendo su tráquea.

Tommy emite un sonido ronco, buscando aire con dificultad. Le agarra las muñecas de nuevo, retuerce y tira con fuerza, intentando apartarle las manos, pero es increíblemente fuerte. Dobla una pierna y le da un rodillazo en la espalda, haciendo que ella se tambalee hacia delante, pero aun así no afloja la presión en su cuello.

Tommy se revuelve en pánico, desesperado por quitársela de encima. Ella gruñe y aprieta aún más, sacudiéndole la cabeza hacia arriba y hacia abajo, golpeándola contra el suelo y haciendo que su visión se oscurezca con manchas.

«Me está matando», piensa Tommy con una sorprendente claridad. «En un momento perderé el conocimiento y luego estaré muerto.»

Entonces, al parecer, su madre se cansa del método del estrangulamiento—quizá le parece demasiado lento—porque de pronto se inclina sobre él, abriendo la boca de par en par, como si fuera a plantarle un gran beso baboso.

Por supuesto, Tommy sabe que eso no es lo que pretende.

Logra meter la mano entre su boca y su cara justo antes de que le alcance la mejilla. Pero en lugar de eso, le hunde los dientes en la palma, atrapando un trozo de piel, y Tommy suelta un grito ronco, casi ahogado. Arranca la mano y la coloca bajo su barbilla, empujando su cabeza hacia arriba y atrás. Pero la sangre mana de su herida, volviendo la mano resbaladiza, y la cabeza de su madre se zafa y vuelve a lanzarse sobre él. Tommy lucha por su vida, empujando una y otra vez la cabeza de su madre. Pero ella sigue atacando, sigue lanzando mordiscos a su cara como una perra rabiosa.

Tommy se da cuenta de que esto es el final. Así es como va a morir. A manos de su madre, devorándole la cara.

Mira hacia arriba y ve el escritorio volcado detrás de ella. Aún está en pie, apoyado contra la cómoda. Su cerebro ya no puede pensar con claridad, pero algún rincón instintivo aún funciona. Envía una

orden a sus piernas: que se estiren. Lo hacen, y sus pies empujan la base del escritorio, haciéndolo volcar.

Tommy siente el impacto más que oírlo cuando la pesada madera golpea la parte superior del cráneo de su madre.

Eso basta para que los codos de Tommy cedan, y su madre se desploma sobre él. Finalmente, sus manos sueltan el cuello de Tommy, y este aspira aire desesperadamente.

Empuja para apartar a su madre de encima. Le cuesta, porque el escritorio aún está volcado sobre ellos. Tommy se desliza hacia un lado, saliendo de debajo de su madre, que parece inconsciente. Pero justo cuando logra apartar el escritorio lo suficiente para incorporarse, ella empieza a gemir y moverse.

Tommy se tambalea y cae de rodillas. Su cuerpo tiembla y hormiguea por completo, sus músculos se sienten como si acabara de despertar de un sueño profundo. Tiene los pensamientos confusos, la cabeza le zumba.

«Sal de aquí. Solo concéntrate en salir de aquí.»

Apunta hacia la puerta, tropezando con objetos en el suelo, logrando mantener el equilibrio. A sus espaldas oye a su madre gruñir y forcejear para salir de debajo del escritorio.

Tommy llega a la puerta. Está a punto de salir, pero se detiene para sacar la llave de la cerradura y colocarla desde fuera.

Al mirar atrás, su madre se pone en pie, sacudiendo la cabeza como alguien que acaba de caerse. Luego fija la mirada en dirección a Tommy, su rostro está deformado por la ira. Está aún más terrorífica con la barbilla cubierta de sangre y el pelo alborotado por la pelea.

—Lo siento, mamá —dice Tommy.

Su madre ruge y se lanza a ciegas por la habitación.

Tommy cierra la puerta de golpe y gira la llave.

GINA

Gina inspira el aire fresco de la noche, siente cómo sus pulmones se expanden y se comprimen, oye sus zapatillas golpear el asfalto con suaves y rítmicos impactos. Una fina capa de sudor le cubre la cara y los brazos.

No es ninguna novata corriendo por la noche. De hecho, ha llegado a disfrutarlo incluso más que correr a plena luz del día. A estas horas, las calles están prácticamente vacías y el aire huele mejor.

Originalmente empezó su rutina de jogging nocturno cuando aún estaba dando el pecho a los niños. Solo dormían siestas de cuarenta y cinco minutos durante el día, y a menudo en momentos distintos, pero por suerte dormían de un tirón por la noche desde muy temprano, así que tenía esas horas oscuras para ella. Obviamente, no podía alejarse mucho por si uno de ellos se despertaba y la necesitaba. Para solucionar ese problema, simplemente corría alrededor de la manzana una y otra vez, con el vigilabebés firmemente sujeto a la cadera. Así, si alguno se despertaba, Gina

estaba como mucho a noventa segundos de distancia, y podía volver de inmediato. Ahora, si uno de los niños se despierta, sabe dónde está su madre y simplemente se vuelve a dormir.

En esta noche especialmente tranquila, lleva de nuevo el vigilabebés, tras haberlo rescatado del fondo del armario. No había planeado salir a correr esta noche, pero se despertó a las dos de la madrugada como de costumbre, con las piernas hormigueando, y supo que no volvería a dormir si no salía.

Normalmente se pone música, pero esta noche no. Sus oídos captan hasta el más mínimo sonido: algún coche ocasional, gatos peleándose, música desde el pub a una manzana de distancia. La idea de que alguien esté emborrachándose un lunes por la noche le resulta desconcertante. Aunque, pensándolo bien, quizá los clientes habituales necesitan esa copa más que nunca después de lo que ha pasado hoy.

Sus pensamientos vuelven una y otra vez a los sucesos de la tarde. Las imágenes que vio se le presentan con fuerza en la mente, en secuencias cortas e intensas. Y ella las deja. Sabe que es mejor no luchar contra ello. La experiencia fue obviamente traumática para su sistema, y deja que lo procese como lo necesite.

Eso probablemente significa revivirlo una y otra vez hasta que el impacto se desvanezca.

Gina no es ajena al trauma, y ha tenido muchas oportunidades de practicar cómo lidiar con recuerdos difíciles. Al principio huía de ellos, manteniéndolos siempre a distancia. Luego, poco a poco, comprendió que si seguía huyendo, tendría que hacerlo el resto de su vida.

La infancia de Gina no fue fácil. Su padre se marchó al enterarse de que su madre estaba embarazada, y su madre afrontó la pérdida recurriendo a las drogas. Sorprendentemente, Gina no sufrió daños físicos por el consumo de drogas de su madre durante el embarazo. Gina fue puesta bajo tutela con tan solo un año. Años más tarde, su madre intentó volver a acercarse. Gina la dejó entrar en su vida. Nunca llegaron a tener una relación estrecha, pero mantuvieron el contacto.

Pasó su adolescencia descontrolada, como era de esperar. Bebiendo, follando, peleándose. Lo único que no hizo fue drogarse en serio, lo cual probablemente sea la razón de que siga viva hoy.

Con la falta total de autoconciencia propia de los adolescentes, Gina no veía nada malo en su estilo de vida. Hasta que tuvo un accidente de coche con su novio y un amigo. El chico del asiento trasero se rompió la clavícula y perdió la visión de un ojo. Su novio quedó paralítico de cintura para abajo. Gina solo salió con unos cuantos moratones.

A partir de ese momento decidió cambiar su vida. Se dio cuenta de que estaba repitiendo todos los errores que su madre había cometido, al menos según lo que ella misma le había contado, y se despreciaba por estar replicando la misma cadena de decisiones que le habían arruinado la vida incluso antes de nacer.

Así que comenzó el largo y doloroso camino de recomponer su existencia. Eso incluía volver a estudiar, arreglar el desastre de sus finanzas y dejar el alcohol. Esto último resultó lo más difícil, ya que todos sus amigos seguían de fiesta y la presionaban para que se

uniera, para que dejara de ir de santa, para que se ensuciara con ellos.

Gina estuvo yendo y viniendo durante meses, hasta que comprendió que no podría enderezarse si no cortaba por completo con su vida anterior. Lo hizo mudándose a una provincia, sin avisar a nadie.

Ese último paso fue el más duro, pero también el más eficaz. Una vez se disipó el polvo emocional, Gina sintió que podía respirar profundamente por primera vez en su vida. Comenzó a practicar kárate y a correr. Aprendió a meditar y terminó su formación como trabajadora social.

Empezó a identificarse como una «rompedora de patrones», y adoraba esa nueva versión de sí misma.

Y entonces, todo eso le fue arrebatado de golpe.

Su vida anterior no había terminado con ella. Resultó que no puedes simplemente alejarte del karma sin más.

Ocurrió una noche completamente normal de un martes. Gina acababa de volver de su turno de tarde, todavía con ese chaleco horrible que te obligan a llevar cuando visitas a ancianos en sus casas. Estaba cansada y no se dio cuenta de que él la estaba esperando fuera del edificio. Le oyó subir tras ella por las escaleras, pero pensó que era el vecino del piso de arriba. Luego, al meter la llave en la cerradura, él la agarró por detrás, la empujó dentro del apartamento, la tiró al suelo y cerró la puerta de un portazo.

Entonces le reconoció. Aunque hacía casi un año que no lo veía, su ojo izquierdo muerto lo delataba al instante. El otro, el ojo bueno, mostraba claramente sus intenciones.

En ese momento, Gina supo que iba a morir.

No murió. Al menos no en un sentido físico.

De hecho, aunque Jacob la dejó más muerta que viva, también dejó una nueva vida dentro de ella. Era la ironía en su máxima expresión

Gina no se enteró hasta diez semanas después. Apenas tuvo síntomas, y como venían en paquete doble, los niños crecieron muy lentamente al principio, como si tuvieran miedo de anunciar su presencia. No fue hasta que la barriga empezó a notarse bajo el ombligo que la terrible verdad le golpeó con fuerza. Había asumido ingenuamente que la ausencia de menstruación se debía a la violación y a los espasmos que sentía en el suelo pélvico. Resultó ser algo muy distinto.

Lo que siguió fue la decisión más grande y más difícil que Gina tuvo que tomar.

Al principio, ni se lo pensó. Quería que le quitaran aquello cuanto antes. Sentía que era un tumor, algo maligno creciendo dentro de ella, una maldición horrible que Jacob le había dejado.

Gina no era religiosa, y viviendo en un país donde el aborto es libre y prácticamente incuestionado, esa era la única opción lógica.

Acudió al médico al día siguiente y programaron el procedimiento. En la clínica no podían atenderla hasta tres días más tarde. Acabó gritándole al médico por hacerla esperar tanto, pero él le respondió, apesadumbrado, que no podía hacer nada para adelantar la cita.

Esos tres días cambiaron la vida de Gina.

No comió. Apenas durmió. Solo yació en su apartamento, dolorosamente consciente de cada sensación que salía de su vientre.

Y empezó a notar que, bajo el horror y el pánico, se escondía otra cosa. Algo cálido y suave.

Llamó a su madre para preguntarle qué debía hacer—algo que nunca habría hecho. La respuesta de su madre fue clara: debía abortar. Tener un hijo arruinaría su vida—aún más si era fruto de una violación.

Gina colgó y escuchó el silencio de su apartamento el resto de la tarde. Durante toda la noche, la vida dentro de ella se movió más que nunca. Y a la mañana siguiente, Gina llamó a la clínica para cancelar.

Ahora, al recordarlo, le parece que no fue ella quien tomó la decisión. Algo más la guió. Gina apenas estaba presente. Aterrada ante la idea de tener un hijo, de ser madre, de que nada volviera a ser igual.

Y aun así lo hizo.

Y cuando le hicieron la primera ecografía diez días después, descubrieron que en su interior no había una vida, sino dos.

En ese momento, al ver los diminutos corazones latiendo en el monitor, Gina supo que nada volvería a ser igual. Supo que todo el esfuerzo que había hecho para poner su vida en orden no era nada comparado con lo que tenía por delante.

Aquella noche, antes de irse a la cama, Gina se sentó a meditar por primera vez desde la violación. Le pidió fuerza y guía al universo. Y el universo respondió, llenándola de una energía lo bastante intensa como para iluminar el dormitorio.

Juró que nunca más dejaría que algo ajeno a sí misma gobernara su destino. Juró que sería fuerte de mente y de cuerpo, por ella y

por sus hijos, hasta su último aliento. Que construiría unos cimientos sólidos para los tres. Que tomaría aquello tan horrible que le había ocurrido y lo transformaría en otra cosa.

Desde entonces, se recuerda a diario esa promesa. Ha hecho lo posible por cumplirla. Y jamás ha...

Gina está tan inmersa en sus pensamientos, que tarda un segundo en darse cuenta de que los sonidos han desaparecido.

Se detiene y mira a su alrededor. La noche está completamente en silencio.

Y entonces llega esa sensación espeluznante de estar siendo observada desde atrás. Gina se gira de golpe, sin ver más que la calle vacía.

—Mierda… —susurra, sin oír sus propias palabras.

No pierde ni un segundo. Da media vuelta y echa a correr hacia el apartamento.

No necesita mirar al cielo para saber que está ahí. Aun así lo hace, justo antes de llegar a la puerta.

La grieta parece la misma, salvo por un detalle invertido: ahora que el cielo es negro a su alrededor, la grieta resplandece con una luz blanca.

Entonces Gina entra al portal, subiendo los peldaños de tres en tres, el sonido de su respiración retumba en sus oídos conforme la audición le regresa.

Se detiene en el rellano del segundo piso, saca la llave del bolsillo y forcejea con ella, sus dedos sudorosos resbalan sobre el diminuto trozo de metal. No pensó en encender las luces del portal, y la cerradura apenas se distingue.

«Tranquila, no hay nadie despierto a estas horas», piensa. «Esta vez no será tan grave...»

Como si ese pensamiento lo hubiese invocado, suena un fuerte golpe a su espalda.

Gina se gira de inmediato y ve que la puerta del piso de enfrente sigue cerrada. La mujer que vive allí es Laila, una jubilada amable y fumadora empedernida. A menudo está despierta a horas extrañas viendo la televisión, Gina lo sabe por las luces encendidas cuando ella sale a correr por la noche.

Desde el otro lado de la puerta ahora surge un gruñido furioso, y el picaporte sube y baja violentamente mientras alguien tira de él con fuerza, intentando abrir.

—Mierda...

Gina vuelve la atención a su propia puerta justo cuando Laila consigue destrabar la suya.

En el momento en que Laila la abre de par en par, Gina siente que la llave encaja. Gira, baja el picaporte y se lanza dentro del piso en un solo movimiento, girándose justo para ver a Laila.

La anciana tiene los ojos ciegos, la cara contraída en una mueca de rabia, los brazos extendidos al frente, avanzando a trompicones como si fuera a abalanzarse sobre Gina.

Gina cierra la puerta de un golpe. Casi consigue cerrarla del todo antes de que impacte contra el cuerpo de Laila, que queda encajada con fuerza entre la pesada puerta y el marco y se oye cómo el aire se escapa de sus pulmones de fumadora.

Gina se lanza contra la puerta, empujando con el hombro y empleando todo el peso de sus sesenta kilos, las suelas de sus

zapatillas se agarran al parqué y le dan impulso.

Pero Laila ya ha metido medio cuerpo y Gina se da cuenta, con pánico, de que no podrá cerrar la puerta por completo, por mucho que empuje. La anciana empieza a manotear con su brazo libre, arañando a Gina con uñas largas, gruesas y amarillentas.

Gina no puede apartarse, porque eso significaría abandonar la puerta, así que solo puede defenderse de los zarpazos. El contacto con la mano de Gina la enciende aún más: Laila se retuerce con furia en la entrada, logrando que la puerta ceda un centímetro más.

—¡Mamá!

Gina mira por encima del hombro y ve a sus dos hijos allí, en pijama, con el pelo revuelto y los ojos muy abiertos.

—¡A vuestras habitaciones! —grita Gina—. ¡Cerrad con llave!

Los niños se quedan paralizados un segundo. Y luego, para sorpresa de Gina, en lugar de obedecer, ambos se lanzan contra la puerta, empujando con todas sus fuerzas.

—¡¿Qué hacéis?! ¡No, marchaos! ¡Id a vuestros cuartos, ahora!

—¡Empújala fuera, mamá! —jadea Víctor con los dientes apretados —. ¡Nosotros te ayudamos!

La determinación en el rostro de su hijo deja a Gina momentáneamente sin palabras. Entonces siente cómo recuperan el centímetro perdido, gracias al peso añadido de los niños.

Laila también lo nota, porque ruge y arremete contra Gina, arañándole el brazo y dejándole tres cortes finos. Gina gime de dolor y esfuerzo.

—¡Sal de aquí! —grita Víctor, dándole una patada a la pierna de Laila, que ha logrado meter por la puerta. Está desnuda desde la

rodilla, con la piel pálida y arrugada, atravesada por venas azules.

Gina coloca la mano en la frente de Laila, empujando hacia atrás su cabeza, sintiendo la piel fría y húmeda en la palma. Laila gruñe con furia, sacude la cabeza y consigue que la mano de Gina resbale hasta la boca. Laila empieza a morder, sus dientes grises chasquean como los de una tortuga. Gina retira la mano con un grito.

—¡Dale un puñetazo, mamá! —aconseja Víctor, aún empujando con todo su cuerpo—. ¡Dale fuerte!

Laila vuelve a embestir la puerta, estirando los brazos para atrapar a quien tenga cerca. Una de sus manos atrapa la muñeca de Víctor. Él grita e intenta soltarse, pero ella lo sujeta con fuerza.

Algo se enciende dentro de Gina. Como si le hubieran echado diez litros de gasolina.

Empieza a golpear la cara de Laila con el puño cerrado: la frente, el ojo derecho, el puente de la nariz, el pómulo izquierdo. Con cada golpe, Laila retrocede un poco más, y Gina nota cómo la puerta cede. Grita de rabia mientras lanza otro puñetazo que le destroza la nariz ya fracturada, y eso por fin hace que se retire del todo. La puerta casi se cierra, pero algo queda atrapado. Gina mira hacia abajo y ve el brazo de Laila, que todavía agarra a Víctor. Él tira con fuerza, intentando zafarse de los dedos huesudos, pero Laila no está dispuesta a soltar su última oportunidad.

—¡Tírate hacia atrás, Víctor! —grita Gina.

Levanta la pierna, la recoge y pisa con fuerza sobre el antebrazo de Laila. El hueso se parte con una facilidad sorprendente y un chasquido seco. Laila ruge, de dolor o de rabia. Suelta a Víctor y retira la mano.

Gina y Anton empujan la puerta, que por fin se cierra con un estruendo. Víctor salta hacia delante y gira la llave antes de que Gina pueda hacerlo.

Entonces los tres se alejan de la puerta, mirándola con el rostro pálido y la respiración agitada.

Gina se obliga a dar un paso atrás también, confiando en el cerrojo mientras Laila empieza a golpear la puerta desde el otro lado, arremetiendo contra ella con su cuerpo frágil, gruñendo y bufando.

—¡Joder, por poco! —resopla Víctor.

—Cuida el lenguaje —murmura Gina automáticamente, y se estremece al notar el escozor de los arañazos en su brazo.

—Está pasando otra vez —declara Anton en voz grave, hablando por primera vez.

Gina solo asiente, tragando saliva para recuperar el aliento.

—Al dormitorio. Ahora.

MARK

Mark se despierta con una resaca horrible. Al menos, eso es lo que parece al principio. La cabeza le martillea, se siente mareado y con náuseas.

Necesita llegar al baño para vomitar. Se incorpora en el asiento, se da un golpe en la cabeza con el techo y vuelve a desplomarse, recordando que no está en la cama, sino en el coche.

—Joder —murmura, frotándose la frente mientras el dolor se intensifica—.

Todo regresa de pronto, hecho pedazos caóticos y confusos. El incidente en el centro. La sangre y los huesos rotos. El interrogatorio en comisaría. La conversación con Camilla.

Todavía es de noche fuera, el aparcamiento está iluminado por las farolas, el reloj del salpicadero parpadea 2:51. Echa el asiento hacia adelante y se deja caer sobre el volante, esperando que así se le pase un poco el malestar. El médico que le examinó y le vendó la oreja le dijo que probablemente tenía una leve conmoción cerebral,

y que el dolor de cabeza y las náuseas serían normales durante los próximos días. Evidentemente, dormir en un coche no ayuda.

Abre la puerta y deja entrar el aire fresco de la noche, bajando los pies al asfalto. Inspirar profundamente le ayuda un poco. Escucha el sonido de una alarma de coche unas calles más allá.

«La he cagado esta noche».

No, en realidad no. Todo ya estaba jodido. El desastre llevaba gestándose meses. Esta noche solo ha sido el punto de inflexión.

Lo sabía. Hacía tiempo que sabía que su relación con Camilla iba directa al abismo. Ambos lo sabían. Y ambos habían esperado a que sucediera.

Un sonido más, se escucha más cerca: un portazo, fuerte. Después, una mujer gritando.

—¿Qué coño…? —piensa Mark, girando la cabeza hacia la calle—. ¿Están atracando a alguien?

No ve a la mujer; parece que está dentro de una casa. Pero ve a tres figuras cruzando la calle. Una parece huir de las otras dos. Uno de los perseguidores se estrella contra una farola, cayendo al suelo. El otro no se detiene ni un segundo, sigue corriendo detrás del primero. Se mueve como un sonámbulo.

—Oh, mierda… —murmura Mark, al darse cuenta por fin de lo que está viendo—. Ya está pasando otra vez…

Mira instintivamente hacia arriba.

Ahí está, en medio del cielo nocturno, la grieta.

Esta vez no ha tenido la advertencia previa de la pérdida de audición. O quizás sí, y simplemente ha dormido durante ella.

El tipo que se ha dado contra la farola se levanta con movimientos torpes y espasmódicos, se sacude la cabeza y continúa avanzando, tanteando con los brazos.

Un sonido a su derecha hace que Mark gire. Una mujer aparece rodeando la puerta abierta del coche como un sonámbulo, los ojos ciegos están bien abiertos, el rostro está retorcido en una mueca de odio.

—¡Mierda! —dice Mark, y se maldice al instante por haber hablado. La mujer, a pesar de tenerlo muy cerca, no se había dado cuenta de su presencia. Al escuchar su voz, se vuelve de golpe y se lanza sobre él.

Mark le agarra las muñecas mientras ella araña como un gato, bufando y gruñendo. Huele a pasta de dientes y a algún producto capilar, el pelo perfectamente peinado. Aun así, Mark nota el uniforme blanco bajo la chaqueta: la mujer es una enfermera. Probablemente se dirigía a su coche para ir al trabajo cuando miró al cielo.

La enfermera intenta morderle y Mark suelta una mano, consiguiendo agarrarla por debajo del mentón, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Ella gruñe con rabia, se apoya en él y araña con la mano libre. Por suerte, es muy delgada y Mark le saca al menos veinte kilos. Aun así, es sorprendentemente fuerte. Levanta un pie, lo planta en su esternón y la empuja con todas sus fuerzas, haciéndola volar hacia atrás y caer sentada.

La mujer se levanta de inmediato.

Mark va a cerrar la puerta del coche cuando de repente lo inunda una luz intensa. Gira la cabeza y ve que un coche se le echa encima

con las luces largas encendidas.

—¡Mierda!

Se lanza hacia el interior del vehículo, pasando por encima del freno de mano, metiendo las piernas.

Un estruendo lo sacude todo: el coche embiste la puerta abierta del Ford con un impacto brutal. Mark mira cómo el otro coche se aleja calle abajo, tambaleándose.

La enfermera también ha sido atropellada; está tirada unos metros más allá, un amasijo de brazos, piernas y sangre.

La puerta del conductor no ha salido despedida, como esperaba Mark; sigue colgando de una bisagra, pero no se puede cerrar.

Algo se mueve al otro lado de la calle: la puerta de un edificio se abre de golpe. Sale un hombre gordo y calvo, de unos cuarenta años, solo en calzoncillos. Lo siguen una anciana con bata azul y un joven de aspecto árabe, de la edad de Mark.

Están todos ciegos.

El hombre gordo baja la calle como si olfateara algo. La anciana y el joven se quedan escaneando el aire, olisqueando como depredadores.

Mark trepa al asiento trasero, sintiendo que la cabeza sigue palpitando y las náuseas le hierven en la garganta, pero consigue ignorarlo todo de golpe.

A lo lejos, suenan sirenas. Alguien grita a una manzana de distancia. La gente está empezando a darse cuenta de lo que está ocurriendo.

Mark se queda inmóvil mientras el joven árabe se acerca al coche. Parece moverse por puro azar, pero no puede saber si de verdad lo

ha detectado. ¿Quizá puede olerlo? ¿Quizá es otra cosa?

Sea como sea, llega al coche y empieza a palpar el capó, después la puerta destrozada.

—Groah —gruñe.

Mark contiene la respiración y se queda absolutamente inmóvil.

«Aquí no hay nadie. Lárgate».

Y parece que su mensaje telepático funciona, porque el tipo deja de buscar y se aparta, justo cuando el musculoso aparece en el otro lado del coche, un tío al que Mark ha visto antes por el barrio. Se llama Dan o Danny, y va sin camiseta, mostrando un torso cubierto de tatuajes y músculos de culturista.

Mark había dejado la ventanilla entreabierta dos dedos para que el coche no se recalentase durante la noche. Danny introduce las manos por la rendija, buscando a tientas.

«Estoy jodido como una rata en una trampa».

Y justo entonces suena el teléfono.

El corazón le da un vuelco al oírlo. Ambos tipos se detienen.

Mark se lanza a por el bolsillo, saca el móvil y trata de silenciarlo.

Demasiado tarde.

Los ciegos lo han localizado. Vuelven al ataque con renovada violencia. El árabe se lanza dentro del coche, Danny empieza a golpear la ventanilla con los nudillos.

Mark consigue apagar el móvil, pero no se molesta en guardarlo. Lo tira y se lanza a por la puerta mientras el árabe le agarra la pierna y Danny rompe el cristal con un puñetazo. No estalla como en las pelis, se agrieta, se astilla. Eso le da a Mark los dos segundos que necesita.

Sale por la puerta opuesta, arrastrándose.

Y se topa de frente con la enfermera.

Tiene el cuerpo destrozado: la chaqueta ha desaparecido, el uniforme está empapado de sangre y colgando a jirones. Pero eso no la detiene. Va a por él como una bestia poseída.

Mark la sujeta por los brazos. Uno de ellos está evidentemente roto, blando como una manguera. El otro no tiene piel. La carne caliente y húmeda le resbala bajo los dedos.

Mientras intenta mantenerla a raya, el árabe le agarra la camiseta por detrás. A la vez, Danny rodea el coche y también se abalanza sobre él.

«Hasta aquí hemos llegado. La he cagado pero muy bien».

Y aun así, sigue luchando, más por instinto que por voluntad. Tira de la enfermera, consiguiendo interponerla entre él y Danny. Este la agarra por el cuello y la derriba, pero se da cuenta del error y la suelta. Mark aprovecha el momento y sale disparado.

Cruza la calle, rumbo al edificio. Al fondo, un grupo de personas cae sobre una mujer que intenta escapar. Se oyen sus gritos. Alguien choca con un coche. Huele a humo. Todo está empezando otra vez.

Mark mira al cielo. La grieta ha desaparecido.

Sigue corriendo. Entonces ve a Kenneth, el hijo de los vecinos. Tiene solo diez años. Y está ciego. Y fuera de sí.

El niño se lanza hacia él justo cuando Mark consigue abrir la puerta. Entra, cierra y echa la llave.

Se queda jadeando en el pasillo oscuro mientras Kenneth golpea con furia desde fuera.

«Lo conseguí. Al menos por ahora. Será mejor que revise las vent...»

Se gira y ve a una figura que le lanza algo a la cabeza.

Se aparta justo a tiempo.

—¡Joder! —grita la figura, y Mark reconoce la voz.

—¡Camilla! ¡Soy yo!

Ella se detiene, en mitad del segundo golpe. Enciende la luz.

Tiene una herida sangrante en el brazo. Va descalza, despeinada, con una camiseta de Mark que le queda grande y en la mano, un sartén.

—¿Estás bien? —pregunta él.

Ella asiente, sin dejar de mirarle, todavía dudando si golpearle.

Mark le quita con cuidado la sartén.

—Dámelo, ¿vale?

Ella se lo entrega. Luego pregunta:

—¿Tú estás bien?

—Sí.

Kenneth sigue embistiendo la puerta y Camilla tiembla.

—No pasará. No puede entrar —le asegura él—. ¿Qué ha pasado?

—Alguien intentó entrar por la ventana del baño… una mujer mayor… la empujé… la golpeé con la sartén…

—¿Estás herida?

Ella se mira el brazo.

—No es nada. Solo me asusté de que pudiera… de que pudiera hacerle daño a él…

Se lleva las manos al vientre.

Mark la observa. Está temblando, pero en sus ojos hay una fuerza que nunca le había visto y le sorprende.

—Ven aquí —le dice, y la abraza.

Ella duda, pero luego le rodea con los brazos.

Entonces suena el teléfono.

Mark se aparta y lo mira. Es E.

Camilla también lo ve.

Se miran.

—Solo quiere asegurarse de que estoy bien —dice él.

—Claro —responde Camilla—. Pues contéstale.

Mark duda.

—Venga —le dice ella.

Él se da la vuelta y contesta.

—¿Erika?

—Mark… —susurra ella. Está jadeando—. Están por todas partes… en el hospital…

—¿Qué? Eso no puede ser…

—Por favor, ven… estoy escondida… pero tengo miedo…

—Quédate donde estás. Los polis vendrán pronto.

—¡No van a llegar a tiempo! Estoy en la novena planta, Mark. No llegarán antes de que sea demasiado tarde…

—Vale. Voy. Quédate quieta. Voy para allá.

Cuelga. Mira a Camilla.

—Dime que no vas a salir otra vez.

—Tengo que ir.

—¡No tienes que hacerlo! ¡No es tu responsabilidad!

—¿Y de quién es, entonces?

—¡De la policía!

—La policía… tardarán horas en despejar el hospital. Para entonces estarán todos muertos.

Camilla se acerca. Le agarra la mano y la coloca sobre su vientre.

—Tu responsabilidad está aquí.

Mark nota una patada del bebé. Retira la mano.

Ella parece herida.

—Tengo que irme —dice él—. Volveré en cuanto pueda. Estarás bien si te quedas aquí. Cierra con llave.

Camilla solo lo mira.

—Lo haré —responde.

JOHN

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué estás mirando?

La voz de Lisa saca a John de su estupor. Sigue de pie frente a la ventana, mirando fijamente la grieta en el cielo nocturno. Lisa lleva un rato llamándole por su nombre, y ahora se ha acercado a su lado.

John la aparta bruscamente de la ventana, como si se tratase de un tren que viniese directo hacia ella.

—¡No la mires! ¡Aléjate!

—Papá, ¿pero qué coño…? —exclama ella, mirándole con una mezcla de susto y desconcierto.

Él le devuelve la mirada, sujetándola por los hombros, estudiando su rostro y sus ojos en particular. Son grandes, verdes y preciosos, exactamente como los de su madre.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca—. ¿La has visto?

Lisa abre la boca para responder, pero enseguida comprende lo que está ocurriendo.

—Oh, no… Está volviendo a pasar, ¿verdad?

—¿La has visto? ¿La grieta? ¿La has llegado a ver, Lisa?

—No —dice ella, negando con la cabeza—. No la he visto… Papá, me estás haciendo daño.

Él afloja el agarre.

—Bien —suspira, notando el sudor en el labio superior y la frente —. Muy bien. Gracias a Dios.

—¿Tú sí la has visto? —pregunta Lisa, con el rostro lleno de preocupación—. La has visto, ¿verdad? Estabas mirando hacia arriba…

Su tono se eleva a medida que habla, y John la nota retroceder.

—Escucha, está bien, cariño…

—¡La has mirado, papá! Dios mío… ¿vas a… vas a…?

—No, te lo prometo. Estoy bien. Solo escúchame un segundo…

Pero Lisa se aparta de nuevo cuando él intenta tocarla. Entonces John levanta las manos, mostrándole ambas palmas.

—Mira, no estoy herido. No me he quedado ciego. Mírame. Puedes ver que estoy bien, ¿verdad?

Lisa lanza una mirada a la puerta, luego le observa de nuevo, claramente luchando contra sus instintos.

—Pero la has visto…

—Sí —asiente él—. La he visto. Pero soy inmune.

No puede creer que las palabras hayan salido de su boca con tanta facilidad. Sería el fin de su carrera si llegaran a oídos indebidos, y había jurado llevárselo a la tumba si era necesario.

Pero ahora lo importante es que Lisa no huya. La sola idea de que salga corriendo a la calle sola es aterradora.

—¿I-inmune? —pregunta ella, sin acercarse, sin parecer convencida—. ¿Cómo puedes ser inmune?

John decide que ya no tiene sentido esconder nada. Así que le cuenta todo, de forma breve:

—No lo dijeron en las noticias, pero encontramos a algunas personas que miraron eso en el cielo sin verse afectadas. Yo soy una de esas personas. No os lo conté ni a ti ni a mamá porque aún no sé qué significa.

Lisa respira agitadamente mientras asimila la información.

—¿Entonces la viste? ¿Tanto antes como…? —Mira hacia la ventana —. ¿Ahora también?

John asiente.

—Sí. Y tienes razón: está ocurriendo otra vez. Así que tenemos que...

Un fuerte golpe detrás de él se escucha, y Lisa empieza a gritar.

John se gira y ve a Keld e Inga Petersen, sus vecinos de al lado, aporreando la ventana. Ambos llevan pijama, y los dos tienen los ojos en blanco. Los rostros que ahora veía poco tenían que ver con los que John recordaba de aquella pareja amable con la que solía conversar; ahora parecen máscaras grises de dolor y de odio.

John ha visto muchas imágenes tomadas con móviles de las víctimas del suceso de por la tarde, aunque la mayoría estaban borrosas o hechas desde lejos. Ver a dos de ellas tan de cerca, y además siendo personas conocidas, le deja helado.

Dios santo… Parecen muertos. Como cadáveres reanimados.

Keld decide que usar las manos no basta, así que echa la cabeza hacia atrás y lanza su frente contra el cristal, produciendo una grieta

en forma de estrella.

Lisa grita y John la oye correr fuera del dormitorio.

—¡Espera, Lisa! —grita tras ella—. ¡No salgas de casa!

Keld vuelve a embestir la ventana, y esta vez atraviesa el cristal con la mayor parte del torso. Los cristales caen al suelo, rajándole la ropa y la piel. A él no parece importarle. Sencillamente trepa por el hueco, seguido de Inga, ambos gruñendo y resoplando como animales salvajes.

John se da la vuelta y corre hacia la puerta. Guarda su arma reglamentaria en un compartimento secreto bajo su lado de la cama, pero no podrá alcanzarla sin enfrentarse cuerpo a cuerpo con sus vecinos, y se maldice por no haberlo hecho antes.

No tiene más remedio que abandonar el dormitorio y cerrar la puerta. Desde fuera no hay manera de echar la llave, así que la puerta no aguantará mucho.

Mira a lo largo del pasillo.

—¿Lisa? ¿Dónde estás?

No hay respuesta.

Corre hacia la habitación de su hija, abre de golpe la puerta y echa un vistazo rápido.

—¿Lisa? ¿Estás aquí?

—¿Papá?

La voz le llega por detrás. John se gira y la ve al fondo del pasillo. Para su sorpresa, sostiene lo que parece un mando a distancia, pero mucho más pesado de lo normal. Pero no: John lo reconoce. Es una pistola táser.

¿De dónde demonios ha sacado eso?

Ninguno tiene tiempo de decir nada antes de que la puerta del dormitorio reviente y los Petersen salgan tambaleándose al pasillo.

Lisa suelta un chillido y retrocede, apuntando con la pistola.

Keld la oye y se lanza hacia ella.

—¡No! —grita John, acercándose—. ¡Apártate, Lisa!

Inga se gira hacia él con la boca abierta en un siseo, enseñando todos sus dientes amarillentos, los ojos desorbitados.

John intenta esquivarla, pero ella lo percibe y se lanza a por él. Él es el doble de grande y consigue apartarla, pero ella le agarra del brazo e intenta morderle. John consigue zafarse justo a tiempo y la estrella contra la pared. El golpe le saca el aire, pero no la detiene. Se gira y se lanza de nuevo a por él.

La violencia con que arremete lo pilla totalmente desprevenido.

Las declaraciones de los testigos del día anterior se repiten en su mente, ahora con todo el sentido del mundo:

«...se movía como un animal…»

«...una fuerza casi sobrehumana…»

«...como si no sintieran dolor…»

John la sujeta por el cuello, manteniéndola alejada. Su piel está helada, siente sus tendones duros como alambres, mientras ella le araña el brazo como una fiera.

Por el rabillo del ojo ve a Keld golpeando la puerta del baño. Lisa se ha encerrado ahí dentro.

«Buena chica…», piensa John.

Entonces Keld deja de golpear y se gira hacia ellos, atraído por el sonido de la pelea.

—¡Atrás, Keld! —grita John, aunque sabe que no sirve de nada. Ambos están fuera de sí, en un estado psicótico.

«No, no lo están. Ya no son humanos», piensa John.

Keld se abalanza sobre él. John le barre las piernas y lo hace caer, pero el viejo va directo a por sus piernas, intentando derribarlo. John da un paso atrás, aún sujetando a Inga, que le está dejando el brazo ensangrentado.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué demonios no me defiendo de verdad?»

Entonces se da cuenta. Está luchando como un policía. Como si no quisiera hacer daño. Como si su único objetivo fuera inmovilizarlos.

«Eso no es suficiente», piensa.

Entonces deja salir al animal que lleva dentro.

Estrella a Inga contra la pared. Su cráneo deja un hueco en el yeso. Antes de que reaccione, John levanta la rodilla y golpea a Keld bajo la barbilla. Oye cómo le crujen los dientes al romperse.

Inga sigue en pie. John la atrapa, le hace la llave y le cierra la tráquea.

Ella patalea, rasguña, intenta cogerle la cara, pero él aparta la cabeza. Siente los huesos ceder bajo la presión.

Inga se retuerce por última vez. John la levanta del suelo.

Keld intenta levantarse, pero John le pisa el cráneo con el talón. El cuerpo cae, inmóvil.

Inga deja de moverse. Él la suelta y cae al suelo como un muñeco.

John respira como un toro, empapado en sudor, la camiseta pegada al cuerpo.

Un movimiento al fondo del pasillo le hace mirar.

Lisa ha salido del baño. Sigue con la pistola en la mano.

—¿Papá? —pregunta con voz temblorosa—. ¿Estás bien?

John asiente.

—Estoy bien.

—Estás sangrando…

—No es nada —dice, mirando su brazo destrozado—. Parece peor de lo que es.

Un estruendo llega desde fuera.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Lisa, asustada.

—Un coche. Alguien ha chocado. Tenemos que quedarnos dentro.

Lisa asiente.

—Papá, la ventana del dormitorio… está rota.

—Lo sé. Iré a asegurarla. Tú ve al baño. Te alcanzo enseguida.

—Pero puedo...

—Haz lo que te digo.

No levanta la voz, pero es suficiente. Lisa obedece y cierra con llave.

John mira a los Petersen. Inga tiene el cuello torcido. Keld está de cara al suelo.

—Lo siento —murmura—. No tenía elección.

Los arrastra hasta el dormitorio y los deja junto a la cama. La ventana no puede se asegurar, así que atranca la puerta.

La noche está llena de gritos, golpes, cristales, sirenas.

Coge su pistola y la munición del armario. Cierra la puerta con llave desde fuera.

—Déjame entrar, Lisa —dice, llamando al baño.

Ella abre al instante.

John entra y se deja caer en el inodoro con un suspiro.

—He intentado llamar a mamá —dice Lisa, enseñándole el móvil.

—¿No responde?

—Creo que le ha pasado algo, papá.

—No lo sabemos. Quizá esa zona no se ha visto afectada.

—Pero creo que sí —dice, mostrándole un tuit—. Sandra vive a dos calles. Dice que allí también está pasando.

John se muerde el interior de la mejilla. Eso es mala señal. O hay varios focos… o esta vez la zona afectada es mucho mayor.

—Tenemos que mantener la calma —dice—. Si tu madre está bien, llamará en cuanto pueda.

Lisa asiente, aguantando las lágrimas.

—Vale, papá.

—Buena chica. Ahora, pásame el botiquín, por favor.

TOMMY

El alivio de haber salido de su habitación y haber encerrado dentro a su madre no le dura más de medio minuto.

Ese es el tiempo que tarda Birte Jansen en patear un agujero en la puerta —que, evidentemente, no está hecha de madera maciza, como Tommy había supuesto, sino de algún otro material barato.

Tommy cruza el piso corriendo hasta llegar al recibidor. Coge la chaqueta y se pone los zapatos, deteniéndose unos segundos, tras haber desbloqueado la puerta, para pensar si hay algo más que debería llevarse.

«¿Cuál es el plan?», piensa Tommy.

No sabe responder a esa pregunta. Porque no tiene ningún plan. Solo sabe que tiene que salir de ahí antes de que su madre consiga salir de su cuarto y le encuentre. Lanzarse a la calle, donde supone que también hay mucha gente afectada por la ceguera, sigue pareciendo mejor opción que quedarse atrapado con ella.

Está a punto de abrir la puerta cuando oye a alguien gritar al otro lado, la voz resuena por la escalera:

—¡No, aléjate! ¡Aléjate de mí!

Se oyen pasos corriendo, más gritos y un gruñido.

Tommy mira por la mirilla. La puerta del otro lado del rellano está abierta de par en par. Dentro del piso —el de los Smith, una familia de cinco miembros— hay una pelea en marcha. Luego alguien más aparece tambaleándose en el pasillo: el tipo fumado del piso de arriba se planta justo frente a la puerta. Intenta llegar al siguiente tramo de escaleras, pero es interceptado por la señora Smith, que sale de su casa en sujetador y bragas. Choca contra él y se le echa encima sin dudar.

El fumado grita e intenta zafarse, y quizás habría podido escapar si su compañero de piso, de quien seguramente huía en primer lugar, no se hubiese unido a la fiesta. Entre los dos lo reducen rápidamente y empiezan a golpearle y patearle. Tommy aparta la vista de la puerta con un nudo en el estómago, mientras los gritos del chico se apagan bajo la violencia.

Otro sonido se escucha, esta vez desde el otro extremo del piso: un rugido furioso. Lo oye tan claramente que sabe que su madre ha logrado atravesar la puerta.

«Sal de aquí o te atrapará.»

Hace caso a su propia advertencia y corre hacia la cocina.

Justo al entrar, su madre aparece desde el otro extremo. Avanza con las piernas rígidas, tanteando el aire con las manos extendidas. La luz es tenue, pero suficiente para que Tommy tenga que contener

un grito al verla. En lugar de eso, camina lo más silenciosamente posible alrededor de la isla central.

Su madre, que al parecer, no recuerda muy bien la distribución del piso, choca contra el otro lado de la isla y derriba una sartén al suelo. El ruido es espantoso. Ella ruge de rabia, luego se queda quieta, escuchando.

Tommy permanece inmóvil, sin respirar, esperando ver qué camino elige. Ella opta por ir a la derecha, así que él gira hacia la izquierda.

Tiene que caminar deprisa para mantenerse por delante, y como lleva los zapatos puestos, no puede evitar que las suelas hagan algo de ruido sobre el suelo de madera.

Su madre lo percibe y vuelve a detenerse, atenta, con las orejas bien abiertas.

Tommy quiere correr. Desde donde está puede llegar al salón. Pero no sería buena idea. Su madre oiría los pasos y lo seguiría enseguida. Y el salón no tiene salida. Como viven en un segundo piso, saltar por la ventana podría significar una fractura de tobillo. Además...

Sus pensamientos se interrumpen al oír un sonido inconfundible: la puerta de entrada se abre.

La realidad le golpea de lleno.

«Mierda. La dejé sin cerrar.»

Se oyen pasos por el pasillo. La señora Smith aparece en la entrada, seguida del tipo de arriba. Ambos están manchados de sangre, sus ojos ciegos recorriendo la estancia.

—¡Bluark! —exclama su madre con voz gutural.

Los recién llegados responden con sonidos similares y entran en la cocina, acercándose a Tommy.

Está atrapado. Más que antes. Ahora no tiene otra opción que huir. Pero ambos caminos alrededor de la isla están bloqueados.

Así que retrocede, se pega a la encimera, intentando hacerse lo más pequeño posible. La señora Smith se acerca, sus fosas nasales se dilatan mientras huele el aire.

Tommy se mueve de lado, y ella lo percibe. Gira la cabeza de golpe y le mira directamente, gruñendo. Justo cuando se lanza hacia él, Tommy se da cuenta de que su mano ha cogido algo del banco de cocina. Es un cuchillo. Cierra los ojos y lo lanza a ciegas hacia ella.

Siente cómo la hoja se hunde en algo blando, y después nota una sustancia cálida y viscosa salpicándole.

Abre los ojos y ve el tajo abierto en el cuello de la señora Smith. El cuchillo ha cortado justo debajo de la barbilla, y Tommy puede ver el hueso de la mandíbula entre la sangre que brota. Para su horror, ella sigue empeñada en alcanzarlo.

Intenta apartarse, escapar, pero su zapato resbala en la sangre del suelo. Cae de rodillas y suelta el cuchillo. La señora Smith tropieza con él, se golpea la cabeza contra la encimera y cae de espaldas, con los brazos y las piernas extendidos, dejando escapar un último aliento, áspero y entrecortado.

Tommy se aleja arrastrándose, pasando entre su madre y el otro tipo. Ninguno se da cuenta de su presencia: ambos se dirigen hacia el rincón donde yace la mujer, atraídos por el alboroto.

No mira atrás. Llega al salón tambaleándose, con cada latido retumbando en sus sienes y zumbando en sus oídos. Siente que su

cuerpo se mueve por su cuenta, como si fuera solo un pasajero dentro de sí mismo.

«La ventana. Tienes que saltar.»

Se acerca, corre el pestillo, abre la ventana y se sube. Hay una estrecha franja de césped debajo. Si salta demasiado lejos, caerá sobre el asfalto del aparcamiento.

—¡Graast!

Tommy se gira y ve a su madre acercándose.

Salta.

Y cae.

Pasa lo que parecen varios segundos antes de estrellarse contra el suelo. Cae de lado con un gemido, el aire se le escapa de los pulmones. Un dolor punzante le atraviesa las costillas. Es tan intenso que por un momento cree que va a desmayarse.

Se queda tumbado boca arriba y ve el rostro de su madre mirándole desde la ventana. Se inclina hacia afuera, frustrada por haberlo perdido por segunda vez. Para su sorpresa, decide seguirle y empieza a salir por la ventana, de cabeza.

—¡Mierda!

Tommy rueda hacia un lado.

Un golpe seco suena justo al lado. Su madre ha caído con mucha más fuerza que él.

Tommy se incorpora con dificultad y cruza el aparcamiento, sujetándose el costado. Desde la calle llegan sirenas, gritos, disparos, pero no se detiene hasta llegar al otro extremo del solar.

Su madre no le sigue.

Sigue tendida allí, justo donde cayó. Incluso desde aquí, Tommy puede ver que se ha roto el cuello.

El tipo del piso de arriba aparece en la ventana abierta, asomándose como hizo su madre momentos antes. Aspira el aire, resoplando como un perro, luego se retira al interior y sigue deambulando.

Tommy mira a su alrededor, sintiéndose como un sonámbulo. Desde todas direcciones llegan sonidos de lucha, de gritos, de caos. En muchos de los pisos también se están peleando. Es evidente que ahora mismo ningún sitio es seguro, ni dentro ni fuera.

Su mirada se posa en el contenedor de basura que tiene al lado. Tommy se acerca, levanta la tapa y, sin pensarlo dos veces, se mete dentro.

GINA

—Creo que por fin se ha ido, mamá.

Anton la mira desde la puerta, donde lleva veinte minutos haciendo guardia. Está cerrada con llave y bloqueada con la cómoda pesada que los tres empujaron para colocar frente a la entrada.

Gina está sentada junto a la ventana. Ha estado perdida en sus pensamientos. Ahora se da cuenta de que Anton tiene razón; los golpes en la puerta principal, que habían sonado de fondo desde que se encerraron en el dormitorio, han cesado.

—¿Crees que simplemente se ha rendido? —pregunta Anton, con esperanza en la voz. Sostiene su inhalador, que Gina no le había visto usar desde hacía meses.

—O quizá ha sido la policía —responde Victor desde la cama, donde está sentado con las piernas cruzadas. Quiso ser él quien hiciera guardia en la ventana, pero Gina no se lo permitió. Por un lado, no quería que viera la violencia en la calle. Por otro, no quería

arriesgarse a que mirara hacia arriba, aunque la grieta ya hubiera desaparecido.

Podría ser la policía quien haya logrado reducir a Laila. Gina vio un grupo de agentes cruzar la calle apenas cinco minutos antes, acompañados de perros.

Escuchó muchas sirenas y muchos disparos. Supuso que eran balas de goma, como las de la tarde, pero no podía estar segura.

Ahora se siente agotada, tras disiparse la adrenalina. Ha visto a los niños bostezar varias veces. Aun así, están demasiado alterados como para dormir.

Gina se pregunta, una y otra vez, qué debería hacer ahora. Tratando de formular un plan, no solo para lo que queda de noche, sino para los días venideros.

Desde que la grieta ha aparecido por segunda vez, no tiene ninguna ilusión de que no vuelva a hacerlo una tercera o una cuarta. Incluso podría convertirse en algo habitual. Al menos, va a partir de esa suposición, ya que le permitirá prepararse para lo peor. Hasta que las autoridades lo controlen —si es que lo consiguen—, Gina necesita estar lista en todo momento.

Ha cometido demasiados errores desde ayer. Algunos peores que otros.

Ayudar al chico llamado Tommy, arriesgando su vida, cuando podría haberse limitado a correr y esconderse.

Enfrentarse con el tipo de la oficina de detención, cuando podría haberse callado.

No fueron buenas decisiones. No sirvieron a su único propósito en la vida: mantener a salvo a sus hijos.

Está bien. Los errores están para aprender. Y Gina ha captado el mensaje alto y claro. «No vuelvas a meter la pata. Tómatelo en serio.»

El mayor error fue uno que cometió hace mucho tiempo: no haber conseguido un arma. Lo había considerado varias veces, pero nunca lo llevó a cabo. Se dejó convencer por la mentira de que no la necesitaba. Esto era Dinamarca. Uno de los países más pacíficos del mundo. Nadie tenía armas aquí, salvo la policía, y ni siquiera ellos estaban dispuestos a usarlas.

Gina debería haber conseguido un arma.

Debería haberse preparado para lo peor.

Consulta el móvil cada cinco minutos. Las páginas de noticias se actualizan con regularidad, pero las redes sociales ofrecen información aún más inmediata. Sus contactos publican y comparten avisos, advertencias e incluso imágenes:

«No os acerquéis al centro comercial. Es una locura ahí.»

«Nos hemos atrincherado en la biblioteca. Si estáis cerca y necesitáis refugio, venid a las ventanas de atrás y os abrimos.»

«Si os encontráis con uno, quedaos quietos. No pueden veros, están ciegos. Si corréis, os oirán.»

«Parece que la policía lo va controlando poco a poco en la zona este de la ciudad. ¡Menos mal!»

«Por favor, por favor, ¿alguien ha visto a mi hermana? Delgada, rubia, con un jersey. La última vez fue vista en Franklin Boulevard.»

«¡No intentéis ayudar a nadie que se haya quedado ciego! ¡Son muy peligrosos!»

Consulta CNN y la BBC y ve que ciudades de todo el mundo están, de nuevo, sumidas en el caos. Algunas apenas se habían recuperado del primer brote hacía apenas doce horas.

El pensamiento llega por fin a su mente consciente, y el estómago se le hunde:

«¿Es este el principio del fin?»

Ha visto algunas películas apocalípticas donde el mundo es destruido por cometas, alienígenas o monstruos gigantes. Pero esto le recuerda más a aquella horrible serie de zombis que no pudo soportar ni un episodio completo: The Walking Dead. Aquellos monstruos le daban auténtico pavor.

Esto se le parece un poco, sí. Solo que no cree que esas personas que han quedado ciegas puedan considerarse zombis. Para empezar, no son contagiosas y pueden morir por medios distintos a destruirles el cerebro. Gina fue testigo de ello con sus propios ojos, esta misma tarde.

Además, el estado de ceguera y furia puede que ni siquiera sea permanente. Nadie sabe aún si existe tratamiento para ellos.

Gina también recuerda cómo, en la televisión, los zombis intentaban principalmente morder o arañar a sus víctimas, pues su objetivo era comer carne humana.

Los ciegos, en cambio, no parecen tener el menor interés por devorar a nadie. Usan dientes y uñas si les resulta útil, pero igual pueden golpear, pisotear, placar o estrangular a quienes tengan cerca. En cuanto su víctima muere, o al menos queda fuera de combate, se alejan.

El único objetivo que parecen tener es provocar muerte y caos.

Es como si algo en su interior los impulsara a hacerlo. Como si una especie de odio puro brotara desde los rincones más oscuros del alma humana.

Gina niega con la cabeza. Está especulando. No sirve de nada. Sea lo que sea lo que motiva a los ciegos, esté lo que esté mal en ellos, lo único que importa es mantenerse alejada y proteger a sus hijos.

Eso significa defensa.

Y eso significa un arma de fuego.

Por suerte, sabe cómo conseguir una.

Conoció a Phoebe en la universidad, cuando Gina aún vivía su "vieja vida". Phoebe había venido de Estados Unidos. Era una chica rara y algo solitaria. A Gina le cayó bien desde el principio. Con Phoebe no había postureo.

Un día, sin previo aviso, Phoebe la invitó a una galería de tiro. A Gina no le interesaban las armas, pero accedió a probar. Acabaron yendo tres veces.

Resultó que Gina tenía buena puntería. Si las normas no hubieran sido tan estrictas, seguramente se habría comprado una. Pero en Dinamarca no se puede tener legalmente un arma hasta los veintiún años, hay que comprar una caja fuerte homologada y ser miembro de una asociación de tiro durante al menos dos años.

Gina ya pasó hace tiempo el límite de edad. Pero no tiene intención de comprar una caja fuerte, y no puede esperar dos años. Necesita un arma ahora, y eso significa conseguirla a través de Phoebe.

Phoebe es una de las pocas personas de su antigua vida con las que Gina ha seguido en contacto, Phoebe nunca fue parte del entorno tóxico que tuvo que abandonar, pero aun así, sus

conversaciones han sido esporádicas. La última vez que hablaron, Phoebe aún vivía en la ciudad.

Gina la busca en Facebook y le escribe en inglés:

«Cuánto tiempo, ¿no? ¿Estás bien?»

Se levanta y estira las piernas.

—Muy bien, chicos…

—¿Podemos salir ya? —pregunta Victor de inmediato.

—No. Vamos a quedarnos aquí hasta estar seguros de que las cosas están bajo control. Pero tenéis que dormir un poco.

—¿Para qué? —replica Anton, llevándose el inhalador a la boca—. No es como si fuéramos a ir al cole mañana.

—Eso no significa que no tengáis que dormir. ¿Y quién ha dicho que no vais a ir al cole mañana?

—Bueno… es que pensé que… como ha vuelto a pasar esto, lo cerrarían.

—No estés tan seguro. —Gina va y apaga la luz. Se gira y ve cómo la miran sus hijos con desconfianza.

Victor la observa como si estuviera loca—. ¿Quieres que durmamos en tu cama?

Gina se encoge de hombros—. A menos que prefiráis el suelo, sí.

—¿Y tú dónde vas a dormir, mamá?

—Dormiré más tarde. Tenemos que turnarnos para estar atentos por si pasa algo.

Le vibra el teléfono. Lo saca del bolsillo y ve un mensaje de Phoebe:

«Bien... ¿Tú y los niños?»

Victor y Anton discuten por quién se queda con la almohada.

—Vale, chicos. Se acabó la charla. A la cama, o empiezo a cantar.

Los niños sonríen y se acuestan uno al lado del otro, compartiendo la almohada y la manta. Anton da una última calada al inhalador y lo deja en la mesilla. Probablemente se despertará tosiendo y lo buscará a tientas. Siempre le pasa por la noche.

—Mamá —pregunta Victor—. ¿Puedes cantar de todos modos?

Ella lo mira, sorprendida.

—¿De verdad?

Victor asiente, y Anton también. Ambos la miran con una mezcla de ternura y vergüenza. Hacía años que no les cantaba para dormir.

—Vale, claro —dice Gina, sentándose al borde de la cama—. Supongo que ya sois muy mayores para canciones de niños, así que… ¿alguna petición?

Proponen varias canciones de moda que Gina solo ha oído en la radio alguna vez.

—No me sé la letra de ninguna —dice, pensativa—. ¿Sabéis qué? Os voy a cantar mi versión de Sweet Child o' Mine.

—¿Qué es eso? —pregunta Victor.

—Una canción de cuando yo era adolescente.

Empieza a cantar. Hace años que no escucha a *Guns N´ Roses*, pero la letra le sale sin esfuerzo.

Y funciona. Para el segundo estribillo, los chicos ya duermen profundamente.

Gina sigue tarareando la melodía mientras saca el teléfono y responde a Phoebe:

«Todos estamos bien ahora.»

Empieza a escribir:

«Necesito un favor...»

…cuando le llega otra respuesta:

«¿Necesitas una pistola?

«¿Cómo lo has adivinado?»

«Pensé que, con todo yéndose al carajo, querrías proteger a los tuyos. Te consigo una para mañana.»

«¡Gracias! ¿Sigues en Copenhague?»

«No por mucho tiempo. Los padres de Patrick tienen una cabaña al norte. Ricachones estúpidos. Estaremos más seguros allí.»

Gina se sorprende al saber que Phoebe sigue con Patrick. Por lo que recuerda, no era precisamente un encanto. Lo que no le sorprende es que Phoebe esté ya tratando esto como el fin del mundo.

Antes de que pueda responder, Phoebe le escribe de nuevo:

«Pasaré por allí y te la dejaré.»

«Gracias, Phoebe. Me salvas la vida.»

«No hay de qué. Solo cuidaos, ¿vale?»

Gina guarda el teléfono y vuelve a la ventana.

La situación exterior parece haberse estabilizado. La policía parece haber retomado cierto control.

Eso no la hace especialmente optimista. A juzgar por lo que puede ver desde allí, esta vez la zona afectada es mucho mayor.

Lo que significa que también hay muchas más personas muertas.

Y muchas más personas ciegas.

MARK

El trayecto por la ciudad es más fácil de lo que temía. Es evidente que no había muchos coches en circulación cuando ocurrió aquello. Salvo por algunos accidentes, las calles están prácticamente despejadas. Pasa junto a numerosos coches de policía y vehículos militares.

Y no falta gente: viva, muerta y ciega.

El fenómeno es claramente mucho más grande esta vez.

Conduce tan rápido como puede con la puerta del conductor colgando. Se salta algunos semáforos en rojo e incluso circula por la acera en un punto donde se libra una gran pelea entre soldados y una docena de personas ciegas.

«¿Vais a disparar de una puta vez?», piensa Mark al ver a un agente antidisturbios golpear a una mujer ciega que apenas parece sentir los pesados golpes de la porra.

Le sorprende hasta qué punto están dispuestos los agentes a evitar el uso de la fuerza letal, incluso cuando claramente está

justificado. Está convencido de que solo es cuestión de tiempo. Si esto sigue ocurriendo, acabarán cediendo a la presión y empezarán a disparar a matar. Y ¿por qué no iba a pasar de nuevo?

—Es el puto fin del mundo —murmura Mark, encendiendo un cigarrillo—, otro mal hábito que Camilla quiere que deje.

Mantiene la vista en su móvil. Cada tres minutos, más o menos, llega otro mensaje de Erika. Le dice que se dé prisa. Le suplica que venga. Le cuenta que alguien ha estado en la habitación, pero que se ha marchado.

La idea de Erika allí, acurrucada bajo la cama, es suficiente para que acelere aún más.

Todavía queda algo más de un kilómetro hasta el hospital.

Una parte de él sabe lo estúpido que es embarcarse en una misión como esta. Debería haberse quedado en casa y atrincherarse con Camilla. Debería haberla protegido a ella y a la vida que lleva dentro.

Sin embargo, de algún modo, sus sentimientos por Erika ganan la partida. No puede abandonarla.

«Esto es tan típico de ti, ¿lo sabes? Justo cuando tienes la oportunidad de actuar como debes, lo jodes todo.»

Mark le da una calada profunda al cigarro.

Todo es culpa de Camilla. Estaban bien. Las cosas empezaban a mejorar para Mark. Había dejado de salir de fiesta los fines de semana. Había dejado de meterse en líos con la ley. Incluso había conseguido un trabajo y lo mantenía. Por fin estaba dejando atrás al adolescente furioso que había dirigido su vida hasta entonces.

Y entonces, va ella y se queda embarazada.

De su maldito hijo.

Mark juró desde joven que jamás traería un niño a este mundo. Su propio padre era un borracho violento que murió cuando Mark era pequeño. Lo único decente que hizo por Mark y su madre fue acabar con una herida en el cuello y desangrarse.

Mark no sirve para ser padre. No lo lleva en los genes. Tener un hijo solo para probar lo contrario sería egoísta. No es de los que combaten la herencia que arrastran. Sus malditos genes están destinados a devorarlo desde dentro.

Pero Camilla le quitó esa decisión.

Aprieta el volante con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

«Debería haberme largado en cuanto me lo dijo. No sé por qué seguí ahí.»

Pero sí lo sabe.

Bajo la rabia, percibe algo más. Algo mucho más aterrador. Cada vez que piensa en el bebé que crece en el vientre de Camilla, eso que lleva dentro se remueve, intentando aflorar. Le hace sentirse como un niño. Pequeño. Desprotegido. Acojonado.

Mark no quiere volver a sentirse así nunca más.

Superado el impacto inicial, coquetear con la pelirroja de contabilidad se convirtió en una distracción más que bienvenida. Erika ya le dedicaba sonrisas tímidas durante las reuniones. Tardó menos de una semana en acostarse con ella. O, mejor dicho, en hacerlo en el baño con ella.

También fue una forma de distanciarse de Camilla. De empujarla. De forzarla a tomar una decisión que él no tenía cojones de tomar.

Pero ella no lo hizo.

—Probablemente todavía cree que puede hacerme cambiar —murmura Mark para sí mismo, apurando el cigarro antes de tirarlo por la puerta abierta—. Pues va lista.

El hospital aparece al fondo. Mark levanta el pie del acelerador.

Algunas personas ciegas deambulan frente a la entrada de cristal. El edificio en sí parece relativamente intacto. La mayoría de las ventanas están oscuras. Mark decide que el aparcamiento subterráneo será un punto de entrada más seguro, así que rodea el edificio y baja por la rampa.

El sótano está casi vacío, salvo por unos cuantos coches. Cuatro o cinco personas ciegas caminan por ahí, aparentemente buscando la salida. Reaccionan de inmediato al sonido del coche de Mark.

Estuvo aquí hace apenas unas horas, y sabe dónde están los ascensores. Sin embargo, en lugar de conducir directamente hacia ellos, se dirige a la esquina izquierda del sótano. Allí no hay nadie. Apaga el motor rápidamente y salta fuera del coche. Abre el maletero y coge la palanca para cambiar ruedas. Luego se mueve con rapidez junto a la pared, pendiente de los ciegos. Todavía se dirigen hacia el coche.

Mark llega a los ascensores. Uno de ellos está abierto y vacío. Se cuela dentro y pulsa el botón. Un hombre ciego pasa justo cuando las puertas se cierran. Gira la cabeza y avanza tambaleándose hacia Mark, pero ya es tarde.

Mark deja escapar un largo suspiro mientras el ascensor lo eleva por el edificio. Saca el móvil y le escribe a Erika:

«Subo ahora.»

Pesa la palanca en las manos. Está fría, pesada, reconfortante.

«Esta vez, ni un segundo de duda. Derriba a quien se te cruce. Ya no son personas normales», piensa Mark.

Siente cómo se le acelera el pulso mientras se acerca la novena planta.

El ascensor se detiene. Se escucha un pitido agudo, y luego se abren las puertas.

Mark se ha preparado para casi cualquier escenario imaginable. O al menos eso creía.

El pasillo parece una zona de guerra. Hay charcos de sangre. Está en el suelo, en las paredes, incluso en el techo. Mark puede olerla. Está espesa en el aire, mezclada con sudor y pánico. Camillas, sillas de ruedas y material médico por todas partes. Hay cuerpos por todo el suelo. Algunos llevan uniforme de enfermería, otros ropa de paciente, incluso algunos civiles. Una de las luces fluorescentes se ha soltado y cuelga de un cable.

Mark se queda mirando la escena durante varios segundos.

«Contrólate. Muévete.»

Consigue dar un paso fuera del ascensor.

Entonces, una figura se le echa encima desde un lado.

Mark reacciona por instinto. Solo alcanza a ver una bata de médico y una cara con ojos ciegos y desmesurados. Levanta la palanca con fuerza, apuntando a la cabeza, y acierta.

El médico, que es un hombre delgado, de aspecto indio, con entradas pronunciadas y las manos y mangas cubiertas de sangre, cae inconsciente.

Mark retira su arma, preparado para golpear de nuevo. Pero el médico ciego no se levanta. Un enorme hematoma oscuro se forma

en su sien.

—Joder… —murmura Mark—. Ese cabrón me estaba esperando…

Se obliga a estar más alerta. Al parecer, los ciegos están mejorando en este juego.

Mark avanza por el pasillo, procurando no pisar nada ni a nadie. En algún lugar, una máquina emite pitidos insistentes. Desde el piso inferior se escucha un grito. Luego, silencio.

Mark continúa, revisando cada puerta abierta antes de pasar, con la palanca siempre lista.

Percibe un movimiento a un lado.

Mark se gira de golpe, a punto de atacar.

Un chico lo mira desde el suelo. Es un adolescente. Está tumbado boca arriba, pegado contra la pared. Tiene los ojos muy abiertos, aterrados. Mark ve que las lágrimas han dejado surcos en sus mejillas. Lleva una camiseta blanca manchada de sangre, pero parece ileso.

Levanta una mano temblorosa y se lleva un dedo a los labios.

Mark asiente una vez, indicándole que se quede donde está. Lo cual parece innecesario: el chico está tan aterrorizado que ni se moverá.

Justo cuando Mark se dispone a seguir adelante, una mujer ciega sale tambaleándose de la habitación siguiente. Gira la cabeza de un lado a otro, intentando decidir hacia dónde ir. Es una mujer de mediana edad, bien vestida, con ropa que claramente fue de calidad, pero que ahora está desgarrada y sucia. Tiene una zona sin cabello, como si alguien le hubiera arrancado un mechón. La piel, rosada y

brillante, queda al descubierto. Mark tiene la sensación de haberla visto antes, pero su rostro está oculto tras el pelo.

Se queda inmóvil. Palanca lista. Los músculos de sus brazos tiemblan.

La mujer decide caminar en la dirección contraria. Tantea la pared hasta meterse en otra habitación.

Mark exhala por la boca. Le lanza una última mirada al chico y sigue avanzando.

Llega a la habitación 916. La de Erika.

La puerta está entreabierta. Hay luz dentro.

Mark mira en ambas direcciones antes de empujar la puerta, despacio.

Ve al hombre junto a la ventana de inmediato. Por su ropa y postura, debió de ser paciente antes de quedarse ciego. Y uno enfermo, además. Cáncer, tal vez. Está delgado, calvo, aún lleva la tirita en la mano de un gotero. El tubo cuelga, pero la bolsa ha desaparecido. Manosea la ventana, gruñendo para sí, como buscando una salida.

Mark baja la vista y ve a Erika bajo la cama. Le devuelve la mirada, a punto de llorar, de miedo, de alivio o de ambas cosas. Mark siente un calor en el bajo vientre al verla. Está ilesa. Al menos por lo que puede ver.

Ella señala con los ojos hacia la ventana y Mark asiente, diciéndole sin palabras: «Lo sé».

Un gruñido suena a su espalda. Mark se gira y ve a tres personas ciegas venir por el pasillo.

No sabe si lo han olido o es pura coincidencia. En cualquier caso, debe salir de allí.

Mark entra en la habitación y cierra la puerta con suavidad. Suena un clic. No hay pestillo por dentro.

«Mierda.»

Busca algo con lo que atrancarla. Hay una silla junto a la cama de Erika, pero no es lo bastante alta. Y lo peor: el tipo de la ventana ha oído la puerta y ahora se mueve alrededor de la cama.

Mark podría ir hacia él y partirle la cabeza con la palanca. Pero oye a los otros ciegos justo fuera. Si ataca al tipo con cáncer, seguro que lo oyen y entran corriendo.

En su lugar, se escurre hacia el baño. El tipo pasa junto a él y tropieza con la puerta del pasillo. Empieza a buscar el pomo.

Mark sale a hurtadillas y se acerca a la cama. El tipo encuentra la manilla y abre de golpe. Los otros ciegos lo reciben con gruñidos. Él responde. Durante un instante, parecen dudar.

«Eso es, largaos…», piensa Mark.

Pero no se van. El tipo con cáncer no ha terminado con la habitación, y dos más deciden entrar. Se mueven a tientas.

Mark se agacha junto a la cama. Erika le agarra el tobillo y lo aprieta con fuerza. Respira acelerada y está a punto de echarse a llorar. Mark le tapa la boca con la mano. La mira fijamente y entonces se da cuenta de que Erika no está reaccionando a él, sino a uno de los ciegos.

Mark los mira y ve a la mujer con el mechón arrancado. Y la reconoce.

Es la madre de Erika.

Erika solloza contra la palma de Mark.

Él se inclina delante de ella, tapándole la vista, y le dice con los labios: «Está bien. No la mires.»

Erika parpadea para contener las lágrimas.

Los tres ciegos registran la habitación desde diferentes puntos. Uno está junto al baño, otro en la esquina opuesta y la madre de Erika se acerca a Mark.

«Es solo cuestión de tiempo que nos encuentren…», piensa Mark.

Mark aún tiene la palanca. Piensa en levantarse de un salto y comenzar a golpear. Con suerte, podría acabar con ellos uno a uno. Pero el ruido atraería a los demás, y podrían quedar decenas en esta planta.

Debe aprovechar su ventaja. Están ciegos. Puede distraerlos.

Mira la ventana. Podría lanzar la palanca y romper el cristal. El ruido los atraería. Pero se quedaría sin arma.

Sus ojos van hacia la radio del alféizar. El cable va por la pared. Estira el cuello: está enchufada justo al lado de la cama.

Mark la mira y le dice con los labios: «¿Lista?»

Erika frunce el ceño.

Mark le retira la mano de la boca y le muestra tres dedos. Luego dos. Luego uno. Después imita con los dedos el gesto de correr y señala la puerta.

Erika parece aún más asustada, pero asiente.

Mark se inclina y le da un beso en la frente. Luego vuelve a contar. Cuando llega a uno, salta, estira el brazo sobre la cama y pulsa el interruptor.

La radio se enciende al instante:

—… es evidente que las grandes ciudades están sufriendo las peores consecuencias, pero incluso en zonas rurales se perciben los efectos de este fenómeno que continúa extendiéndose por el país…

Los ciegos reaccionan tal y como Mark esperaba, dirigiéndose hacia el sonido con gruñidos ansiosos. La madre de Erika tropieza con la cama y casi toca a Mark. Luego la rodea para alcanzar al supuesto locutor.

Mark agarra la muñeca de Erika y la saca de debajo de la cama. Ella se pone en pie y salen corriendo hacia la puerta.

A sus espaldas, oyen un rugido de rabia, y luego un golpe fuerte cuando la radio se estrella contra el suelo.

Justo cuando están a punto de salir de la habitación, una enfermera gorda de ojos ciegos aparece en el umbral. Mark le da un golpe con la palanca y la hace retroceder. Tira de Erika y corre por el pasillo.

Desde la habitación llegan gruñidos, alaridos, golpes de rabia. El ruido atrae a otros ciegos de las habitaciones vecinas. Salen como muñecos sorpresa.

Mark no se detiene a pelear. Esquiva a los ciegos como un jugador de fútbol americano rumbo al *touchdown.*

Erika tropieza a menudo, casi cae varias veces. Grita cada vez que uno de ellos se le acerca. En un par de ocasiones, Mark tiene que empujar a alguien para abrirse paso.

Llegan al ascensor y Mark pulsa el botón, luego se gira.

El pasillo es un caos. Hay al menos veinte personas ciegas. Gruñen, chocan entre ellas y contra los objetos. Sus ruidos parecen

haber camuflado la huida de Mark y Erika. Pero algunos de los ciegos siguen avanzando en su dirección.

Las puertas del ascensor se abren tras ellos.

Erika grita.

Mark se gira.

El padre de Erika sale del ascensor, avanzando directamente hacia su hija, los ojos ciegos fijos en ella.

Mark lo vió un par de veces. Erika se los presentó. No dijo que estuvieran saliendo, pero su padre sonrió al darle la mano.

Ahora, Mark blande la palanca y le golpea la mandíbula.

—¡Nooo! —grita Erika mientras su padre se desploma en el suelo —. ¡Mark, cómo has podido!

Da un paso hacia él, y Mark la aparta de un tirón.

—Déjalo, Erika.

La arrastra al interior del ascensor. Ella llora, completamente ajena al hecho de que está atrayendo a los ciegos. Mark pulsa varias veces el botón hacia el sótano del aparcamiento.

Las puertas tardan unos segundos en cerrarse.

Mark ve a la horda viniendo por el pasillo. Esos ojos ciegos, los dientes al descubierto, las manos extendidas.

Ve al padre de Erika moverse, incorporarse. Sus movimientos son torpes al girarse hacia ellos. Tiene la mandíbula claramente rota.

Y luego ya no ve nada más, porque las puertas se cierran.

JOHN

Lisa coge el botiquín del armario, pero en lugar de entregárselo, lo abre y empieza a sacar vendas y desinfectante.

—Déjame hacerlo a mí, cariño.

—No puedes hacerlo bien con una sola mano —dice ella—. Está bien, nos enseñaron esto en el colegio.

John alza las cejas.

—¿Ah, sí?

Lisa asiente, apartándose el flequillo de la cara.

—Vino un hombre a enseñarnos RCP y esas cosas. Quédate quieto, ¿vale?

—Vale —dice John, observando a su hija con orgullo mientras ella empieza a limpiarle las heridas—. Por fin os enseñan algo útil, ¿eh?

Lisa no responde, está demasiado concentrada.

John estudia su rostro, y puede notar que ella es consciente de su mirada. Tiene la sensación de que quiere decir algo, pero no sabe cómo empezar. No es de extrañar. Debe de estar en estado de

shock. Acaba de pasar por una experiencia traumática. Tuvo que correr literalmente por su vida cuando fueron atacados por los Petersen. Y, minutos después, vio a su padre matarlos a los dos con sus propias manos.

«¿Por qué no me afecta más todo esto?», piensa John.

Se siente sorprendentemente normal. Apenas siente dolor en las heridas. Debe de ser un mecanismo de defensa. Seguramente reaccionará más tarde. Por ahora, le basta con mantenerse funcional y no acurrucado en un rincón como un niño asustado.

«Concéntrate en ella. Necesita que digas algo.»

—Siento que tuvieras que ver eso.

—No, está bien —dice ella, demasiado deprisa—. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Al principio intenté reducirlos, pero… evalué que la situación se estaba volviendo demasiado peligrosa para los dos, así que…

—Papá, no hace falta que te justifiques. En serio, está bien. Sé que hiciste lo correcto.

Decide no decir nada más sobre los Petersen. Lisa está intentando procesarlo a su manera, y ahora mismo no necesita que él la empuje a hablar de ello.

Alguien grita en la calle. Parece un hombre. Otra voz le responde. Alguien gruñe. Se cierra una puerta de golpe. Luego, solo hay silencio.

Ambos miran hacia la ventana sobre la bañera. Da a la parte trasera del edificio y está demasiado alta como para que alguien pueda trepar y romperla.

John se estremece cuando ella le pasa el paño, así que cambia de tema:

—Entonces, ¿también os enseñaron a conseguir un táser?

Lisa le lanza una mirada fugaz.

—No. Eso lo conseguí yo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—Un chico que conozco.

—¿Podrías ser más específica?

—Vale, fue Finn quien me lo consiguió.

—¿Finn? —Ese era el último nombre que John esperaba oír—. ¿Por qué te daría Finn un táser?

—Porque se lo pedí. Iba a pedírtelo a ti, pero sabía que no me lo darías.

John niega con la cabeza mientras Lisa empieza a desenrollar la venda.

—¿Y para qué necesitabas un táser?

—Para sentirme segura, claro. Cuando voy sola por ahí o algo así.

Se escucha un grito agudo desde fuera, seguido de tres disparos rápidos. Luego, más silencio. Aunque ahora John oye sirenas a lo lejos.

«Ya era hora», piensa John.

Sabe que el ejército, los bomberos, la policía y cualquier grupo de voluntarios están en máxima alerta, sin haber tenido apenas tiempo para reorganizarse desde el suceso de esta tarde.

John había esperado —de verdad lo había esperado— que, si el fenómeno se repetía, al menos pasara una semana. Eso habría dado

margen para calmar la situación, permitir que la gente superara lo peor.

En lugar de eso, solo han pasado doce horas. Lo cual ha puesto a la sociedad bajo una presión tremenda.

John sabe muy bien lo fácil que es que las cosas se desestabilicen en medio de una catástrofe. El primer suceso ya fue suficiente para sumir ciertas ciudades, incluso países, en el caos.

Hasta ahora, eso no ha ocurrido aquí en Dinamarca, pero ¿quién sabe cómo reaccionará la población esta vez?

Y si el fenómeno se repite una tercera vez en cuestión de horas… probablemente sería suficiente para que el caos se apodere de todo.

Lisa lo saca de sus pensamientos oscuros al decir:

—Supongo que fue más útil de lo que imaginaba, ahora que está pasando esto.

Tarda un segundo en recordar que estaban hablando del táser.

—Supongo que tienes razón.

Lisa lo mira.

—¿No vas a… no me vas a decir nada?

John se encoge de hombros.

—¿Serviría de algo?

—No, pero… pensaba que estarías enfadado. Los táseres son ilegales.

—Sí, lo sé. Soy policía, ¿recuerdas?

Consigue arrancarle una sonrisa. Ella vuelve enseguida a vendarle el brazo.

—Además —dice John, suspirando—, yo también te oculté algo. Debería habértelo contado. Es solo que… no estaba seguro de que

fuera a repetirse. Si no pasaba otra vez, nadie tenía por qué saberlo.

Lisa parece meditarlo.

—¿Crees que ocurrirá una tercera vez?

—Podría ser.

—¿Y qué es? ¿Algún tipo de ataque terrorista? Eso dijeron en el colegio.

—No lo creo. No tendría mucho sentido que alguien atacara al mundo entero.

—¿Entonces podría ser algún experimento militar que salió mal?

—También me parece poco probable.

—¿Entonces qué?

—No lo sé, cariño. Nadie lo sabe.

—Pero tú lo viste.

John no responde.

Ella termina de ponerle la venda y lo mira.

—¿Cómo es?

John observa la venda.

—Has hecho un buen trabajo. Gracias.

Ella sigue mirándolo fijamente. Le incomoda esa expresión inquisitiva. No quiere hablar de ello; solo pensar en esa cosa que vio ahí arriba ya le da escalofríos. Pero siente que debe saciar su curiosidad para evitar que ella intente mirar si vuelve a ocurrir.

—Es una grieta —dice, eligiendo bien las palabras—. Es la mejor forma que tengo de describirlo.

—Sí, he oído eso. Dicen que hay fotos en internet. Pero… el cielo no puede agrietarse.

—Lo sé. No tiene sentido.

—¿Entonces es como una ilusión óptica?

—Podría serlo.

—Papá, venga ya.

—Te he dicho que no lo sé, cariño. Esa es la verdad. Solo la vi un par de segundos, y… no tengo ni idea. Nunca había visto nada igual. Nadie lo ha visto.

Ella se muerde el labio, pensativa.

—¿Y por qué crees que eres inmune?

—Una vez más, ni idea.

—¿Pero hay otros, también?

—Sabemos de algunos, sí. Pero en comparación con el número de personas que no eran inmunes, no debe llegar ni a uno entre mil.

Lisa reflexiona un momento más. Luego pregunta:

—¿Crees que yo también podría ser inmune? Quiero decir, si es algo genético…

—Escúchame —dice él con seriedad, agarrándole la muñeca—. Si vuelve a ocurrir, no mires hacia arriba. Pase lo que pase.

—Pero podría haberlo heredado de ti, papá —el tono suplicante de su voz le sorprende—. Pasa con otras enfermedades y cosas así. Vi un documental sobre ello. El gen de la inmunidad se transmite porque garantiza la supervivencia del individuo.

A John se le ocurre que esta conversación no va tanto sobre curiosidad o protección. Es su hija intentando desesperadamente aferrarse a él. Reforzar su vínculo. Lo observa con atención, estudiando cada mínima expresión de su rostro.

—Entiendo lo que dices —concede, apretándole el hombro—. Podría ser así. Pero no tenemos forma de saberlo con certeza. Así

que, hasta que lo sepamos, nada de improvisar. ¿De acuerdo?

Lisa duda un momento, luego asiente.

—Pase lo que pase —continúa John—, estarás segura conmigo. Vas a quedarte conmigo, y yo nos mantendré a salvo. ¿Vale?

Esta vez, la sonrisa sí le llega a los ojos.

—Vale, papá.

Está a punto de abrazarla cuando la puerta prácticamente explota al abrirse de golpe y un tipo enorme, completamente desnudo, irrumpe en la habitación.

MARK

Amanece cuando se alejan del hospital.

Llegar del ascensor al coche fue más fácil de lo que Mark imaginaba. Las pocas personas ciegas que aún vagaban por el sótano del aparcamiento no estaban cerca de su coche, así que él y Erika pudieron deslizarse hasta allí con seguridad y subirse.

En cuanto arrancó el motor, por supuesto, fueron a por ellos. Pero Mark pisó a fondo y salió de allí antes de que pudiera pasar algo.

Ahora circulan por la ciudad a una velocidad cómoda.

Erika no dice nada. Apoya la cabeza contra la ventanilla. Llora por todo el camino. Mark no puede culparla. Perder a los dos padres en una sola noche no debe ser fácil.

Erika no ha pronunciado una palabra desde que salieron del hospital, así que Mark solo puede suponer lo que ocurrió. Es evidente que sus padres estaban en la habitación cuando apareció la grieta.

La cantidad de personas en el hospital afectadas por ella desconcierta a Mark. Parece que fue casi todo el mundo. Debe de haberse corrido la voz. La gente debía de saberlo. Lo habían dicho varias veces en las noticias:

«Si vuelve a pasar, no mires al cielo.»

Y aun así, montones de personas lo hicieron.

Tal vez pensaron que sería distinto de noche. Tal vez los pilló desprevenidos.

O tal vez algo los impulsó. Mark lo sintió él mismo, ¿no? Cuando despertó. No solo supo que la grieta estaba ahí, también deseaba verla.

No puede evitar estremecerse a pesar del aire cálido de la noche que entra por la puerta rota del coche. Menos mal que es inmune a lo que sea que haya en el cielo. Si no, habría acabado como todos esos pobres ciegos desgraciados.

Al llegar a la calle donde vive Mark, nota que la situación se ha estabilizado. Al menos ya no hay ciegos deambulando. Todas las puertas están cerradas y no hay civiles fuera.

Mark conduce por el camino de entrada y apaga el motor.

Erika lo mira, parpadeando lentamente.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa. ¿Dónde creías que íbamos?

Ella se encoge de hombros.

—Vamos. Tenemos una habitación de invitados.

Él sale del coche y Erika lo sigue. Sus movimientos son como los de una sonámbula mientras rodea el coche. Lanza algunas miradas rápidas a su alrededor.

Cuando Mark mete la llave en la cerradura de la puerta principal, la voz de Camilla suena desde dentro:

—¿Mark? ¿Eres tú?

—Sí. No te asustes. He traído a alguien.

Desbloquea la puerta y la abre.

Camilla está allí. Ha acercado una silla a la puerta. También ha traído la sartén, y una botella de agua. La imagen de ella sentada allí, haciendo guardia, armada con una sartén y esa barriga ridícula, le parece a Mark tan graciosa como triste. Le molesta haberla dejado sola. Debería haber sido ella quien descansara mientras él vigilaba.

Sus ojos recorren a Mark, con expresión de preocupación.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

—Estoy bien —responde él, entrando y dejando ver a Erika—. Ella está mucho peor.

Camilla mira a Erika, ve su nariz rota y la expresión agotada, y Mark nota que siente compasión. Luego algo más se asoma en su rostro. Mira el pelo de Erika. Luego su bata de hospital. Por último, a Mark. Frunce ligeramente el ceño.

—¿Es…?

Mark asiente.

—Soy Erika —dice ella con voz ronca, aclarándose la garganta—. Siento venir aquí… Es solo que… Mark dijo que…

—Está bien —dice Camilla.

—Ha perdido a sus dos padres esta noche —dice Mark.

Erika vuelve a romper a llorar.

—He dicho que está bien —repite Camilla—. Entra y cierra la puerta.

Se inclina para atraer a Erika hacia el recibidor.

Erika malinterpreta el gesto, y al parecer piensa que Camilla va a abrazarla, así que le rodea el cuerpo con los brazos.

Camilla se queda desconcertada un instante mientras Erika solloza en su hombro. Luego le devuelve el abrazo y mira a Mark.

—Cierra la puerta, por favor.

Mark nunca se ha sentido tan incómodo. Ver a Camilla y a Erika en el mismo lugar es extraño. Verlas abrazadas es suficiente para dejarlo paralizado.

—Mark —dice Camilla—. La puerta.

—Ah, claro. —La cierra y echa el cerrojo.

—Ve a por un vaso de agua —dice Camilla—. Yo la llevaré a la cama.

Mark va a la cocina mientras Camilla guía a Erika al dormitorio de invitados. Mientras llena un vaso de agua del grifo, tiene la sensación de que la mente le da vueltas. En un solo día ha tenido que luchar por su vida dos veces. También ha matado a varias personas. Todo amenaza con venirse abajo en su interior, pero Mark no puede permitirlo. No todavía.

Va al cuarto de invitados. Camilla ha ayudado a Erika a acostarse.

—Lo siento mucho —sigue sollozando Erika—. Lo siento por todo.

—Descansa un poco —le dice Camilla.

Erika asiente y se acurruca de lado, abrazando la manta, como una niña pequeña.

Mark deja el vaso y las pastillas en la mesilla. Luego él y Camilla salen de la habitación.

Se quedan un momento en el pasillo, mirándose. Camilla se ha cruzado los brazos sobre el vientre.

Mark le pone una mano en el hombro y lo aprieta con suavidad.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo mientras no estaba?

—Vinieron dos veces a la puerta. Ambos se fueron.

—Siento haberte dejado así.

Camilla asiente, luego pasa junto a él.

—¿Te vas a la cama? —pregunta él.

Ella no se gira.

—No sé si podré dormir, pero lo intentaré.

—¿Camilla?

Ella se detiene y se vuelve.

—¿Estás segura de que estás bien con esto? ¿Con que ella esté aquí?

Camilla suspira.

—No es momento para dramas, Mark. Se trata de ayudarnos.

Él asiente, observándola.

—Nunca te he merecido. —Las palabras se le escapan sin querer.

Camilla se encoge de hombros.

—Tal vez no.

Desaparece en el dormitorio, dejándolo a él en el pasillo.

JOHN

Lisa grita y John se pone en pie de un salto justo cuando la figura gigantesca aterriza frente a ellos, entre una lluvia de madera astillada.

El intruso es un hombre de la edad de John. Con la cabeza rapada y un horrible tatuaje que le recorre el cuello, está claro que era un culturista entusiasta antes de quedarse ciego y volverse loco; sus brazos son como troncos, y sus pectorales parecen a punto de estallar bajo la piel. Además, el tipo está completamente desnudo, ni siquiera lleva calcetines. Su pene y testículos, perfectamente depilados, parecen ridículamente pequeños en comparación con su cuerpo gigantesco mientras se pone en pie, sacudiendo la cabeza y parpadeando con sus ojos ciegos.

John, que mide algo más de dos metros, rara vez se encuentra con alguien más alto que él.

Este lo es.

Lisa sigue gritando. Por el rabillo del ojo, John se da cuenta de que ella va a por el táser, pero le cuesta cogerlo.

John comprende al instante que el táser no servirá contra la montaña que tienen delante. Y, recordando aún la pelea con los Petersen y lo increíblemente fuertes que se volvieron de pronto, ni se plantea enfrentarse a ese tipo cuerpo a cuerpo. En su lugar, se lanza hacia la pistola que está sobre la encimera. Al hacerlo, cruza delante de Lisa, que por accidente le dispara con el táser en el costado.

Gime de dolor al recibir la descarga, que le recorre el cuerpo y lo hace caer de rodillas, fallando el intento de coger el arma.

—¡Papá, no, lo siento! —grita Lisa por encima de él—. ¡Cuidado!

John ve al culturista acercarse desde un lado, imponente sobre ambos. John se concentra únicamente en la pistola, se aferra a la encimera e intenta alcanzarla.

El gigantón ruge como un oso, estira el brazo y agarra a John justo cuando va a alcanzar el arma. Le tira del brazo hacia arriba, levantándolo como si fuera un muñeco. Lisa grita, y también lo hacen los tendones del hombro de John. El tipo gruñe e intenta partirle el brazo como si fuera una rama seca. Estuvo a punto de lograrlo, pero giró demasiado, y John volvió a quedar al alcance del arma.

La coge con la mano derecha libre, monta la corredera contra el pecho, apunta y dispara en un solo movimiento.

El disparo es tan fuerte en la habitación cerrada que deja a John completamente sordo.

La bala atraviesa el pectoral izquierdo del tipo, justo por encima del pezón. Parece más una picadura de mosquito que una herida de bala, apenas le hace titubear; simplemente da un paso atrás, gruñe y vuelve a centrarse en destrozar a John.

John dispara cuatro veces más en rápida sucesión. Al menos dos balas le atraviesan la mandíbula y salen por la coronilla. John no puede verlo desde la posición en la que lo tiene agarrado, pero lo intuye por las cascadas de sangre que tiñen el techo.

El tipo lo suelta, y ambos caen al suelo.

—Joder —murmura John, sin oír su propia voz, apartando de una patada al tipo—. Joder, eso ha estado demasiado cerca…

Debió de entrar por la ventana rota del dormitorio. O tal vez rompió otra. Para él sería tan fácil como explotar una pompa de jabón. Pero John no lo oyó antes de que irrumpiera por la puerta del baño. De hecho, la forma silenciosa en la que se acercó fue escalofriante. Al parecer, los ciegos son perfectamente capaces de moverse en silencio cuando quieren.

John se frota la base del oído, y se da cuenta de que el zumbido no es solo por los disparos: Lisa sigue gritando. Se vuelve hacia ella y la ve en una esquina, aún con el táser en la mano, mirando fijamente al gigante en el suelo.

—Está bien —le dice John, intentando sonar tranquilo, aunque está sin aliento y con la adrenalina por las nubes—. Ya está muerto.

Los ojos de Lisa titilan al dejar de gritar. Pero en lugar de mirar a John, ve algo detrás de él, y sus ojos se agrandan aún más.

—¡Papá!

Se gira y ve a otro hombre entrar al baño. Este tiene un tamaño humano normal, y ha tenido la decencia de ponerse unos pantalones antes de venir. Su barbilla, mejillas y pecho están cubiertos de color rojo, como si se hubiese dado un festín con un plato de espaguetis boloñesa. Pero John sospecha que ha estado masticando otra cosa.

Levanta el arma y apunta. Justo cuando el tipo se lanza al interior de la habitación, John dispara una vez, volándole parte del pómulo y derribándolo junto al culturista.

«Van seis. Quedan nueve», piensa John.

—Vamos —le dice a Lisa, que ya no grita, pero ha empezado a hiperventilar, lo cual al menos es menos ruidoso. Su voz le suena lejana y metálica por los disparos—. Tenemos que salir de aquí. Puede que vengan más.

Y justo entonces, como si sus palabras hubieran sido la señal, se escucha un golpe en el pasillo.

John apunta hacia el hueco donde antes había una puerta. Aún no aparece nadie, pero está claro que hay alguien merodeando.

Le hace un gesto a Lisa.

—Abre la ventana, cariño. Mira si hay alguien fuera. Y recuerda: no mires al cielo. Hazlo ya.

Para su sorpresa, no tiene que repetírselo.

Lisa sube a la bañera y abre la ventana. Él la observa por el espejo mientras mantiene el arma apuntando al pasillo. Sus movimientos son decididos al inclinarse hacia fuera para mirar el jardín trasero.

Sabe desenvolverse bajo presión, se da cuenta John. «¿Quién lo habría dicho?»

No puede evitar sentirse orgulloso.

—¿Está despejado? —pregunta, captando otro golpe desde el pasillo.

Lisa se retira del marco y le hace un gesto breve.

—Despejado. No veo a nadie.

—Bien, sal por la ventana.

Justo cuando lo dice, una mujer entra en el baño. Tiene más o menos su edad, y la conoce. Es extranjera, ucraniana o algo así, y suele llevar mucho maquillaje. Ahora no. Lo único que lleva puesto es un camisón de seda rosa. Gruñe desde lo más profundo de la garganta y se toma un segundo para escanear la habitación, como si intentara decidir quién será su próxima víctima.

John la apunta con el arma, respirando con calma, esperando que tengan suerte y la mujer simplemente se marche.

Pero cuando Lisa empieza a salir por la ventana, su pie descalzo chirría contra la bañera.

La mujer se gira hacia ese sonido al instante.

—Eh —dice John con voz serena, cerrando un ojo—. Aquí.

La mujer se abalanza hacia él, estirando unas uñas largas y rojas, pero antes de que dé un paso, John le dispara justo debajo de la nariz, seccionándole el tallo cerebral. La mujer se desploma en el suelo.

«Quedan Ocho.»

John sube a la bañera para seguir a Lisa, que acaba de saltar al exterior. Le pasa el arma.

—Toma, cógela.

Lisa duda un segundo, luego coge la *Walther*, visiblemente sorprendida por su peso. John sale por la ventana, sintiendo una

punzada en los músculos del hombro que el grandullón le forzó antes.

Recupera la pistola de manos de Lisa y escanea el jardín. Salvo por el césped, que necesita urgentemente un corte, todo parece en orden. No puede decir lo mismo del resto de la ciudad. La casa de John tiene una vista modesta sobre la ciudad, solo obstruida por un seto y algunos ciruelos.

La noche está viva y la ciudad, en llamas… literalmente. En más de media docena de puntos, John ve columnas de humo. Las luces giratorias parpadean por todas partes, tiñendo las calles de rojo y azul.

Gritos, alaridos, disparos, motores rugiendo, neumáticos chillando y pequeñas explosiones flotan en el aire aparentemente tranquilo.

—¿Papá? —pregunta Lisa, tirándole del brazo como solía hacer cuando era más pequeña.

—Sé que parece grave —murmura él—. Pero seguro que pronto lo controlan.

Aunque no está tan seguro. Esto ya ha durado más que la primera vez, y por lo que ve, aún quedan horas para que la situación se estabilice.

—No es eso —dice Lisa.

La mira.

—¿Entonces qué?

Ella señala hacia arriba sin apartar los ojos de él.

—¿Se ha… ido?

John alza la vista al cielo nocturno. De algún modo, lo sabe incluso antes de mirar. No hay nada ahí arriba salvo la luna y las estrellas.

—Se ha ido —dice John.

Lisa suspira aliviada, luego mira hacia arriba ella misma, como para confirmarlo.

—De todos modos no deberías mirar al cielo —dice John—. Mejor acostumbrarse. Nunca se sabe cuándo puede…

Lo interrumpe un grito al otro lado del seto, seguido de un rugido inarticulado, nacido de la rabia más pura. Un motor se acelera y un coche pasa a toda velocidad. Más abajo, en la calle, se escucha otro grito.

El coche de John está aparcado ahí fuera. Pero está claro que hay demasiadas cosas ocurriendo; no podrán llegar hasta él ahora.

—Vamos —dice, dirigiéndose al cobertizo al fondo del jardín.

—¿A dónde vamos, papá? —pregunta Lisa—. Pensaba que nos íbamos.

—Ahora no podemos llegar al coche. Además, conducir por la ciudad sería demasiado peligroso. Tenemos que esperar.

Llega al cobertizo y está a punto de abrir la puerta cuando se da cuenta de que ya está abierta.

Él nunca la deja abierta.

—Papá, nosotros…

—Silencio. Atrás.

Lisa comprende al instante y se aparta.

John respira con calma, manteniendo el arma bien sujeta. Luego abre la puerta. Mete la mano y enciende la luz. No hay nadie. Al menos, que él pueda ver. Solo herramientas de jardín, el cortacésped y el pequeño banco de trabajo que apenas usa.

Tal vez alguien pasó por allí y pensó en esconderse, pero luego cambió de idea. O quizás algún ciego vino a comprobar si había alguien. En cualquier caso, se marcharon.

John gira y le hace una señal a Lisa.

—Está bien. Ven, cariño.

Ella se acerca y está a punto de entrar cuando se detiene.

—Papá, mira.

John baja la vista y ve huellas en el suelo de madera. Alguien entró descalzo, con los pies mojados por la hierba. Y no ha salido.

John empuja a Lisa hacia atrás con suavidad, luego vuelve a inspeccionar el interior del cobertizo.

Solo hay tres posibles escondites: detrás del cortacésped, detrás de la puerta, o en la esquina del fondo tras el armario.

Mira por la rendija de la puerta. No hay nadie. Entra y estira el cuello. Detrás del cortacésped tampoco hay nadie.

—Muy bien —dice en voz alta, apuntando hacia la esquina—. Sé que estás ahí. Sal despacio. Tengo un arma.

No hay ninguna respuesta. Ningún movimiento. Ni un solo sonido.

A unas calles de allí, un coche choca contra algo. John oye más gritos —o quizá una sirena. Lo bloquea todo, centrando toda su atención en la esquina del cobertizo.

Desde donde está, no alcanza a ver. Tiene que acercarse, así que lo hace.

Y entonces la ve. La chica se llama Julie, vive al final de la calle y es un año menor que Lisa. Se han visto solo un par de veces.

Julie está de pie, sentada en la esquina. Lleva unos calzoncillos de seda y una camiseta ancha. Tiene las piernas y los pies desnudos.

Respira con la boca abierta, y John lo nota por cómo se le mueve el pecho. Hay espuma en su labio inferior, y sus ojos no miran a nada.

John siente un vuelco en el estómago.

«¿Por qué está simplemente de pie ahí?»

Lo primero que piensa es que Julie debe de tener miedo. ¿Qué otra razón habría para venir a esconderse aquí? No tenía idea de que los ciegos pudieran sentir miedo. Tal vez Julie solo fue parcialmente afectada. Tal vez aún queda algo humano en ella.

Entonces, ella se lame los labios, y hay algo en ese gesto que le deja claro que Julie no se esconde por miedo.

Está al acecho.

—¿Julie? —dice él, manteniendo la voz firme—. Te puedo ver. Sal de ahí. Despacio.

Una parte de él sabe que no servirá de nada. Ninguna de las personas ciegas ha mostrado hasta ahora el menor indicio de razonamiento o conducta lógica. Nada indica que puedan comunicarse.

Pero lo que hace Julie es nuevo. Algo que no ha oído que le haya pasado a nadie.

No sabe si entiende lo que dice o si reconoce su propio nombre. Pero puede ver que reacciona a su voz. Se mueve ligeramente, vuelve a lamerse los labios.

—¿Está bien, papá? —pregunta Lisa detrás de él—. ¿Está herida?

—Está ciega —dice John, sin apartar la vista de Julie—. Aléjate, cariño. Puede que tenga que matarla.

Lisa deja escapar un suspiro, pero no protesta.

John da otro paso hacia la chica. Menos de tres metros los separan ahora.

—Última oportunidad, Julie. Sal despacio.

Julie escucha. Él lo sabe, pero ella no se mueve.

John extiende la mano izquierda, coge un destornillador del banco y se lo lanza. Le da en el muslo.

Julie estalla. Sale disparada desde la esquina, con los dientes al descubierto, las uñas arañando el aire y la espuma volando de su boca.

John le dispara una vez en el pecho.

El sonido del disparo es aún más ensordecedor dentro del pequeño cobertizo. El zumbido en sus oídos comienza antes incluso de que Julie caiga al suelo. No se levanta. La herida está justo sobre el corazón. Es mortal.

John la agarra del tobillo y la arrastra fuera del cobertizo.

—No mires, cariño —dice, oyendo apenas su propia voz.

Lisa se queda quieta, con las manos en la boca, mientras él arrastra a Julie hasta la parte de atrás del cobertizo. La deja allí, sobre la hierba mojada, con una sensación de asco y pena.

—Vamos —le dice a Lisa, apartando lsus emociones—. Ahora es seguro.

Ella lo mira con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. Pero simplemente asiente y entra con él en el cobertizo.

GINA

—Dios, odio este juego.

—Vamos, mamá. No te rindas así.

Victor sonríe mientras recoge el montón de dinero de juguete que ella acaba de entregarle.

—¿Sabes? Oí que inventaron el Monopoly para demostrar que el capitalismo enfrenta a las personas —murmura Gina mientras se estira y bosteza—. Creo que estoy convencida.

—¡Solo lo dices porque no quieres seguir jugando! —protesta Anton.

—Es verdad. Me retiro. Además, tengo que ir al baño.

Se levanta de la mesa del comedor, dejando a los chicos peleándose por cómo repartirse las pocas propiedades que logró conseguir. Cuando va a salir del salón, sus ojos se detienen en la pantalla silenciada del televisor.

Muestra una vista aérea de una gran ciudad en alguna parte. El rótulo dice: «Buenos Aires, EN DIRECTO». Parece filmado desde un

helicóptero o algo así. En las calles estrechas, hay disturbios. Figuras que se persiguen entre las pequeñas casas. Se ven destellos de armas disparándose. Un grupo de jóvenes armados con bates y barras apalea a una persona ciega. No hay ni un coche de policía ni un vehículo militar a la vista.

Gina se estremece al pensar en vivir en un lugar donde la autoridad es escasa y la gente está apiñada como hormigas en un hormiguero. Han pasado ya siete horas desde el último incidente, y en varios lugares del mundo, aún hay personas ciegas deambulando libremente.

«Phoebe está haciendo lo correcto. Deberíamos alejarnos de la ciudad también», piensa Gina.

Va a la cocina y sube las persianas, dejando entrar la luz suave del mediodía. Había dado órdenes estrictas de mantener todas las ventanas cubiertas en todo momento, y que solo ella podía mirar hacia fuera.

Las calles por fin empiezan a calmarse. La policía, el ejército y la guardia nacional han estado ocupados limpiando tras los disturbios y los enfrentamientos. Las personas ciegas han sido detenidas, los heridos llevados a hospitales. Al menos, eso dicen en las noticias.

Un coche azul entra desde la calle y se detiene frente al bloque. El conductor baja. Es un chico joven, de pelo negro y un tatuaje de serpiente a lo largo de la mandíbula. Un tatuaje así es difícil de olvidar. Patrick se apoya contra el capó del coche, enciende un cigarro y observa su entorno.

La puerta del pasajero se abre y baja Phoebe. Cuesta más reconocerla a ella. Ha adelgazado y se ha cambiado el color de pelo

de rubio a negro. También lleva ropa mucho más discreta que antes, una gorra roja y gafas de sol. Se cuelga una mochila al hombro y camina hacia la entrada del edificio, desapareciendo de su vista.

Gina se dirige al recibidor, llamando a los chicos al pasar por el salón:

—Phoebe ha llegado. Voy a recibirla. Vosotros quedaos donde estáis. Nada de mirar hacia fuera.

Suena el timbre y Gina la deja pasar sin hablar por el interfono. Mira por la mirilla, coge la llave, abre la puerta y sale al rellano. Ya oye pasos subiendo las escaleras.

Gina no puede evitar mirar hacia la puerta del piso de Laila. Está cerrada. Oyó cómo registraban la casa de la anciana antes de llamar a su puerta para asegurarse de que todo iba bien. Una vez les aseguró que sí, siguieron hacia los pisos superiores. Por lo que sabe, nunca encontraron a Laila. Había salido del edificio antes. Podría seguir ahí fuera en algún lugar.

Phoebe aparece. Se ha quitado las gafas de sol, y sus ojos castaños oscuros se encuentran con los de Gina.

—¡Estás genial!

Gina cambia el chip mental al inglés.

—Tú también. Aunque algo distinta.

Phoebe sonríe y la abraza brevemente, con fuerza.

—Lo sé. Hice algunos cambios.

Phoebe se fija en algo tras Gina, y su sonrisa se apaga.

—Parece que pasaste una noche movidita.

Gina mira las marcas que dejaron las uñas de Laila en la puerta.

—Sí. No la invitamos a entrar.

—Muy buena decisión. A nosotros también se nos acercaron un par de personas. Pero no estaban ciegas. Solo buscaban refugio.

—¿Los dejasteis entrar?

Phoebe frunce el ceño.

—Por supuesto que no. No puedes fiarte de nadie en una situación como esta. Están desesperados y son impredecibles. Ya es bastante complicado con la gente que conoces, como para meter extraños.

Gina asiente.

—Probablemente tengas razón.

Pasa un momento en que ambas se observan en silencio.

—Te he traído lo que me pediste —dice Phoebe, sin quitarse la mochila—. Pero quería ofrecerte algo mejor.

—¿Qué?

—Que vengas con nosotros. Tú y los chicos.

—No creo que podamos simplemente…

—Antes de decir que no —interrumpe Phoebe—, quiero que lo pienses. ¿Cómo vais a sobrevivir aquí a largo plazo? ¿De dónde sacarás comida cuando cierren las tiendas? ¿Qué pasará cuando tengas que dejar a los chicos en casa para ir a por suministros? ¿Dónde estarás la próxima vez que esto ocurra?

Gina se muerde la lengua. No es que no se haya hecho esas preguntas.

—¿Crees que volverá a pasar?

Phoebe resopla.

—Cariño. Está claro que sí…

—¿Qué crees que es esto?

—Ni idea. Si tuviera que adivinar, diría que algún programa espacial gubernamental se descontroló o algo así. Pero tampoco me importa. Podrían ser putos alienígenas por lo que a mí respecta. Porque, ¿qué más da? —Phoebe se acerca un paso—. Tienes que mantener a salvo a tus hijos, y eso significa encontrar un lugar donde atrincherarse. Aquí no vas a poder hacerlo por mucho tiempo. Esto pasa donde hay más gente. Vente con nosotros. Hay suministros de sobra en la cabaña, suficientes para pasar el invierno.

Gina lo considera.

—¿Y Patrick? ¿Está de acuerdo?

—Por supuesto. Le dije que eres la persona en la que más confío, y que nos irá mejor con más gente. Siendo solo dos, es más difícil vigilar y cubrirlo todo.

Gina no puede evitar admirar a Phoebe. Ya lo tiene todo pensado. Probablemente lo planeó mucho antes de que esto comenzara. Puede que fuera una rarita cuando la sociedad funcionaba con normalidad, pero ahora mismo es exactamente la persona con la que Gina quiere estar.

Un coche toca el claxon.

Phoebe sigue mirando a Gina.

—Dime que vienes.

—No lo sé…

Phoebe señala la mochila que lleva a la espalda.

—Mira, puedo darte la *Springfield* e irme sin molestar más. Odiaría dejaros tirados así. Pero no voy a suplicarte, cariño. Es tu decisión.

Por alguna razón, lo que le viene a la mente a Gina son las imágenes que acaba de ver de lo que está pasando en Argentina.

¿Cuánto tardarán en parecerse las calles de aquí a eso? ¿Cuántos incidentes más harán falta? Con solo dos rondas, ya hay miles de personas afectadas. ¿Qué pasará cuando esa cifra aumente? Cuando la mitad de la población se haya quedado ciega, ¿cómo mantendrán el orden las autoridades?

Patrick vuelve a tocar el claxon.

—Sabes que tengo razón —dice Phoebe, quitándose la mochila y entregándosela a Gina—. Aquí está el arma. Es tuya, pase lo que pase. Le diré a Patrick que os dé cinco minutos para que recojáis lo esencial. Después nos vamos. Como diría Bono: «with or without you».

Phoebe se inclina y le da un beso en la mejilla. Luego se gira y baja corriendo las escaleras.

Gina entra al piso con la mochila. Cierra la puerta y se apoya contra ella, mirando al vacío, pensando.

Anton y Victor aparecen.

—¿La tienes, mamá? ¿Está en la mochila?

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué tienes esa cara?

Gina parpadea y vuelve en sí.

—Necesito que cojáis vuestros cepillos de dientes. Los móviles y los cargadores. Las botas gruesas y las chaquetas. Nos vamos.

JOHN

Está de nuevo en el ejército, de nuevo en guardia. Hace frío y hay silencio en el campamento. Aprieta el fusil entre las manos y se apoya contra un árbol, con las piernas cruzadas para mantenerlas calientes.

«Si el sargento me pilla dormitando, estaré una semana fregando letrinas…»

John obliga a sus párpados a abrirse y mira a su alrededor. Por un segundo, está muy confundido. No está en un bosque. No está sosteniendo su fusil. Y no lleva el uniforme militar. En lugar de eso, está sentado en el suelo de su cobertizo, en calzoncillos y camiseta, con la pistola apoyada en el regazo. Unos pinchazos dolorosos suben por su brazo vendado.

A su lado, su hija duerme envuelta en una lona.

Frente a él está la puerta. Está atrancada desde dentro con una tabla gruesa atornillada al marco.

Poco a poco, todo vuelve a su mente. Por qué están allí. Qué ha ocurrido. A John le sorprende haber sido capaz de dormirse.

«¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?»

El cobertizo tiene solo una ventana alta, por donde entra la luz cálida del sol. John estira las piernas. Le empiezan a hormiguear las nalgas, entumecidas tras estar sentado en el suelo de cemento. Se levanta, sus rodillas crujen, y lleva la pistola a la ventana.

La calle está más tranquila ahora. Nadie grita. Nadie corre. De hecho, John tiene la sensación de que el día está inquietantemente silencioso.

Mira al cielo. Desde donde está, no se ve ninguna grieta.

—¿Papá?

La voz de Lisa, amortiguada. La lona se agita.

—Está bien, cariño. Creo que ya podemos salir. Déjame comprobar primero.

Coge el destornillador eléctrico y quita la tabla. Abre la puerta, con la pistola lista por si acaso. El jardín está vacío. Aún brilla el rocío matinal en el césped. John puede ver que varias personas han cruzado su propiedad, con senderos marcados en varias direcciones. Podrían ser tanto personas ciegas como gente huyendo de ellas. En cualquier caso, ya no están.

Su coche sigue aparcado en la entrada. La casa parece intacta. Ninguna ventana está rota por ese lado.

—¿Hay alguien fuera? —susurra Lisa desde atrás.

—No. Estamos bien.

Lisa se le acerca.

—Entonces… ¿a qué esperamos, papá? Vamos dentro.

John observa la casa, pensativo.

—No estoy seguro de que sea el mejor sitio para nosotros ahora mismo, cariño.

Lisa lo mira. Es alta para su edad, roza los 180 centímetros incluso sin zapatos. Aun así, su mirada solo alcanza los hombros de John.

—¿Por qué no? ¿No es segura la casa?

Él niega con la cabeza.

—Viste con qué facilidad entraron los ciegos anoche. No tengo ni idea de si algunos siguen ahí fuera. Incluso podrían estar dentro ahora mismo. —Se muerde el labio—. Necesitamos llevarte a un sitio más seguro.

Lisa consulta su móvil.

—Sigue sin haber mensajes de mamá. Voy a intentar llamarla otra vez.

—Hazlo —murmura John, evaluando sus opciones.

Solo hay unos pocos lugares en la ciudad donde puedan atrincherarse con eficacia en caso de otro incidente, que, a estas alturas, John está seguro de que ocurrirá. Además, seguramente habrá disturbios si no han empezado ya.

Está la comisaría, claro. Un edificio lleno de policías sería lo ideal. Pero John no puede simplemente presentarse allí y exigir una habitación para su hija. Además, no piensa dejarse ver por allí de momento. Si lo hace, se esperará que trabaje en el caso. Tal vez, cuando Lisa esté a salvo, considere volver y ayudar en lo que pueda. Pero ahora mismo, ella es su prioridad.

Probablemente el ejército establezca bases temporales. ¿Pero serán para civiles? John no lo sabe. Nadie sabe lo que va a hacer el

gobierno. Nunca ha habido una situación así.

Incluso si intentan crear refugios para la población, seguramente exigirán algún tipo de identificación para acceder. Y John quiere evitar todo eso. Por ahora, ya no es un agente del gobierno. Ni siquiera es policía. Prefiere permanecer fuera del radar.

Lo que significa que solo se le ocurre un sitio seguro al que puedan ir.

—Sigue sin contestar —dice Lisa, sacándolo de sus pensamientos —. De verdad espero que esté bien.

—Seguro que lo está —responde John—. Probablemente haya perdido el móvil. Tal vez tuvieron que salir de casa como nosotros. Habrán encontrado algún sitio donde esconderse.

Lisa parece querer creerlo con todas sus fuerzas.

—De todos modos, vamos a ir ahora —continúa John—. Así lo sabremos.

—¿Vamos a casa de mamá?

—Sí. A recoger tu ropa y lo que necesites. Conozco un lugar seguro en la parte este de la ciudad. Iremos allí y nos quedaremos hasta que se calme todo.

—¿Te refieres a… hasta que estos incidentes dejen de pasar? Puede que tarde.

—Sí, puede que tarde. Lo que significa que tenemos que prepararnos para estar allí un tiempo. Pero antes de irnos, tengo que entrar en la casa.

—Pero acabas de decir que no es…

—Lo sé. Por eso voy a entrar solo.

—¿No puedes arrancar el coche sin la llave?

—Puedo, pero necesito ropa. Mi cartera. Algunas cosas más. Te acompañaré hasta el coche. Tú cerrarás las puertas y te quedarás dentro hasta que vuelva. ¿Entendido?

Lisa asiente.

—Bien. Y cuando salgamos del cobertizo, no hablamos a menos que sea necesario. Ven conmigo.

Le pone una mano en el hombro mientras salen al césped. John escanea todas las direcciones mientras camina rápido hacia el coche.

Al llegar a la entrada, le indica a Lisa que se detenga. Luego revisa el interior del coche. Nada. Coloca los dedos sobre la manilla de la puerta del conductor, y el escáner emite un pitido al reconocer sus huellas. John agradece haber invertido esos cincuenta mil extra en un coche con sistema de seguridad de alta gama. Le hace una señal a Lisa, y ella entra. Él cierra la puerta con cuidado y ella activa el cierre centralizado.

John se vuelve hacia la casa. La puerta principal está cerrada. También está bloqueada por dentro. La llave está en la repisa justo al lado, junto con su cartera.

Va hacia la ventana del baño. Mira dentro. Aparte de los evidentes signos de lucha, no hay nada fuera de lugar. Apoya la pistola en el alféizar y se impulsa para subir. Entra por la ventana y vuelve a tomar el arma.

Revisa el pasillo antes de cruzarlo para llegar al dormitorio. Ignora los cuerpos de los Petersen. Su habitación está más fría por la ventana rota. Va a la cómoda y coge una camisa, unos pantalones y una chaqueta. Se los pone sin dejar de vigilar la ventana. Por último,

agarra los tres cargadores de repuesto que guarda en una bolsa del cajón superior.

Luego va a la cocina. No hay señales de intrusos. Saca una bolsa de plástico de debajo del fregadero, abre la nevera y mete todo lo comestible que encuentra. Con la bolsa llena, se dirige al recibidor. Toma su cartera y sus llaves, luego abre la puerta principal.

El coche sigue en la entrada. Lisa lo observa. Le hace un gesto de aprobación con el pulgar. John cierra la puerta tras de sí, tal vez es una tontería ya que la ventana está rota, pero lo hace igualmente.

Luego sube al coche.

—¿Había alguien dentro? —pregunta Lisa mientras el motor arranca.

—No. —John sale a la calle, deteniéndose brevemente para echar un vistazo a las casas vecinas. Se ven signos de lucha por todas partes. Ventanas rotas. Setos pisoteados. Una fuente volcada. Una mujer boca abajo en la entrada de una casa.

—¿Tú crees que están…? —Lisa no logra terminar la frase.

—Sí, creo que sí —dice John con gravedad—. Estoy seguro de que muchas personas lo están, después de anoche.

Se dirige al centro.

Las calles están relativamente despejadas. Es evidente que la policía, los bomberos y los voluntarios han estado ocupados toda la mañana. Aún hay presencia de ellos en muchos puntos, y John se alegra de ir en su coche particular, o sin duda lo habrían parado para pedirle ayuda.

Llegan a casa de Karen en doce minutos. Vive en una casa bastante grande, frente a un bloque de pisos. En la parcela delante

del bloque, hay mucho movimiento. Parece una estación temporal. Un camión militar está aparcado junto a la acera, y hay soldados alrededor. Un grupo de civiles observa, y personal médico atiende a varios heridos.

—Voy a aparcar aquí —dice John, deteniéndose frente al camión—. Estarás segura con todos estos soldados cerca. Solo no salgas del coche.

Lisa estira el cuello para ver la casa de su madre.

—El coche está ahí, papá. No creo que se hayan ido.

—Tal vez no. Pero quédate aquí hasta que lo compruebe, ¿vale?

—Vale.

Se baja del coche, procurando no mostrar la pistola enfundada. No es que ninguno de los soldados le esté prestando atención, así que cruza la calle hacia la casa de Karen. No hay señales visibles de daños, lo cual es una buena señal. Llama a la puerta. Luego pulsa el timbre. Nadie abre.

John prueba el pomo. No está cerrado.

Asoma la cabeza al recibidor. Los zapatos están colocados con cuidado.

—¿Karen? Soy John. ¿Estás ahí?

No hay respuesta.

John mira hacia su coche. Lisa sigue en el asiento delantero. Mira hacia otro lado. John ve a un par de soldados escoltando a una mujer ciega. Tiene las manos atadas a la espalda. Se retuerce y gruñe intentando soltarse.

Están vaciando los bloques en busca de escondidos, se da cuenta John, al recordar a Julie de pie en su cobertizo.

Entra en la casa de Karen y saca la pistola. Deja la puerta principal abierta mientras avanza con cautela hacia la cocina.

La habitación está vacía, pero John detecta enseguida señales sutiles. Dos sillas están fuera de lugar con respecto a la mesa. La cafetera ha sido empujada hacia un lado. El salero está volcado. Un papel ha caído de la nevera junto con el imán que lo sujetaba.

Podría ser desorden habitual. Pero Karen no es así.

Alguien registró la cocina. Alguien palpando.

Podría haber sido Karen. O Finn. O un intruso. Quien fuera, podría seguir dentro.

John se arrepiente de haber anunciado su llegada. Si alguien está esperando, sabe que él está ahí.

Inspira hondo para calmarse. Afloja el agarre de la pistola. Necesita mantenerse suelto y alerta. No puede tensarse.

Empieza a registrar la casa con cuidado y método. Comienza por el baño de invitados. Luego el salón, siguiendo por la habitación de Lisa y el cuarto de lavado.

No hay ciegos. Pero más señales de búsqueda. Muebles desplazados. Objetos en el suelo o volcados. El proceso no ha sido frenético. Más bien parece que quien lo hizo se tomó su tiempo. Como si no tuviera prisa.

La ansiedad de John crece con cada habitación despejada. Teme lo que pueda encontrar en el dormitorio.

La puerta está abierta. Asoma la cabeza.

Las mantas y las almohadas han sido revueltas. El armario está abierto. La cómoda se ha desplazado ligeramente. La ventana está

abierta por arriba. No sería posible que alguien hubiese entrado o salido por allí.

John sigue hacia el salón. Las mismas señales de registro. Puede ver la calle por las ventanas. El asiento delantero de su coche está vacío. El corazón le da un vuelco. Luego ve a Lisa a unos metros, hablando con un chico de su edad.

—Joder… —murmura—. ¿No te dije que no salieras?

Cruza la casa rápidamente de camino al recibidor. Pero justo cuando pasa por el dormitorio...

—¡Psst!

El sonido es tan bajo que apenas lo percibe. Se detiene y mira una vez más dentro del dormitorio.

¿Alguien le acaba de hacer una señal? ¿O fue un sonido exterior que lo engañó?

Un movimiento bajo la cama. El rostro de Karen lo observa. Sus ojos están muy abiertos y asustados. Verla acurrucada allí resulta inconcebible.

Se acerca a la cama y se arrodilla.

—Qué alegría verte —murmura Karen.

Lleva ropa de dormir, y John evita fijarse en su escote. Huele a la loción que siempre se pone antes de acostarse. Y a miedo.

—Creo que aún está aquí, John. En la casa, en alguna parte. No lo oí salir.

John no pierde ni un segundo en hacerle preguntas.

—Ven conmigo.

La saca de debajo de la cama y la ayuda a levantarse. Sus rodillas fallan y él tiene que sujetarla.

—No… no puedo caminar… mis piernas…

—Tranquila, dame un segundo. Vas a est…

Karen toma una bocanada de aire, tragándose un grito. Mira por encima de él, aterrada.

John la suelta, se gira y saca la pistola en un solo movimiento fluido.

Finn está allí. En el umbral. El rostro gris y contraído. Los hombros subiendo y bajando con cada respiración entrecortada. Sus ojos ciegos clavados en ellos.

John apunta al pecho justo cuando Finn da un paso adelante.

—Necesito que te detengas ahí mismo, Finn. No te acerques más.

John sabe que Finn no le hará caso. Sabe cómo va a terminar todo esto. Habla únicamente por Karen. No hay manera de sacarla de allí sin enfrentarse a Finn. Y no va a dudar en hacerlo.

—Última advertencia, Finn.

Finn responde con un gruñido ansioso y extiende los brazos.

—¡No, John, por favor! —suplica Karen.

—Tápate los oídos y no mires, Karen.

No se asegura de si Karen le obedece. Se concentra por completo en el nuevo marido de Karen mientras este cruza la habitación. Cuando está a poco más de un metro, John dispara dos veces al pecho.

Finn sale despedido hacia atrás, cae pesadamente al suelo. Emite un gorgoteo, se retuerce unos segundos y luego muere.

John mantiene la pistola apuntando al umbral. Si hay más escondidos en la casa, sin duda habrán oído los disparos. Detrás de él, Karen se ha desplomado sobre la cama y llora desconsolada.

John espera treinta segundos. Luego guarda el arma en la funda y se gira. La sujeta por los hombros y la levanta, mirándola a los ojos.

—Lo siento. De verdad. No tenía otra opción.

Karen respira hondo un par de veces, intentando recomponerse.

—¿L… Lisa? ¿Dónde está?

—Fuera. En el coche. Está bien. La he mantenido a salvo.

—Gracias… gracias a Dios.

—Tenemos que irnos, Karen. Y puede que no volvamos. Quiero que hagas una maleta. Imagina que vamos de viaje. Mete ropa y lo esencial. Para ti y para Lisa. ¿Puedes hacerlo?

Ella asiente, con los labios temblorosos.

—Bien. Me quedaré cerca.

Karen empieza a moverse. Al principio con lentitud y vacilación. Luego con más determinación. Encuentra la maleta y empieza a llenarla con ropa del armario. John la acompaña a la habitación de Lisa. Mantiene la pistola en la mano. Pero, de algún modo, siente que la casa está vacía. El peligro ha pasado por ahora.

Karen termina de hacer la maleta y la cierra. John la agarra y salen de la casa.

TOMMY

Tommy salió bruscamente de un estado de sueño ligero al oír cómo se cerraba de golpe la puerta de un coche cercano.

Se incorporó y miró a su alrededor, confuso y mareado, sin tener ni idea de dónde estaba. Fue el olor lo que le dio la primera pista. Luego notó que estaba sentado entre bolsas de plástico llenas de lo que debía de ser basura. Tenía hormigas arrastrándose por los brazos y algo pegajoso en el pelo. Alguien hablaba cerca. Una voz masculina. Tommy estaba demasiado aturdido para entender las palabras.

Entonces lo recordó todo. La grieta había reaparecido. Había tenido que luchar por su vida. Su madre se había quedado ciega. También los Smith del piso de al lado. Tommy apenas logró salir con vida del edificio. Un pinchazo doloroso en la rodilla se lo confirmó.

Levantó la vista y vio el interior de la tapa del contenedor. Unos rayos de sol se colaban por las rendijas.

—¡Ya lo sé! —volvió a sonar la voz masculina, desde algún punto del exterior—. ¡Me da igual, pero tráelos aquí abajo!

Tommy se puso en pie con dificultad y empujó la tapa unos centímetros. Espió hacia fuera, entrecerrando los ojos ante el sol de la mañana.

El aparcamiento hervía de actividad. La mayoría de las personas eran personal médico o miembros de las fuerzas del orden. Contó tres ambulancias, dos vehículos militares y un coche patrulla. También había un camión aparcado más lejos. Al fondo del aparcamiento habían instalado una gran tienda blanca, y estaban llevando personas en camillas hacia su interior.

Todas las puertas de la manzana estaban abiertas de par en par. Personal médico y soldados entraban y salían, escoltando a civiles. Algunos heridos, otros relativamente ilesos, algunos muertos. Grupos de personas se agolpaban alrededor, contemplando la escena con rostros pálidos.

Al menos un tercio del aparcamiento estaba ocupado por lo que, a simple vista, parecía una acampada bien organizada al aire libre: sacos blancos dispuestos en hileras, al menos dos docenas. Todos cerrados hasta arriba. Cada uno contenía, sin duda, un cadáver. Seguían saliendo más bolsas por las puertas, que eran colocadas cuidadosamente junto a las demás.

Tommy advirtió un estruendo a lo lejos, y distinguió un helicóptero sobrevolando unas calles más allá.

—¡Pues encuéntrate la forma de traerlos! —gruñó el soldado más cercano al contenedor, gritando por la radio antes de volver a

enganchársela al cinturón. Llevaba una gorra militar y lucía una espesa barba negra.

Tommy abrió del todo la tapa y se irguió. Estaba a punto de salir del contenedor cuando el soldado lo oyó, se giró en seco y le apuntó al pecho con una pistola.

—¡No… no dispare! —dijo Tommy, levantando las manos instintivamente.

—Mierda —suspiró el soldado, guardando el arma—. Pensé que eras uno de ellos. ¿Cuánto llevas ahí dentro? —Se acercó con zancadas rápidas y le ofreció la mano.

—Desde… desde anoche —respondió Tommy, mientras el soldado lo levantaba como si tuviera cuatro años.

—¿Estás herido? —preguntó, echándole un vistazo rápido.

—Creo que estoy bien —dijo Tommy—. Me duele un poco la rodilla, pero…

—Estás bien —dictaminó el soldado, ya prestando atención a otra cosa—. Ve a buscar a tu familia.

Tommy sintió cómo la rabia le subía al pecho al ver cómo lo despachaba como si no hubiese sobrevivido a una noche espantosa y a varias experiencias cercanas a la muerte.

—Mi familia ha muerto —dijo.

El soldado le lanzó una mirada. Su barba era tan tupida que le recordó al Capitán Haddock.

—Lo siento, chaval. Entonces espera aquí. Hay un autobús viniendo para los supervivientes.

Tommy iba a decir algo, pero dos disparos rápidos lo interrumpieron.

Los soldados reaccionaron de inmediato, pero antes de que pudieran actuar, un grito llegó desde otra dirección. Tommy se giró y vio cómo un grupo de personas se dispersaba mientras un ciego se tambaleaba hacia ellos.

—Joder —gruñó el soldado, apartando a Tommy—. ¡Hansen! ¡Tenemos otro! ¡A por él!

Dos de los soldados más cercanos al ciego se abalanzaron sobre él con porras y bridas. Estaban claramente bien entrenados y mostraban poca preocupación por el bienestar del hombre. Lo abatieron contra el cemento con contundentes golpes en las espinillas, luego lo inmovilizaron con las botas aplastándole el cuello y las piernas. En menos de medio minuto, lo tenían atado y arrastrándolo hacia el camión. Tommy observó con aprensión, queriendo apartar la vista pero atrapado por una mórbida fascinación.

El ciego, a juzgar por su camiseta interior ensangrentada, había tenido también una noche movida. Era de mediana edad, calvo y con una barbilla débil. Delgado, escuálido y pálido a pesar del verano. Parecía un ermitaño, lo que explicaría por qué Tommy no lo había visto nunca por la zona.

Gruñía y chasqueaba los dientes amarillentos mientras los soldados lo arrastraban sin prestarle atención. Tal y como lo llevaban, con los brazos atados a la espalda y los codos forzados hacia el cielo, no podía hacerles nada y no tenía más opción que seguirlos, con los pies descalzos arrastrándose por el suelo.

Justo cuando pasaban por su lado, Tommy se fijó en algo que finalmente le permitió apartar la mirada. Durante la breve pelea con

los soldados, los calzoncillos del tipo se habían subido por un lado, dejando al descubierto su escroto peludo.

De algún modo, eso fue lo peor de todo, lo que hizo que Tommy se sintiera realmente mal. Los soldados trataban al hombre como si fuera un animal camino del matadero, sin la menor consideración por su intimidad o dignidad. Y una parte de él no podía evitar pensar que tenían razón al hacerlo.

Volvió la vista para ver cómo los soldados abrían la compuerta trasera del camión. Cuando lo arrastraron por la rampa hacia el interior, Tommy escuchó un coro de gruñidos y rugidos furiosos, y vio cómo todo el camión se balanceaba de lado a lado. Unos segundos después, los soldados salieron de nuevo, tras haber asegurado al ciego dentro. Cerraron la compuerta de golpe y la bloquearon, silenciando así las voces enfurecidas.

—¿Cuántos hay ahí dentro? —preguntó Tommy.

Solo entonces se dio cuenta de que el soldado que había hablado con él ya no estaba. En su lugar, una chica de su edad lo miraba con unos ojos tan agotados como fascinados. Debía de haber salido del todoterreno aparcado a unos pocos metros.

—Ni idea —respondió ella—. Muchos. Han empezado a esconderse, ¿sabes?

Tommy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Los ciegos. Se esconden en armarios y cosas así.

—¿De qué se esconden?

La chica se encogió de hombros.

—Creo que esperan para atacar cuando alguien pasa cerca. O tal vez simplemente no quieren que los encuentren.

Tommy se mordió el labio. Aquello era algo nuevo. Al menos, no lo había oído en la primera oleada. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo solo de pensar que alguien pudiera estar al acecho, aguardando el momento de abalanzarse sobre quien se acercase lo suficiente… Además, eso dificultaría enormemente el trabajo de las autoridades para localizar a todos los ciegos y mantenerlos bajo control.

—¿Crees que volverá a pasar? —le preguntó la chica—. Sí. Creo que esto es solo el principio.

Tommy la miró, luego alzó la vista hacia el cielo. En ese momento, estaba despejado y azul, sin rastro de la grieta.

—¿Qué haces? —dice la chica. Se acercó y le agarró el brazo—. No mires arriba. Nunca sabes cuándo puede volver.

Tommy se quedó tan desconcertado por el contacto físico que soltó:

—Está bien. A mí no me afecta.

La chica se le quedó mirando un segundo.

—¿También eres inmune? —Antes de que Tommy pudiera contestar, ella continuó—. Mi padre también lo es. La vio las dos veces. La miró directamente, pero no se quedó ciego ni nada.

—A mí me pasa igual —dijo Tommy, muy consciente aún de que la chica le sostenía el brazo—. Creo que algunos de nosotros…

—¿Has dicho que eres inmune? —interrumpió una voz.

Se giraron. Un hombre se acercaba. Iba vestido de civil. Tenía los brazos cruzados y una expresión entre incredulidad y esperanza.

—Yo… no sé si esa es la palabra exacta —dijo Tommy, justo cuando la chica soltaba su brazo—. Es solo que…

—¿Pero no te afectó? —insistió el hombre—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Qué te hizo inmune?

Hablaba lo bastante alto para que otro grupo de personas cercanas lo oyera y empezaran a acercarse. Todos clavaban los ojos en Tommy. Este retrocedió un par de pasos de forma instintiva.

—¿Es cierto? —preguntó una mujer, con una niña pequeña en brazos—. ¿Eres inmune?

—Yo… yo… —Tommy no sabía qué decir. De repente, se arrepentía profundamente de haberlo dicho en voz alta. Al menos una docena de personas lo miraban ahora. Sus rostros reflejaban pura desesperación.

—¿Por qué no te afectó? —insistió el hombre, agarrándolo del brazo para evitar que se alejase.

Tommy se echó atrás.

—Eh, no me toques.

—¿Es algo que tomaste? —preguntó la mujer—. ¿Como una vacuna o algo?

—No, es que… no tengo ni idea, sinceramente…

—Por favor, dinos cómo lo hiciste —suplicó otra mujer—. Por favor, necesitamos saberlo.

La gente empezaba a formar un semicírculo alrededor de Tommy, cerrándose como zombis. Sintió ganas de darse la vuelta y salir corriendo, pero se obligó a no retroceder.

—Escuchad, no puedo ayudaros —dijo, mirándolos a todos—. Solo sé que no me pasó nada cuando miré hacia arriba. Y no soy el único.

Parece que a algunos no nos afecta. No sé por qué. Lo siento.

El tipo de delante entrecerró los ojos.

—Entonces, si no es algo que hiciste, tiene que ser algo genético o lo que sea. Deben de poder hacer una cura con lo que tienes dentro.

—¿Qué? —exclamó Tommy—. No, eso no… ¡No tenéis ni idea de si funciona así! No tiene por qué ser algo biológico siquiera…

—Pero podría serlo —intervino la mujer con la niña—. Deberían hacerte pruebas. Deberían averiguar por qué eres inmune y así podrían crear una vacuna para el resto.

—Sí, y cuando vuelva a pasar, estaremos todos bien —añadió otra mujer, asintiendo con entusiasmo—. Tenemos que decírselo a las autoridades…

—No, espera —empezó Tommy, pero la mujer ya se dirigía al soldado más cercano.

Tommy no tuvo más remedio que marcharse de allí. Pero justo cuando se daba la vuelta, el hombre lo agarró del brazo.

—¡Suéltame!

—Lo siento, pero te quedas aquí —dijo el hombre con determinación sombría—. Esto no solo se trata de ti, chaval. Se trata todos nosotros. No tienes derecho a marcharte con una posible cura dentro de ti.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tommy, tirando para liberarse, pero el hombre lo sujetaba con fuerza—. No puedes hacer esto. ¡Suéltame! —Miró a su alrededor en busca de apoyo entre las otras personas que los rodeaban, pensando que al menos algunos verían que aquello estaba mal. Pero se le cayó el alma a los pies al

no encontrar compasión en ninguno de los rostros. La chica con la que acababa de hablar había desaparecido.

El círculo se abrió cuando un soldado se acercó. Era el que había hablado brevemente con Tommy antes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirando a Tommy y al hombre que lo sujetaba.

—Es inmune —soltó el hombre, señalando a Tommy—. Todos le oímos decirlo. No le afectó, aunque miró hacia arriba.

—Es cierto —añadió alguien—. Lo dijo.

El soldado miró al hombre que sujetaba a Tommy.

—Suéltalo.

El hombre dudó.

—Pero…

—He dicho que lo sueltes.

El hombre soltó el brazo de Tommy de mala gana.

—¡Pero le necesitan! —exigió la mujer con la niña—. ¡Tienen que usar su ADN para fabricar una vacuna!

—Tranquilícense, por favor —dijo el soldado—. Estamos todos agotados, así que no compliquemos más las cosas. Ahora, por favor, retrocedan y déjenme hablar con este joven.

—Pero escuche... —empezó el hombre.

—No, escuche usted —le interrumpió el soldado con firmeza—. O se aparta ahora mismo o lo arresto por desobediencia civil en situación de emergencia nacional.

El hombre dio un respingo, luego lanzó una última mirada a Tommy antes de alejarse con el resto del grupo.

El soldado se volvió hacia Tommy.

—¿Es cierto, hijo? ¿Miraste directamente a esa cosa en el cielo?

Tommy dudó un momento, luego decidió decir la verdad.

—Sí.

El soldado apretó la mandíbula.

—Así que eres uno de ellos, ¿eh?

Tommy tragó saliva con dificultad.

—Ya le conté todo lo que sabía a la policía.

—Seguro. Pero será mejor que vengas conmigo de todos modos.

Tommy frunció el ceño.

—¿Adónde?

—A la base militar. Créeme, allí estarás más seguro. A menos que prefieras quedarte con esta gente. —El soldado señaló al grupo de personas. Se habían apartado, pero aún lo observaban.

—¿Qué… qué hay en la base? —preguntó Tommy—. ¿Van a… hacerme experimentos o algo así?

—Estoy seguro de que a nuestros médicos les encantaría sacarte unas muestras de sangre, si te dejas —dijo el soldado con un tono casual. Pero Tommy vio en su expresión que no serían solo unas muestras, y que él no tendría mucho que decir al respecto.

Retrocedió un paso.

—Creo que estoy bien…

—Mira, hijo —dijo el soldado, agarrándolo por el cuello de la camiseta. Suspiró—. Estaba intentando ser amable. Vienes conmigo.

—¡No!

El soldado estaba a punto de arrastrarlo hasta el camión cuando una figura enorme se interpuso.

Tommy alzó la vista y reconoció al agente que lo había interrogado el día anterior. Iba de civil, pero su enorme corpulencia y mandíbula cuadrada eran inconfundibles.

—Seguridad Nacional —dijo al soldado, mostrando una placa—. Llevo toda la noche buscando a este chico. Gracias por detenerlo, sargento. A partir de aquí nos encargamos nosotros.

El agente colocó su mano del tamaño de un plato en el hombro de Tommy.

El soldado no lo soltó.

—¿Nos conocemos?

—John Nygaard. Investigador principal. Llame si quiere. Pero no me haga perder más el tiempo. Ha sido una noche larga.

Tanto Tommy como el soldado observaron detenidamente al policía. Tenía barba de varios días y los ojos algo rojos; probablemente no había dormido en absoluto.

—¿Así que conocía a este joven? —preguntó el soldado—. ¿Sabía que es uno de los inmunes?

—Sí —asintió el policía—. Tommy Jansen. Hablamos con él ayer. Nos contó lo que sabía, pero creemos que aún puede aportar más.

El soldado apretó la mandíbula.

—Quizá ahora nos toca a nosotros. Ya tuvieron su oportunidad.

—Escuche, sargento… —El policía iba a decir algo, pero de pronto se interrumpió. Tommy lo vio observar el uniforme del sargento. Luego al resto de los soldados.

—¿A qué unidad pertenecen usted y sus hombres?

—Solo estamos aquí para limpiar el desastre —dijo el soldado, esquivando la pregunta.

—Llevan armamento bastante pesado para una operación de limpieza.

—Nos lo tomamos en serio.

El agente entrecerró los ojos.

—Ustedes no son militares.

El soldado no se inmutó.

—Nunca he dicho que lo seamos.

—Pero llevan uniformes y conducen vehículos militares.

El soldado sonrió, enseñando una fila de dientes pequeños y blancos.

—Bueno, entonces quizá los dos estamos fingiendo algo aquí.

El policía frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

Ambos se miraron fijamente durante un largo instante. Eran casi de la misma estatura, aunque el agente le superaba por unos pocos centímetros. Pero duplicaba en anchura al soldado, que era, en realidad, bastante flaco.

—Escuche, estamos del mismo lado, agente Nygaard —dijo el soldado, poniendo énfasis en el «agente»—. No tiene sentido discutir.

El policía asintió lentamente.

—De acuerdo. Entonces déjeme llevarme a este chico y sigamos todos con lo nuestro.

El soldado dudó un segundo, luego soltó a Tommy.

—De acuerdo. Confío en que sabrá sacarle lo que necesita.

—Me aseguraré de ello. —El agente miró a Tommy—. Ven conmigo.

Se giró y empezó a andar. No lo sujetaba, solo le mantenía la mano sobre el hombro. Tommy pensó un instante en salir corriendo, pero el aparcamiento estaba demasiado lleno. No llegaría lejos antes de que alguien lo derribase.

Así que caminó con él, sintiéndose mareado. Imágenes desagradables de pruebas médicas le cruzaban la mente. ¿Qué le harían? ¿Extraerle médula ósea? ¿Exponerlo a radiación? Seguramente lo que hiciera falta para averiguar por qué era inmune.

El policía lo condujo hasta el todoterreno. Junto a él estaba la chica con la que Tommy acababa de hablar.

—Es él, papá —dijo al verlos—. El chico del que te ha...

—Silencio —la cortó el agente—. Y entra en el coche como te dije.

La chica obedeció de inmediato. En el asiento del copiloto había otra mujer, probablemente la madre de la chica, por sus ojos similares.

Tommy miró al policía con el ceño fruncido cuando este le abrió la puerta trasera.

—¿Qué pasa? ¿Adónde me lleva?

—No adonde crees —fue todo lo que dijo—. Entra.

—¿Tú también eres inmune? Tu hija lo ha dicho.

Finalmente, el agente lo miró, con unos ojos grises que parecían atravesarlo.

—Entra.

Tommy dudó solo un segundo. Luego subió al coche y el agente cerró la puerta de un golpe. Mientras daba la vuelta al vehículo, Tommy lanzó una última mirada hacia el aparcamiento. El soldado

seguía allí, observándolo, moviendo la mandíbula lentamente de un lado a otro.

Entonces una mujer se interpuso en su campo de visión. Tommy parpadeó sorprendido al ver que Melissa lo miraba fijamente.

—¿¡Tommy!? ¡Gracias a Dios! ¡Te he estado buscando por todas partes! —Tocó la ventanilla—. ¿Adónde vas? ¡Tienes que venir conmigo!

Tommy bajó la ventanilla con desgana.

El policía regresó por ese lado del coche.

—¿Es usted la madre de Tommy? —preguntó.

Melissa alzó la vista, entrecerrando los ojos por el sol.

—No. La madre de Tommy… está muerta. —Dejó escapar un sollozo—. Me han llamado esta mañana…

—Lamento oírlo —dijo el agente, mirando a Tommy.

—Ya lo sé —dijo Tommy, sin estar seguro de a quién se dirigía—. Yo estaba allí.

Melissa no parecía escuchar.

—Soy su tía —dijo al policía, incorporándose—. Y soy su tutora legal ahora. No tengo ni idea de quién es usted ni adónde piensa llevarlo, pero viene conmigo.

—Señora, soy de Seguridad Nacional —dijo el policía—. Creemos que Tommy tiene información vital sobre los incidentes. Por eso necesito hablar con él.

—¡El chaval acaba de perder a su madre! —protestó Melissa, abriendo la puerta—. No me importa lo que necesiten de él. Ya ha pasado bastante. —Miró a Tommy, y por primera vez que él

recordara, su tía le sonrió. No era una sonrisa bonita—. Ven conmigo, Tommy. Vámonos a casa. Estás a salvo ahora.

Tommy sintió un vuelco en el estómago. Miró al policía.

—¿Puedo irme con ella?

El agente se encogió de hombros.

—Eres libre de hacerlo.

Tommy vaciló, y Melissa le agarró de la muñeca.

Tommy se zafó.

—Déjame… déjame pensarlo.

Melissa lo miró como si acabara de abofetearla.

—¿Qué? ¿Qué hay que pensar? Vas a venir conmigo, Tommy. Ese es el trato.

—Tengo dieciséis años —le respondió—. Puedo decidir por mí mismo.

Notaba todas las miradas sobre él. La mujer, la chica, el agente… y Melissa. En su rostro, Tommy vio cómo volvía la rabia. Solo por un segundo. Luego se recompuso y ladeó la cabeza.

—Estamos todos agotados. No digas cosas de las que puedas arrepentirte. Lo hablaremos cuando lleguemos a casa. Venga, ahora.

Tommy negó con la cabeza.

—No quiero. No quiero vivir contigo, Melissa. Sinceramente, preferiría vivir en la calle.

Esas últimas palabras no eran necesarias para dejar clara su postura, pero se le escaparon antes de poder frenarlas. Además, eran ciertas.

Melissa ahogó un gemido y frunció el ceño.

—No lo dices en serio. No sabes lo que dices. Estás en estado de shock.

—No, no lo estoy.

—¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó, alzando la voz—. Soy tu familia. La única que te queda. Y estoy aquí para ti, Tommy. Como siempre he estado.

Tommy frunció el ceño.

—¿A quién intentas engañar? Nunca has estado para mí, Melissa. Nunca te he importado una mierda.

Su tía dejó escapar un gemido de angustia y se llevó la mano al pecho, como si se le hubiera roto el corazón.

—¿De dónde sale toda esta rabia, Tommy? ¿Es porque has perdido a tu madre? Porque te aseguro que entiendo cuánto estás sufriendo. Y si necesitas descargarlo conmigo, está bien. Pero por favor, déjame llevarte a casa.

Tommy empezaba a enfadarse de verdad. Melissa claramente estaba fingiendo. Actuando. Haciendo un numerito para el policía. Negó con la cabeza.

—Ya he tomado una decisión.

Melissa lo miró, y él vio cómo la ira volvía a sus ojos.

Se giró hacia el policía.

—Como agente de la ley, ¿podría explicarle a mi sobrino que va a venir conmigo le guste o no?

El agente se encogió de hombros otra vez.

—Lo siento, pero es decisión suya.

—Desde luego que no —soltó Melissa—. Tengo los papeles. En caso de fallecimiento, hospitalización o incapacidad de su madre, yo

soy su tutora legal. ¡Es solo un crío, por el amor de Dios! ¡No sabe lo que le conviene!

—Los menores tienen derecho a elegir dónde quieren estar, como cualquier otra persona —dijo el policía—. No se les puede obligar a ir a un sitio contra su voluntad. Siempre que no hayan infringido la ley, claro.

—¡Pero es que la ha infringido! —saltó Melissa, con tono triunfal—. Ayer mismo. Llamaron a la policía en el instituto. Llevaba una navaja.

Entonces Tommy tuvo suficiente.

Que Melissa fingiera ser la víctima e intentara manipularlo, era una cosa. Lo esperaba.

Pero que ahora lo delatara, como una chivata de patio de colegio… eso ya era demasiado.

—¿Melissa?

Ella seguía hablando con el agente:

—… así que comprenderá por qué es claramente inestable y debe quedar bajo mi tutela…

—¡Melissa!

—¿Qué? —giró la cabeza de golpe.

Tommy se inclinó hacia fuera y la miró fijamente. Apretando los dientes y le dijo:

—Vete a la mierda.

Cerró la puerta de un golpe y bajó el pestillo. Luego cruzó los brazos y se recostó en el asiento, mirando al frente.

Melissa empezó a perder los nervios. Tiró del pomo, golpeó la ventanilla, lo llamó, exigió que el policía abriera la puerta.

El agente dijo algo con voz tranquila y pausada. Luego rodeó el coche.

Se subió al asiento del conductor. Y mientras Melissa seguía gritando y golpeando la ventanilla, el agente simplemente arrancó y se alejó.

Tommy permaneció en silencio. Nadie dijo nada. Sintió la mirada de la chica clavada en él, así que se giró hacia ella.

—¿Qué? —preguntó.

—Siento lo de tu madre —dijo ella.

La empatía en su voz era auténtica. Un contraste brutal con la falsa compasión que acababa de escuchar de Melissa. Sintió cómo la tensión y la rabia abandonaban su cuerpo. En su lugar, solo quedaba el agotamiento.

Tommy negó con la cabeza.

—¿Sabes qué es lo más jodido de todo?

—¿Qué?

—Que no lo siento.

—¿No sientes qué?

Tommy suspiró.

—Perdona.

THORN

Observa cómo se aleja el todoterreno. Sin pensarlo, memoriza la matrícula y la guarda mentalmente para más adelante, por si llegara a necesitarla.

Hay algo en el encuentro con el agente de Seguridad Nacional que no le cuadra. La identificación parecía genuina. Thorn sabe distinguir una falsa de una real. Sin embargo, los ojos del policía, a pesar de estar entrenados en el arte de la mentira, habían revelado que había algo más.

¿Por qué recoger a un sospechoso en un vehículo particular? ¿Y por qué su mujer y su hija estaban con él?

La respuesta obvia sería que el chico era su hijo y que Nygaard quería protegerlo. Pero sus apellidos eran distintos. Además, la forma en que hablaban entre ellos… Thorn tenía la sensación de que no estaban emparentados. Quizá...

—Disculpe.

Se da la vuelta. Es el civil que sujetó al chico.

—Le dije que se apartara, señor.

El tipo da un paso atrás.

—Sí, pero… pensé que debería saber lo que oí.

—Sea rápido.

El hombre se mueve nervioso, como un colegial rindiendo cuentas ante el director.

—Estaban hablando, el chico y la chica. Justo antes de que usted llegara. Ella dijo que su padre también era inmune.

Thorn no reacciona.

—¿Eso dijo?

El hombre asiente, entusiasmado.

—Lo dijo. Que lo miró las dos veces que ocurrió, y que no le pasó nada. Yo pensé… al ver a ese tipo tan grande hace un momento… él era su padre, ¿no? Seguro que era de él de quien hablaba. Así que, no sé qué le dijo a usted para que le dejara llevarse al chico, pero…

El tipo se encoge de hombros.

—Bueno, sólo pensé que debía saberlo.

—Ya lo sé. Aléjese, por favor.

El hombre parece querer añadir algo más, pero decide no hacerlo y se pierde de nuevo entre la multitud.

«Maldito chivato».

Thorn no puede evitar sentirse asqueado. La gente asustada no tiene honor. El miedo les hace decir o hacer lo que sea. Señalar a cualquiera. Lo que sea con tal de sentirse a salvo. Cuatro misiones en Oriente Medio le han enseñado todo lo necesario sobre cómo actúan las personas bajo presión. Da igual si son civiles, soldados o

fervientes combatientes por la libertad. Si los asustas lo suficiente, todos acaban convirtiéndose en chivatos y cobardes.

Pero ahora tiene algo más importante de lo que ocuparse.

El agente había mentido. Tal y como Thorn lo había intuido. Jugaba a dos bandas.

—¿Jefe?

Thorn se da la vuelta otra vez. Esta vez es uno de los suyos. Henriksen. Uno de los nuevos. Pero prometedor. Leal. Disciplinado.

—No podemos meter a ninguno más ahí dentro —dice el joven señalando el camión—. No sin ponernos en peligro.

—Eso no lo queremos —responde Thorn, echando un vistazo por la manzana—. ¿Cuántas puertas quedan?

—Sólo una.

—Esa la despejo yo. Tú carga y lleva el camión a la estación.

Henriksen parpadea.

—Perdón, jefe. No le sigo del todo.

—Lo repito entonces —dice Thorn, con calma—. Yo me encargo de despejar la última escalera y las viviendas correspondientes. Tú, mientras tanto, llevas el camión a la estación y descargas a todos los ciegos cabrones según el protocolo que se nos dio.

El tono no deja lugar a discusión, y Henriksen capta el mensaje. Aun así, duda un instante.

—Lo… lo siento, jefe, pero… si me permite decirlo, no creo que deba entrar solo. Podría haber una docena escondidos ahí dentro. No podría reducirlos a todos.

Thorn carga su fusil con un chasquido seco. Luego revisa su pistola y su cuchillo de combate, deteniéndose un segundo en observar la

hoja antes de devolverla cuidadosamente a la funda. Por último, alza la mirada hacia Henriksen.

—Estaré bien. No te preocupes por mí.

Henriksen cierra la boca y asiente.

Thorn le da una palmada en el hombro.

—Trae de vuelta el camión cuando esté vacío. Aún nos quedan dos manzanas por limpiar antes de que todo se vaya al carajo una tercera vez. Nos vemos en la siguiente.

Henriksen —con buen juicio— no insiste más. Hace el saludo reglamentario y se dirige hacia el camión donde esperan los demás.

Thorn sonríe. Les ha entrenado bien. Le gusta trabajar con gente que obedece.

Se dirige a la última puerta. La multitud se aparta ante él como el mar ante Moisés.

—Aquí ya hemos terminado, señores —dice con una sonrisa que transmite calma—. Pueden volver a sus casas. Permanezcan dentro, escuchen las noticias y hagan lo que se les diga. Saldremos de esta juntos.

No se molesta en comprobar si le creen. Sabe que sí. O al menos, la mayoría. Están demasiado asustados para no creerle. Quieren aferrarse a cualquier figura de autoridad. No hay mayor fe en el Gobierno que aquella que florece en tiempos de crisis. Pasó cuando los alemanes ocuparon Dinamarca durante la Segunda Guerra Mundial. Pasó en Estados Unidos cuando los terroristas estrellaron los aviones. Incluso pasó tras el tsunami de Indonesia. En todo el mundo, las personas son iguales. Ovejas. Y las ovejas miran a su pastor cuando aparece el lobo.

Thorn entra en la escalera y cierra la puerta tras de sí. Se detiene a escuchar. El murmullo de la multitud se desvanece.

Un golpeteo se escucha. Segundo piso, calcula. Alguien intenta salir. Podría ser un superviviente, pero lo más probable es que sea un ciego. Thorn lo comprobará pronto, pero antes, hay algo que debe hacer.

Saca su segundo teléfono. El viejo. El que no se puede rastrear.

Marca el único número que ha llamado con ese móvil.

Contestan al primer tono.

—Winter.

—Soy yo, señor. Quería comentarle algo.

—Habla.

—Acabamos de toparnos con uno de los inmunes. Estábamos limpiando los bloques de la quinta. Un adolescente.

—¿Lo habéis capturado, espero?

—Lo dejé ir.

—Pensé que fui claro con respecto a eso.

—Lo fue, señor. Pero también me dijo que no podía llamar demasiado la atención. Así que tomé una decisión. Había un policía. Un agente de Seguridad Nacional. Dijo que estaban buscando al chico.

—Eso es extraño. No tenemos motivos para creer que SN esté buscando específicamente a los inmunes.

—Lo sé. Pero mostró una identificación legítima. No mentía sobre su cargo.

—¿Nombre?

—Nygaard. John Nygaard.

—Es el comisario local. Le vi una o dos veces. Un tipo grande.

—Sí. Como digo, no mentía sobre su trabajo. Mentía sobre otra cosa. Justo después de que se fueran, me enteré de que probablemente él también es inmune.

Hay una breve pausa.

—Eso sí que es interesante.

—Eso pensé. Recogió al chico en su coche particular. No creo que estuviera de servicio. Creo que quería protegerle.

—¿Son familia?

—Eso pensé al principio, pero no lo creo.

—Hmm. Yo esperaba que hubiera un componente genético.

—¿Entonces está seguro de que Seguridad Nacional no busca al chico?

—Acabo de salir de la última reunión informativa. Ni una mención a los inmunes. Todo el mundo está centrado en contener los daños. Están preparándose para un tercer ataque.

Thorn mueve la mandíbula. Una costumbre adquirida tras romperse el hueso hace años. Puede hacerlo crujir.

—Así que Nygaard ha desaparecido.

No es una pregunta. Es una confirmación de lo que ya sabía.

—Eso parece. A menos que entregue al chico.

Thorn no cree que Nygaard tenga intención de hacerlo.

—Y si no lo hace… necesito que me aclare esto, señor: ¿cuál es la prioridad ahora?

El golpe desde el piso de arriba se hace más fuerte de repente, al parecer la puerta cede. Alguien cae al rellano. Se escucha un gruñido. Luego, pasos bajando por la escalera.

—La prioridad está clara. La limpieza es secundaria. Cualquiera puede encargarse de eso. Tú debes centrarte en los inmunes.

Thorn siente cómo el escroto se le encoge de emoción.

—¿Entonces ya no hace falta fingir? ¿Puedo ir a por Nygaard?

—Puedes. Pero lo que te dije antes sigue en pie: mantén el perfil bajo. Si esto escala, ya no habrá que preocuparse por mantener las formas. Pero por ahora, aún hay ojos y oídos que debemos evitar.

—Entendido, señor. ¿Podría esperar un momento?

No espera respuesta. Guarda el teléfono y saca el cuchillo. El ciego aparece al descender los últimos escalones. Es un hombre de mediana edad. Lleva una camiseta ancha de dormir con el texto: «DE MAL HUMOR POR LA MAÑANA». Evidentemente ha sido atraído por la voz de Thorn y se muestra impaciente por alcanzar a quien hablaba.

Thorn da un paso adelante sin ocultar el ruido de sus botas contra el suelo.

Justo cuando el ciego alcanza el último peldaño, estira los brazos. Al mismo tiempo, Thorn le clava el cuchillo bajo la barbilla. Siente cómo la hoja atraviesa la carne y el cartílago antes de perforar el cerebro.

El rostro del hombre se vacía de expresión y se desploma. Thorn retira el cuchillo. Se agacha y lo limpia en la camiseta del cadáver. Lo guarda en su funda. Vuelve a sacar el teléfono. Se aclara la garganta.

—Ya estoy, señor —dice Thorn.

—He revisado los informes. Nygaard no ha dado señales desde ayer. Debía incorporarse esta mañana. No hay noticias suyas.

Podemos asumir que ha desertado.

Thorn sonríe.

—Perfecto.

—Tráelo, pero con cuidado. Que no sufra daños. Lo mismo con el chico. Los necesitamos intactos.

—Por supuesto, señor.

Thorn está ansioso por comenzar.

—¿Alguna otra instrucción?

—No necesito decirte que el tiempo es crucial. Si esto vuelve a pasar unas cuantas veces más, todo se vendrá abajo. Necesitamos una cura. Y la necesitamos ya. Ah, y cámbiate de ropa. No queremos que se nos relacione con el ejército. Dejemos que el Gobierno conserve su margen de negación plausible.

Thorn asiente.

—Me aseguraré de ello.

—Cuantos más tengamos, más sabremos. Tráeme a todos los que puedas, Lars. Sé que puedo confiar en ti.

—No lo dude, señor.

Thorn cuelga y guarda el teléfono.

Hace mucho que no se sentía tan vivo. Tan eufórico. El trabajo diario le estaba desgastando. Se había acomodado. Incluso había ganado unos kilos. Empezaba a pensar que todo carecía de sentido. Que su labor no tenía propósito.

Ahora lo tiene de nuevo. Por fin se ha liberado. Y va a hacer lo que mejor sabe hacer. Va a cumplir su misión. Rápido y con determinación. Hará lo que nadie más puede o se atreve a hacer.

Pero antes…

Primero tiene una escalera que limpiar. Una última limpieza.

Thorn saca el cuchillo y sube por las escaleras.

A medida que patea puertas y registra metódicamente los apartamentos uno a uno, su cuerpo hace todo el trabajo. A estas alturas, no es un reto. Thorn ha estado en situaciones mucho más peligrosas en solitario. Estos enemigos ni siquiera están armados. Y lo que es más, no pueden verle venir.

Mata a siete.

Durante todo ese tiempo, su mente sigue trabajando. Planeando la verdadera misión. Cómo abordarla.

En el último apartamento, Thorn encuentra ropa en el armario del dormitorio. Una familia vivía aquí. Una pareja y su hijo. La madre yace muerta en el suelo. Thorn se encargó de ella. El niño está en la cama. Ya estaba muerto. Probablemente apaleado por su madre.

Los ciegos son los enemigos más fáciles a los que se ha enfrentado Thorn en combate cuerpo a cuerpo. Pero también los más salvajes. Y eso, sin duda, dice mucho. Thorn ha visto su cuota de brutalidad humana. Esto, sin embargo, es distinto. Esto no es humano. Desde que vio a un ciego de cerca por primera vez, Thorn lo supo. Toda pizca de humanidad había desaparecido. Lo que quedaba era una funda de carne. Un cuerpo vacío de pensamientos y emociones, movido por pura rabia, impulsado por Dios sabe qué.

Si Thorn fuera religioso, pensaría que están malditos, poseídos.

Pero él es mucho más pragmático. Para él, son simplemente hostiles. Y a los hostiles hay que abatirlos. Sin pensar. Sin remordimientos. Humanos o no.

Termina de vestirse con una gorra. Luego encuentra una bolsa de deporte y mete en ella el fusil y la pistola. El cuchillo lo lleva aún en la funda oculta bajo la camiseta.

Va hasta la ventana para observar el aparcamiento. Algunos curiosos se han marchado, pero aún quedan unos cuantos. Thorn no quiere que le vuelvan a ver.

Baja al nivel de la calle, sale por una ventana y cruza el césped hasta la acera.

Se detiene y mira alrededor. Ya tiene un plan claro en mente. El tráfico es escaso, pero hay más coches que hace unas horas. Incluso ve a algunos peatones valientes que se han atrevido a salir.

Mira su reloj. Las once treinta y cinco. Poco más de tres horas hasta el próximo ataque, al menos si se repite el intervalo entre los dos primeros. Le dará tiempo a encontrar a Nygaard y al chico.

Primera prioridad: visitar la oficina local de Seguridad Nacional.

MARK

Mark está adormilado frente al televisor cuando percibe que alguien entra en la sala.

Se incorpora en el sofá y ve a Erika de pie, abrazándose a sí misma.

—¿Ah, estás despierta?

Ella asiente.

—Tenía que ir al baño.

—¿Has conseguido dormir algo?

Vuelve a asentir.

—Me despertaba todo el rato. He tenido pesadillas.

—Supongo que es bastante normal después de lo que has pasado.

Ella mira la televisión, frunciendo el ceño.

—¿Aún sigue?

Mark coge el mando y silencia el sonido.

—Es una emisión de otra ciudad. Por aquí ya lo tienen controlado. ¿Tienes hambre?

Ella niega con la cabeza.

—Bueno, ya ha pasado el mediodía. Voy a hacernos algo de comer.

Se levanta, quejándose del dolor en el cuello. Los músculos aún le duelen por el estrangulamiento de Bach. Va a la cocina y empieza a preparar una tortilla. Es de las pocas cosas comestibles que Mark sabe cocinar. Nota que Erika entra en la cocina.

—Algo bueno de todo esto es que hoy no tenemos que ir a la oficina, ¿eh? —dice Mark, intentando quitarle hierro al asunto. Le dedica una sonrisa a Erika, y se da cuenta de que no es Erika quien está ahí, sino Camilla—. Ah, ¿te hemos despertado?

—Llevo una hora despierta.

Mark puede notar que no miente. Va vestida con su ropa habitual: mallas, coleta, camisa holgada que le ciñe la barriga. No parece que el mundo esté acabándose.

—¿Te hago algo también? —ofrece Mark, señalando la sartén.

—Gracias, ya he comido.

Mark no la había oído usar la cocina mientras él dormía en el sofá.

—Ha llamado mi padre —le dice Camilla.

—¿Sí? ¿Está bien?

—Sí. En su barrio no se vieron afectados.

—Bien.

Crujen las tablas del suelo, y esta vez sí es Erika quien entra en la cocina. Mira de Mark a Camilla, claramente incómoda.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Camilla, con calidez en la voz.

—Estoy bien —responde Erika.

—¿Por qué no te sientas un momento? —propone Mark—. Los huevos estarán listos en un minuto.

Erika se sienta a la mesa. Mira sus manos. La mayoría de sus uñas están rotas.

—Estaban los dos ahí… cuando ocurrió.

Su voz es tan baja que Mark apenas la oye por encima del chisporroteo de los huevos. Mira a Camilla, y ella le devuelve la mirada.

—Oímos un grito —continúa Erika, hablando aún para sus manos —. Desde el pasillo. Era… una mujer. Mi padre… fue a ver qué pasaba. Y entonces, al marcharse, me di cuenta de que mi madre se había acercado a la ventana. Cuando me di cuenta, le grité que se apartara de ahí, pero… ya era tarde. Es como si no me hubiera oído. Simplemente se quedó allí, mirando al cielo, y… y entonces ella… oh, Dios mío… No sé qué pasó después, no lo recuerdo bien… De repente estaba escondida bajo la cama… más gente gritaba en el pasillo… recé para que mi padre estuviera bien, pero… obviamente, él también debió de ir a una ventana… No me lo creo… No puedo creer que los dos se hayan ido así…

Rompe a llorar desconsoladamente y esconde el rostro entre los brazos.

Mark va a consolarla, pero Camilla se le adelanta. Se sienta junto a Erika y le pasa un brazo por los hombros.

Mark da la vuelta a la tortilla sobre un plato y la lleva a la mesa. Erika se suena la nariz con una servilleta de papel que le ha dado Camilla. Mark se sienta frente a ellas.

—Siento lo de tus padres —dice Camilla—. Pero quizá puedan tratarse.

Erika la mira con esperanza.

—¿Lo crees? En Facebook dicen que no tienen ni idea de lo que les pasa. A los ciegos.

—Tampoco sabían qué era el SIDA cuando apareció por primera vez —dice Camilla—. Y ahora saben cómo tratarlo.

Mark parte la tortilla por la mitad y le empuja una parte a Erika.

Ella la observa como si fuera estiércol. Luego vuelve a mirar a Camilla.

—Pero Mark dijo… dijo que ya no eran humanos.

—Eso es una suposición —responde Camilla, mirando a Mark—. No podemos saberlo con certeza.

Mark se encoge de hombros.

—Supongo que tienes razón.

Parte de él espera que los ciegos no sean curables. Porque si lo son, entonces eso lo convierte en un asesino.

«Déjalo estar. Te estabas defendiendo. Da igual si eran humanos o no. Podrían haber sido jodidos unicornios. Intentaban matarte, y tú te defendiste. Fin de la historia». Piensa Mark.

—Pero los dejamos allí —continúa Erika—. En el hospital, con todos los demás ciegos.

—Los están reuniendo —dice Mark, clavando el tenedor en su parte de la tortilla. De pronto se da cuenta de que no ha comido en más de veinticuatro horas—. Lo han enseñado en las noticias. Por ahora hay más de…

Mark vacila a media masticación, alzando la mirada hacia las mujeres. Ambas lo observan, esperando a que continúe.

—Hay más de veinticinco mil —murmura Mark—. Y sigue aumentando.

—Dios mío —susurra Camilla—. Eso es más de un uno por ciento de la ciudad.

—Sí, esta segunda vez ha sido mucho peor, por lo visto. Ha golpeado once lugares del país, hasta donde saben. Principalmente las grandes ciudades. Y no hablemos de Alemania. Aún siguen luchando allí.

Camilla carraspea.

—Quizá deberíamos hablar de otra cosa.

Mark mira a Erika, que contempla su plato sin expresión.

—Tienes razón. Intenta comer algo, Erika. Te sentará bien.

Erika coge el tenedor como una niña obligada a comerse las coles de Bruselas.

—Mi padre viene —dice Camilla, cruzando las manos sobre la mesa, dirigiéndose a Mark—. Estará aquí en breve.

—Ah. Bien. ¿Viene en coche?

Camilla asiente.

—Intenté decirle que estábamos bien, pero insistió.

—Claro. Supongo que nos vendrá bien algo de compañía. Puede que estemos aquí un buen rato.

—¿Tú crees que deberíamos quedarnos en la casa?

Mark se encoge de hombros mientras sigue comiendo.

—Creo que, de momento, es lo más sensato. No sabemos a dónde va todo esto. Aún no es seguro ahí fuera, y si vuelve a ocurrir…

Mira el reloj y luego lanza una mirada significativa a Camilla.

Ella frunce el ceño.

—¿Crees que… a las dos cuarenta y cinco?

Mark se encoge de hombros.

—Teniendo en cuenta las doce horas entre los dos primeros, tendría sentido.

Erika capta la conversación y lo mira, alarmada.

—¿Volverá a pasar?

—No lo sabemos —dice Mark—. Nadie lo sabe. Pero aquí estaremos bien. Tenemos un sótano.

—Pero… pero ya es la una —dice Erika, empezando a hiperventilar.

—Tranquila —dice Camilla—. Respira por la nariz. Despacio.

Erika obedece, cerrando los ojos por un momento.

—Estuve dándole vueltas antes de quedarme dormido anoche —prosigue Mark, acabándose la tortilla. Ya se siente mejor con algo en el estómago—. Nos quedamos aquí hasta pasadas las tres. Bajamos al sótano, por si acaso. Si no pasa nada, subimos. Si pasa, esperamos a que pase lo peor y luego salimos a por provisiones. Si resulta que esto se convierte en algo habitual, reforzamos el sótano y nos atrincheramos allí todo el tiempo que haga falta —mira a Camilla—. Con tu padre aquí, tendremos un par de manos más para ayudar.

Camilla no parece convencida.

—Podríamos quedarnos atrapados allí abajo. Si la ciudad se descontrola… si las autoridades pierden el control… podríamos no ser capaces de salir del sótano, y nos quedaríamos sin comida. ¿Y si cortan el agua? ¿O la luz?

Mark se sirve un vaso de zumo y se lo bebe de un trago.

—Si lo hacen, ya nos las apañaremos. Por ahora, este es el mejor plan.

—Pero estoy pensando a largo plazo —insiste Camilla—. Mi padre me habló de una zona segura en algún lugar de la ciudad. ¿No sería mejor ir allí?

Mark niega con la cabeza.

—No he oído nada sobre eso. Pero no me fío de lo que el Gobierno dice o hace ahora mismo. Por lo que sabemos, podrían ser ellos los causantes de esto.

—Venga ya —dice Camilla—. Este no es momento para teorías conspiranoicas, Mark.

—Solo digo que, aunque sea cierto que están montando una supuesta zona segura, yo no iría.

—¿Por qué no?

—Por mil razones. Piénsalo. ¿Cuánta gente crees que querrá entrar? Toda la maldita ciudad, seguro. ¿Cuánto tardará en llenarse? ¿Y tú crees que los que no entren se marcharán a casa tan tranquilos? ¿O crees que intentarán asaltar el sitio? Y aunque todo salga bien y consigamos entrar… ¿cuánto tiempo durarán los suministros para tanta gente? Y eso sin mencionar el maldito problema que está delante de nuestras narices … —Mark señala al techo—. Estos incidentes, lo que sea que sean, parecen concentrarse donde hay más gente. Imagina quedarte atrapado con cinco mil personas, y que de repente la mitad se queden ciegas. ¿No preferirías estar en otro sitio entonces?

Camilla estudia su rostro mientras lo piensa.

—Podrías tener razón. Pero las autoridades tienen todos los recursos. Armas, comida, medicinas… también controlan el agua y la

electricidad. Al menos si confiamos en ellos, no nos arriesgamos a morir de hambre.

—Si somos listos, podemos minimizar ese riesgo también aquí.

Camilla niega con la cabeza.

—Pero ¿no crees que ellos saben algo que nosotros no? Quiero decir, podrían tener más posibilidades de controlar la situación.

Mark resopla.

—Hasta ahora no lo están haciendo demasiado bien. Parece que están tan perdidos como todos. Y yo creo saber algo que ellos no.

Las palabras le salen sin pensarlo.

Camilla y Erika lo miran.

—¿El qué? —pregunta Camilla.

Mark aparta el plato y apoya los codos en la mesa.

—Vale, mirad. Hay algo que necesito deciros. A mí no me afecta. Esa cosa ahí arriba, en el cielo. La miré ayer. Vi lo que hay ahí. Y… bueno, no me pasó nada.

Las dos mujeres lo observan durante varios segundos.

Mark se siente como si todo fuera irreal. Es muy extraño estar sentado aquí, hablando con su prometida y con la chica con la que lleva meses acostándose a escondidas.

—¿La… miraste? —repite Camilla.

—La miré. Las dos veces.

—¿Por qué?

Mark se encoge de hombros.

—No pude evitarlo. No sé si fue curiosidad o qué. Simplemente sentí que tenía que hacerlo.

—¿Qué hay ahí arriba? —pregunta Erika, sin aliento—. Oí a alguien decir que era un OVNI.

Mark sonríe.

—No es tan dramático. Es solo como… una pequeña grieta. Parece como si una piedra hubiera golpeado el parabrisas de un coche. Es la mejor forma que tengo de describirlo.

Camilla lo fulmina con la mirada.

—¿Y no sentiste nada?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Bueno, hubo una cosa rara las dos veces: perdí la audición justo antes de que apareciera. Duró como medio minuto o así. Casi como una advertencia.

—¿Se lo contaste a la policía? —pregunta Camilla—. ¿Cuando hablaste con ellos? Esta información es importante, Mark.

—Se lo dije. Pero no me creyeron. Estaban más ocupados intentando echarme la culpa. Pero no soy el único. Había otros dos, y seguro que hay más por ahí. Creo que es como un virus, ¿sabes? Vi un documental sobre eso. Siempre que hay una pandemia, hay un pequeño porcentaje de gente que no se contagia. Son inmunes por algo en su ADN o lo que sea. Puede que sea así.

Camilla digiere la información.

—Entonces, si el Gobierno lo sabe, deben de estar intentando encontrar una forma de protegernos a los demás.

—Supongo. Pero oye, ¿te acuerdas del COVID? Tardaron meses en sacar una vacuna. Si esto pasa cada doce horas, no tenemos meses. Probablemente ni siquiera días.

Un profundo silencio envuelve la cocina.

Entonces habla Erika.

—Yo estoy con Mark. Creo que deberíamos quedarnos aquí.

Mark y Camilla la miran, sorprendidos.

Erika evita sus miradas.

—Cuando estaba atrapada en ese hospital, no fue la policía quien vino a sacarme de allí. Fue Mark. Confío más en él que en ellos.

Mark mira a Camilla, y ella le sostiene la mirada. Luego se levanta, sujetándose la barriga.

—Tengo que ir al baño.

—¿Entonces queda decidido? —pregunta Mark.

Justo antes de marcharse, Camilla lo mira.

—Mi padre llegará en breve. Creo que también debería tener voto.

GINA

—Entonces, ¿vuestro padre no está con vosotros?

Llevan un rato conduciendo cuando Patrick rompe el silencio. Se gira ligeramente hacia atrás y les dirige una sonrisa amistosa a Victor y Anton.

Gina y los chicos están sentados en la parte trasera; Phoebe ocupa el asiento del copiloto. Ella mira hacia Gina y le lanza una mirada cómplice.

—No —responde Victor—. Nuestro padre murió cuando éramos pequeños.

—Siento oír eso —dice Patrick—. ¿Estaba enfermo?

—Era soldado.

—¿De verdad? Entonces murió como un héroe.

—Supongo —murmura Victor, mirando por la ventanilla.

Gina nota cómo se le acelera ligeramente el pulso. Phoebe es una de las pocas personas que conoce la verdadera historia del padre de

los chicos, pero al parecer no se la había contado a Patrick. Gina espera que dejara el tema.

No lo hace.

—Es una pena, ¿no? En una situación como esta, un padre vendría muy bien.

—Tenemos a mamá —interviene Anton. Había estado callado hasta ese momento. Su respiración era un poco silbante. Gina se había asegurado de llevar toda su medicación para el asma—. Es más valiente que un soldado.

Gina no puede evitar sonreír.

Patrick suelta una carcajada.

—¿Ah, sí? —mira a Gina por el retrovisor—. Sí, creo que tienes razón. Tu madre tiene pinta de ser de armas tomar. Y además es lista, viniendo con nosotros. Ha sido una buena decisión. Queremos alejarnos de la ciudad, ya sabes. Antes de que todo esto se desmadre del todo.

Gina no tiene claro a quién se dirige ya.

Agradece que Phoebe conteste, así no tiene que hacerlo ella.

—Ya no podemos fiarnos de lo que nos dicen en los canales de noticias.

—Nunca pudimos —dice Patrick, sombrío—. Siempre nos han mentido. Y no van a dejar de hacerlo ahora. Todas esas tonterías sobre que lo tienen controlado, que están pidiendo voluntarios para trabajar en los centros médicos… Lo que quieren es mantener a la gente ocupada para que no se den cuenta de las barbaridades que están preparando.

Gina no puede evitar intervenir.

—¿Qué tipo de barbaridades?

Patrick la mira. Ella intenta ignorar ese horrible tatuaje en su mandíbula.

—Lo de siempre en tiempos de crisis. Quitarnos la libertad y la capacidad de decidir. Ya verás. Esto es más grande que cualquier cosa que haya ocurrido antes, así que, seguro, se les irá de las manos. Pronto pedirán a todos que se queden en casa. Lo llamarán "aislamiento voluntario", "responsabilidad social"… pero es una prisión, eso es lo que es. Confiscarán todas las armas "para protegernos" o alguna chorrada así. Lo hacen para que no podamos defendernos. No confían en nosotros, ¿sabes? Creen que no sabemos decidir por nuestra cuenta, que no sabemos cuidar de nosotros mismos. Lo siguiente será cerrar las ciudades. Lo llamarán "medida para evitar el pánico colectivo", pero en realidad es para mantener a las ovejas dentro del redil, donde pueden controlarlas. Hemos sido listos saliendo pronto —Patrick habla con entusiasmo, y parece darse cuenta, porque suelta un suspiro y niega con la cabeza —. Ya lo veréis. No me estoy inventando nada.

Gina nota cómo sus hijos la miraban en silencio. Ella se encoge de hombros.

Siguen conduciendo un rato. El paisaje se vuelve más rural a medida que dejaban atrás las afueras de la ciudad.

Gina carraspea y se dirige a Phoebe:

—Quizá deberíamos empezar a organizarnos. Decidir quién hace qué y qué necesitamos hacer al llegar.

—Buena idea —responde Phoebe—. Lo primero será conseguir gorras para todos. No queremos que nadie mire al cielo por

accidente.

—Claro —dice Gina. Se siente tonta por no haber deducido antes que ésa era la razón por la que tanto Patrick como Phoebe llevaban gorra.

Victor miró a Phoebe y le pregunta:

—¿Por qué hablas así?

—Victor —lo reprende Gina—. Eso no se pregunta.

Phoebe sonríe.

—Es porque no nací en Dinamarca. Aprendí el idioma hace solo unos años.

—¿Y dónde naciste?

—En California.

Los ojos de Victor se iluminan.

—Ahí nació Schwarzenegger, ¿no? Él también habla raro.

Patrick suelta una carcajada.

—En realidad —dice Phoebe—, nació en Austria.

—Ah. Entonces no lo conoces.

—No personalmente, no.

Victor parece decepcionado.

—¿Te gusta Schwarzenegger? —pregunta Patrick, mirándole.

Victor se encoge de hombros.

—Sus pelis molan. Algunas, al menos.

—¿Cuáles?

—Terminator.

—Ah, esa me encanta. Robots asesinos y viajes en el tiempo… eso me va.

—Ese sitio tiene buena pinta —dice Gina al ver una gasolinera a lo lejos—. Seguro que tienen lo que necesitamos.

Patrick se desvía y aparca frente a la tienda.

Phoebe se desabrocha el cinturón.

—Voy a por algo de picar. Me está bajando el azúcar.

Gina mira a sus hijos.

—Vosotros quedaos aquí mientras compro las gorras. Nada de salir del coche, ¿de acuerdo?

—Eh, estarán bien —interviene Patrick, girándose para sonreírle—. ¿Verdad, chicos?

—Claro —dice Victor.

Anton esta absorto con el móvil. Alza la vista un momento para asentir.

A Gina no le hace mucha gracia dejarlos solos con Patrick, aunque este no le hubiera dado motivo para desconfiar. Phoebe ya esta fuera, ajustándose la gorra.

—Quizá deberíamos entrar de uno en uno —sugiere Gina—. Esperaré a que vuelva Phoebe.

—Creo que deberías ir con ella —dice Patrick, bajando la ventanilla y encendiendo un cigarro—. Así, ambos grupos vamos armados.

Gina duda.

Patrick se gira hacia ella.

—Venga, mamá. Tienes que empezar a confiar en tus hijos. Ya no son unos críos. Estarán bien sin ti un par de minutos.

Gina se pasa la lengua por los dientes.

—Tiene razón, mamá —dice Victor—. Estaremos bien. Además, no hay nadie por aquí.

Gina asiente y también sale del coche, rodeándolo hasta llegar junto a Phoebe, que la esperaba.

No hay otros clientes en la gasolinera. Un camión viejo esta aparcado a un lado, pero parece del dueño. Tiene una pegatina en la parte trasera que dice: «Disculpa mi forma de conducir, pero necesito llegar a casa a cagar».

Unas puertas automáticas de cristal les dan paso al interior. Las recibe el olor típico de las estaciones de servicio: café rancio, chocolate barato y líquido limpiaparabrisas. No hay música; en su lugar, Gina oye una radio o televisión emitiendo noticias en algún lugar.

—Ahí lo tienes —dice enseguida Phoebe, señalando un expositor de gorras—. Problema resuelto. Voy a por los snacks.

—Espera, Phoebe. Quiero preguntarte algo.

Phoebe la mira.

—Si quieres saber si puedes confiar en Patrick, la respuesta corta es sí. Tiene un carácter algo tosco, pero se le dan bien los niños — asiente hacia el coche, y Gina sigue su mirada.

Patrick se había girado en su asiento y hablaba con los chicos, gesticulando con las manos. Victor reía, e incluso Anton había apartado la vista del teléfono, sonriendo.

—Mira, lo entiendo —dice Phoebe—. No le conoces. Es lógico que tengas dudas. Pero dale unos días, verás que en el fondo es un buen tipo. No te habría pedido que vinieras si no lo creyera.

Gina asiente.

—Gracias, Phoebe.

—No hay de qué. Que estés aquí también nos ayuda a nosotros. Venga, escoge unas gorras —le guiñe un ojo y se aleja hacia los pasillos de snacks.

Gina camina hacia el expositor. Esta lo bastante cerca de la caja como para notar al chico que hay tras ella. Es un adolescente, con granos encendidos por toda la frente. Aparta la mirada del televisor suspendido del techo para mirarla con ojos grandes y serios.

—Hola —dice Gina, sintiéndose incómoda.

—Hola —responde el chico, mostrando unos brackets antes de volver a mirar la pantalla.

Gina examina el expositor. Hay una variedad sorprendente: desde gorras tipo boonie hasta viseras de béisbol. Coge tres de distintos colores y las lleva al mostrador.

—Está todo muy loco, ¿eh? —dice el chico sin apartar la vista del televisor.

—Sí —asiente Gina, mirando brevemente las noticias. Muestran una vista aérea de alguna ciudad donde aún parecía haber disturbios —. Solo llevaré estas.

Él parpadea.

—Ah, claro. ¿Nada más?

—No, gracias.

El chico escanea las gorras una por una, con sumo cuidado.

—¿Vais al norte?

—Sí.

—¿Alejándoos de la ciudad?

—Bueno, la ciudad está al sur, así que sí.

—Creo que hacéis bien —le lanza una mirada significativa—. En cuanto termine el turno, yo también me voy. Creo que volverá a pasar, ¿sabe? Sobre las dos cuarenta y cinco. Fue a esa hora ayer. Y entre una vez y otra han pasado doce horas.

—Puede que tengas razón —dice Gina—. ¿Cuánto?

—Doce horas —repite él, frunciendo el ceño—. Ya lo he dicho.

—No, ¿cuánto es por las gorras?

—¡Ah! Eh… un momento… —teclea en la pantalla de la caja y luego le da el precio. Gina paga en efectivo.

Phoebe llega con una montaña de snacks y refrescos, dejándolos sobre el mostrador.

—Sois las primeras clientas que tenemos en todo el día —comenta el chico mientras escanea los productos.

—¿Sí? —dice Phoebe—. Entonces tendrás que hacernos un descuento, ¿no? Oferta de fin del mundo. Todo debe irse.

Él la mira, confuso, y gruñe al darse cuenta de que era una broma.

—No puedo hacer eso. Mi jefe me mataría.

—No queremos eso —dice Phoebe, mirando la televisión.

Gina se acerca a la ventana para echar un vistazo. Patrick sigue hablando con Vic y Ant.

—Aunque no consigo contactar con él —continua el chico—. Debería haber llegado hace media hora. Espero que esté bien. Pero si no aparece antes de las dos, me largo. Acabo de hablar con mi madre y me ha dicho que cierre y me vaya. No puede esperar que me quede aquí todo el día sin avisar…

—Tu madre tiene razón —dice Phoebe, con tono impaciente—. Toma, cien coronas. Quédate con el cambio. Y deberías irte en

cuanto nosotras nos vayamos.

El chico la mira como si acabara de darle permiso.

—¿De verdad lo cree?

Phoebe mete los snacks en una bolsa de plástico.

—Por supuesto. Vete a casa con tu madre y protégela. Vamos, Gina.

Gina la sigue hacia la salida.

Justo cuando iban a salir, Gina nota que una de las neveras de refrescos parpadeaba. Se detiene a mirar. La nevera esta ligeramente separada de la pared. No es algo muy evidente, pero resulta extraño.

Algo la hace detenerse.

—¿Gina? —Phoebe la espera tras las puertas automáticas—. ¿Vienes?

—Un segundo —dice Gina, acercándose con cautela a la nevera.

«¿Qué estás haciendo?» se pregunta. «Ni un error más, ¿recuerdas?»

Gina se detiene y se inclina hacia un lado para mirar detrás de la nevera. Luego se aparta de golpe con un grito ahogado. Retrocede, casi tirando una fila de revistas.

—¿Gina? ¿Qué pasa? —la voz de Phoebe suena alarmada.

Gina se gira hacia la caja. El chico sigue allí, mirando embobado el televisor.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —le grita—. ¡Hay un ciego escondido aquí dentro!

JOHN

Detiene el coche frente a la casa.

—Ya hemos llegado.

Karen dormitaba en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada en la puerta, abrazándose a sí misma. Asiente y levanta la vista, parpadeando.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunta Lisa desde el asiento trasero.

—Es una casa segura. Un refugio para objetivos de alto perfil: testigos en peligro, políticos amenazados… Ese tipo de situaciones.

—A mí me parece una casa normal —comenta Tommy.

John le lanza una mirada por el retrovisor.

—Ese es el objetivo. Debe pasar desapercibida. Los vecinos no saben nada, creen que es una residencia cualquiera. Pero las ventanas son a prueba de balas, las paredes están reforzadas. Hace falta algo más que una palanca para entrar aquí.

—¿Estamos… autorizados a quedarnos? —pregunta Karen, frunciendo el ceño—. ¿No querrá usarla la Agencia para otra

persona? ¿Alguien más importante?

—Puede —se encoge de hombros John—. Pero parece que hemos llegado primero.

Lo dice a modo de broma. Karen no sonríe. Mira por encima de él hacia la casa, mordiéndose el labio. Es un gesto que tiene desde que John la conoce. Verlo siempre le provoca el impulso de besarle los labios.

Una de las puertas traseras se abre.

—Eh —dice John, girándose hacia Tommy—. ¿Te he dicho que puedas salir del coche?

El chico levanta las manos. Su puerta sigue cerrada.

—Perdón, papá —dice Lisa, cerrando de nuevo su puerta—. Pensé que íbamos a entrar.

John carraspea.

—Todavía no. Tengo que comprobar que todo esté bien. Vosotros quedaos aquí hasta que venga a buscaros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asiente Karen.

—Vale, papá.

Mira hacia ambos lados de la calle antes de bajarse. Es un barrio tranquilo. Obviamente fue afectado por el incidente, pero no parece haber sido tan grave como en otras zonas que han atravesado. Pasa un coche, y un par de personas conversan más allá.

No ve señales de que la casa esté vigilada. Lo que significa que probablemente esté vacía. Aun así, necesita asegurarse.

Se acerca a la puerta principal, situada en el lateral de la casa, convenientemente oculta por un emparrado. Hay una cerradura normal, pero es solo decorativa. En su lugar, John levanta la tapa

donde se encuentra el timbre. Bajo ella hay un panel con un escáner avanzado y un teclado.

Introduce el código.

La pantalla parpadea una vez. La cerradura no emite ningún sonido.

John prueba el pomo, pero la puerta sigue cerrada.

—Mierda —murmura, volviendo a introducir el código. Está seguro de haberlo escrito bien, pero lo intenta de nuevo. El resultado es el mismo.

«Lo han cambiado.»

No pensó que llegaran a utilizar las casas seguras. ¿A quién iban a alojar allí? Cualquier jefe de estado ya estaría bajo protección.

John se dirige a la ventana más cercana. El cristal está cubierto con una película invisible que produce un efecto espejo discreto, dificultando la visión del interior. No ve a nadie dentro. La habitación no parece haber sido visitada recientemente.

Saca el móvil y hace la llamada que esperaba no tener que hacer. A lo lejos, suenan las campanas de una iglesia marcando las dos. John mira su reloj. Las dos en punto. Faltan cuarenta y cuatro minutos.

Else responde al tercer tono. Su voz es esperanzada y nerviosa al mismo tiempo.

—¿John?

—Sí. ¿Estás bien?

—Eso debería preguntártelo yo. Te hemos estado llamando toda la mañana.

—Lo sé. Ha sido una noche dura. Pero estoy bien. Lisa y Karen también.

—Me alegra oírlo. ¿Estás en el hospital o algo así?

—No. Como te he dicho, estamos ilesos.

—Gracias a Dios. ¿Lo sabías? Tu casa estaba justo en el centro de todo.

—Me lo imaginaba.

—¿Pero no os ha pasado nada?

—He visto algo de acción, pero mis heridas son leves.

—Estaba muy preocupada, John. Sé que tenías que asegurarte de que tu familia estuviera bien, pero… ¿por qué no llamaste antes? Incluso mandamos a alguien a buscarte.

—Siento haber hecho perder el tiempo —dice John, pasándose una mano por el pelo—. Debería haber llamado. ¿Alguno más ha resultado herido anoche?

—Tenemos tres hombres fuera de servicio. Uno muerto, uno en el hospital y uno aún desaparecido.

—¿Quién ha muerto?

—Nguyen.

—Vaya. Vivía a dos manzanas de mí.

—También Schiott. Anne Schiott, de la división. Es la desaparecida.

—Puede que aún aparezca.

—Eso espero. Necesitamos a todo el mundo ahora mismo. ¿Vas a venir?

John cierra los ojos un instante.

—No puedo.

—¿No decías que no estabas gravemente herido?

—No lo estoy. Pero… bueno, como has dicho, ahora mismo tengo que cuidar de mi familia.

Silencio al otro lado.

—Claro. Pero John, estamos ante una crisis enorme.

—Lo sé. Y lo siento. Pero ya he tomado una decisión. La tomé anoche, mientras luchaba por salvar a mi hija.

—Mira, si necesitas hablar con alguien…

—No estoy traumatizado, Else. Escucha mi voz. ¿Sueno nervioso? ¿Sueno asustado?

—No, pero lo que dices me desconcierta. El John que yo conozco nunca abandonaría su puesto.

No hay reproche en su voz. Estaba preparado para eso. Lo que no esperaba era la decepción. Else no está enfadada, está dolida. Y eso es más difícil de asimilar. En ninguna otra profesión se esperaría de alguien que acudiera a trabajar hoy. Cualquier otro recibiría una baja inmediata, tiempo para asimilar lo vivido.

Pero ellos son los guardianes de la sociedad. Custodios de la paz. Como los soldados en la guerra, se espera que trabajen en plena crisis, incluso con sus vidas en peligro.

—¿Así que por eso me llamas al móvil personal? —continúa Else.

—En realidad, quería pedirte un favor.

—Te estás pasando, John.

—Lo sé. Y no espero que lo aceptes ni que entiendas mis motivos. Pero necesito que confíes en mí.

—¿Cómo quieres que confíe en ti, John? —alza la voz, claramente dolida—. ¿Cómo puedo confiar en ti si me dejas tirada de esta manera?

—No lo pido por mí. Lo pido por mi familia.

—Ni se te ocurra. No los pongas sobre mi conciencia. Hay protocolos, John…

—Escúchame. Hay una buena razón por la que no puedo ir. Pero iré. Si realmente quieres que lo haga, iré. En cuanto mi familia esté a salvo, iré a la comisaría y trabajaremos en el caso juntos. Pero te digo que sería un error.

—¿Por qué? Por Dios, John, no me das nada. ¿Cómo quieres que confíe en tus motivos si no me dices cuáles son?

John guarda silencio. Respira por la nariz.

—Tú ya lo sabes. Sabes de qué se trata. No lo digas, por favor. No quiero que nadie más lo sepa.

—¿Saber qué, John?

—Piensa. Lo que hablamos ayer. Hoffman. Cómo decías que se guardaba algo. Estuviste a punto de atar cabos. Lo notaste, ¿verdad?

—No… no noté nada.

Ahora hay vacilación en su voz.

—Sí lo notaste. Eres una gran investigadora, y lo percibiste. Pero Hoffman no era el único que ocultaba algo.

Esta vez, el silencio se hace más largo. John percibe el zumbido familiar de la comisaría al fondo. La imagina de pie en el pasillo, junto a la sala de reuniones. Con su atuendo habitual. Arma al cinto. Móvil en la oreja. Ceño fruncido.

—Joder, John. ¿Me estás diciendo que tú…?

—Por favor, no lo digas.

—Esto… esto es… ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué habrías hecho si lo hubiera hecho? ¿Crees que me habrían dejado irme? ¿Crees que habría vuelto a ver a mi familia?

—¡Claro que sí! No somos nazis. No retenemos a la gente contra su voluntad.

—¿Y por cuánto tiempo? ¿Cuánta muerte y caos harán falta? ¿Cuánto falta para que retener a la gente contra su voluntad se considere lo correcto? Si esas personas tienen la clave para resolver esto, estoy bastante seguro de que estamos a punto de sacar los sopletes y fundirles las uñas con tal de obtener cualquier información útil. ¡Y lo sabes!

John se da cuenta de que está temblando y hace un esfuerzo por calmarse.

Else guarda silencio durante un largo rato. Cuando por fin habla, su voz es suave.

—Dios mío, John. ¿Cómo acabará todo esto?

—No lo sé. Pero si hay algo que pueda hacer para mejorarlo, lo haré. Te doy mi palabra. No voy a esconderme. Seguiré trabajando en esto. Pero no puedo hacerlo junto a vosotros.

—Lo entiendo —la voz de Else se quiebra, y carraspea—. Te odio por ello. Y nunca diré que estás haciendo lo correcto. Pero entiendo tu dilema.

John suelta un largo y tembloroso suspiro.

—Es lo único que pido.

—¿Y ese favor? Tengo que volver al trabajo.

Ahora suena más fría. Profesional. Su mente ya está de nuevo en marcha.

—Necesito el código de acceso de la C03.

—¿Qué?

—Lo han cambiado. Y necesito entrar.

—Maldita sea, John… Estás pidiendo demasiado.

—Lo sé. ¿Hay alguien asignado a esa casa?

—No que yo sepa.

—Bien. Entonces necesito el código.

Else respira unos segundos.

—Lo conseguiré y te lo enviaré por mensaje.

MARK

Mark enchufa el cable en la toma de corriente de la pared y enciende la placa eléctrica. Se calienta casi al instante.

Mark la apaga de nuevo.

Da un paso atrás y observa la cocina improvisada bajo la luz de la bombilla desnuda.

No es gran cosa, pero tiene todo lo que necesitan: un fregadero con agua corriente, una nevera, un pequeño congelador, incluso una batidora. Y ahora, la placa eléctrica. Es la que compraron él y Camilla el verano que se conocieron. La usaron una vez para acampar. Desde entonces, ha estado acumulando polvo ahí abajo. Ahora servirá para un nuevo y vital propósito.

Ha pasado la mayor parte del día ordenando el sótano, apartando trastos y bajando provisiones. Los armarios están llenos de toda la comida no perecedera que tenían en casa. Tiene pensado ir al supermercado más tarde. Probablemente ya lo habrán arrasado los compradores histéricos, pero por intentarlo no pierde nada.

El sótano también tiene un lavadero antiguo y húmedo. Probablemente lo construyeron como tal, para lavar ropa, desplumar gallinas y cualquier otra cosa que se hiciera entonces. Tiene un desagüe conectado al sistema de alcantarillado. Con algunas modificaciones, Mark puede convertirlo en un cuarto de baño funcional, con ducha y váter.

Trabajar en la preparación del sótano le ha levantado el ánimo. Ha sido agradable usar las manos. Pensar en otra cosa.

—¿Mark?

Se gira y ve a Erika de pie a mitad de las escaleras.

—Eh. ¿Qué te parece? —Abre los brazos—. No está nada mal, ¿eh? Podemos sobrevivir aquí abajo durante meses sin necesidad de salir.

Ella observa a su alrededor con expresión poco entusiasta.

—No hay ventanas.

—Exacto. Nadie podrá entrar.

—Claro. Venía a decirte que tu suegro ha llegado.

—Vale. Subo en un minuto.

Erika asiente y vuelve escaleras arriba, visiblemente aliviada de dejar el sótano.

Mark no puede culparla. Por ahora, el lugar no transmite mucho. Pero eso cambiará cuando se instalen. Coge la botella de agua de la mesa y se bebe la mitad. Tiene la garganta seca por el aire polvoriento.

Puede oír voces apagadas desde arriba. Mark respira hondo. Siempre tiene que mentalizarse antes de ver al padre de Camilla. No es que le caiga mal. Es que nunca parecen coincidir en nada.

Sale del sótano y apaga las luces.

Cuando entra en el pasillo, oye voces procedentes de la cocina. Se detiene en la puerta. Robert está abrazando a su hija. Es un abrazo algo torpe por culpa de la barriga, pero ella lo corresponde con fuerza. Erika está apoyada en la encimera, incómoda.

—Me alegro tanto de que estés bien —dice Robert, soltando por fin a Camilla—. No te imaginas lo preocupados que estábamos.

—Estoy bien, papá, de verdad. Me alegra que hayas venido.

Robert es un hombre alto, delgado y bronceado. Su pelo canoso está peinado hacia atrás y la perilla, perfectamente recortada como siempre.

Mark carraspea.

—Hola.

Robert y Camilla se giran hacia él. La sonrisa de su suegro cambia ligeramente.

—Oh, hola, Mark. Me alegro de verte. —Le ofrece una mano delgada y blanda.

Mark se la estrecha brevemente.

—Igualmente, Bob. Me alegro de que estés bien.

—Sí, nuestro barrio no se ha visto afectado, gracias a Dios —continúa Robert—. Pero he pasado un buen susto de camino hasta aquí.

Camilla lo mira alarmada.

—¿Qué ha pasado?

—No es gran cosa, de verdad. Es solo que… bueno… atropellé a un ciego.

—¿Qué?

—No tuve elección. Salió de la nada. Como si quisiera detener el coche con las manos.

—Dios mío —dice Camilla, mirando a su padre—. ¿Te aseguraste de que estuviera bien?

—Claro. Pero, eh… ya no estaba cuando di la vuelta para comprobarlo. Le vi cojeando hacia un callejón. Debió de… oír a alguien, porque iba con mucha determinación. Creo… creo que tenía las piernas rotas.

—Pobrecillo —dice Camilla, con voz cargada de angustia.

—No sienten como nosotros —dice Mark—. He tenido que… enfrentarme a algunos. Y, ocurra lo que ocurra, no parece afectarles mucho. —Mientras habla, le viene a la mente el recuerdo de Bach—. Bueno, salvo por los ojos. Creo que ahí sí sienten dolor.

Todos lo miran en silencio durante un momento.

—Parece que a ti tampoco te han faltado problemas —comenta Robert, señalando la oreja de Mark. Se la lavó lo mejor que pudo por la mañana y lleva una gran tirita sobre el desgarro.

—Estoy bien. Solo unos cuantos rasguños y moratones.

—Camilla me ha dicho que estabas en la oficina del centro cuando ocurrió el primer incidente. Debió de ser aterrador.

—Fue… bastante intenso.

—¿Y la señorita de allí? —continúa Robert—. Perdona, no he oído tu nombre.

—Soy… soy Erika —responde ella, incorporándose.

—Ah, la compañera de trabajo de Mark, ¿no? Camilla me ha dicho que estás quedándote aquí. ¿Estás bien? Pareces haber pasado un mal rato también.

—Fue… solo la nariz. Me la rompieron.

—Menos mal que saliste con vida —dice Robert.

—Mark me salvó —dice Erika, mirando a Mark—. Dos veces.

—Ah. Pues eso es… estupendo.

Otro momento incómodo pasa.

—Debes de tener hambre —dice Camilla, señalando la mesa—. He hecho unos bocadillos.

—No hacía falta —dice Robert.

Cuando todos están sentados en la mesa, se pasan la bandeja y empiezan a comer.

—Estos bocadillos están deliciosos, cariño —dice Robert, secándose la boca con una servilleta.

—Sí, están muy ricos, cielo —añade Mark.

Camilla les dedica a ambos una sonrisa incómoda.

—Me alegro de que os gusten. Solo es pavo.

Hay un silencio tenso. Todos se miran mientras mastican.

—Bueno —dice Robert, tomando un sorbo de agua—. Tiempos extraños, ¿eh?

—Desde luego —dice Camilla, mirando su barriga—. Y con una sincronía perfecta, además.

—Oh, seguro que todo saldrá bien —la tranquiliza su padre—. Lo controlarán y podrás dar a luz cuando llegue el momento.

—¿Y si no lo hacen? —La pregunta se le escapa a Mark—. Podría ser en cualquier momento.

Robert lo mira.

—Estoy seguro de que están trabajando muy duro para resolver esta situación.

—Seguro que sí, pero no estoy tan seguro de que haya solución.

—Vamos, no hay que tener esa actitud tan pesimista —le anima Robert—. Creo que la gente se unirá en una crisis como esta. Nos ayudaremos mutuamente a encontrar la manera de afrontarla.

—Aun así, creo que sería mejor planear para un resultado más realista —dice Mark.

Robert deja el bocadillo para mirarlo directamente.

—¿Y qué es lo realista para ti, Mark?

Se encoge de hombros.

—Que todo se irá al carajo. Lo he visto con mis propios ojos. Es un caos. Y empeora cada vez más. No es solo aquí. Está ocurriendo en todo el planeta. Aunque nosotros lo controlásemos de alguna forma, ¿crees que África lo hará? ¿Y China? ¿O India? Tienen dos mil millones de personas. ¿Qué pasará cuando un cuarto de ellos se queden ciegos? ¿Crees que sus gobiernos se unirán para resolverlo? Sinceramente, Bob, lo siento, pero engañarnos a nosotros mismos no nos va a servir de nada.

Robert mantiene la calma.

—No tenemos forma de saber si se llegará a ese punto.

—No, salvo que todo indica que sí.

Su suegro recoge de nuevo el bocadillo.

—Entonces, supongamos que tu oscura visión se cumple, Mark. ¿Qué harías?

—Me encerraría en el sótano. Ya he empezado a prepararlo. Solo nos faltan algunas armas y más provisiones, y podríamos estar seguros ahí abajo al menos…

—¿Cómo? ¿Armas? —interrumpe Robert, frunciendo el ceño—. ¿Estás hablando de armas de fuego?

—Sí. Y sé cómo conseguirlas.

—Perdona, Mark, pero no tienes permiso para poseer un arma, ¿verdad?

—No. Pero eso no significa que no sepa usar una.

—¿Y a quién planeas disparar? ¿A los ciegos?

Mark vuelve a encogerse de hombros.

—A quien intente entrar, básicamente.

—Hablas como si fuera lo más natural del mundo. ¿Has disparado alguna vez a alguien?

—No. Pero si mi vida está en juego, seguro que encontraré toda la motivación que necesito.

Robert niega con la cabeza.

—Lo siento, pero esto no es una película de catástrofes americana, Mark. La gente no va a volverse los unos contra los otros.

—¿Has estado escuchando las noticias? —pregunta Mark, señalando la televisión, aún en silencio en el salón—. Ya están saqueando tiendas. Es cuestión de tiempo que los que no están ciegos empiecen a matarse entre sí, créeme. Si no conseguimos armas, seremos los únicos que no tengan, y entonces sí que estaremos jodidos.

Se quedan mirándose desde lados opuestos de la mesa.

Entonces Robert se vuelve hacia Camilla.

—Voy a llevarte al pabellón, cariño. Tienes derecho a quedarte allí. Lo comprobé con las autoridades de camino.

—¿Qué? —pregunta Mark—. Espera, ¿qué hay en el pabellón?

—Lo han convertido en una zona segura —explica Robert, sin apartar la vista de su hija—. Las personas con discapacidad tienen prioridad. Mayores, embarazadas, gente que no puede valerse por sí misma.

—Sería un error —dice Mark—. Estar encerrados con miles de personas. ¿Qué pasa la próxima vez que ocurra?

—Han asegurado el lugar —dice Robert con calma—. Tiene techo, nadie puede mirar al cielo. Estarán protegidos.

—He estado en el pabellón —dice Mark—. Hay tragaluces en el techo.

—Seguro que ya los han sellado. ¿Y has pensado qué pasa si Camilla se pone de parto? Podría ocurrir en cualquier momento. ¿Vas a atender tú el parto, Mark?

Mark siente como si Robert le hubiera dado una bofetada. Lucha contra un impulso de explotar. Consigue mantener la calma.

—No me gusta la idea —dice, dirigiéndose a Camilla—. No podemos fiarnos de ellos. Joder, si ni siquiera pueden hacer funcionar la oficina de correos. ¿Cómo vamos a confiar en que te mantendrán a salvo? No deberías ir. Deberías quedarte aquí.

Todos miran a Camilla, esperando su respuesta.

Ella se acomoda en la silla. Mark sabe que estar sentada más de cinco minutos la incomoda.

—Sinceramente, la idea de salir de casa me da ansiedad —dice, hablando despacio.

Mark siente una sacudida de alivio.

—Pero, cariño —empieza Robert.

—Por favor, papá. Déjame terminar. Creo que deberíamos ir todos. Creo que permanecer aquí se volverá cada vez más complicado. Sé que tenemos provisiones, pero no voy a dar a luz en un sótano. Necesito personal médico cerca.

—Y lo tienen en el pabellón —dice Robert, visiblemente aliviado—. Tienen toda una sección solo para embarazadas.

—Escucha, cielo, puedo encontrar a alguien que te ayude a dar a luz. Seguro que hay alguna enfermera o médico dispuesto a venir. Empezaré a buscar ya. Si simplemente te quedas…

Se da cuenta de que está suplicando y se contiene.

Camilla lo mira. Sus ojos se humedecen. Él nota que quiere quedarse. Quiere estar con él. Quiere confiar en él.

—Lo siento, Mark —susurra—. Pero ya me dejaste sola una vez. Me voy con mi padre.

GINA

El ciego sale de su refugio detrás del frigorífico en cuanto se da cuenta de que lo han descubierto. No queda claro si reacciona a las palabras de Gina o al simple hecho de que ha gritado. Pero eso es irrelevante. Lo único importante es salir de allí.

El tipo se lanza directamente hacia el lugar donde estaba Gina cuando gritó al chico. Pero ella ya se ha apartado, y él se estrella contra el expositor de periódicos, tirándolo al suelo. Las revistas salen volando en todas direcciones. Una de ellas acaba bajo el zapato de Gina.

Está corriendo hacia las puertas. Habría llegado. Pero el papel hace que resbale. Se le va el pie y cae de rodillas.

—¡Gina! —grita Phoebe desde fuera de las puertas—. ¡Joder!

Gina oye al ciego acercarse por detrás. En lugar de levantarse de un salto, rueda hacia un lado. El tipo pasa junto a ella, avanzando a tientas a la altura de sus rodillas, palpando en su búsqueda.

Phoebe ha soltado la bolsa con las provisiones y ha sacado su pistola. Está retrocediendo, con el arma apuntando al tipo que se aproxima a las puertas. Pero estas se cierran delante de él, y Phoebe duda, con el dedo aún en el gatillo.

«No puede disparar. Estoy justo detrás de él». Piensa Gina.

Gina se incorpora con cuidado. Las revistas y papeles cubren el suelo, haciendo cada paso traicionero.

El ciego gira, gruñendo y manoteando al aire. Es evidente que nota que alguien está cerca.

Gina retrocede, procurando no pisar nada. Si consigue rodear las estanterías, podrá escabullirse.

—¿Jefe...?

Tanto Gina como el ciego reaccionan a la voz.

El chico ha salido de detrás del mostrador. Está allí, inmóvil, con la boca abierta.

El ciego se lanza contra él. De no ser por los papeles, lo habría derribado en cuestión de segundos. Pero resbala y cae con fuerza, agitando los brazos en el aire.

—¡Sal de ahí! —grita Gina, agitando los brazos frenéticamente.

El chico sigue mirando fijamente a su jefe, que se revuelca por el suelo. Pero tiene al menos el buen juicio de echarse atrás.

Entonces, las puertas se abren, y Phoebe entra apuntando al ciego.

—¡Sal de aquí! —grita, dirigiéndose claramente a Gina—. ¡Corre, joder!

Gina corre hasta situarse detrás de Phoebe.

—No dispares —le advierte—. Podrías herir al chico...

El ciego ya está de pie otra vez y se dirige al chico, que solo consigue retroceder. Tropieza con la estantería de escobillas del parabrisas, derribándola.

—Por el amor de Dios —murmura Phoebe, apuntando al techo—. Tápate los oídos.

Gina apenas tiene tiempo de cubrirse los oídos antes de que Phoebe dispare.

El estruendo es ensordecedor. Incluso con las orejas tapadas, a Gina le zumba el cráneo.

El disparo hace que el ciego se gire, dejando al chico atrás. Gruñe con furia y se dirige hacia el origen del ruido.

—Ahora, corre —dice Phoebe, tirando de Gina.

Corren hacia el coche. Phoebe recoge la bolsa al pasar. Victor abre la puerta para su madre y Gina se lanza al interior.

—¿Pero qué coño estáis haciendo? —grita Patrick, golpeando el volante—. ¿Queréis morir de una puta vez?

—¡Arranca ya! —grita Phoebe, cerrando la puerta.

El ciego ha salido de la tienda y va hacia el coche.

Patrick acelera, pero en lugar de avanzar, da marcha atrás. Todos se tambalean hacia delante.

—¿Qué haces? —pregunta Gina, mirando hacia atrás. No hay salida por ahí.

—Estoy arreglando vuestro desastre —gruñe Patrick. Pisa el freno, mete primera y pisa a fondo el acelerador.

El coche se lanza hacia delante.

Gina no quiere que sus hijos vean lo que va a ocurrir, pero ya es tarde.

Atropellan al ciego de lleno. Su cuerpo cae sobre el capó y luego queda debajo del coche. Se oyen golpes secos y crujidos mientras pasan por encima.

Patrick no se detiene. Sale del aparcamiento y de nuevo pisa a fondo el acelerador.

—¿En qué coño estabais pensando? —les dice, mirando de reojo a Phoebe y luego a Gina—¡Deberíais haber salido de una vez!

—He sido yo —responde Gina, notando que le sale la voz sin pensarlo—. No podía dejar al chico ahí dentro. Tenía que avisarle.

—Claro que podías haberlo dejado —dice Patrick—. ¿Sabes por qué? Porque no era tu puta responsabilidad, ¿vale? Más te vale que te lo metas en la cabeza de una vez. Si vamos por ahí jugando a los héroes, no duraremos ni dos días.

Gina le ignora y se gira hacia sus hijos.

—¿Estáis bien?

—Claro, mamá —dice Victor.

Anton asiente, respirando con dificultad. Da una larga calada a su inhalador, aguanta la respiración diez segundos, y luego dice en voz baja:

—Creo que hiciste lo correcto, mamá. A mí me habría gustado que me avisaran si hubiese estado en su lugar.

Gina le acaricia el pelo con ternura. Aun así, por dentro, coincide con Patrick. Al menos debería haber salido antes de gritar. Pero entró en pánico. Otra vez.

—Estaba escondido, ¿no? —dice Phoebe, mirando a Gina—. El ciego. Solo estaba ahí, quieto.

Gina asiente.

—Joder —suspira Phoebe—. Podría haber estado ahí horas. Probablemente ya estaba allí cuando el crío abrió la tienda esta mañana. Solo esperaba a que alguien se acercara. Como un maldito muñeco sorpresa. —Mira a Patrick—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Sí —dice él con gravedad—. Ahora los cabrones se esconden.

—Y no solo eso. Estamos a más de diez kilómetros de la ciudad. No pudo llegar aquí andando. Tuvo que volverse ciego en esta zona.

—Ya no es solo cosa de las ciudades —concluye Gina—. También puede pasar aquí.

—Menos mal que tenemos nuestras gorras —dice Patrick con amargura—. Será mejor que empecemos a acostumbrarnos a mirar al suelo.

—Hablando de eso… —dice Phoebe, tocando el reloj digital del salpicadero—. Ya casi es la hora.

El reloj marca las 14:41.

Gina nota cómo se le encoge el estómago.

—Tres minutos —murmura Patrick, mirando a los demás—. Que nadie mire por las ventanas durante los próximos cinco minutos. Mejor aún, cerrad los ojos. Yo estaré pendiente del reloj y os avisaré cuando sea seguro volver a mirar.

—¿Seguimos conduciendo? —pregunta Gina.

—Creo que es mejor —dice Phoebe—. Si paramos a esperar, alguien podría pasar por aquí.

—No os preocupéis, mantendré la vista en la carretera —dice Patrick, apretando el volante.

Gina observa a sus hijos. El rostro de Anton está pálido, y hasta Victor parece incómodo, aunque en su mirada también se percibe emoción. ¿Queda claro?

—Vosotros dos, miradme y no dejéis de hacerlo hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

Los dos asienten.

Patrick sigue conduciendo.

Nadie habla durante los siguientes minutos.

Gina alterna la mirada entre Anton y Victor. No solo quiere asegurarse de que mantengan la vista en ella, también está pendiente de sus expresiones. Quiere ver si alguno siente el impulso de mirar por la ventana. Ella misma lo sintió las dos veces anteriores. Esa atracción inexplicable hacia el cielo. No puede arriesgarse a que les ocurra lo mismo a ellos.

—Ya está —dice Patrick en voz baja—. Son las 14:44.

Los ojos de Victor se abren un poco más. Anton empieza a respirar con más rapidez.

—Por la nariz —le dice Gina—. ¿Recuerdas cómo te lo enseñé?

Anton asiente y empieza a inhalar profundamente por la nariz, soltando el aire por la boca. Gina puede ver cómo el simple ejercicio le calma de inmediato.

—Las 14:45 —anuncia Patrick—. Hasta ahora, todo bien. ¿Estamos todos bien?

—Sí —dice Phoebe.

—Sí —dice Gina.

—¿Chicos? —pregunta Patrick.

—Están bien —responde Gina.

Pasan unos minutos más.

—Vale, son las 14:47 —dice Patrick, soltando el aire con alivio—. Creo que estamos a salvo. ¿No duraba solo medio minuto las otras veces?

Gina coloca una mano en la nuca de cada uno de sus hijos y sonríe.

—Lo habéis hecho muy bien.

—Quizá no ha pasado por aquí —sugiere Patrick, revisando los espejos retrovisores—. Estamos bastante lejos de cualquier ciudad.

—No estoy segura de que haya pasado en ningún sitio —murmura Phoebe. Ha sacado el móvil y está revisando Facebook—. No éramos los únicos esperando. La gente está publicando como loca ahora mismo.

—A lo mejor no vuelve a ocurrir —dice Victor, con un hilo de esperanza en la voz—. A lo mejor solo fueron esas dos veces…

—Puede ser —dice Gina—. O quizá solo se ha retrasado. Mejor estar alerta por si acaso.

—Tiene razón —dice Patrick, mirando a Phoebe—. Vigila Facebook y las páginas de noticias. Avísame si informan de algo.

Phoebe asiente.

Gina se recuesta en el asiento e intenta relajarse. No se había dado cuenta de que estaba sudando. Estaba preparada para perder el oído, pero no ocurrió. Se ha sentido completamente normal. Sigue sintiéndose normal.

«No ha pasado. Al menos no por aquí», piensa Gina.

Ojalá no ocurra. Ojalá Victor tenga razón. Pero estará preparada por si no tienen tanta suerte. Si de pronto pierde la audición, avisará

a los demás.

THORN

La comisaría de la Seguridad Nacional es más pequeña de lo que imaginaba. Apretujada dentro de un edificio de ladrillo rojo, parece una oficina municipal cualquiera. Excepto por el guardia armado en la entrada, claro.

Thorn aparca al otro lado de la calle. Abre la guantera, que está vacía. Luego abre la trampilla oculta del siguiente compartimento y saca la cartera marrón. Hacía tiempo que no usaba esa. Comprueba la información, por si acaso.

—Hans Thomsen —murmura.

La imagen tiene ya algunos años. Entonces tenía algo más de peso. Y no llevaba barba. Se dice mentalmente que debe actualizar todas sus fotos de identificación falsa en cuanto tenga ocasión.

Ya se ha cambiado de ropa otra vez. Ahora, parece un simple oficinista.

Su móvil vibra. Lo saca.

—¿Tienes algo para mí?

—Sí. Nygaard acaba de ser clasificado como "baja temporal" hace diez minutos. Intentaron llamarlo varias veces, pero nada. Tampoco hay constancia de que haya llamado él. Oficialmente, no han logrado contactar con él.

—No es protocolo conceder baja temporal sin saber qué ha pasado.

—Eso fue lo que me llamó la atención.

—¿Has intentado rastrear su teléfono?

—La llamada no se hizo desde su móvil de servicio. Y el número se apagó justo después.

—Es listo. Casi como si supiera que alguien iría a buscarlo.

—Puede que solo esté cubriéndose las espaldas.

—¿Y cuál es la vía más rápida para llegar hasta él?

—Yo diría que su compañera. Fue ella quien actualizó su estado. Else Holm. Miembro del personal sénior. Debió de hablar con él.

—Averiguaré qué sabe.

Cuelga, sale del coche y cruza la calle. El guardia lo ve acercarse.

—Buenas tardes —dice Thorn, esbozando una sonrisa serena para tranquilizarle. —. ¿Qué tal lo lleváis por aquí?

—¿Quién es usted? —pregunta el guardia. Lleva unas gafas de sol con espejo, que ocultan por completo sus ojos.

—Thomsen, de Asuntos Internos —dice Thorn, mostrándole su identificación.

—No me informaron de que viniera hoy.

—Bueno, ha sido un día de locos. No podemos culparles por tener otras cosas en la cabeza, ¿verdad?

El guardia frunce el ceño, pero no dice nada.

Thorn resopla.

—Tranquilo, amigo. Créeme, estar aquí me apetece incluso menos de lo que a ti te apetece tenerme enfrente. Pero las decisiones no las tomo yo.

—¿Y a qué ha venido, entonces?

Thorn se lleva las manos al cinturón y mira calle abajo.

—No parece que esta zona haya sido muy afectada. No puedo decir lo mismo de la nuestra. La oficina entera está en ruinas, siendo sincero. La mayoría salimos ilesos, pero algunos no. Hoy hemos perdido a buenos compañeros.

No es una mentira. Al menos no una que el guardia pueda comprobar. El departamento de Asuntos Internos está repartido en varias sedes. Thorn lleva trabajando allí cuatro años. Se le daba extremadamente bien. Tan bien, de hecho, que Winter, quien lo colocó allí desde el principio, decidió que lo necesitaba para asuntos de otro nivel.

Fue entonces cuando adoptó su nuevo nombre. Fue entonces cuando todo empezó.

Esa es la fortaleza de todos los alias de Thorn: son parcialmente reales. ¿No dicen que las mejores mentiras se basan en la verdad?

La expresión del guardia se suaviza.

—Lamento oír eso.

—Sí, la verdad es que solo quiero volver cuanto antes. Esperaba terminar con esto en media hora y desaparecer de aquí.

—¿A quién viene a ver?

Thorn finge pensar.

—Mierda, olvidé el nombre. —Chasquea los dedos—. Holm. Eso es.

El guardia desengancha su radio.

—¿Ella sabe que viene?

—No lo creo. El jefe dijo que no quería molestarla hasta que yo estuviera aquí.

—Ahora mismo le doy acceso. Un momento, por favor. —El guardia se gira y habla por radio en voz baja.

Thorn respira tranquilo y disfruta del sol en la nuca.

El guardia intercambia algunas palabras con su interlocutor. No presta atención a Thorn mientras lo hace, y este podría sorprenderle sin dificultad si quisiera. Aunque el guardia tiene la mano sobre su arma, Thorn podría arrebatársela con facilidad. Podría dejarlo inconsciente antes de que se diera cuenta.

Sin embargo, Thorn prefiere hacer las cosas por las buenas, salvo que se vea obligado a lo contrario. Enfrentarse a todo un edificio lleno de agentes armados es demasiado, incluso para él.

—De acuerdo, se lo diré —dice el guardia, guardando la radio en su cinturón—. Ellos tampoco sabían que venías.

Thorn suspira.

—Mira, puedes llamar a mi oficina, pero...

—Está bien —dice el guardia—. Como dijiste, ha sido un día de locos. Vamos a mover esto de una vez. —Asiente hacia el escáner en la pared.

Thorn le sonríe.

—Gracias, tío. Será como si nunca hubiera estado aquí. —Escanea su identificación. Después de un pitido, la cerradura de la puerta se desbloquea. Thorn la empuja y entra.

Por dentro, el lugar está algo más modernizado. Suelos pulidos y paredes de cristal. También hay mucha más actividad de la que Thorn esperaría para un martes por la tarde. La mayoría de los agentes llevan traje y corbata, solo unos pocos visten uniforme. Algunos civiles también, por lo que puede distinguir. Una de ellas llama su atención de inmediato. Es la rubia teñida con mallas ajustadas que vio en el aparcamiento hablando con Nygaard. Thorn estaba demasiado lejos para oír lo que decían, pero tuvo la impresión de que la mujer quería que el chico se fuera con ella. Probablemente su madre. Seguro que ha conducido directamente hasta aquí.

«Podría ser útil», piensa Thorn, archivando el rostro de la mujer en su catálogo mental.

Otro guardia se acerca. Es más joven y luce un vientre prominente bajo la camisa.

—Yo me encargo de eso —resopla, tendiéndole una mano sudorosa.

Si el guardia de fuera era fácil de reducir, este es pan comido. Thorn podría tumbarlo en dos segundos. Ni siquiera sudaría. Alguien en ese estado físico cae rápido. Thorn lo ha visto muchas veces.

Entrega el maletín con calma.

El guardia lo abre y revisa el portátil. Si se molestara en encenderlo y hurgar en el disco duro, no encontraría más que archivos legítimos. Todo estaría actualizado y verificado. Parecería, a todos los efectos, que el portátil pertenece a un miembro activo de Asuntos Internos, división de Copenhague.

Por supuesto, el otro disco duro sería invisible e inaccesible. Al menos para un tipo corriente como este. Haría falta alguien con formación avanzada en informática para siquiera localizarlo.

Y esta es precisamente la ventaja de que Thorn sea un agente doble desde dentro. Tiene acceso a toda la información, y su tapadera está perfectamente diseñada para sortear cualquier protocolo de detección. Si se actualizan las medidas de seguridad, su tapadera también.

Por eso Thorn ni siquiera se molesta en mirar al guardia mientras este revisa el portátil. En su lugar, observa a la rubia.

Está claramente alterada, paseándose de un lado a otro frente a recepción.

—¡Disculpe! —exclama—. ¿Cuánto va a tardar esto? Me dijeron que podría hablar con alguien en breve.

La mujer tras el cristal le lanza una mirada impaciente y le dice algo sobre mantener la calma.

—Jansen —dice la rubia—. Tommy Jansen. Es mi sobrino. Sé que lo tienen detenido y me gustaría hablar con él ahora mismo, por favor.

—Por última vez —le responde la recepcionista con frialdad—. Enseguida vendrá alguien. Si quiere tomar asiento…

La rubia emite un gruñido y da media vuelta. Se dirige a las sillas y se sienta. Sus ojos se cruzan con los de Thorn al pasar por su lado. Él la mira con indiferencia mientras ella le lanza una mirada de desagrado.

—Si busca a alguien que ha perdido, no se haga ilusiones —le dice, frunciendo la nariz con desprecio—. Esta gente no nos toma en

serio.

—Me arriesgaré —responde Thorn con calma.

—Todo correcto —dice el guardia, devolviéndole el maletín.

—Gracias —le dice Thorn, y se acerca a recepción—. Hola. Estoy aquí para ver a Holm.

La mujer no aparta la vista de su monitor.

—¿Motivo de la visita?

—Hans Thomsen —responde él, esquivando la pregunta.

—¿El de Asuntos Internos?

—Ese mismo. Me dijeron que podría tener cinco minutos con ella.

—Ahora mismo está ocupada. Pero puede esperar aquí, y le enviaré una nota para que baje cuando esté lista.

—Sí, la verdad es que esperaba volver a mi oficina en menos de una hora —dice Thorn, mirando a su alrededor—. Sé que ustedes también van liados, así que no quiero complicar las cosas. Si pudiera verla ahora, me iría enseguida.

—Lo siento, pero está realizando entrevistas.

—¿Testigos presenciales?

—Eso creo, sí.

—Ya veo —Thorn da unos golpecitos en el mostrador—. Esperaré, entonces. Dígame, ¿dónde están los aseos?

—Al fondo del pasillo, junto a los ascensores.

—Gracias.

La rubia se ha desplazado a una sala de espera con algunas otras personas. Está sentada con los brazos cruzados y un gesto amargo en el rostro.

Thorn camina por el pasillo en dirección a los ascensores. Hay un cartel suspendido del techo. Las flechas indican distintas direcciones. Una de ellas dice «Salas de entrevistas – 2ª planta».

Thorn pasa junto a los baños y pulsa el botón del ascensor.

Mientras sube por el edificio, siente cómo lo invade una calma familiar. Está simplemente de pie, respirando. Su sistema vibra en una frecuencia baja. Todo está listo.

El ascensor se detiene y revela un pasillo alfombrado con muchas puertas. Esta planta está menos concurrida. Sigue las flechas. Le conducen directamente a donde necesita ir. Thorn evita mirar hacia las cámaras de vigilancia. Ya es un hábito, apenas lo piensa.

Al final del pasillo hay cuatro salas de entrevistas. Todas las puertas están cerradas. Cada una tiene una ventana estrecha al lado. Thorn las revisa una por una con naturalidad. En la tercera hay una agente. Es unos diez años mayor que Thorn. Tiene patas de gallo en los ojos y canas en las sienes.

Está hablando con un caballero aún más mayor, sentado frente a ella. Solloza con el rostro hundido en un pañuelo. La sala, evidentemente, está insonorizada. Así que Thorn llama al cristal.

Holm lo mira, alzando una ceja.

Él coloca su identificación contra el vidrio.

Holm niega con la cabeza de forma discreta, pero igualmente se levanta. Le dice algo al hombre. Luego se dirige a la puerta. Esta emite un pitido al desbloquearse y ella se asoma.

—¿Qué ocurre?

—¿Holm? Vengo de Asuntos Internos.

—Sí, ya me imaginaba. Justo hoy, ¿eh? ¿No tienes nada más importante que hacer?

—Necesito hablar con usted sobre su compañero.

Eso la hace detenerse.

—Está de baja temporal.

—¿Entonces ha hablado con él?

Primera pregunta importante. Primera oportunidad para que ella mienta. Thorn la observa con atención.

—No personalmente, no.

«Una mentira. Así que por ahí vamos», piensa Thorn.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Mire, ¿de qué va todo esto? Estamos muy ocupados aquí y no tengo tiempo para...

—Sabe que no puedo decirle de qué se trata —le responde Thorn con su tono más cordial—. Solo concierne a Nygaard. No querríamos vulnerar su derecho a la intimidad.

—Por supuesto que no. Solo que no alcanzo a imaginar qué podría querer Asuntos Internos de él que sea tan importante como para venir a buscarlo hoy, con todo lo que está ocurriendo.

Thorn se encoge de hombros.

—Para serle sincero, yo tampoco estoy completamente al tanto. Solo me pidieron que lo localizara cuanto antes.

—Bueno, pues me temo que no puedo ayudarle. No sé quién habló con él, así que...

—Ahí está el asunto. No hay constancia alguna de que haya llamado. —Thorn sonríe—. Pensé que, dado que alguien debió hablar

con él por una línea privada, lo más probable era que fuera su compañera.

Holm vacila.

—¿Han revisado nuestros registros?

—Mi oficina lo ha hecho, sí.

—¿Realmente quiere hablar con él, eh?

—Me dijeron que era urgente.

—Pues no me llamó a mí.

Otra mentira descarada. Thorn empieza a captar las señales cuando lo hace. Son sutiles. Ella es buena. Años hablando con gente que miente te dan práctica. Pero también te delatan.

—Odio tener que pedirle esto, pero ¿le importaría si reviso su móvil personal?

Su rostro se endurece.

—Sí me importaría. Y mucho.

—Me lo imaginaba. Escuche, tengo autorización para hacer prácticamente lo que sea necesario para ponerme en contacto con Nygaard, pero voy a ser razonable. Todos tenemos que colaborar hoy, ¿verdad? No tiene sentido enfrentarnos. Queremos lo mismo. Queremos limpiar este desastre y asegurarnos de que no empeore. Estoy seguro de que, sea lo que sea que mi oficina necesita de Nygaard, está relacionado con los incidentes. Y eso le da prioridad.

—Pero no entiendo qué cree usted que sabe John.

Thorn vuelve a sonreír.

—¿Ahora es usted quien hace las preguntas?

—Solo digo que él dirige esta oficina. Si hubiera descubierto algo importante, estoy segura de que lo habría compartido.

—¿Entonces por qué esta desaparición repentina?

—Debe de tener buenas razones para no venir hoy.

—¿Buenas en el sentido personal?

—Eso supongo.

Thorn mueve la mandíbula. Está pensando a dos niveles. Necesita pasar a la ofensiva. Pero debe tener cuidado. Holm no es ninguna novata.

Suspira, fingiendo que lo que va a decir le duele.

—Mire, agente Holm, lamento tener que hacer esto. Pero sabemos que habló con Nygaard muy recientemente. Me informaron mientras venía hacia aquí. Mi oficina tiene constancia de que recibió una llamada privada y, minutos después, actualizó el estado oficial de Nygaard. No hace falta ser un genio para atar cabos. Él la llamó y le dijo que no vendría. Sea cual fuere la razón, usted la aceptó. Y ahora le está cubriendo. Y mire —la interrumpe justo cuando va a objetar—, lo entiendo. De verdad. No soy la Gestapo. Valoro la lealtad entre compañeros tanto como cualquiera. Por eso me fastidia tener que forzar las cosas. Pero el hecho es que hay demasiado en juego, así que tendré que darle una opción. O me dice lo que sabe, o tendremos que ir por el otro camino. Volveré a mi oficina, luego regresaré aquí más tarde, con más gente. Será un lío. Una pérdida de tiempo y energía valiosos y el resultado será el mismo: averiguaremos lo que usted sabe y encontraremos a Nygaard. La única diferencia es que, si tomamos el camino largo, puede que sea demasiado tarde para que nos sirva de algo. Yo, sinceramente, preferiría la primera opción. Así que, ¿qué me dice?

Holm abre la boca, luego la cierra. Lo observa durante varios segundos. Thorn sabe que la tiene en jaque mate.

—¿Tiene constancia de que recibí una llamada privada? —pregunta ella.

—La tenemos.

—¿Y cómo demonios la tienen?

—Vídeo de vigilancia, hasta donde me dijeron.

—Asuntos Internos no tiene acceso a eso.

—Sí lo tenemos. Lo que pasa es que normalmente no lo usamos. Pero hoy es diferente. Por favor, Holm, si pudiéramos simplemente...

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Hans Thomsen.

Ella lo observa, y él está a punto de volver a mostrarle su identificación. Pero se da cuenta de que eso resultaría sospechoso.

—Puedo ver que me está analizando —dice en su lugar, recuperando la sonrisa.

—Verá —dice Holm, con un tono que de pronto ha cambiado—, tengo un sentido intuitivo. Es un don. Al menos eso dice John. Sé cuándo me están engañando. Si ayer hubiese hecho caso a esa intuición, las cosas hoy podrían ser muy distintas. Y ahora mismo, mientras hablo con usted, vuelve a activarse. Me dice que me están mintiendo.

Thorn alza las manos.

—Lo entiendo. Que aparezca así, de improviso. Si necesita verificar algo, puede llamar a mi oficina.

Ella niega lentamente con la cabeza.

—No necesito verificar nada. Estoy segura de que todo encajará.

—Entonces no hay motivo para...

—No son sus credenciales el problema —le corta Holm. Habla despacio, como si lo estuviera comprendiendo mientras lo dice en voz alta—. Es usted.

Se miran fijamente. Thorn no puede evitar sentirse impresionado. En unas pocas jugadas, Holm ha invertido las tornas y ahora lo tiene a él en jaque mate.

—Entonces —dice él—, lamentablemente me está diciendo que tendremos que tomar el camino largo.

Holm asiente.

—Me temo que sí.

Thorn considera su siguiente movimiento. Si el tiempo no fuera un problema, tal vez se retiraría. Volvería más tarde. Buscaría otro enfoque.

Pero eso no es una opción, especialmente hoy.

Lo que significa que solo le queda una opción.

Al observar a Holm, ve que está muy alerta. También está armada, a juzgar por el bulto en su cadera. Tratar de reducirla aquí mismo, en el pasillo, sería demasiado arriesgado. Probablemente podría hacerlo, pero alguien más lo vería e intervendría. Enfrentarse a toda una planta llena de policías no sería una buena estrategia.

—Si no hay nada más —dice Holm—, debo volver a mi entrevista.

Está a punto de irse.

Entonces algo sucede.

Una sirena empieza a sonar.

Holm se queda paralizada.

—Protocolo de emergencia —resuena la voz de una mujer desde altavoces ocultos—. Todo el personal evacúe. Protocolo de emergencia. Todo el personal...

—¡Está pasando otra vez! —grita alguien en el pasillo—. ¡Alejaos de las ventanas, todos!

Holm gira la cabeza para mirar en esa dirección.

El breve momento en que aparta la atención es todo lo que Thorn necesita.

MELISSA

No es estúpida. Sabe cuándo la están tomando por tonta.

Varias personas han ido y venido ya. Y sin embargo, ahí sigue. Esperando.

—Disculpe —dice Melissa, acercándose una vez más al mostrador.

La recepcionista la mira con expresión cansada.

—Ya le he dicho, señora…

—Si no puedo hablar con alguien de inmediato, volveré con mi abogada.

—Es libre de hacerlo. Como le he dicho, hoy estamos muy ocupados y estamos haciendo todo lo posible por ayudar.

—¿Entonces por qué no puede enviar a alguien aquí abajo a hablar conmigo, por el amor de Dios? —Le cuesta no gritar. Por el rabillo del ojo, siente al guardia gordo acercándose. Baja la voz. Adopta su expresión de aflicción—. Anoche perdí a mi hermana. Perder también a mi sobrino… sería devastador. Mi hermana me nombró tutora legal de su hijo porque confiaba en mí. Y ahora él está ahí

fuera, y no tengo ni idea de si está a salvo. Ni siquiera tengo forma de ponerme en contacto con él.

La mujer tras el mostrador mantiene la compostura.

—Entiendo la gravedad de la situación para usted. Pero ya le he dicho…

—No, se lo digo yo. A mi sobrino prácticamente se lo llevó uno de los suyos. Soy su tutora legal y tengo que encontrarlo. Tommy Jansen. Compruébelo, por favor. Tiene que estar aquí en algún sitio, y si no me dice nada, iré a buscarlo yo misma.

—Lo siento, pero como le dije al llegar, no tenemos a nadie con ese nombre detenido.

—¿Entonces dónde está? ¡Encuentre al tipo que se lo llevó!

La mujer respira hondo.

—¿Está segura de que era uno de nuestros agentes?

—¡Sí! Él me lo dijo.

—¿Le dijo su nombre? ¿Le mostró alguna identificación?

—No. Y eso ya me pareció bastante sospechoso. Pero era un tipo grande, corpulento. Un poco mayor que yo. Pelo corto, con canas en las sienes.

—Señora, lo siento, pero si no tiene un nombre, no podemos estar seguros de que la persona con la que habló fuera uno de los nuestros. Si desea declarar la desaparición de su sobrino, debe ir a la policía.

—¿Cómo voy a ir a la policía si fue la policía quien se lo llevó? —Melissa grita ahora. Ha captado la atención de todos en el vestíbulo —. ¡Exijo hablar con alguien, ahora mismo!

—Señora, necesito que se calme.

—¡No me diga que me calme!

La recepcionista lanza una mirada al guardia.

Él interviene desde un lado.

—Muy bien, ya basta. Se va de aquí.

—¡Ni se le ocurra tocarme! ¡Suélteme!

El guardia la conduce hacia la salida con mano firme. Melissa intenta soltarse, pero es inútil. Pulsa un botón con el codo, la puerta de cristal se desliza a un lado y Salen al sol de la tarde.

—¡Este es un edificio público! —protesta Melissa, liberando el brazo de un tirón—. ¡Tengo todo el derecho a estar aquí!

—En realidad, no lo tiene —le responde el guardia—. Y si vuelve a presentarse, haré que la detengan.

El otro guardia solo la observa.

Melissa siente ganas de gritarles. En lugar de eso, les lanza una mirada de desprecio y se da media vuelta.

Esto no ha terminado. Encontrará a Tommy, aunque sea lo último que haga. Melissa no ha tenido éxito en muchas cosas en su vida. Pero cuando quiere algo, siempre lo consigue. El caos en el que vive su sobrino lleva años creciendo sin control. Para Melissa, esta es por fin la ocasión de tomar las riendas y restablecer el orden. Por mucho que quisiera a su hermana, Birte nunca fue capaz de imponerle la disciplina necesaria. Y su asqueroso padre, desde luego, tampoco.

Melissa es de otra pasta. Ella puede imponer su autoridad. Puede ser firme. Dura, incluso. Cuando hace falta, puede castigar. Su propia madre le enseñó eso. Nunca se lo hizo a Melissa. Solo a Birte. Ella era la rebelde. La que necesitaba mano dura.

Y el cielo sabe que Tommy también la necesita. El chico se mete en líos siempre. Es incapaz de mantener un trabajo, llevó un cuchillo al colegio, le faltaba el respeto a su madre.

Todo eso acabará en cuanto Melissa tome las riendas.

Está destrozada con la idea de que Birte haya muerto. Pero la mejor manera de honrar su memoria es cumpliendo el papel que Birte le encomendó.

A la larga, Tommy se lo agradecerá. Cuando ella lo haya convertido en un miembro respetable de la sociedad, mirará atrás y comprenderá que estaba equivocado.

Mientras se aleja del edificio, escucha una voz femenina que grita en algún lugar cercano. Melissa se detiene y mira hacia la calle. Hay tres personas allí. Dos de ellas miran hacia el cielo. La tercera —la mujer que ha gritado— está corriendo, alejándose de ellas.

Melissa está a punto de alzar la vista para ver qué están mirando.

Entonces lo comprende.

—Oh, no —susurra, protegiéndose los ojos con ambas manos, como si fuesen la visera de una gorra—. ¡Está ocurriendo otra vez!

Tiene que llegar a su coche. Tiene que alejarse. Ya.

Pero se gira y ve a cinco o seis personas en el aparcamiento. Algunas llegaban, otras se marchaban. Todas miran al cielo ahora. Una está justo al lado del coche de Melissa. No hay manera de que llegue hasta él.

Así que se vuelve y corre hacia la entrada.

—¡Dejadme entrar! ¡Dejadme entrar! ¡Está ocurriendo otra vez!

El guardia la mira frunciendo el ceño.

—¿Qué…?

—¡La cosa del cielo! —dice Melissa, agarrándole del brazo—. ¡Rápido, abre la puerta! Tenemos que… ¡no, no mires hacia arriba!

Pero ya es demasiado tarde.

El guardia ya ha echado la cabeza hacia atrás.

Melissa lo ve transformarse ante sus ojos. Su rostro está justo frente al de ella cuando su expresión se vuelve vacía. Los ojos son los primeros. Las pupilas y los iris se disuelven y desaparecen. Como gotas de tinte en una piscina. Luego la piel pierde el color. Venas finas y oscuras se extienden por sus mejillas y su frente.

Melissa no ve el resto. Consigue liberarse y mira hacia el cinturón del agente. Su arma está ahí. Pero en lugar de coger el arma, agarra la tarjeta del portatarjetas de plástico, sujeta con una cinta elástica. Melissa la estira hasta el escáner. La puerta emite un pitido y se abre.

Un gruñido bajo sale de la garganta del guardia. Justo cuando vuelve a la vida, Melissa se desliza al interior del edificio. La puerta se cierra detrás de ella.

El guardia gordo se gira y la ve.

—Eh, ¿pero qué…? ¿Cómo has vuelto a entrar?

Melissa jadea y mira a su alrededor. Algunas personas ya se han acercado a las ventanas por el alboroto exterior.

—¡No miréis! —exclama Melissa. Pero ya es tarde; al menos tres están congelados en su sitio.

El guardia la agarra del brazo, pero luego la suelta al ver lo que está ocurriendo.

—Oh, mierda…

Desde otro lugar del edificio llega un grito agudo. Algo se vuelca con un estruendo en la planta superior.

La recepcionista salta de su asiento, con el rostro descompuesto por el susto.

—¡Código rojo! ¡Está ocurriendo otra vez! —Corre hacia la pared y pulsa un gran botón rojo. Comienza a sonar algo similar a una alarma de incendios.

—Protocolo de emergencia. Todo el personal evacúe. Protocolo de emergencia…

Los tres que estaban en las ventanas se giran. Tienen los ojos ciegos y los rostros convertidos en máscaras de horror. Se lanzan sobre las víctimas más cercanas, aquellas que aún no han reaccionado y permanecen paralizadas.

—Tenemos que salir de aquí —se oye a Melissa decir al guardia—. Tenemos que encontrar un lugar seguro…

El guardia no responde. Él también parece haber caído en un estupor.

—¡Vamos! —dice Melissa, tirando de él—. ¡Tenemos que…!

Deja de hablar al darse cuenta de que el guardia está mirando hacia arriba. Antes de poder pensar, le sigue la mirada de forma automática. Justo en medio del techo hay una gran claraboya cuadrada.

Melissa grita de sorpresa y baja la mirada de inmediato. Mira al suelo, se tapa los ojos y respira con rapidez, mientras siente el corazón subirle a la garganta.

«Estoy bien… no lo he visto… estoy bien…»

Sobre el estruendo de la alarma, se oyen peleas y gritos. En algún lugar se ha disparado un arma. El guardia gordo ruge y pasa junto a Melissa. Cruza el vestíbulo tambaleándose, ansioso por hacer daño a alguien.

Melissa ve a la recepcionista correr hacia una puerta detrás del mostrador.

—¡Espera! —grita, y se arrepiente de inmediato. El guardia se gira de golpe, saliva volando de sus labios gruesos.

Melissa corre hacia el mostrador. Está protegido por un panel grueso de plástico, con una abertura estrecha en la parte superior. Solo lo suficientemente ancha para permitirle el paso. Salta y se desliza bajo el panel.

La recepcionista ya ha salido de la sala y cerrado la puerta tras ella.

Melissa está a medio pasar por la abertura cuando alguien le agarra el tobillo.

—¡No! ¡Suéltame! —Empieza a dar patadas con desesperación. Mira atrás y ve al guardia gordo sujetándole la pierna. Mostrando sus diminutos dientes delanteros al inclinarse para morderla. Pero Melissa patalea con fuerza, y su talón impacta contra la nariz del tipo, que pierde el agarre.

Ella se arrastra hacia delante y está a punto de atravesar del todo la abertura cuando el guardia la vuelve a agarrar. Esta vez no pierde el tiempo. La arrastra con violencia hacia atrás. Melissa intenta sujetarse, pero él es demasiado fuerte. Acaba cayendo de espaldas al suelo, a sus pies. Siente como se le escapa el aire de los

pulmones. Se da la vuelta y lo mira desde el suelo. Él se alza sobre ella.

—No… —susurra Melissa, luchando por respirar—. Por favor, no…

Él se inclina, le coloca una mano en el pecho. Es como si le pisara un elefante. Su esternón está a punto de romperse. Levanta la otra mano y la lanza hacia su cara.

Melissa gira la cabeza justo a tiempo, haciendo que el guardia golpee el suelo. Ruge de rabia y vuelve a levantar la mano. Sus nudillos sangran y varios dedos están claramente rotos. No parece importarle.

Está a punto de volver a golpear cuando aparece otro ciego. Se abalanza sobre el guardia, lo agarra por el cuello y le araña la cara.

El guardia intenta gritar, pero se está ahogando.

Melissa se apoya en sus manos y rodillas. Le duele el pecho, pero al fin logra respirar. Toma varias bocanadas dolorosas mientras observa a los dos hombres peleando.

«Eso es… matáos, cabrones…»

Y parece que lo harán. Pero entonces el guardia se libera lo suficiente para gritar. En cuanto el otro escucha su voz, deja de luchar. Simplemente pierde el interés, lo suelta y empieza a buscar a otra persona.

El guardia no guarda rencor. Ni siquiera intenta vengarse. Simplemente se lanza de inmediato hacia el lugar donde Melissa estaba un segundo antes, sus manos gordas tantean el suelo.

Melissa se pone en pie lo más silenciosamente posible. Se contiene para no sollozar de dolor. Retrocede y mira a su alrededor.

Todo es caos.

La gente lucha por su vida. Hay muebles, papeles, incluso ropa por todas partes. Dos o tres personas ya están en el suelo, muertas o muriendo. Los ciegos se abalanzan sobre los demás, luchando como animales. Los que aún no están afectados se defienden con lo que pueden. Una agente entra desde otra sala. Tiene un corte en la mejilla y sostiene un arma. Dispara a dos ciegos que se le acercan. El estruendo resuena y sacude los oídos de Melissa. Necesita cuatro disparos para detener al primero. Al segundo le acierta dos veces en el pecho, luego el arma hace clic: se ha quedado sin balas. La mujer grita mientras el ciego la derriba.

Una de las ventanas se rompe cuando algo pesado se estrella contra ella. Parece una fuente de piedra, como las que adornan los jardines y atraen a los pájaros.

Una mujer ciega entra desde la calle, lista para unirse a la matanza.

Y en medio del caos, la alarma sigue sonando.

Melissa abandona la recepción y corre por el pasillo. Esquiva a una mujer ciega que sale tambaleándose de una oficina, pasa por encima de alguien con el cráneo destrozado y llega a los ascensores. Golpea el botón sin saber adónde ir. ¿Arriba? ¿Abajo? ¿Acaso importa? Cualquier sitio donde pueda esconderse y resistir la tormenta.

El ascensor suena. Las puertas se abren.

Melissa está a punto de entrar cuando ve a un tipo agachado sobre alguien en el rincón del fondo. Él la mira. Está a punto de huir, pero ve que sus ojos no están ciegos. Reconoce la barba negra.

El hombre respira con fuerza y tiene manchas de sangre en el rostro. Melissa no sabe si es suya.

La persona en el suelo es casi irreconocible. Parece una mujer. Tiene el rostro destrozado a golpes. Está muerta —o eso espera Melissa.

Mira las manos ensangrentadas del hombre y se da cuenta de que él la ha matado. Ahoga un grito y da un paso atrás.

—Tranquila —dice él, levantándose y ajustándose la camisa—. Me atacó. Estaba ciega.

Melissa se queda allí, paralizada.

El hombre saca un arma y dispara en su dirección. Melissa grita y se agacha. Ha fallado. Al menos no siente dolor, solo el zumbido en los oídos. Está a punto de huir cuando siente que alguien se desploma detrás de ella.

Se gira y ve a un hombre en el suelo. Sus ojos ciegos miran al techo. Tiene un disparo en la mejilla y sangra por la boca.

Desde el fondo del pasillo, se escucha a alguien más acercándose. Es el guardia corpulento.

—¿Quieres vivir? —pregunta el tipo del ascensor. Lo dice como si le invitara a tomar un café. Le tiende la mano izquierda —la menos ensangrentada—.

—Ven conmigo.

Melissa entra en el ascensor.

GINA

Llevan poco más de treinta minutos conduciendo cuando ocurre.

Gina desearía haber traído sus gafas de sol. A medida que avanza la tarde, el sol desciende por su izquierda, obligándola a entrecerrar los ojos.

Tomó el relevo de Patrick, que ahora ronca en el asiento de al lado. En la parte trasera, Phoebe va sentada en el centro, con Anton y Victor a cada lado. Anton mira por la ventana, Victor juega con su teléfono.

Phoebe parece a punto de quedarse dormida. Todavía no tiene carnet de conducir válido. Aunque maneja el coche sin problema, decidieron que era mejor que Gina tomara el volante. Lo último que querían era que los detuviera un policía rural al azar y los retuviera por los papeles de Phoebe.

No hay mucho ruido, salvo el motor del coche y la respiración de Patrick. Cuando de repente todo se queda en silencio, el cerebro de

Gina tarda unos segundos en reaccionar. Al darse cuenta, gira la cabeza de golpe.

—¿Chicos? —articula sin voz, sintiendo cómo la palabra sale de su garganta, pero sin oírla—. ¿Anton? ¿Victor? Mirad hacia abajo.

Ambos la miran, luego se miran entre sí y en sus rostros queda claro que han comprendido lo que está pasando.

—Mirad hacia abajo —repite ella, aún sin oírse—. Ahora mismo.

Los chicos bajan la vista. Victor se calza la gorra hasta más abajo. Puede ver por el pecho de Anton que su respiración se acelera. El estrés siempre le provoca constricción en la garganta. Pero tiene su inhalador y sabe usarlo.

Gina vuelve la vista al frente, centrando la atención en la carretera. Circulan por un tramo largo y recto que atraviesa un paisaje de colinas, como de páramo. No hay nada aquí fuera salvo brezo y algunos viejos abetos.

Siente un ardor en la nuca. Instintivamente, mira al espejo para ver quién la observa. Y efectivamente, alguien lo hace: Phoebe. Tiene los labios en movimiento. A mitad de frase, la audición de Gina regresa de golpe.

—…como si hubieras visto un fantasma. ¿Pasa algo?

—Está ocurriendo otra vez —susurra Gina—. No mires por la ventana, Phoebe.

Los ojos de Phoebe se agrandan.

—Oh, mierda…

—Baja la vista —le ordena Gina—. Pronto pasará.

—¿Mmm? —gruñe Patrick, incorporándose y frotándose los ojos—. ¿Cuánto he estado dormido?

—Está pasando otra vez —le dice Phoebe—. Ahora mismo. No mires.

Patrick la mira frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¿Te refieres a…? ¿Cómo lo sabéis?

—Simplemente lo sabemos —responde Gina.

Patrick se queda mirándola. Gina mantiene la vista fija en la carretera, apretando el volante.

—¿Has visto a alguien?

Gina decide mentir en el acto.

—Sí. Estaban mirando al cielo. Se habían detenido.

—Mierda —murmura Patrick, recostándose en el asiento—. Menos mal que te diste cuenta. —Luego se inclina hacia adelante para mirar por el retrovisor lateral—. No los veo.

—Ya están muy atrás —responde Gina, volviendo la cabeza para mirar a los chicos—. Lo estáis haciendo muy bien, chicos. Mantened la cabeza baja hasta que yo diga.

Patrick da unos golpecitos en el reloj del salpicadero.

—¿Cuántos minutos llevamos?

—No lo sé. Uno o dos.

—La última vez duró seis minutos —dice Phoebe.

—Sí, y fue un par de minutos más que la primera vez —añade Patrick—. Así que pongamos quince esta vez, por seguridad.

—Veinte —corrige Gina, sin apartar la vista de la carretera.

Él la mira.

—La primera vez fueron dos minutos y medio. La segunda solo duró tres minutos y medio más.

—Falso. La segunda vez fue un doscientos cuarenta por ciento más larga. Si se lo sumas a seis, nos acercamos a catorce minutos y medio. Suponiendo que el aumento sea lineal, claro, cosa que no podemos saber. Podría ser aleatorio. Añadir seis minutos me parece un margen razonable. Así que, como he dicho, veinte minutos.

Sigue un momento de silencio.

—Joder, sí que lo has pensado —dice Patrick con una sonrisa—. Phoebe me dijo que eras una empollona en el cole.

—Yo llevaré la cuenta —murmura Gina, alzando la mirada al retrovisor para comprobar cómo están los chicos—. Seguimos conduciendo, y nadie mira por las ventanas hasta que yo lo diga. ¿De acuerdo?

—Sí, señora —dice Patrick.

—¿Chicos?

—Entendido, mamá —dice Victor, lanzándole una mirada rápida.

—¿Anton?

Él asiente bajo la gorra.

—Bien.

Phoebe sonríe antes de bajar la vista.

Una atmósfera inquietante se instala en el coche. Parece incluso más silencioso que antes. Nadie sabe qué decir.

Gina se concentra en la carretera, mirando a sus hijos cada minuto. Desea con desesperación inclinarse hacia delante y mirar al cielo. Quiere asegurarse de que la grieta está ahí. Pero no puede. No sin revelar su secreto. Siente que aún es importante que no lo descubran, para así poder proteger a sus hijos.

El páramo da paso al bosque.

De pronto, Gina nota un cambio. No sabe si viene de dentro o de fuera. Pero sus músculos se relajan un poco. Su pulso se ralentiza.

«Ya ha vuelto a desaparecer.»

El pensamiento es sorprendentemente claro y convincente. Aun así, Gina espera unos minutos más.

—Creo que ya ha terminado —dice de repente Phoebe, levantando el móvil—. He visto tres tuits, todos diciendo que la gente ya no se está quedando ciega.

—Creo que tienes razón —dice Patrick—. Lo he notado, ¿sabes?

—¿Lo has notado? —salta Gina, mirándolo.

—Sí. Como si algo hubiera cambiado en el aire hace un par de minutos. ¿Tú también lo sentiste?

Ella aparta la vista.

—No estoy segura.

—¿Cuánto ha durado esta vez? —pregunta Patrick.

—Un poco más de trece minutos —murmura Gina—. Suponiendo que podamos confiar en que realmente se haya ido.

—¿Y qué hora es?

—Eran las cuatro y veintidós cuando empezó.

—¿Entonces cuánto tiempo ha pasado desde el anterior?

—Trece horas y cuarenta y cuatro minutos.

Pasan unos segundos de silencio.

—¿Entonces, miramos?

La pregunta viene de Victor.

—No —responde Gina con firmeza.

—Pero… ¿no deberíamos asegurarnos de que ha desaparecido y no sigue ahí arriba?

—No —repite Gina—. No debéis mirar jamás. Podría reaparecer en cualquier momento. No tenemos forma de saber cómo actuará.

Victor se muerde el labio unos segundos. Luego mira a Patrick.

—¿Patrick? ¿Tú qué crees?

—¿Por qué le preguntas a él? —Gina nota la rabia en su propia voz y la contiene—. Ya te he dicho que no se mira hacia arriba, pase lo que pase.

—Creo que tu madre tiene razón —responde Patrick con indiferencia—. No hay razón para arriesgarse.

THORN

—Cero tres —repite Thorn, respirando entre dientes—. ¿Qué significa eso?

Sacude a Holm con fuerza, tanto que la cabeza le va de un lado a otro. Pero ya no es capaz de responder.

Le toma el pulso. No hay.

—Maldita sea —gruñe, dejándola caer al suelo del ascensor mientras se seca el sudor de la frente.

Se ha excedido. Pero no había tiempo y necesitaba ir al grano. Aun así, ella le dio esa única pieza de información. Cero tres. Era claramente un código de algo.

Thorn no tiene tiempo de pensar más en ello, porque suena el timbre del ascensor al detenerse. Estaba tan concentrado en Holm que ni siquiera notó que se movían.

Ahora gira la cabeza y ve a la rubia del vestíbulo, de pie frente a él, mirándole boquiabierta. Tiene el pelo algo revuelto, y una pernera del pantalón rasgada. Pero, aparte de eso, parece ilesa.

A Thorn le basta un instante para entender que la mujer ha sido enviada como un regalo caído del cielo. Está buscando al chico. Y ahora que ha perdido su mejor pista sobre Nygaard, probablemente tenga más posibilidades de encontrarlo a través del muchacho.

Lo que significa que puede utilizar a la mujer.

Ella parece aterrada y a punto de darse la vuelta y huir.

—Tranquila —le dice con voz serena, poniéndose en pie—. Me atacó. Estaba ciega.

La rubia parpadea y mira de Holm a él. El rostro de Holm está cubierto por sangre y cabello, así que la mujer no puede saber que miente. Tiene la expresión de un ciervo cegado por los faros. Thorn ha visto esa cara mil veces. Sabe exactamente qué esperar. Sabe perfectamente cómo tratar con alguien en estado de shock. Instrucciones simples. Liderazgo firme.

Una figura aparece detrás de ella. Es un agente. Un ciego. Avanza a tientas, acercándose a la mujer sin que ella lo note.

Thorn saca su arma, apunta y le dispara en la cara. La mujer grita incluso antes de que el hombre caiga. Se queda agachada, levantando las manos como si pudieran protegerla de otra bala.

Otro hombre baja por el pasillo. El guardia gordo.

—¿Quieres vivir? —pregunta Thorn, tendiéndole la mano—. Ven conmigo.

La mujer duda un instante. Luego entra en el ascensor.

Thorn pulsa el botón del sótano. Las puertas se cierran justo cuando el guardia llega a ellos. Tiene una herida de bala justo encima de la rodilla. Oye o percibe el ascensor y se lanza hacia él. Pero las puertas se cierran a tiempo.

—Lo… lo mataste —dice la rubia.

—Tuve que hacerlo —responde Thorn, revisando el cargador—. Le quedaban diecisiete balas. Debería ser suficiente—. Estaba a punto de atacarte.

—Está… está ocurriendo otra vez… —Ella niega con la cabeza. Parece que habla más consigo misma que con él—. Dios mío, ¿qué es esto?

—Ni idea —responde Thorn, con tono casi conversacional. Se agacha y toma la tarjeta de identificación de Holm.

El ascensor se detiene, suena el timbre y se abren las puertas. La sala está protegida por otra puerta. Thorn escanea la tarjeta y la cerradura se libera.

Empuja la puerta y entra con el arma en alto, por si acaso. Pero, tal como esperaba, el sótano parece vacío.

—Quédate cerca de mí —le dice a la rubia. Sale del ascensor y recorre la sala con la mirada. Filas y filas de estanterías, con pruebas y expedientes. Los sonidos del piso superior se oyen lejanos, pero siguen siendo perceptibles. Gritos. Disparos.

Thorn revisa las hileras para asegurarse de que nadie pueda sorprenderle. Luego avanza hacia el fondo de la sala de pruebas. Sigue las lámparas verdes de emergencia en el techo. Le conducen directamente hacia la pared norte, donde está la trampilla de emergencia.

—Bien —dice, guardando el arma y dándose la vuelta—. Escucha…

La mujer ha desaparecido. Mira a su alrededor y la ve escondida bajo una mesa.

—¿Qué haces?

—Estoy escondida —le dice ella—. Deberíamos esperar a que pase. Eso fue lo que dijeron en las noticias, si volvía a ocurrir. Esconderse y esperar ayuda.

—Esto podría durar todo el día —responde Thorn—. ¿Piensas quedarte aquí toda la noche esperando ayuda?

La rubia lo mira, insegura.

—Es lo que dijeron.

—Pues deberías dejar de fiarte de las noticias, cariño. ¿Y si hay un ciego escondido aquí abajo?

Si hay alguien aquí, probablemente no esté ciego, ya que no hay ventanas. Pero Thorn sabe que la mujer es fácilmente manipulable, y prefiere que coopere. Al menos por ahora.

Ella sale de debajo de la mesa y se pone en pie. Mira alrededor con temor.

—¿Entonces qué… qué hacemos?

—Nos vamos de aquí. Vamos a mi coche. Y abandonamos la zona.

—Pero la calle estaba aún peor —dice ella, con alarma en sus ojos —. Vi a un montón de ellos ahí fuera…

—Mi coche está justo a la vuelta. Será fácil, confía en mí. Ahora, espera aquí mientras compruebo si hay alguie…

Una figura sale de detrás de la estantería más cercana.

Thorn saca su arma de forma instintiva.

—¡Eh, eh! —dice el tipo, alzando las manos—. ¡Tranquilo, colega!

Lleva camisa y corbata, aunque parece demasiado joven para eso. Lleva una tarjeta de identificación al cuello. Probablemente un becario, decide Thorn, y guarda su pistola.

—¿De verdad vas a salir ahí fuera? —pregunta el joven con tono sincero—. Eso sería, no sé, como un suicidio.

—Estoy bien. Puedo manejarlo —dice Thorn.

—En serio, deberías quedarte aquí —insiste el chico—. Mi compañero y yo estábamos aquí abajo cuando empezamos a oír los disparos y los gritos. Suponíamos que volvía a pasar, así que…

—¿Tu compañero? —interrumpe Thorn.

—Sí —dice el chico, mirando por encima del hombro. Otro tipo, un poco mayor y de rasgos árabes, se asoma entre las estanterías—. Estábamos revisando archivos cuando pasó. Decidimos quedarnos aquí. Estamos seguros. Necesitan una tarjeta de acceso para abrir la puerta, y no creo que los ciegos puedan hacerlo.

—Buena suerte —dice Thorn, volviéndose hacia la trampilla.

—No la abras.

Thorn se detiene y gira la cabeza.

El árabe ha salido un poco más a la vista. Mira fijamente a Thorn.

—Es demasiado peligroso. Pones a todos en riesgo.

—Escucha, hijo —dice Thorn—. No estoy de humor para discutir. Y no acepto órdenes tuyas. Nos vamos ahora. Solo tendrás que cerrar la trampilla después.

—Yo creo que tienen razón —dice la mujer—. Creo que deberíamos quedarnos.

Thorn siente cómo su paciencia se agota. Una buena parte de su atención está puesta en el árabe, aunque no lo demuestra mirando directamente. Pero está casi seguro de que el tipo esconde un arma tras las estanterías.

Cambia de táctica.

—¿No quieres encontrar a tu sobrino?

La rubia se queda inmóvil y lo mira.

—Por eso viniste, ¿verdad? Bueno, yo estoy buscando al agente de la Seguridad Nacional que se lo llevó. Así que pensé que podríamos ayudarnos mutuamente.

Ve que la mujer duda. Mira de la trampilla a los otros dos.

—Si vienes conmigo, me aseguraré de que…

Un estruendo interrumpe la frase. Viene de fuera del edificio. Un coche toca el claxon y alguien grita de dolor, luego le siguen cuatro disparos rápidos.

—¡Escuchad! —exclama el chico—. ¡Es un caos ahí fuera! Esto podría ser incluso peor que las dos veces anteriores. Está loco si sale, señor.

—Pues voy a salir. Y tú vienes conmigo. —Thorn extiende la mano hacia la mujer, pero ella se aparta.

Está a punto de alcanzarla de nuevo, cuando el árabe da un paso al frente. Tal como Thorn sospechaba, sostiene un arma. Le apunta directamente.

—Déjala en paz. ¿Me oyes?

—¡Eh, eh, Amir! —dice el chico—. ¡Vamos, tío! No hace falta llegar a eso.

El árabe clava la mirada en Thorn.

—Sal ahí fuera si insistes, pero déjala aquí. Claramente no quiere ir contigo.

Thorn aprieta la mandíbula.

—No quiero hacerlo así. Pero si me obligas, lo haré.

—¡Eh, escuchad! ¡Escuchad, todos! ¡Cálmense, por favor! —El chico intenta interponerse entre ellos.

—¡Apártate, George! —grita el árabe, sin apartar la vista de Thorn —. Puede que tenga que dispararle a este imbécil. —Se humedece los labios—. ¿Y bien, señor? ¿Se va por las buenas?

—Por supuesto —dice Thorn con calma. Ya está convencido de que no hay otra salida. Odia matar a chavales si puede evitarlo. Y el árabe no debe tener más de veinticinco. Un crío, en esencia.

Un crío que no debería estar jugando con adultos.

Thorn se aparta. Lo hace con naturalidad, como si se hubiera olvidado de algo.

Eso coloca a la rubia entre él y el árabe. Ella no se da cuenta, pero el árabe sí. Da un paso más allá de las estanterías para recuperar la línea de tiro. Pero Thorn se acerca a la mujer, usándola como escudo.

—¡Apártese, señorita! —grita el árabe.

La mujer reacciona demasiado tarde. Thorn la agarra por la cintura con una mano, saca el arma con la otra y dispara dos veces desde la cadera.

El segundo disparo le destroza la garganta al árabe. Sale despedido hacia atrás y su arma se dispara, perforando el techo al caer.

Thorn es el único que anticipa el estruendo. El chico y la mujer se cubren los oídos por reflejo.

Thorn recoge el arma del árabe y este se retuerce y se desangra.

—Qué maldita pena —murmura Thorn, lanzando el arma lejos. No le sirve, pero no quiere que el chico la recoja antes de que puedan

irse. Mira al árabe—. Deberías haberte mantenido al margen, hijo.

El árabe no lo escucha. Está demasiado ocupado muriéndose. Parece doloroso, así que Thorn le pone fin con otro disparo en la cara.

Guarda el arma y se dirige al otro chico. Este retrocede, hiperventilando, con la mirada fija en su compañero muerto.

—Tranquilo —le dice Thorn—. Mírame un segundo.

El chico obedece. Tiene los ojos vidriosos, perdidos. Parece a punto de desmayarse.

—Si le cuentas a alguien algo sobre mí, iré a buscarte. ¿De acuerdo?

El chico parpadea y traga saliva.

—De… de acuerdo.

—Necesito que confirmes lo que acabo de decir.

—Eh… —El chico frunce el ceño como si Thorn le hubiera pedido resolver un acertijo—. No diré nada… sobre usted.

—Eso es. Porque si lo haces…

—Entonces… volverá.

—Buen chico. Ah, y cierra la trampilla después de que nos vayamos, ¿vale? No querrás que alguno de esos ciegos de mierda baje hasta aquí. Estarás bien. Lo prometo.

Thorn se vuelve hacia la mujer, que se ha vuelto a esconder. La ve bajo la mesa.

—Cristo, con tanto esconderse —suspira—. Vamos. Nos vamos.

La mujer sale a gatas, despacio. Thorn la levanta.

—Ahora quédate aquí y no hagas nada más.

Ella asiente, con los labios temblorosos.

Thorn sube los cuatro escalones que conducen a la trampilla. La abre y entra la luz del sol. Mira hacia arriba, hacia un pozo con peldaños metálicos que lleva al nivel de la calle. Desde algún lugar cercano se oyen gritos, rugidos y un coche que pasa a toda velocidad. También suenan sirenas más lejos.

Mira a la mujer.

—Vamos. Y recuerda, no mires hacia arriba.

Thorn sale por la abertura y sube por el pozo. Lleva el arma preparada mientras examina los alrededores. Están en el lado derecho del edificio, ocultos de la vista por una hilera de rosales silvestres. La calle está justo al otro lado.

Cuando la mujer le alcanza, la trampilla se cierra tras ellos.

Thorn la guía a través del césped, bordeando el edificio. Mira por las ventanas que van dejando atrás. Dentro todavía hay combates.

Llegan al final de los arbustos. Thorn asoma la cabeza hacia la calle. Caos, tal y como esperaba. Su coche sigue donde lo dejó.

Mira a la mujer.

—Esto es lo que vamos a hacer. Cruzaremos la calle caminando. No corriendo. Entraremos en mi coche y nos iremos. Tranquilos y sin llamar la atención. ¿De acuerdo?

La rubia asiente. Luego dice, de pronto:

—Ojalá no hubieras matado a ese chico.

Thorn se encoge de hombros.

—Ojalá. Vamos.

La toma del codo y salen a la calle. Thorn permanece atento a cualquier coche que se acerque. Una ambulancia pasa a toda

velocidad por un cruce más adelante. Se sigue luchando por todas partes. Hay gente tirada por el suelo. Muertos o heridos.

Llegan al coche y Thorn abre la puerta del copiloto, ayudando a la mujer a subir. Luego rodea el vehículo. Dos mujeres ciegas, vestidas con ropa deportiva, se le acercan, atraídas por el sonido de la puerta al cerrarse.

Thorn les dispara a ambas en la cabeza antes de subirse al asiento del conductor. El interior del coche ya huele a sudor y perfume. No es una mala combinación. Thorn no ha estado con una mujer en bastante tiempo.

Aparta ese pensamiento de inmediato y arranca el motor. Mientras conduce por la calle, se asegura de no atropellar a nadie ni chocar con ningún otro vehículo que huye a toda prisa. Más de una vez tiene que frenar o desviarse para no arrollar a alguien o chocar con otro coche.

Conecta su teléfono al altavoz del coche y hace una llamada.

—Winter.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. Aquí abajo estamos tan a salvo como se puede estar. ¿Y tú?

—Estoy bien. Estaba en la Seguridad Nacional cuando ocurrió. Conseguí salir ileso. Tengo algo que necesito que verifiques por mí.

—Dime.

—Cero tres. C de Charlie.

—¿Dónde lo viste?

—Me lo dijo Holm.

—Es un código local. Se refiere a una casa segura.

—¿En serio?

—Buscaré la dirección y te la envío.

—Gracias.

GINA

Llegan a la cabaña a última hora de la tarde.

Está en un lugar muy apartado. Primero se desviaron de la carretera principal, luego tomaron una carretera secundaria, siguieron por un camino de grava lleno de baches durante diez minutos y, finalmente, giraron a la derecha por un sendero estrecho que se adentraba en el bosque.

Cinco minutos más tarde, apareció la cabaña. Se alzaba en un claro entre los pinos. Tenía paredes de madera y hasta hierba en el tejado.

—¿Qué me dices? —sonríe Patrick, apagando el motor—. Parece sacada de un puto cuento de hadas, ¿eh?

—¿Deberíamos inspeccionarla? —pregunta Gina.

Él le lanza una mirada antes de abrir la puerta.

—¿Hablas en serio? Estamos en medio de la nada. A veinticinco kilómetros del vecino más cercano.

—Esa gasolinera también estaba en mitad de la nada —apunta Phoebe—. Y sin embargo había alguien escondido allí.

—Te digo que este sitio es seguro —dice Patrick, bajando del coche —. Pero si insistes, adelante. Yo, por mi parte, necesito mear.

—Yo también —dice Victor.

Todos bajan del coche. Los chicos empezaban a impacientarse, y Gina también agradece poder estirar las piernas. El bosque está en silencio, salvo por el canto de los pájaros. El aire es fresco y limpio. El suelo está húmedo, aunque no ha llovido.

Patrick se acerca al árbol más próximo y se baja la cremallera.

—¡Jesús, cariño! —le llama Phoebe—. ¡Hay un váter dentro!

Patrick se encoge de hombros.

—Y aquí hay un árbol. —Mira por encima del hombro hacia los chicos—. ¿Qué pasa con vosotros? ¿No decíais que teníais que mear?

—Sí —dice Victor, dirigiéndose hacia allí antes de que Gina pueda protestar. Se coloca junto a Patrick, se sube la camiseta, la engancha bajo la barbilla, y empieza a forcejear con la cremallera.

Anton levanta la vista hacia Gina.

—¿Tú también tienes que ir al baño? —le pregunta ella.

—Prefiero usar el de dentro.

—Vaya, al menos uno de vosotros tiene modales.

—Tienes que enseñarles estas cosas a tus chicos —dice Patrick por encima del hombro.

Gina cruza los brazos.

—¿A mear al aire libre?

—Eso es lo mínimo. ¿Y qué tal construir un refugio? ¿Buscar comida en el bosque? ¿Cazar? ¿Les has enseñado a disparar?

Victor se queda boquiabierto y la mira.

—¿Vamos a disparar con una pistola?

—No —dice Gina con firmeza—. Y mira bien a dónde apuntas.

Victor se concentra en lo que está haciendo.

—No te preocupes —le dice Patrick—. Yo te enseñaré lo que tu madre no quiera. Hay cosas que son más fáciles para los chicos, ¿verdad?

—Verdad —dice Victor.

Gina se sorprende de lo rápido que Victor está cogiendo confianza con Patrick. Siempre fue el más impulsivo de sus hijos, y sin embargo pensaba que Patrick le daría miedo, con ese tono rudo y el tatuaje.

Al parecer, Victor ve en él algo que ella no. ¿Un modelo a seguir? Es una idea que no le agrada. No le molesta que sus hijos tengan una figura masculina a la que admirar. Lo que no quiere es que esa figura sea alguien como Patrick.

—¿Mamá? —Anton se balancea de un pie a otro—. Tengo muchas ganas.

—Ven conmigo, Ant —dice Phoebe, dirigiéndose a la puerta principal—. Te enseñaré dónde está el baño.

—Tened cuidado, ¿vale? —dice Gina—. Asegúrate de revisar primero.

Phoebe le lanza una mirada cómplice y da una palmadita en el arma que lleva en la parte baja de la espalda.

—No te preocupes.

—Eh, te olvidaste de sacudirla —dice Patrick, mirando a Victor, que ya se está subiendo los pantalones—. Así, mira…

Victor observa lo que hace Patrick y se ríe.

—¡Ahora tú!

—Dios mío… —murmura Gina, dándose la vuelta.

Empieza a sacar las bolsas del coche.

Patrick se le acerca.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalando la maleta roja.

—Suministros médicos —le responde Gina.

Antes de que pueda detenerle, él abre la cremallera.

—Por favor, no toques nada —dice ella—. Al menos hasta que te laves las manos.

—Joder, tienes medio hospital aquí dentro —dice Patrick—. Con razón pesaba tanto.

—Es por si hay una emergencia.

—¿Eso es un desfibrilador?

—Lo es.

—¿Y eso otro? —pregunta, señalando—. ¿Es un respirador?

—Eres todo un experto —dice Gina, cerrando la maleta. Luego duda, comprueba que los chicos no estén al alcance del oído y añade—: Es para Anton. Por si sufre un ataque grave de asma.

Patrick frunce el ceño.

—Joder. ¿Es tan necesario?

—De momento no. Pero prefiero tenerlo todo previsto.

Él sonríe de medio lado.

—Eres muy meticulosa. Me gusta eso.

Gina no le devuelve la sonrisa.

—Pensándolo bien, lleva tú las bolsas. Yo revisaré el exterior.

—Sí, señora —dice Patrick, saludándola con un gesto—. Hay que asegurar el perímetro.

Gina lo ignora y rodea la cabaña por un lado.

Hay un invernadero y un huerto de cocina, con pocas hierbas creciendo. El verano está dando paso al otoño, así que ya es tarde para plantar. Gina considera la idea de quedarse allí durante el invierno. Cuando aceptó venir, pensaba que era una solución temporal. Un sitio donde aguantar una o dos semanas, hasta que las cosas volvieran a estar bajo control.

Ahora, al ver el lugar y lo remoto que es, empieza a pensar que quizás vivan allí mucho más tiempo.

Llega a la parte trasera de la cabaña. Hay una puerta trasera y un cobertizo con un candado grande. Al pasar entre la cabaña y el cobertizo, Gina nota una pisada en la tierra húmeda.

Se detiene en seco y baja la mirada. Hay más de una. Un rastro. No, dos rastros. Uno que va hacia la casa y otro que se aleja. Uno de ellos llega hasta una ventana, y Gina ve una piedra en el suelo y el cristal roto.

—Mierda… —Saca el arma y recuerda quitarle el seguro.

Entonces Phoebe grita desde el interior:

—¡Atención! ¡Han entrado!

El segundo rastro de huellas va desde la puerta trasera hacia el bosque. Podría significar que quien entró ya se ha ido. Pero no dice nada sobre si ha vuelto más tarde.

Gina se desliza hasta la puerta trasera y mira dentro. Puede ver huellas de barro sobre el suelo blanco de baldosas. Pero no hay

nadie. Prueba el pomo. La puerta se abre sin resistencia. Entra, escaneando el lavadero.

Alguien ha revuelto los armarios, ha sacado cosas, ha dejado algunas tiradas por el suelo.

La puerta que da a la casa está cerrada. Gina oye crujir las tablas del suelo al otro lado.

—¡Phoebe! —grita—. ¡Estoy detrás!

La persona al otro lado se acerca a la puerta. Gina aprieta el arma. La mantiene apuntando al suelo, pero está lista.

—Soy yo —dice Phoebe—. Voy a abrir.

La puerta se abre y revela a Phoebe, con Anton justo detrás. Tiene los ojos como platos.

—Han entrado por aquí —dice Gina, señalando la puerta trasera.

—Creo que ya se han ido —dice Phoebe, pero no guarda el arma.

—Las huellas son recientes. Quizá de hoy mismo. O de ayer como mucho. ¿Crees que era un ciego?

Phoebe niega con la cabeza.

—Parece que buscaban suministros. Han cogido cosas de la cocina.

Patrick aparece detrás de Phoebe, también con su arma. Victor está a su lado.

—Hijos de puta —gruñe—. Alguien encontró el sitio y decidió que podía llevarse comida gratis.

—Tenemos que revisar todo —dice Gina—. Todas las habitaciones. Cualquier posible escondite. Tenemos que estar absolutamente seguros de que no hay nadie.

—De acuerdo —dice Phoebe—. Yo me encargo de los dormitorios. Tú revisa la cocina y el salón. Pat, tú…

—Revisaré el desván y el cobertizo —la interrumpe—. Vic, quédate cerca de mí.

Victor asiente con entusiasmo y le lanza a Gina una mirada con una mezcla de miedo y emoción. Ella no discute. Está segura de que Patrick sabe manejar un arma. En su lugar, mira a Anton.

—¿Vienes conmigo?

Anton se acerca.

—Quédate cerca, pero detrás de mí. No quiero que te interpongas si tengo que disparar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mamá.

—Si veis a alguien —dice Patrick, bajando la voz—, disparad. A las piernas. Sin hacer preguntas. No sabemos si están armados, y han entrado en nuestra propiedad. Así que tenemos todo el derecho a apretar el gatillo.

—Entendido —responde Phoebe.

A Gina no le gusta la idea de disparar sin saber las intenciones del otro, pero asiente.

—Si la casa está despejada, nos reunimos en la cocina —dice Patrick—. Ahora, al lío.

Se separan.

Gina va primero a la cocina. Phoebe no mentía. Es evidente que los visitantes venían buscando comida. Todos los armarios y cajones están abiertos. Hay cosas sobre la encimera y el suelo.

Gina revisa meticulosamente cada lugar donde alguien podría esconderse, con Anton pisándole los talones, sus manos apoyadas en el cinturón de ella. Mira detrás del frigorífico, bajo la mesa del comedor, dentro de los armarios grandes.

Está a punto de pasar al salón cuando Anton susurra:

—¿Mamá?

—¿Qué pasa?

—Mira.

Señala el suelo.

Gina ve la trampilla. Está medio oculta bajo una alfombra.

—Buena vista. Quédate atrás.

Se agacha, aparta la alfombra y encuentra un aro metálico empotrado que hace de tirador. Levanta la trampilla, apuntando con el arma hacia la abertura. Puede distinguir una escalera de madera, pero no mucho más.

—¿Tienes el teléfono, Ant?

—Sí.

—Enciende la linterna y dámelo.

Él obedece. Gina toma el teléfono y alumbra escaleras abajo. No es un sótano como pensaba, sino algo más parecido a una despensa tradicional. De tres por tres metros, la estancia subterránea está llena de estanterías repletas de alimentos no perecederos: sobre todo latas y tarros, fruta deshidratada, arroz, lentejas, galletas saladas, cecina, leche en polvo e incluso chocolate negro.

—No hay nadie ahí abajo —dice Gina, devolviendo el teléfono a Anton. No se molesta en cerrar la trampilla mientras pasa al salón. Hay una zona de comedor con una mesa para seis personas. Al fondo, un par de sofás frente a una chimenea abierta. Todo parece intacto.

Gina revisa todos los rincones donde alguien podría esconderse. Debajo de los sofás, bajo la mesa, en la esquina detrás de la

estantería. Incluso echa un vistazo rápido por la chimenea.

Al girarse, Phoebe está de pie junto a Anton.

—¿Has encontrado algo?

—Nada.

—Los dormitorios también están despejados.

Victor y Patrick entran en la estancia.

—Creo que no hay peligro —dice Patrick—. Han cogido algunas cosas del cobertizo, pero nada imprescindible. ¿Habéis notado si falta algo?

Gina se encoge de hombros.

—Está claro que han pasado por la cocina, pero no sabría decir cuánto se han llevado. Por las huellas, solo había una persona, y probablemente no era muy mayor.

Patrick se deja caer en el sofá, mirando sus manos.

—Entonces, ¿con qué estamos lidiando aquí? ¿Nuestro visitante era ciego?

Phoebe se pasa una mano por el pelo.

—No lo creo. Sinceramente, parece una entrada y allanamiento improvisados. A lo mejor solo era un chaval divirtiéndose.

—Vaya momento para divertirse —bufa Patrick—. Con el mundo derrumbándose y todo.

—Precisamente por eso me parece más probable lo que dice Phoebe —coincide Gina—. Los adolescentes hacen tonterías cuando tienen miedo. Igual que el resto.

—Pero eso no explica qué hacía un adolescente aquí, en medio de la nada. He buscado huellas de neumáticos y no encontré nada aparte de las nuestras. Ni siquiera de una bicicleta. Parece que vino

a pie y se fue igual. Los vecinos más cercanos están a veinticinco kilómetros.

—Puede que viniera de la autopista —sugiere Phoebe—. Quizá viajaba con su familia y el coche se averió, así que fue a buscar gasolina.

—La carretera principal está a más de seis kilómetros —señala Patrick—. Pero me gusta tu teoría. Una de las cosas que se llevó del cobertizo fue un bidón de gasolina, así que encaja.

—Pero si solo buscaba gasolina, ¿por qué forzar la entrada de la casa y rebuscar en la cocina? —pregunta Gina.

Patrick chasquea los labios.

—Quizá pensó que, ya que estaba, también podía buscar algo de comer.

—Si solo necesitaba gasolina, eso significa que consiguió lo que vino a buscar —dice Phoebe—. Así que probablemente no vuelva. Eso debería ser una buena noticia.

—Sí —dice Patrick—. Pero si estamos equivocados y no era un vagabundo, sino alguien de por aquí, entonces lo más probable es que vuelva. Seamos realistas: ha encontrado una mina de oro en suministros. Y probablemente se dio cuenta de que esta casa llevaba vacía meses. Así que volver con un grupo de amigos para saquearla es un escenario bastante probable. —Se encoge de hombros y los mira—. Al menos eso es lo que yo haría.

THORN

—¿Estás segura de que mi sobrino está ahí dentro?

La rubia mira de la casa a Thorn. Ha estado callada durante todo el trayecto.

Están aparcados justo al otro lado de la calle, con el motor aún en marcha. La casa de ladrillo amarillo está en su mayor parte oculta tras un seto alto. Es un barrio anodino. Tranquilo, pero cerca de la autopista. El lugar perfecto para una casa segura.

Thorn asiente.

—Si sigue con el agente que estoy buscando.

—No parece una casa segura.

—Esa es la idea.

—¿Y entonces, a qué esperamos? —Se quita el cinturón de seguridad.

—Espera —dice Thorn, colocando una mano sobre su brazo—. El agente al que busco puede que no quiera entregarte a tu sobrino de

forma voluntaria. Y, por lo que vi antes, tu sobrino tampoco parecía muy interesado en irse contigo.

La expresión de la mujer se vuelve inmediatamente fría.

—No es decisión suya. Soy su tutora legal…

—Sí, eso ya lo dijiste. Y no lo discuto. Solo digo que, si vas y llamas a la puerta, ¿qué crees que pasará? ¿Tu sobrino cambiará de idea y se irá contigo a casa?

—Le convenceré.

—No estoy tan seguro de que puedas.

—Es mi sobrino —dice ella, cruzándose de brazos—. Le conozco desde que nació. Puedo hacerle entrar en razón.

—Ya, bueno… hay mucho en juego aquí. —Ignora la mirada fulminante de la mujer mientras observa la casa—. Si el agente se entera de que estoy aquí, hay muchas probabilidades de que active el protocolo de cierre.

—¿Qué significa eso, "cierre"?

—Hay una habitación segura dentro de la casa. Es prácticamente imposible entrar en ella. Está diseñada para resistir casi cualquier cosa, incluso una explosión nuclear. Como imaginarás, nuestras posibilidades de llegar hasta ellos disminuyen drásticamente si se meten ahí. Por eso tenemos que actuar con cuidado. Así que esto es lo que vamos a hacer: tú te quedas aquí. Yo iré a inspeccionar la casa. ¿De acuerdo?

La mujer le lanza una mirada furiosa, sin decir nada.

—Interpretaré tu silencio como consentimiento —dice Thorn, bajando del coche. Antes de cerrar la puerta, se asoma hacia ella—. Mira, por si te entran ganas de salir corriendo…

—No te preocupes —resopla ella—. No me voy de aquí sin mi sobrino.

—Bien. Ahora vuelvo.

Observa casualmente la calle para comprobar si hay alguien mirando antes de abrir el maletero. Abre el compartimento lateral y saca la pistola de dardos. La carga y la guarda en el interior de la chaqueta.

Después, se dirige a la entrada de la casa vecina, fingiendo que va de visita. En lugar de ir hacia la puerta principal, rodea por la parte trasera.

La casa tiene un jardín precioso y bien cuidado. Arbustos recortados, un banco, un bebedero para pájaros e incluso un pequeño estanque. Todo indica que aquí residen personas mayores. Un seto separa este jardín del que pertenece a la casa segura.

Thorn lo sigue hasta encontrar una parte donde las ramas son más finas. Se agacha y se desliza a través de él.

El jardín de la casa segura está igual de cuidado, aunque es mucho más sencillo: apenas un césped plano. Es evidente que se paga a un jardinero para cortar la hierba y recortar el seto con regularidad, igual que se mantiene la casa tanto por dentro como por fuera. Todo está pensado para parecer normal y discreto. Financiado, por supuesto, por los contribuyentes.

La casa se alza un poco sobre el nivel del suelo, lo que significa que tiene sótano, probablemente donde se encuentra la habitación segura. Pero no hay ventanas, ni manera de acceder desde fuera.

La parte trasera de la casa tiene algunas ventanas y un patio con una puerta de cristal que da a la cocina.

Thorn puede ver a dos figuras dentro. Uno es Nygaard, la otra es la mujer. Están hablando.

Thorn se desliza junto al seto y se detiene en la esquina de la casa. Echa un vistazo por la pared lateral y ve más ventanas. Todas cerradas. Excepto una.

Camina hasta allí, se queda quieto unos segundos, escucha. No oye nada, salvo el canto de los pájaros. Se arriesga a mirar. Es un dormitorio. En la cama está sentado el chico. De espaldas. Parece que está con el móvil.

«Demasiado fácil.»

Thorn saca la pistola de dardos. Coloca la otra mano sobre la ventana y la empuja lentamente, con suavidad. La abre unos centímetros más. Suficiente para tener un disparo limpio al cuello del chico.

Lo dejará fuera de combate, entrará en la casa, sedará a Nygaard, luego inmovilizará a la mujer y a la chica. Sin desorden.

Incluso será fácil.

Cierra un ojo, apunta al cuello del muchacho y aprieta el gatillo.

TOMMY

Llaman a la puerta.

Tommy levanta la vista del teléfono.

—¿Sí?

La puerta se abre. John asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

El agente entra y cierra la puerta tras de sí.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, supongo.

Desde que llegaron a la casa segura, Tommy ha sentido la necesidad de mantenerse al margen. Agradeció por poder tener su propia habitación. Y que John y su familia respetaran su intimidad.

Habían compartido una comida rápida en el salón. Ninguno tenía demasiado apetito. Ninguno tenía mucho que decir.

Entonces, de pronto, Tommy perdió el oído. Miró hacia las ventanas, luego a John. Y John le devolvió la mirada y se

entendieron sin palabras.

En cuanto recuperaron el oído, John dijo con calma a su mujer y a su hija que estaba ocurriendo otra vez. La atmósfera en torno a la mesa se volvió aún más densa. Esperaron. Escucharon.

Afuera, empezaron a oírse ruidos. Gritos. Golpes. Disparos.

Tommy casi se ha acostumbrado ya.

Miró la hora en su teléfono. Las cuatro y veintidós. Cerca de trece horas y media esta vez.

Como para compensar el ligero retraso, esta vez duró más del doble.

Fue una sensación extraña para Tommy, estar sentado a la mesa. No solo porque jamás había compartido una comida con una familia, sino también por lo desconcertante que resultaba saber que, ahí fuera, la muerte y la destrucción volvían a comenzar, mientras ellos permanecían perfectamente a salvo.

—Espero que la gente empiece a espabilar —dijo Karen, rompiendo el silencio—. A estas alturas ya deben saber que hay que alejarse de las ventanas.

—No estoy seguro de que tengan elección —murmuró John—. Parece que la mayoría se siente atraída por ello.

Tommy asintió en silencio. Para él, no levantarse y acercarse a las ventanas había sido todo un esfuerzo.

Pero no lo hizo.

Después, se fue a su habitación.

—Quería hablar contigo… —dice John, y se interrumpe al notar algo—. ¿Has abierto la ventana?

—Sí. Olía raro aquí dentro.

John se acerca a cerrarla.

—Mejor no arriesgarse.

—¿Por qué? ¿Alguien te está buscando?

—No lo sé.

—Quería preguntarte sobre los incidentes.

—Claro.

John coge la silla del escritorio y la acerca a la cama. Se sienta, y la silla chirría bajo su peso.

—¿Fuiste sincero conmigo ayer? Durante la entrevista.

—Lo fui, tanto como pude —responde Tommy.

—Eso que viste ahí arriba… ¿crees que es real? ¿No es solo algo que tú… o nosotros, imaginamos?

Tommy sonríe con ironía.

—¿Me estás preguntando si creo que hemos perdido la cabeza?

—Te estoy preguntando qué crees que es eso que hay ahí arriba.

—No lo he pensado mucho desde ayer —admite Tommy, rascándose la cabeza—. No he tenido tiempo. Pero cuando miré en Internet, descubrí que no somos los únicos que lo ven. Creo que hay otros como nosotros, por todo el mundo.

John asiente lentamente.

—Yo también lo creo.

—Y como algunos no nos vemos afectados —prosigue Tommy, hablando con lentitud—, debe de significar que no es una ilusión. No es algo que nuestra mente fabrique. Quiero decir, si no estuviera realmente ahí, no veríamos nada.

—Estoy de acuerdo.

Se quedan en silencio unos instantes.

—Así que tú también lo viste —dice Tommy—. ¿Cómo te pareció a ti?

John se encoge de hombros.

—Parece que el cielo está a punto de romperse.

A Tommy le recorre un escalofrío involuntario.

—Ya… lo sé. Da muy mal rollo. —Piensa un momento—. ¿Y si es un símbolo?

—¿Quieres decir una señal?

—No, me refiero a… una metáfora.

—¿Cómo?

—Vale, sea lo que sea eso que hay ahí arriba, es algo que nunca hemos visto antes. Y ya sabemos que el cielo no puede romperse, así que eso no puede ser literalmente lo que estamos viendo. Puede que nuestras mentes no sepan cómo interpretarlo. Así que quizás lo traducen en algo que sí podemos entender. Como cuando el cerebro recibe la imagen de nuestros ojos al revés, y la voltea antes de que nos demos cuenta. Puede que estemos haciendo lo mismo aquí. Puede que nuestros cerebros simplemente traduzcan lo que hay ahí arriba en una grieta en el cielo.

John se muerde la lengua.

—Vale, te sigo. ¿Y cuál sería la metáfora?

Tommy se encoge de hombros.

—Un cielo que se rompe tiene que significar el juicio final. El apocalipsis. El fin del mundo. No se me ocurre otra interpretación.

A John no parece gustarle la idea, pero asiente.

—El fin del mundo.

—Ajá. Al menos del nuestro. De los humanos, quiero decir. Los animales no parecen verse afectados. Igual que nosotros. —Reflexiona un instante—. Tiene que significar algo, ¿no crees?

—¿Que estemos exentos? Podría ser solo una anomalía. Como con la mayoría de los virus: hay un pequeño porcentaje inmune, sin explicación clara.

—¿Tú crees que es solo algo genético?

—Podría ser. O quizás mental. Quizás estamos configurados de una forma que simplemente… nos protege. No lo sé.

Tommy lo medita.

—Yo creo que tiene que haber una razón. Sea cual sea la causa, tenemos un propósito. Algo que debemos hacer.

John alza una ceja.

—¿No crees que lo estás sobreinterpretando?

—No. Creo que tenemos que averiguar qué se espera de nosotros.

—Bueno, si lo descubres, me avisas —dice John, levantándose.

Se dirige hacia la puerta.

—¿John?

—¿Sí?

—¿Tienes los números de Mark y Gina?

John se gira para mirarle. Tommy puede ver que reconoce los nombres.

—¿Por qué?

—Creo que deberíamos contactar con ellos. Si siguen vivos, claro.

—¿Por qué querrías hacerlo?

Tommy se encoge de hombros.

—Quizá sepan algo que nosotros no. Tal vez hayan conocido a otros inmunes. ¿No crees que deberíamos ponernos en contacto y tratar de organizar un encuentro?

John frunce el ceño.

—No lo había pensado.

—Cuantos más seamos, más probabilidades tenemos de entender lo que está pasando.

—Supongo que tienes razón. Pero no pienso salir de esta casa.

—Vale, entonces ¿puedo pedirles que vengan aquí?

John no parece nada cómodo con la idea.

—No creo que sea buena idea.

—Mira, tenemos espacio y comida de sobra. Podríamos acoger a dos personas más sin problema. A cinco, si quisiéramos. Puede que estén ahí fuera, luchando por sobrevivir ahora mismo. —Se encoge de hombros—. Si pudiéramos darles refugio, ¿no deberíamos hacerlo?

THORN

—¿Lo viste dentro? ¿Hablaste con él? ¿Por qué no está contigo?

La mujer se abalanza sobre él con sus preguntas en cuanto vuelve al coche. Ha encendido un cigarrillo mientras él estaba fuera.

—Cállate un momento —dice Thorn—. Tengo que hacer una llamada.

—¡Al menos podrías decirme si mi sobrino está ahí dentro!

—Lo está. —Thorn saca su teléfono. Luego duda. Se muerde el labio y mira hacia la casa segura—. También está el tipo al que estoy buscando.

—Entonces ¿por qué no los has sacado? ¿No pudiste entrar?

—Sí que pude. Pero…

—¿Pero qué?

Thorn gira la cabeza para mirarla.

—No era el momento adecuado. Ahora cállate mientras hablo con mi jefe.

La mujer cruza los brazos.

Él hace la llamada.

—Winter.

—Los he encontrado a los dos.

—¿Los tienes?

—No, aún no. Tomé una decisión. Los oí hablar. Están intentando encontrar a otras personas como ellos. Ya tenían dos nombres. Puede que más.

Nadie dice nada durante unos segundos.

—¿Crees que podremos llegar a todos ellos? —pregunta Winter.

—Eso creo. Puede que incluso quieran traerlos aquí.

—¿Entonces asaltamos el lugar en cuanto lleguen?

—No, sería un caos. Pero si esperamos, puede que se nos presente una oportunidad.

—¿Qué necesitas de momento?

—Necesito que intervengas un teléfono.

—¿El de Nygaard? Ya te dije que dejó el suyo.

—No, el del chico. Tengo su número. —Mira de reojo a la mujer.

Ella sigue con los brazos cruzados.

—¿Cuál es el número? —pregunta Thorn con paciencia.

Ella le sostiene la mirada un momento con desafío. Luego busca el número en su móvil y lo recita en voz alta.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo. Estoy configurando la escucha ahora mismo.

—Gracias.

—¿Quién está contigo?

—Alguien que me ayudará a entrar cuando llegue el momento. Te llamaré en cuanto tenga novedades.

Cuelga.

La rubia sigue mirándole.

—¿Trabajas para el gobierno?

—Digamos que sí.

—¿Y por qué te interesan tanto esas personas que están ahí dentro?

—Necesitamos averiguar por qué son inmunes.

Melissa alza las cejas.

—¿Inmunes? ¿Inmunes a qué?

—A lo que demonios sea eso que hay ahí arriba, dejando ciega y trastornada a la gente.

—¿Quieres decir que mi sobrino es…? —Se echa a reír—. Ni de broma. No Tommy. Él no es inmune a nada. Vamos, si es alérgico a todo. Intolerante a la lactosa. Es el chaval más débil que hayas visto. Apenas tiene sistema inmunológico.

—Y, sin embargo —dice Thorn con calma—, ha mirado al cielo y ha visto lo que hay ahí. Y no le ha hecho daño.

La mujer parece estar digiriendo algo que le sienta fatal.

—¿Así que por eso persigues también a ese agente?

—Exacto. Y cuanto más de ellos encuentre, más contento estará mi jefe. Por eso no los he sacado todavía. Si consigo algunos nombres, podré empezar a rastrear a esas personas.

No debería contarle todo esto. Pero ella no representa ninguna amenaza. Y le encanta cómo le mira. Como si estuviera muy impresionada.

—¿Y qué vas a hacer con ellos cuando los tengas?

—Voy a entregarlos a un laboratorio militar a las afueras de la ciudad. Les harán un montón de pruebas. Intentarán averiguar qué les hace inmunes.

—Y esas pruebas… ¿los matarán?

Se toma un instante para observar su rostro, valorando su respuesta.

—Probablemente, al final, sí.

—Así que no hay ninguna posibilidad de que me lo lleve a casa, ¿verdad? Solo me trajiste por si podía ayudarte a llegar hasta él.

Thorn la mira en silencio.

—Qué lástima —prosigue ella, con resignación en la voz—. Tener que morir así. De verdad quería llevármelo, enderezarle un poco. Convertirlo en un ciudadano decente, ¿sabes? —Suspira y mira por la ventanilla—. Pero supongo que, con el mundo yéndose al infierno, ya da igual.

Entonces, a Thorn se le ocurre una idea.

—Quizá pueda hacer algo para que te lo quedes.

Ella le mira.

—¿De verdad?

—Si me ayudas a traerlo, estoy seguro de que mi jefe te dejará tenerlo antes de que sufra demasiado… daño. Puede que incluso se vuelva más obediente si ha pasado por unos cuantos procedimientos médicos invasivos.

La mujer niega con la cabeza. No porque rechace la oferta ni porque le repugne, sino simplemente porque está confundida.

—¿Por qué crees que puedo convencerle de que salga? No confía en mí.

—No he dicho que tengas que convencerle —le corrige Thorn—. Tienes razón, eso evidentemente no funcionó.

—¿Entonces cómo?

—Hay muchas otras tácticas. Le encontraremos un punto débil y jugaremos con eso.

—O sea… que le engañaremos.

—Exacto.

Melissa le observa unos segundos. Luego sonríe con malicia.

—Me gusta cómo piensas, caballero. ¿Y ahora qué?

—Ahora esperamos. Puedes irte a casa si quieres. Te llamaré cuando te necesite.

Ella resopla.

—¿Casa? ¿Para qué? No tengo nada. —Mira por la ventanilla.

Thorn reclina la cabeza, cierra los ojos y descansa.

La mujer empieza a hablar.

—Nunca tuve hijos, ¿sabes? Siempre pensé que era injusto. Mi hermana… era un desastre. Nunca consiguió poner orden en su vida. Pero fue ella la que se quedó embarazada. Creo que esto es mi destino, ¿sabes? De algún modo, esto tenía que pasar. Estoy destinada a cuidar de Tommy. A encarrilar su vida. Nunca es tarde. Todavía es joven.

—Seguro que harás un buen trabajo.

Thorn puede notar cómo la mujer le observa.

—¿Lo crees?

—Absolutamente. Yo diría que es un chico con suerte, por tener a alguien dispuesto a pasar por todo esto por él.

—Gracias —dice ella en voz baja, con emoción—. Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo.

Thorn no responde. No le importa lo más mínimo lo que la mujer quiera. Mientras coopere, eso es todo lo que necesita.

Thorn tiene su propia misión. Y no existe la menor posibilidad de que ella se lleve a su sobrino a casa.

Al menos, no hasta que hayan agotado todas las pruebas posibles con él.

Y para entonces, de él ya no quedará gran cosa.

GINA

—¿Todavía no se lo has dicho?

Gina levanta la vista de su neceser al ver a Phoebe allí. No la había oído entrar en el baño. Tampoco esperaba que le hablaran en otro idioma. Cambia el chip mental al inglés.

—¿Decirles qué?

Phoebe cierra la puerta y se acerca al lavabo. La mira a través del espejo.

—¿Lo de su padre?

Gina baja la mirada hacia su cepillo de dientes.

—No.

—¿Vas a hacerlo algún día?

—Claro. Algún día. Cuando sienta que están preparados.

—¿Entonces tampoco saben que fuiste violada?

Phoebe habla en voz baja, pero la sola palabra basta para que Gina se sobresalte y lance una mirada hacia la puerta.

—Tranquila, los dos están dormidos —la asegura Phoebe—. Hace un minuto los oí roncar.

—¿Y Patrick?

—En el salón, encendiendo la chimenea. —Phoebe coge su propio cepillo de dientes y le pone pasta—. Sé que no es asunto mío. Solo intento entenderlo.

Ante cualquier otra persona, Gina habría levantado un muro al primer intento de hablar sobre su pasado. Pero con Phoebe es distinto. Es curioso cómo no han hablado en años y, aun así, Gina confía en ella de forma instintiva. No hay juicio. No hace falta explicar nada, ni pedir disculpas. Son como viejas compañeras de guerra, unidas por una conexión silenciosa.

—No es una conversación fácil —murmura Gina, empezando a cepillarse los dientes—. Y ahora mismo ya tienen bastante en la cabeza.

—Lo sé. Yo probablemente también esperaría un poco. Pero creo que merecen saberlo, cuánto antes mejor. Ya son lo bastante mayores para afrontarlo.

—Supongo que sí.

Se cepillan en silencio durante un rato.

Phoebe termina antes. Escupe, se enjuaga y guarda el cepillo. Luego se baja los pantalones y se sienta en el inodoro.

Gina escupe en el lavabo.

—¿Tú le contaste a Patrick lo de tu padre?

Phoebe asiente, mirando al suelo. De pronto parece ausente.

—¿Sabes? Lo vi.

—¿A quién? ¿A tu padre?

—Ajá.

—¿De verdad? ¿Cuándo fue eso?

—Hoy mismo.

Gina frunce el ceño mientras cierra la cremallera del neceser y mira a Phoebe por el espejo.

—¿Está aquí? ¿En Dinamarca?

—No. Murió hace unos diez años.

Gina se gira para mirarla directamente.

—¿Entonces qué quieres decir?

Phoebe termina, tira de la cadena y por fin se encuentra con la mirada de Gina.

—Esto queda entre nosotras, ¿verdad?

—Claro.

Phoebe respira hondo.

—Hace unos años decidí llamarle. En realidad no fue idea mía, fue algo que me metió en la cabeza mi terapeuta. Llevaba tiempo diciéndome que enfrentarme a mi padre me ayudaría a cerrar heridas. Bueno, una noche estaba borracha y nostálgica, y pensé "qué demonios". Me puse a buscarle por internet. Encontré su esquela. Murió de cáncer. Probablemente por tanto beber.

Phoebe se muerde el labio.

—¿Pero… dices que lo viste hoy? —pregunta Gina.

—Y también el día anterior. Cuando ocurrió el primer incidente, yo estaba trabajando, haciendo una visita domiciliaria a una anciana. Estábamos en su dormitorio, preparándonos para la ducha. De pronto sentí algo extraño… No sé explicarlo. Nunca me había pasado. Como si alguien tocara el interior de mi cerebro. Como si

algo intentara llamar mi atención. Me sentí observada, de una forma muy rara. Pensé que alguien estaría fuera, en la ventana. Había cerrado las cortinas por privacidad, así que le pedí a la señora que esperara y fui a mirar.

—Había un pequeño césped detrás del geriátrico, y allí estaba él. De pie, justo en medio de un parterre de flores —los ojos de Phoebe se pierden—. Le reconocí al instante. Llevaba esos malditos petos de paleto. Y no había envejecido desde que me fui de Estados Unidos. Lo cual, claro, debería haberme dicho que no era real. Además del hecho de que sabía que estaba muerto, ya sabes. Pero al verle allí… fue tan real. Me transportó de golpe. Por dentro, volví a tener diez años. Sentí su maldita mano en mi muslo. Sentí su peso. Incluso olí ese aliento agrio a vino… —Phoebe se corta a sí misma con un movimiento de cabeza—. Maldito cabrón.

Gina le deja espacio. Se da cuenta de que está agarrando con fuerza el borde del lavabo, y se obliga a soltarlo. Un sudor frío le recorre la espalda y el labio superior. Entiende demasiado bien lo que Phoebe describe. Ella también guarda recuerdos parecidos, enterrados. Y ambas se los llevarán a la tumba.

Gina solo lo vivió una vez. Y eso fue casi suficiente para destrozarle la vida. No puede imaginar lo que debe de ser soportarlo una y otra vez durante toda la infancia. Por eso no entiende cómo Phoebe puede seguir adelante con su vida.

—Lo siento —susurra Gina.

—En fin —prosigue Phoebe, secándose una lágrima—. Me quedé allí, mirándole. Él me devolvía la mirada, sonriendo. Luego miró brevemente al cielo, y después volvió a mirarme. Era evidente que

quería que viera algo. Así que miré arriba, pero la casa tenía ese gran alero, ¿sabes?, donde el tejado sobresale. Así que no pude ver lo que me señalaba. Cuando volví a mirar, ya no estaba. Así, "puf". Y entonces empezó. Oímos a alguien gritar en la casa de al lado, y pronto todo fue caos fuera. —Phoebe respira hondo—. Luego, cuando veníamos en coche, volvió a pasar. Le vi otra vez. Estaba en la cuneta. Le vi desde un kilómetro de distancia. Al principio creí que pedía que le dieran un empujón. Pero entonces me invadió esa sensación horrible. Y cuando nos acercamos, lo reconocí. No quería que lo lleváramos. Señalaba al cielo. Me indicó que mirara.

Gina traga saliva, intentando forzar el corazón a bajar del cuello.

—¿Y lo hiciste?

—No, claro que no. ¿Estás loca? Ya sé que es peligroso. La primera vez tuve suerte.

—¿Y eso fue todo? ¿Le viste allí plantado?

—Eso fue todo, sí. Al menos, todo lo que me pasó a mí.

Remarca esas últimas palabras, y por fin mira a Gina a los ojos.

—Ahora te toca a ti, Gina.

—¿Qué quieres decir?

Phoebe se encoge de hombros.

—Imagino que tienes algo que contarme.

—Yo… no sé a qué te refieres. —La mentira es demasiado evidente.

—Dijiste que viste a alguien junto a la carretera que se había quedado ciego. Pero yo sé que no había nadie allí. —Phoebe da un paso adelante y baja la voz—. ¿A quién viste, Gina? ¿A alguien que no estaba realmente allí?

Gina se toma un momento para ordenar sus pensamientos.

—Está bien. La única razón por la que no os he contado esto es porque no quiero que lo sepan los chicos. Pero… no me afecta. Lo que sea que haya ahí arriba. Por alguna razón, cuando lo miro, no me quedo ciega ni nada.

Los ojos de Phoebe se abren de par en par.

—¿Así que lo has visto?

Gina asiente.

—Más de una vez.

—Joder… pensaba… pensaba que era un mito. —Observa a Gina de arriba abajo, como si la viera con otros ojos—. Están hablando de ti en internet. Te llaman "inmune". En Estados Unidos ya han encontrado a varios que dicen poder mirar al cielo sin… pero es como uno entre un millón… joder, Gina.

—Creo que es más bien uno entre mil —murmura Gina—. He conocido a otros dos. Supongo que hay muchos más ahí fuera.

Phoebe parece estar encajando piezas.

—Entonces miraste hacia arriba cuando íbamos conduciendo antes. ¿Por eso sabías que estaba ahí?

—No. No necesito mirar. Recibo como una especie de… aviso, por llamarlo de alguna forma. Muy parecido a lo que describiste. Como si alguien me observara. Alguien que me conoce a fondo.

Phoebe chasquea los dedos.

—Exacto. Tal cual.

—Y también pierdo el oído. Medio minuto, más o menos. Luego empieza, y yo vuelvo a la normalidad.

—¿Así que… no ves a nadie que no esté ahí?

Gina niega con la cabeza.

—Vaya. Yo que esperaba… —Phoebe se frota la frente—. Aún no le he contado nada de esto a Patrick. Tengo miedo de estar volviéndome loca. Pero tiene que estar relacionado con lo que pasa ahí arriba, ¿no? No puede ser solo cosa mía.

—No lo sé, Phoebe.

Phoebe la mira con una curiosidad brillante en los ojos.

—¿Qué es? Dicen por ahí que parece que el cielo se está rompiendo.

—Es lo que yo también veo. Pero es una ilusión. Quiero decir, parece real e irreal al mismo tiempo. Es difícil de describir.

—Mierda —murmura Phoebe—. Esto no me lo esperaba.

—Escucha, tienes que guardártelo para ti, ¿vale? No quiero que mis hijos lo sepan. No todavía.

—¿Por qué no?

—Porque si se lo cuento, podrían sentir la tentación de mirar. Ya tienen curiosidad. Y no quiero que crean que podrían ser inmunes solo porque yo lo soy.

—¿Y si lo son?

—No pienso correr ese riesgo.

—Quizá lo heredaron de ti. Tal vez sea genético.

—¿Ves? Justo eso pensarán si se lo digo. Solo tienen once años, Phoebe. Aún no comprenden del todo las consecuencias.

—Creo que los estás sobreprotegiendo.

—Y yo creo que no es asunto tuyo.

Phoebe parpadea, luego sonríe.

—Vaya, leona. Perdón si me he pasado.

Gina suspira.

—No, perdona tú. Han sido unos días de locos.

Phoebe alza los brazos.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? ¿Nos guardamos estos secretos?

—Creo que es lo mejor, de momento. ¿Tú pensabas contárselo a Patrick?

Phoebe niega con la cabeza.

—No lo entendería. Pensaría que estoy loca. Por eso esperaba que tú también… ya sabes, vieras a alguien. Sería más fácil convencerle si fuéramos dos.

Gina lo considera.

—¿Crees que nos creería si le cuento lo mío también?

—Eso ayudaría.

—¿Confías en él, Phoebe?

—Sí. No es perfecto, pero me cubre las espaldas.

—Acabas de decir que no te creería si se lo contaras.

—¿Y tú? ¿Me creerías si no hubieras visto lo que has visto? Piénsalo, Gina. Esa sensación… es tan personal. Es como un recuerdo de la infancia que vuelve a la vida. Como si tus demonios interiores asomaran la cabeza a la luz. ¿Podrías entenderme si no lo hubieras sentido?

Gina lo piensa un momento. Y se da cuenta de que probablemente Phoebe tiene razón.

—¿Qué crees que es todo esto?

Phoebe se encoge de hombros.

—Probablemente el Apocalipsis.

—¿Pero qué es? ¿Concretamente?

—Ni idea. Al principio pensé que sería algún experimento militar que se les fue de las manos. Como en las pelis. Pero después de ver a mi padre hoy, y con lo que me has contado tú… ya no lo sé. Si es un arma, es una muy jodidamente avanzada. No, creo que viene de dentro.

Gina asiente despacio.

—Yo también lo creo. Esa cosa del cielo… no creo que esté realmente ahí. Creo que simplemente… la proyectamos, o lo que sea. Podría ser una externalización de nuestras mentes, ¿sabes? Quizá no sea el cielo el que se está rompiendo; quizá seamos nosotros.

Phoebe se frota los brazos.

—Joder, sigo pensando que esto es una peli y que despertaré en cualquier momento.

Se quedan mirándose en silencio.

—Si se lo decimos —empieza Gina—. Si le contamos las dos lo que hemos visto, ¿crees que aceptará no decírselo a los chicos?

Phoebe lo piensa.

—Creo que querrá que se lo digas, pero respetará que la decisión sea tuya.

—Bien. Entonces creo que debemos contárselo. Puede que tengamos que pasar mucho tiempo juntos, y si no podemos confiar los unos en los otros, ¿qué sentido tiene? Será mejor compartir lo que sabemos.

—Estoy de acuerdo —dice Phoebe—. ¿Quieres hacerlo ahora?

—No. Esta noche no. Estoy agotada. Me voy a la cama. Lo hacemos mañana.

—Perfecto. Que duermas bien.

—Igualmente.

Gina va a abrir la puerta.

—¿Gina?

Ella se vuelve.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Gina sonríe.

—Yo también.

RASMUS

—Espera, Rasmus. Vas demasiado deprisa. No veo nada.

Rasmus se detiene con un suspiro y se gira. Enfoca con la linterna a Ronnie, que avanza por el sendero concentrado en no resbalar sobre el suelo húmedo del bosque.

—Tienes que seguir el ritmo —le dice Rasmus.

—¡Pfft! —Ronnie se sacude algo de la cara—. Joder, hay tantas telarañas… ¿Por qué tenemos que hacer esto en plena noche, además?

—Para que nadie nos vea, claro —responde Rasmus—. Anda, venga, sigue.

—¿Y qué crees que dirá papá si se entera? —pregunta Ronnie mientras continúan.

—Creo que nos dará las gracias.

Oye a Ronnie resoplar.

—¿En serio? Te vas a comer tú el marrón, ¿no? Va a estallar cuando se entere de que hemos vuelto allí.

—Tampoco se cabreó tanto por la gasolina que traje, ¿verdad?

—No, pero…

—Y oíste lo que le dijo a Belinda. No aguantaremos ni una semana más si no encontramos algo que comer.

—Belinda dijo que teníamos que recolectar. Ella sabe encontrar bayas y setas y esas cosas. Y papá puede cazar un ciervo.

—Ya, ¿y qué pasa cuando llegue el invierno? ¿Quieres volver a la ciudad? Para entonces todo se habrá ido a la mierda. No, te lo digo yo, este sitio tiene comida para un año entero. No me puedo creer que papá no quisiera venir a echar un vistazo.

—¡Porque vive alguien allí, Rasmus! No podemos entrar y robar así como así.

—Te digo que no vive nadie. A lo mejor los que vivían allí están muertos. ¿Debemos dejarlo ahí para que venga otro a llevárselo todo?

Ronnie no responde. Los chicos siguen andando en silencio. Solo se oyen ramas quebrándose bajo sus botas, hojas rozando las chaquetas y, de vez en cuando, el ulular de un búho.

Se oye un golpe tras ellos.

—¡Joder! —murmura Ronnie—. Ese me ha picado. Mañana voy a estar lleno de picaduras. ¿Falta mucho?

—No mucho. De hecho… —Rasmus aparta una rama de pino. Enfoca la linterna hacia un claro, revelando la parte trasera de una cabaña—. Ya hemos llegado.

Ronnie se acerca. Mira de la cabaña a Rasmus.

—Vale, entonces… ¿ahora qué?

—Ahora entramos y cogemos toda la comida que podamos llevar. —Rasmus da un golpecito en la mochila vacía que cuelga de los hombros de Ronnie—. Toma, llévate esta. —Le da la linterna y se acerca a la puerta trasera, quitándose su propia mochila. Abre el estuche, lo desabrocha y saca la ganzúa. Mira a su hermano con una sonrisa—. Os reísteis de mí cuando papá me regaló esto por mi cumpleaños, ¿te acuerdas? Todos pensasteis que era una chorrada que lo pidiera. Pues mira tú por dónde, me ha venido de perlas.

Ronnie pasa la linterna por la cabaña.

—¿Y por qué no rompiste una ventana sin más?

—Porque si luego nos mudamos aquí, tendríamos que arreglarla. Y además, eso invitaría a otros a venir a saquear.

—¿De verdad crees que podrás convencer a papá para venir a vivir aquí?

—Claro, en cuanto vea todo lo que hay. Venga, alúmbrame.

Se agacha frente a la puerta trasera. La cerradura es bastante nueva, pero nada especial. Ha practicado con este tipo muchas veces en casa.

—¿Seguro que no hay nadie? —pregunta Ronnie, enfocando la linterna por la cabaña.

—Seguro. Y mantén la luz sobre mí. Necesito ver lo que hago.

Presiona suavemente la llave de tensión, sujetando el extractor entre los dientes. Empieza a mover el gancho, sintiendo los pistones encajar uno a uno.

—No me gusta esto, Rasmus —susurra Ronnie—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Quieres callarte de una puta vez? —gruñe Rasmus—. Estoy intentando concentrarme. Si eres tan cagón, no deberías haber venido.

—¡No quería venir!

—Pues ya es tarde. —La cerradura cede al girar el gancho. Mira a Ronnie con una sonrisa—. Ya estamos dentro.

Guarda el juego de ganzúas.

Ronnie se queda allí de pie, moviéndose de un lado a otro, lanzando miradas nerviosas a su alrededor.

—Tengo que mear.

—Pues mea.

—No, no puedo.

Rasmus suspira y abre la puerta.

—Vale. Entra tú y empieza. Yo iré al cobertizo a coger una de las bombonas de propano.

Ronnie le enfoca la cara con la linterna.

—Ni de coña. No voy a entrar solo.

—No seas nenaza —dice Rasmus, quitándole la linterna—. Estaré enseguida. Tú llevas la mochila grande; te llevará tiempo llenarla. Céntrate en lo que tenga más calorías. Carne seca, sopa en lata, ese tipo de cosas. —Se da la vuelta para ir al cobertizo, pero se detiene y mira atrás—. O te quedas ahí como una niña pequeña y te meas encima. Tú decides.

Ronnie le dedica una peineta.

—Que te jodan, Rasmus.

Rasmus se ríe y se aleja hacia el cobertizo.

Empieza a trabajar con el candado. Este es aún más fácil. Practicó sobre todo con el candado transparente del set, y podría abrirlo dormido.

Lanza una mirada hacia la cabaña. Ronnie ha entrado. Rasmus sonríe. Al final su hermano pequeño no es tan gallina.

Coloca la linterna en el suelo para tener luz suficiente. Luego abre el candado y la puerta. Entra y va directo a por las bombonas de propano.

Justo al coger una, se detiene en seco.

Pasa la luz sobre los tanques metálicos amarillos.

—Tres —murmura—. Juraría que había cuatro…

¿Alguien ha venido y se ha llevado una? No, en ese caso, el candado estaría forzado.

Lo que significa que o bien contó mal la primera vez… o bien…

Recorre el interior del cobertizo con la linterna, intentando averiguar si falta algo más o hay algo fuera de lugar. Es difícil saberlo. Solo echó un vistazo rápido la vez anterior. Básicamente, cogió la gasolina y luego…

Rasmus sale del cobertizo.

De pronto tiene un muy mal presentimiento. Corre hacia la cabaña, pero se detiene en seco. Desde ahí puede ver parte de la entrada. Enfoca en esa dirección y ve el coche.

—Oh, joder…

¿Cómo no se le ocurrió comprobarlo antes?

Dio por hecho que la cabaña seguía vacía. Sinceramente pensaba que estaba abandonada. Esperando a que alguien la aprovechara. Jamás imaginó que…

Aparta ese pensamiento y echa a correr hacia la cabaña.

GINA

—¿Mamá?

La voz de Anton es suave y temblorosa.

—¿Mmm? —murmura Gina, medio dormida —. ¿Qué pasa, cariño?

—Tengo miedo.

Suspira, frotándose la frente. Está tan cansada que abrir los ojos le duele.

—Lo siento, mamá —susurra Anton—. Intentaré dormirme.

—Está bien, no estoy enfadada contigo. No me extraña que tengas miedo con todo lo que ha pasado hoy.

Anton ya tiene dificultades para dormir fuera de su propia cama. Sumando a eso los acontecimientos traumáticos que ha presenciado, a Gina le sorprendería que lograse conciliar el sueño.

Consigue incorporarse contra el cabecero. Lo distingue en la oscuridad, sentado a su lado. Victor aceptó dormir a los pies de la cama. Está tumbado sobre el colchón, envuelto en su manta,

respirando profundamente. Ese chico podría dormir durante un terremoto.

—Ven aquí —le dice Gina a Anton, extendiendo los brazos. Él se acurruca contra ella. Gina lo abraza y le besa el pelo, aspirando su olor—. ¿Qué te da miedo?

—Todo —responde Anton sin rodeos. Su respiración es dificultosa. Su asma está empezando a manifestarse—. Estar aquí. Esa cosa en el cielo. Los ciegos. ¿Y si vienen aquí y nos encuentran, mamá?

—No creo que lo hagan. Tendrían que tener suerte.

—¿Y si lo hacen? ¿O si ya están aquí?

—Registramos la casa, ¿recuerdas?

—Ya, pero… podrían estar… escondidos en el bosque.

Las palabras le salen con más dificultad. Está entrando en una crisis.

—Eso no es muy probable.

—¿Cómo lo sabes? Aquel hombre… en la… gasolinera… estaba simplemente… de pie. Podría haber… estado esperando… durante horas… Quiero decir…

—Escucha, cariño. ¿Te acuerdas de lo que practicamos para tomar el control? Tienes que hacerlo ahora. Esto es justo el tipo de situación a la que me refería.

Anton alarga la mano hacia la mesita de noche, donde tiene el inhalador.

Gina le toma la mano.

—No, por favor. Haz lo que practicamos. Lo haré contigo.

Anton cierra los ojos y respira por la nariz.

Gina sincroniza el ritmo de su propia respiración con el suyo. Al principio, resulta doloroso escucharlo. Anton suena como si se estuviera asfixiando. Como si respirar despacio lo empeorara. Pero, poco a poco, Gina empieza a oír cómo sus vías respiratorias se abren.

Gina agradece haber tomado en serio su condición desde el principio. No quería que dependiera del medicamento o del inhalador. Podía imaginarse fácilmente una situación en la que él se quedara sin ayuda, y cuando eso ocurriera, debía ser capaz de controlar su respiración.

El miedo es el peor desencadenante. Podía matarlo si no sabía cómo afrontarlo. Lo cual, en realidad, es cierto para todo el mundo. Gina aprendió desde joven que si dejaba que el miedo tomara las riendas, acabaría llevándola a la muerte.

—¿Mejor ahora? —susurra Gina.

—Sí —responde Anton, soltando una exhalación más larga.

—¿Ves? Ni siquiera has necesitado el inhalador.

Anton asiente, pero no dice nada.

—¿Qué pasa, cariño?

—Es que… odio esto, mamá.

—Lo sé, no es una situación muy divertida.

—No, me refiero a… ser así.

—¿Así cómo?

—Una carga.

Gina se queda tan sorprendida que se queda en silencio.

Anton parece interpretar su silencio como una confirmación. Su voz se vuelve trémula.

—Tengo que despertarte como un bebé solo porque tengo miedo de dormir. Y mi asma, siempre dando problemas. No quiero que sea así, mamá. Quiero ser como Victor.

—Eh, eh —le toma la barbilla y la aprieta suavemente—. No digas eso. No eres una carga. Y no te cambiaría por nada del mundo. Eres exactamente como debes ser.

—¡Pero tengo miedo todo el tiempo! Tú eres tan valiente, mamá. Y Victor también lo es. ¿Por qué yo no puedo serlo?

—Para empezar, yo también tengo miedo. Y Victor también. Todos lo tenemos. Te lo garantizo.

Anton la mira con atención.

—¿Incluso Patrick?

—Incluso Patrick. Aunque seguramente no lo admitiría.

—Entonces, ¿por qué todos pueden dormir tan fácilmente?

—Porque estamos agotados. Escucha, cariño… todos tenemos desafíos en la vida. La mayoría tenemos uno grande. Puede ser cualquier cosa. Los desafíos están para ponernos a prueba. Para ayudarnos a descubrir lo que podemos hacer.

—Entonces, ¿mi desafío… es el asma?

—No. Yo diría que tu desafío es el miedo.

Ahora es Anton quien guarda silencio.

—El miedo es como un perro furioso sin correa —prosigue Gina—. Si lo haces lo bastante fuerte, se volverá contra su dueño. Eso es lo que pasa cuando tienes miedo. Aún no has aprendido a controlar ese perro que llevas dentro.

Anton reflexiona un momento. Luego dice en voz baja:

—Es solo que… es tan grande, ¿sabes? El miedo. No puedo… no puedo… con él. Simplemente… me domina.

—Pues déjalo.

—¿Qué?

—Sí. Déjalo que te domine. Si no puedes hacer que se vaya, quédate con él. Así es como mantienes el control, ¿ves? No te vas a ninguna parte. No dejas que el miedo te eche de tu propia casa. —Le coloca un dedo sobre el pecho—. Tu casa es tu corazón. Ahí dentro tienes toda la fuerza que necesitas para enfrentarte al miedo. No puede dominarte si no luchas contra él. El miedo lo sabe. Así que lo único que puede hacer es convencerte.

Su hijo la mira. Su expresión es más suave ahora. Su respiración más profunda.

—Entonces solo tengo que… ¿dejarlo estar? ¿Simplemente quedarme quieto y… sentirlo?

—Básicamente, sí.

—Pero se siente tan horrible.

—Eso es solo porque le tienes miedo. ¿Sabes lo que significa miedo?

Él parpadea.

—No sabía que fuera un acrónimo.

—Pues lo es. Significa «Mente firme, Intención clara, Empuje, Determinación y Objetivo». Acuérdate de eso la próxima vez que venga a visitarte. Es tu desafío. Y estás preparado para afrontarlo. ¿De acuerdo?

Asiente.

—De acuerdo, mamá. Gracias.

Ella lo abraza. Permanecen así un momento, apretándose.

Se oye un golpe al otro lado de la pared.

Anton se separa.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé.

Se oye otro golpe. Luego otro. Rítmicos, constantes, creciendo poco a poco en intensidad.

«Joder», piensa Gina, notando cómo se le va la sangre del rostro. «¿En serio, chicos?»

—No es nada, cariño —le dice—. Intenta volver a dormir.

Un gemido les llega a través de la pared.

Anton la mira.

—¿Eso ha sido…?

Gina carraspea.

—Creo… creo que Phoebe o Patrick están teniendo una pesadilla.

Anton resopla.

—Mamá, sé lo que es el sexo. Nos lo explicaron en el colegio.

Gina tiene la boca repentinamente seca. Curioso cómo podía hablar del miedo sin pestañear, y sin embargo esto la pone nerviosa.

—Sí, claro que lo sabes. Bueno… aun así, intentemos dormirnos, ¿vale?

—Vale. Te quiero, mamá.

Ella sonríe mientras él se da la vuelta.

—Yo también te quiero, cielo.

Gina se recuesta con la espalda contra la de él. Cierra los ojos y hace todo lo posible por ignorar los sonidos que vienen de la habitación de al lado.

PHOEBE

Entierra la cara en la almohada, ahogando el gemido que escapa de su garganta cuando el orgasmo sacude su cuerpo.

Patrick respira junto a su oído y espera a que termine.

—Joder —susurra ella mientras se incorpora, apartándose el pelo sudado—. Ha sido una locura.

Patrick le sonríe desde abajo.

—¿El fin del mundo te pone cachonda, nena?

—No sé qué ha sido —responde Phoebe, aún recuperando el aliento—. Solo sé que lo necesitaba muchísimo.

—Ya me di cuenta. Por un momento pensé que ibas a matarme después del polvo.

Phoebe se desliza fuera de él y se gira sobre la espalda.

—Disfrútalo mientras dure. Y pásame tu camiseta.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta él—. Y ya llevas una camiseta puesta.

—Es para… —Asiente con la cabeza hacia su entrepierna.

—Ah. —Él busca su camiseta en el suelo.

—Y significa que tarde o temprano tendremos que dejar de follar, a no ser que quieras que me quede embarazada, y no me apetece traer un crío a un mundo que está a punto de acabarse. —Phoebe toma la camiseta, se seca el cuello y la frente.

—¿Pero estás tomando la píldora? —dice Patrick, frunciendo el ceño.

—Me queda para seis semanas.

—Mierda, no había pensado en eso. Tendremos que hacer una incursión al pueblo, entonces.

—¿Para buscar anticonceptivos? —Phoebe alza una ceja—. ¿De verdad merece la pena arriesgarse a entrar en la ciudad por eso?

—También necesitamos medicación para el asma del hijo de Gina. Así que tendremos que ir. Además… —Se encoge de hombros—. No pienso empezar a usar condones solo porque sea el puto apocalipsis.

Phoebe se inclina y le besa la sien. Tiene sabor a sudor.

—Eres tan listo hasta que empiezas a pensar con la polla. Tengo que mear.

—Oye, eso es sexista —dice él, intentando darle una palmada en el trasero cuando se levanta, pero fallando—. Y no pienso lavar esa camiseta.

Phoebe le lanza una peineta al salir del dormitorio, caminando con la camiseta de Patrick aún enrollada entre las piernas.

La suya es lo bastante larga para cubrirle la parte de atrás, así que no le preocupa encontrarse con uno de los chicos. Cruza el pasillo y se mete en el baño. La luz de la luna que entra por las ventanas altas y estrechas es suficiente; no necesita encender la luz.

Tira la camiseta al cesto de la ropa sucia y se sienta en el váter. Da un respingo por el frío de la tapa. Le recuerda que el verano ha terminado. En latitudes danesas, los inviernos no suelen ser extremos, pero pueden ser jodidamente fríos. Y suele nevar. A veces, mucho. Si van a quedarse aquí durante un tiempo, tendrán que sobrevivir al invierno. Mantener el calor. Encontrar comida. Evitar quedar aislados por la nieve. Incluso aprender a prescindir de la electricidad si se estropea el generador.

Phoebe inspira profundamente por la nariz. Hay muchas cosas que tendrán que aprender.

Se ha preparado mentalmente para esto durante toda su vida. Al menos desde que empezó a entender que ningún gobierno puede sobrevivir a demasiada inestabilidad. Y aun así, se siente abrumada al encontrarse, de verdad, en medio de ello.

Están solos. Sin posibilidad de ayuda exterior. Sin atención médica si alguno de ellos la necesitara. Una apendicitis podría matarlos. O una neumonía. Incluso una uña encarnada, si se infecta y no tienen penicilina.

Se alegra de que Patrick esté allí. Es decidido. Mantiene la cabeza fría cuando importa. Justo el tipo de persona que uno quiere tener al lado cuando todo se va al infierno. Él tomará el mando y hará lo que haga falta. Confía en él, y le parece bien no ser ella quien tome todas las decisiones.

Pero ni de coña va a depender de él. La época en que las mujeres necesitaban a un macho alfa ya pasó. Patrick puede morir tan fácilmente como cualquiera de ellos. Si ella se apoya en él emocionalmente y de repente él desaparece, se vendría abajo.

No. Tendrá que ser su propia roca.

Pero, por ahora, se alegra de que él esté allí.

Se da cuenta de que está helada. Se limpia, tira de la cadena, se pone unas bragas limpias del armario. Al lavarse las manos, le gruñe el estómago. El sexo siempre le da hambre.

Va a la cocina. Al pasar por delante del dormitorio, oye a Patrick roncando.

Phoebe ha estado en la cabaña otras veces, y la conoce lo bastante bien como para no necesitar encender la luz.

Abre la nevera y entrecierra los ojos por la luz.

Saca el pavo, el queso y un tomate.

«Puede que sea el último club sándwich que me coma en mucho tiempo», piensa, colocando todo en la encimera.

Cuando va a coger el pan, es cuando finalmente ve al chico. Está al otro lado de la cocina, mirándola fijamente.

—¡Joder! —exclama ella, sobresaltada—. Me has asustado. ¿Qué haces—?

Se interrumpe al darse cuenta de que no es uno de los hijos de Gina. Es un completo desconocido. Lleva una sudadera negra de Nike. A su lado, sobre la encimera, hay una mochila que al parecer estaba llenando con cosas del armario cuando Phoebe ha entrado.

—¿Quién eres? —pregunta Phoebe—. ¿Qué haces aquí?

Incluso mientras pregunta, empieza a atar cabos. Tiene que ser el ladrón que ha vuelto por más.

El chico no puede tener más de catorce años. Parece sorprendido y asustado. Está ahí plantado, boquiabierto.

Phoebe se siente completamente expuesta en camiseta y bragas. Ojalá tuviera su pistola. No puede saber si el chico está armado. No lo parece, pero podría llevar un arma.

—Mira, será mejor que te vayas —le dice Phoebe, con voz calmada —. Sal de aquí.

El chico lanza una mirada hacia la despensa, de donde debió de entrar. Es como si quisiera obedecerla, pero no pudiera mover los pies.

Phoebe ve un movimiento al otro extremo de la estancia. Se gira y ve a Patrick en la puerta. Debe de haberla oído hablar. Frunce el ceño, enviándole una pregunta muda. Desde donde está, no puede ver al chico.

—Tranquilo —dice Phoebe en voz alta, dirigiéndose al intruso—. Márchate ahora y no pasará nada. Llévate lo que tengas y no vuelvas.

Cuando vuelve a mirar hacia el pasillo, Patrick ya no está.

El chico se desplaza unos pasos de lado, finalmente moviéndose hacia la despensa.

—Eso es —le anima Phoebe—. Márchate.

Se oye un ruido en la despensa. Otro chico irrumpe en la cocina y se queda petrificado. Es mayor, quizá diecisiete años. Lleva un arma.

—Joder… —dice, mirando del otro chico a Phoebe—. No sabíamos que había alguien aquí.

—Está bien —le dice ella, dando un paso atrás—. Idos ahora mismo y haremos como si no hubierais estado aquí.

—Sí, vale. Nos vamos. Coge la mochila, Ronnie.

Phoebe da otro paso atrás, y el mayor se da cuenta y le apunta con el arma.

—¡No te muevas! Quédate donde estás.

Phoebe levanta las manos.

—De acuerdo. No me muevo.

El chico no le quita los ojos de encima.

—La mochila, Ronnie. ¡Date prisa, joder!

El más joven mira hacia la mochila que dejó en la encimera. A regañadientes, se acerca a ella. Justo cuando la cierra, Patrick irrumpe en la cocina, empuñando su pistola.

—¡No, espera, Patrick! ¡Está bien, se están yendo!

Patrick se detiene, ve el arma del chico y apunta.

—Malditos cabrones —gruñe—. Deja ese arma o te reviento la cara.

El mayor da un paso, mirando de Phoebe a Patrick, aún apuntando al pecho de ella.

—Para… deja de apuntarme… ¡La disparo, tío!

—Está bien —dice Phoebe—. Déjales marcharse, Patrick. No hace falta que nadie dispare.

—He dicho que dejes esa arma —gruñe Patrick entre dientes—. Tienes tres segundos antes de que os dispare a los dos.

GINA

Está a punto de quedarse dormida cuando Anton la sacude suavemente.

—¿Mamá? ¿Sigues despierta?

—Mmm.

—Creo que hay alguien en la cocina. Les oigo hablar.

Gina se gira boca arriba y escucha un momento.

—Son solo Patrick y Phoebe —murmura—. Vuelve a dormirte, cariño.

—Pero hay otra voz, mamá. Creo que… creo que hay alguien más.

Gina parpadea y se despierta del todo. Percibe una tercera voz. No logra entender las palabras, pero el tono le indica que quien está hablando no está intercambiando amabilidades.

Aparta la manta de un tirón y se pone en pie.

—Espera aquí. Voy a echar un vistazo.

Saca la pistola de debajo del colchón. Anton se incorpora mientras ella sale del dormitorio. Deslizándose por el pasillo, la primera

persona que ve es Patrick. Está de espaldas, sujetando su pistola a la altura de disparo, apuntando a alguien fuera de su vista.

—Mira, solo queremos irnos de aquí —dice alguien. Parece un adolescente—. No volveremos, lo prometo. No sabíamos que estabais aquí…

—Bien, pues lárgate de una puta vez —dice Patrick—. Y deja la mochila, panda de cabrones.

Gina se acerca más a Patrick, asomándose a la cocina. Desde donde está, puede ver a Phoebe junto al frigorífico abierto. El resplandor azulado de la puerta la ilumina, dándole un aspecto pálido y aterrorizado.

Frente a ella hay un chico solo unos años mayor que los mellizos. Tiene una mochila en las manos y parece no saber qué hacer. También hay otro chico, mayor, medio oculto por la columna de madera del centro de la cocina. Gina distingue que tiene un arma y está apuntando a Phoebe.

—No, nosotros… nos llevamos la mochila —exige el chico del arma —. La necesitamos.

—No es vuestra —grita Patrick.

—Está bien, Patrick —dice Phoebe—. Joder, deja que se la lleven.

—¿Estás de coña? Ahí hay comida para dos meses.

Phoebe se dirige al chico del arma:

—Marchaos, ya. Antes de que alguien salga herido.

Y parece que están a punto de irse. Al menos el del arma. Da unos pasos hacia atrás.

Es entonces cuando Gina nota al otro chico. Durante el enfrentamiento ha estado quieto en la línea de fuego. Pero no se ha

limitado a quedarse ahí parado. Ha metido la mano en el cajón que, aparentemente, estaba registrando cuando Phoebe y Patrick le sorprendieron. Extrae un cuchillo de pelar y lo oculta tras la espalda.

Desde donde está, Gina es la única que puede verlo. También es la única que percibe el leve pero claro cambio en su rostro: los músculos se tensan, la mirada se vuelve más fija, y en sus labios aparece esa expresión contenida que solo puede leerse como determinación. Una determinación sombría, cargada de algo más que decisión. Está mirando a Phoebe, como si ya hubiera tomado una resolución inevitable.

—Esta es tu última advertencia —dice Patrick.

—Vale, deja la puta mochila, Ronnie —dice el chico del arma—. Vámonos.

El chico más joven parece no oírle. Sigue mirando a Phoebe. Da un paso hacia delante, y Gina sabe que está a punto de hacer una estupidez.

—¡Cuidado! —grita—. ¡Tiene un cuchillo!

Todos reaccionan a su voz, girando la cabeza en su dirección. Todos, salvo el chico del cuchillo.

Gina esperaba que se abalanzara sobre Phoebe e intentara apuñalarla. En vez de eso, lanza el cuchillo hacia ella, se agacha y sale corriendo, todo en un solo y fluido movimiento.

Phoebe grita y levanta las manos. El cuchillo la alcanza y luego cae al suelo con un tintineo metálico.

—Hijo de puta, pedazo de... —grita Patrick, el resto de sus palabras queda ahogado al comenzar a disparar.

El chico mayor da un traspié hacia atrás, dispara su propia arma una vez, pero solo acierta en el techo. Luego gira sobre los talones y sale corriendo, gritando al otro chico que le siga. El chico más joven casi logra llegar a la despensa también, cuando una de las balas de Patrick le alcanza en la parte baja de la espalda. Grita, pero el sonido se corta de inmediato cuando otro disparo le alcanza en la base del cráneo. Cae desplomado sobre el suelo de la cocina.

Gina no oye nada. Parpadea y mira del chico muerto a Phoebe, que sigue en pie. Está sujetándose el cuello con ambas manos, lo que al principio Gina interpreta como un gesto de shock. Luego, la sangre empieza a brotar entre sus dedos.

Phoebe mira a Patrick, con los ojos desmesurados y confusos.

—Creo que… creo que me… —empieza a decir, pero le sobreviene un ataque de tos. Pequeñas gotas de sangre salen despedidas de su boca.

—Joder, joder —dice Patrick, corriendo a sujetarla mientras se le doblan las rodillas—. Túmbate, cariño. Túmbate. Boca arriba. Así está bien. Déjame ver. ¡Joder! ¡Mierda, le ha rajado el puto cuello!

Phoebe tose, resuella y emite gorgoteos.

Gina sigue allí plantada. La pistola colgando de su mano. Los sonidos son amortiguados, como si estuviera bajo el agua. Seguramente por los disparos. Pero también podría ser por el shock.

—¡Consigue unas putas vendas o lo que sea! —le grita Patrick.

Gina se da la vuelta para ir a su cuarto a por el botiquín de primeros auxilios.

Casi se choca con Anton. Está ahí, pálido, con los ojos como platos.

—Está bien, cariño. No te muevas.

Gina apenas puede oír su propia voz, y no está segura de que Anton pueda tampoco. Corre al dormitorio y saca la maleta de emergencias de debajo de la cama. Al volver, casi choca con Victor.

—¿Qué está pasando, mamá?

—Hemos tenido un allanamiento —le dice mientras pasa corriendo —. Está bien, ya se han ido. Pero Phoebe está herida. Quédate con tu hermano.

Gina vuelve corriendo a la cocina. Patrick está agachado sobre Phoebe, que se ahoga con su propia sangre. Gina coloca la maleta junto a él, y Patrick la abre de un tirón, rebuscando dentro hasta dar con las vendas.

Gina mira a Phoebe. Está mirando al techo, jadeando y gorgoteando. Gina no ve el corte, pero hay demasiada sangre. El cuchillo parece haberla alcanzado justo en la zona blanda sobre la clavícula. Phoebe ya está pálida.

Patrick intenta limpiar la sangre y cerrar la herida con un taco de gasa, mientras Phoebe tose con dificultad.

—Joder, no funciona… Puedo parar la sangre, pero se está ahogando… Creo que le han cortado la tráquea también…

Los ojos de Phoebe se le van hacia atrás mientras emite un último suspiro gorgoteante. Gina siente que el estómago se le hunde.

«Se está muriendo. Phoebe se está muriendo», piensa Gina.

—¡No, no, no! Cariño, quédate conmigo. ¡Joder, no respira! — Patrick se vuelve hacia la maleta, buscando entre los utensilios—. Tiene que haber algo aquí que podamos usar…

Saca el ventilador y rasga la bolsa de plástico con los dientes.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Gina.

—La estoy intubando, joder —responde Patrick, mientras se inclina sobre Phoebe. Manipula el extremo del tubo de plástico fino, intentando introducirlo en la herida del cuello.

—No va a funcionar —dice Gina.

—¡Sí que funcionará! ¡Tiene que funcionar!

Gina se tapa la cara con las manos. Siente náuseas. Pero no puede rendirse. Tiene que ver cómo están sus hijos. Está a punto de girarse cuando Patrick grita:

—¡Lo tengo! ¡Creo que lo tengo, joder!

Ha logrado deslizar el tubo por la garganta de Phoebe. La sangre sigue manando a su alrededor. Patrick agarra un nuevo puñado de gasa y lo presiona contra la herida. Luego le levanta la cabeza y le enrolla la gasa varias veces alrededor del cuello para sujetarla.

—¡Empieza a bombear eso! —le grita a Gina.

Gina se agacha y coge la bolsa del ventilador. La presiona suavemente. Oye el aire filtrarse por el tubo. El pecho de Phoebe se eleva y vuelve a bajar. Gina vuelve a presionar, administrándole otra bocanada de aire a su amiga.

—Dios, está funcionando —murmura, presionando una tercera vez.

Patrick le lanza una sonrisa rápida y fea.

—Te lo dije. Y he parado la hemorragia también.

Se reclina hacia atrás, y Gina puede ver que tiene razón. Solo un fino hilillo de sangre se escapa de la gasa empapada del cuello de Phoebe.

—Pero hay que llevarla a urgencias —continúa Patrick, secándose la frente y dejando un rastro de sangre—. Tienen que cerrarle esto.

Ayúdame a llevarla al coche.

Patrick le pasa los brazos por debajo y la levanta del suelo. Gina sigue presionando la bolsa del ventilador mientras cruzan la habitación.

—¡Mamá!

Se oye la voz de Víctor, algo aguda.

Gina se gira de golpe. Está agitándole la mano desde la esquina de la sala. Anton está sentado, apoyado en la pared. Tiene la boca abierta y le cuesta respirar.

—¿Por qué te paras? —pregunta Patrick—. ¡Vamos, tenemos que irnos!

—Victor —dice Gina—. Ayuda a Patrick a meter a Phoebe en el coche.

Victor corre hacia ellos y se hace cargo de la bolsa.

—Está teniendo un ataque, mamá —le dice.

—Está bien, yo me ocupo.

Gina corre hacia Anton mientras Patrick y Victor salen de la cocina.

—¿Cómo estás, campeón? —le pregunta Gina.

Anton no puede responder. Tiene muy mala pinta. Ya tiene sombras oscuras bajo los ojos. De pronto, el temor que sentía por Phoebe se transforma en algo peor.

Lo sujeta por los hombros.

—Está bien, cariño. Respira por la nariz. Acuérdate de cómo se hace.

Puede ver que ya lo está intentando. Pero entra muy poco aire. El impacto de ver cómo disparaban al chico y cómo Phoebe se desangraba delante de él ha sumido a Anton en un auténtico ataque

de asma. Tiene los ojos desorbitados. Mira a Gina suplicante, aterrorizado.

—Vale, necesitamos el inhalador —dice ella, manteniendo la calma en la voz—. ¿Dónde está? ¿Está en tu habitación?

Él niega con la cabeza y señala al otro extremo de la cocina. Gina sigue con la mirada su dedo y lo ve sobre la encimera. A pesar de sus constantes regañinas, Anton sigue teniendo la costumbre de dejar el inhalador por ahí.

Corre hasta allí y lo agarra. De vuelta, casi resbala con la sangre del chico. Se ha formado un charco en el suelo de la cocina.

Gina regresa junto a Anton y le coloca el inhalador en la boca.

—Ya está, cariño —le dice—. Respira hondo.

Presiona el inhalador, pero no ocurre nada. Anton le aparta la mano de un empujón y señala el dispositivo, desesperado. Es entonces cuando Gina ve el agujero en el cartucho: perfectamente redondo. Una bala lo ha atravesado. El polvo blanco del medicamento se le ha derramado por toda la mano.

—Oh, no —jadea, sintiendo cómo se la hace un nudo en el estómago—. Vale, mira, está bien…

Se lleva la mano a la boca y sacude el inhalador, recogiendo lo último del polvo.

—Aquí tienes, cariño, inhala esto… —Le acerca la mano a los labios. No tiene ni idea de si funcionará—. Respira hondo.

Anton intenta aspirar el polvo, pero sus vías respiratorias están completamente cerradas. Jadea como si alguien le estuviera estrangulando. Empieza a tocarse el cuello. Las yemas de sus dedos se están volviendo azules.

—Tienes que inhalarlo —le dice Gina, notando el pánico en su propia voz mientras le presiona la palma sobre la boca abierta, con la esperanza de meterle el polvo dentro.

Aunque Anton quisiera, no puede inhalar el polvo. Gira la cabeza, la niega con fuerza y se lleva las manos al pecho.

—Vale, túmbate, cariño —le dice Gina—. Túmbate boca arriba. Voy a ayudarte a respirar ahora.

Él no la oye, así que Gina lo agarra y lo obliga a tumbarse. Sus brazos manotean frenéticamente, y aunque los ojos siguen abiertos como platos, ya empiezan a perder el enfoque. Gina ve que está a segundos de perder el conocimiento.

—Quédate conmigo, cariño. Todo está bien. Te voy a ayudar. Todo va a salir bien.

Le aparta las manos y se inclina sobre él, le cierra la nariz con dos dedos y le coloca la boca sobre la suya. Sopla aire en su interior. Al principio nota resistencia. Sopla con más fuerza, y el aire se cuela por la garganta de Anton.

Gracias a Dios…

Pero cuando se aparta, Anton deja escapar un eructo. Hace arcadas, como si fuera a vomitar, y se lleva las manos al estómago.

«Oh, no… Le he soplado el aire al estómago.»

—Perdona, cariño, déjame intentarlo otra vez —se oye decir mientras se inclina de nuevo sobre él. Esta vez, le cubre la boca con la mano y sopla por la nariz. Ocurre lo mismo.

La cabeza de Anton cae hacia atrás al desmayarse.

Es entonces cuando Gina entra en pánico de verdad.

Todo lo que siempre ha temido está ocurriendo. Un ataque de asma tan fuerte que nada funciona.

«Aún queda una opción. Lo planeaste. Mantén la calma o morirá.»

Corre hacia la maleta, rebusca en ella. La sangre de Phoebe ha salpicado la mayoría del material.

—¿Dónde está… dónde está?

—¿Mamá? —Es Victor. Ha entrado en la cocina sin que ella lo oyera —. Patrick dice que tenemos que irnos.

Por fin, Gina se da cuenta de dónde está lo que busca. Estaba demasiado alterada antes como para recordarlo.

Victor ve a Anton tendido en el suelo y dice algo que Gina no oye. Su mente de pronto queda en blanco. Aísla todo lo que no sea vital. Dejando solo una cosa. La única cosa que puede salvar a Anton ahora.

El ventilador.

Gina se pone en pie, pasa junto a Victor, que aún sigue hablando. Coge su pistola del mostrador y sale de la cocina. Al pisar el aire frío de la noche, ve el coche en marcha. La puerta del asiento trasero está abierta. Phoebe está tumbada, Patrick inclinado sobre ella, presionando la bolsa del ventilador.

—¿¡Qué coño te ha pasado!? —grita al verla—. ¡Súbete al coche y conduce, joder! Tenemos que—

calla al ver que Gina le apunta con el arma.

—¿Pero qué coño haces?

—Anton no puede respirar —dice Gina—. Necesito el ventilador.

—¿De qué coño hablas?

—Está teniendo un ataque de asma.

—¡Pues dale su puta medicina!

—Ya no está. Necesito el ventilador. Es su única oportunidad.

—Escucha, no estás pensando con claridad —dice Patrick, mirándola con seriedad—. No puedes llevarte el ventilador; Phoebe lo necesita.

—Mi hijo lo necesita. Aléjate del coche, Patrick.

—Tranquilízate, ¿vale? Y baja esa arma. No vas a dispararme.

—Voy a dispararte. De verdad que no quiero. Pero lo haré.

La voz le tiembla. Inclina la cabeza, cierra un ojo y apunta al plexo solar de Patrick. Se prepara.

—Última oportunidad. O disparo.

La expresión de Patrick cambia. Niega con la cabeza y dice:

—Estás loca.

Pero suelta la bolsa y se aparta. Se mueve hacia la parte delantera del coche. Vacilante. A regañadientes.

—La has matado —dice con voz apagada—. ¿Lo sabes, no? Acabas de matar a Phoebe.

Gina se acerca y agarra la bolsa, sin dejar de apuntarle. No quiere mirar a Phoebe. Pero no puede evitarlo.

—Lo siento —susurra, con la voz quebrada.

Entonces saca el tubo con un chasquido húmedo.

—Eres una puta bestia —le dice Patrick mientras Gina vuelve corriendo hacia la casa. Encuentra a Anton donde lo dejó, con su hermano arrodillado a su lado.

Gina coge el laringoscopio, se deja caer de rodillas y le entrega la pistola a Victor.

—Cógela. Si Patrick entra, apúntale.

—¿Pero por qué—?

—Nada de preguntas. Hazlo.

Victor asiente entre sollozos.

Gina se limpia el tubo ensangrentado en la camiseta y coloca la cabeza de Anton sobre sus muslos.

«Por favor, que no sea demasiado tarde. Por favor…»

Realiza el procedimiento que ha visto en vídeos de instrucción muchas veces. Nunca lo había hecho de verdad. Nunca pensó que tendría que hacerlo. Es más difícil de lo que imaginaba. Se le va el tiempo entre los dedos. Pero probablemente solo pasan unos segundos.

Entonces nota cómo el tubo se desliza por la tráquea de Anton. Está ajustado, y tiene que empujar. Cuando está lo suficientemente adentro, agarra la bolsa y la presiona.

El pecho de Anton se eleva.

—¡Sí! —grita Gina, rompiendo a llorar—. ¡Sí, cariño! ¡Respira! ¡Hazlo por mí!

Presiona la bolsa una y otra vez, inflando los pulmones de Anton, ayudándole a bombear oxígeno por el cuerpo. Tiembla por completo, parpadeando para alejar el torrente de lágrimas.

—Está funcionando —susurra. El rostro de Anton empieza a recuperar el color—. Dios mío, está funcionando.

—¡Mamá!

Victor ha levantado la pistola.

Gina se vuelve y ve a Patrick de pie allí. Ya no hay rabia en su cara. En su lugar, hay sangre alrededor de la boca. Probablemente de

hacerle el boca a boca a Phoebe. Tiene el aspecto de un hombre roto.

—Está muerta —dice con voz monótona—. La has matado.

Gina siente que el pecho se le contrae. Es como si el corazón se le derrumbara.

Patrick pasa junto a ellos arrastrando los pies. Se deja caer en una silla. Se cubre la cara con las manos.

—Lo… lo siento mucho —dice Gina.

—No —dice Patrick, sin mirarla.

Gina no dice nada más. Solo continúa ventilando a Anton. Pasa el tiempo. Victor llora en silencio. Patrick permanece sentado, mirando al suelo. El único sonido es el silbido rítmico del ventilador.

De repente, Anton emite un sonido ronco y aspira una respiración profunda por sí mismo. Empieza a toser, y Gina le saca el tubo.

Dicen que tener un tubo en la tráquea es inmensamente desagradable, y normalmente la intubación se hace bajo sedación.

Ayuda a Anton a incorporarse.

—Respira, cariño —le indica—. Respira despacio. Por la nariz, así.

Él respira junto a ella. Gina nota que sus vías aún están irritadas, pero mucho menos que antes de desmayarse. El ataque está remitiendo.

Gina siente que va a derrumbarse de alivio. Pero se mantiene firme, le habla, le dice que siga respirando.

—¿Mamá?

Mira a Victor, que sigue allí.

—Está bien —le dice, echándose a reír con histeria—. Tu hermano está bien.

—Gracias a Dios —murmura Victor. Luego señala hacia la puerta—. Pero Patrick se ha ido. Se ha… se ha marchado en coche.

—Probablemente ha llevado a Phoebe al hospital.

—No —dice Victor con seriedad—. Phoebe estaba muerta. Él lo dijo.

Gina siente una oleada de náusea subirle por la garganta, y traga saliva para contenerla.

Anton tose un poco.

—¿Estás bien, cariño?

Asiente.

—Ahora estoy mucho mejor, mamá.

—Gracias a Dios —susurra, abrazándolo. Lo aprieta con demasiada fuerza, lo que le provoca otra tos. Pero no puede evitarlo.

«Está vivo. Casi muere en mis brazos. Pero está vivo. Eso es lo único que importa. Eso es lo único que importa.»

FRITZ

Apenas empezaba a acostumbrarse a su libertad.

Llevaba fuera, ¿qué? ¿Casi veinte horas? Es mucho tiempo cuando has estado encerrado durante años.

Pero lo atraparon de nuevo.

Solo que esta vez, era un tipo distinto de encierro.

No hay barrotes, para empezar. Las puertas están cerradas, claro. Pero puede pedir salir, y probablemente le dejarían.

Cuando se le acercaron por primera vez, Fritz quiso huir. Pero algo le hizo cooperar. O, al menos, fingir que cooperaba. Siguió a los agentes. Les permitió llevarlo hasta aquí, a este lugar. La llamada zona segura.

Lo hizo por ellos. Los intrusos. Aunque ya no los considera realmente así. Algo muy extraño ocurrió durante esas horas en las que Fritz volvió a ser un hombre libre. Su perspectiva se invirtió por completo.

Salió del hospital cuando tuvo lugar el primer ataque. En realidad fue fácil. Las puertas estaban abiertas. Los guardias estaban o ciegos o ocupados luchando contra los ciegos. Fritz básicamente se limitó a trepar por la ventana y caminar hacia la libertad.

Como no tenía otro sitio adonde ir, fue a casa de su hermana. Ella no estaba. Por el estado del apartamento, Fritz estaba bastante seguro de que se había vuelto ciega. Probablemente andaba por la ciudad. O quizá había sido detenida.

No lo sabía, y en realidad tampoco le importaba.

Comió sin medida todo lo que encontró en la nevera. Su hermana tenía todo tipo de cosas deliciosas con las que solo podía soñar en el hospital.

Luego se metió en su cama y durmió como un bebé durante varias horas.

Cuando volvió a despertarse, estaba teniendo lugar el segundo ataque.

Observando tranquilamente el caos desde la ventana, fue cuando Fritz comprendió por fin la verdad de las cosas.

Los intrusos no estaban llegando; ya estaban aquí. En cierto modo, eran más originarios de este lugar que los humanos. Así es como los ve ahora: Los originales.

No eran alienígenas, como Fritz había imaginado. Tampoco eran exactamente usurpadores de cuerpos, aunque pudiera parecerlo. Era más bien como si despertaran dentro de sus anfitriones. Como capullos que se abren para revelar mariposas. Algo nuevo y vivo regresando de un estado latente. Encontrándose por fin a sí mismos. Reclamando su verdadera identidad. Su libertad.

Justo como Fritz.

Tiene algo de belleza, en realidad.

Fritz no se ve afectado por ello. Miró hacia el cielo roto sin sentir nada. No está destinado a servir como recipiente para ellos. Tiene un propósito mucho mayor que cumplir. Él fue el único que lo supo de antemano. Se lo dijeron. Lo prepararon. Y ahora, comprende por qué.

Debe ser su guardián. Esos originales son dioses, en toda regla, y él es su humilde servidor. Está destinado a facilitar la transición. A acortar el sufrimiento.

Y ahora que lo han traído hasta aquí, a la arena, tiene claro cómo lo hará.

Fritz se desliza entre la multitud, procurando no pisar a nadie. Siempre ha odiado las salas grandes, y esta es la más grande en la que ha estado. También odia a la gente, y aquí hay al menos veinte mil personas. Siguen llegando más.

Oficialmente, el *Royal Arena* tiene una capacidad de dieciséis mil personas. Fritz lo leyó en el cartel informativo de la entrada. Por supuesto, a las autoridades no les importa eso. Seguirán apiñando gente aquí hasta que apenas puedan respirar. Porque ahora, por fin, tienen el mandato de hacer lo que quieran.

Fritz sabe que cualquiera que trabaje para el gobierno sigue una agenda completamente distinta. Puede que no todos lo sepan; la mayoría probablemente solo obedece órdenes. Pero en el fondo, quieren evitar que los originales despierten. Quieren seguir en el poder.

Fritz ha estado oprimido toda su vida. Al menos desde su adolescencia, cuando apareció su supuesta condición. Qué curioso que la esquizofrenia paranoide pueda surgir de forma espontánea. Fritz nunca se creyó esa mentira, por supuesto. Lo que ocurrió en realidad fue que las autoridades detectaron lo especial que era Fritz. Les dio miedo. Así que lo encerraron.

Y ahora, una década de sufrimiento y confusión después, por fin lo entiende todo. Siempre hubo un motivo.

El suelo está lleno de personas dormidas. Algunas en sacos de dormir, otras sobre colchonetas finas o incluso chaquetas. Fritz camina con cuidado para no molestar a nadie. Es muy bueno pasando desapercibido. Mezclándose. Lo ha practicado mucho.

Algunas personas siguen despiertas. La mayoría simplemente está sentada o de pie. Mirando al vacío. O hablando en voz baja.

El miedo en sus rostros le duele. No es indiferente a su sufrimiento. Al contrario. Empatiza profundamente con ellos. Cuanto antes termine, mejor.

Fritz por fin llega a las escaleras que ascienden entre las muchas filas de asientos que forman las gradas. Todos los asientos están ocupados. La mayoría por personas desplomadas, dormidas.

Sube y al llegar al último rellano, se da la vuelta y contempla la arena. Es realmente inmensa. Incluso con la iluminación tenue, se queda impresionado por su tamaño.

Tantas personas.

Tantas que se transformarán al mismo tiempo.

Y los efectos secundarios serán aún mayores. Cuando veinte mil ciegos sean liberados en el corazón de Copenhague, la caída de la

capital será solo cuestión de horas.

Fritz alza la vista. El techo es una red intrincada de vigas, barras y cables. Y paralelas a la cumbrera hay tres hileras de cuadrados. Están cubiertos por paneles metálicos. Pero Fritz sabe lo que son.

Ventanas.

Fritz los oyó hablar. A los guardias. Tras tantos años en una institución, Fritz sabe perfectamente cómo captar cosas así. Cómo escuchar sin ser notado.

Y, efectivamente, su conversación pronto le dio lo que necesitaba.

—¿Estás seguro de que no se pueden… abrir?

—El sistema es a prueba de balas. Tiene que hacerse manualmente. Y la sala de control está cerrada. No hay de qué preocuparse.

Entonces Fritz volvió al cartel. Le indicó dónde estaban las salas de control. Tras un poco más de exploración, encontró la que mencionaban los guardias.

Casi demasiado fácil.

Casi.

Había una cerradura que debía forzar. Lo intentó antes, pero no tenía ni idea de lo que hacía. Fue entonces cuando decidió que tenía que robar una llave.

Así que eligió a un guardia joven. Fritz lo observó toda la tarde. Hasta que llegó el momento. Se desató una pelea entre dos hombres, y el guardia tuvo que separarlos. En medio del alboroto, Fritz consiguió soltar el llavero del cinturón del guardia y alejarse sin ser visto.

Ahora, deja el rellano por la puerta que lleva al pasillo exterior. Hay ventanas aquí, también cubiertas. Revelarlas no serviría de nada, ya que el pasillo está casi vacío.

Fritz pasa junto a las pocas personas que han preferido acomodarse aquí fuera en lugar de dentro de la arena. Probablemente tampoco les gusten las multitudes. Eso les librará del impacto inicial. Pero probablemente no saldrán con vida. Y si lo hacen, que así sea. Unas pocas huidas son aceptables.

Fritz gira a la izquierda en una abertura. Está cerrada con una simple cadena. Un cartel colgado dice «SOLO PERSONAL». Comprueba discretamente que nadie le esté mirando.

Alguien lo está.

Fritz se queda helado.

Una mujer joven, claramente embarazada, se acerca.

—¿Perdón? —pregunta.

—Nada —murmura Fritz—. No estoy haciendo nada.

La mujer parpadea.

—No, solo… ¿Sabes dónde están los aseos?

Fritz la mira con la boca abierta. Le cuesta un esfuerzo enorme cerrarla.

—Al fondo del pasillo, a la derecha.

La mujer vuelve a sonreír. Esta vez, la sonrisa no parece del todo auténtica.

—Gracias.

Pasa junto a él.

Fritz sigue de pie, mirándola alejarse.

¿Era una espía? ¿La habrán enviado las autoridades?

Si se da la vuelta…

Pero la mujer no se da la vuelta. Simplemente sigue caminando hasta desaparecer de su vista.

Fritz suspira aliviado. La mujer debía ser inofensiva. Si no, ya habrían saltado sobre él los guardias.

«Sigues a salvo. Pero ten más cuidado.»

Fritz comprueba una última vez, luego salta la cadena y sube otro tramo de escaleras. Al llegar al siguiente piso, solo queda una puerta. Y es la que necesita abrir con la llave.

Fritz saca el llavero y empieza a probar las llaves una a una. La tercera encaja. El corazón le late más rápido mientras abre la puerta.

La sala es más grande de lo que imaginaba. Una amplia ventana le ofrece una vista completa de la arena. Desde aquí parece aún más grande. Hay un panel con varios monitores y pantallas. Parece que se puede controlar todo desde aquí: luces, música…

Fritz está tan fascinado por el panel que no se da cuenta del hombre en la silla hasta que este resopla y se incorpora.

—¿Eh? ¿Ya es la hora? —El hombre es mayor. Entrecierra los ojos y se frota la frente. Luego mira su reloj—. Son solo las doce y media. Pensaba que no venías hasta las tres.

Fritz abre la boca para hablar. Pero no le salen las palabras.

De pronto, toda su seguridad se desvanece.

Entonces, de repente, su boca habla por sí sola:

—Han cambiado el horario. Me encargo yo a partir de ahora.

—Vaya —gruñe el hombre—. Podían haber avisado. Ahora seguro que no vuelvo a dormirme. —Se levanta de la silla con un quejido—.

Oye, no te había visto antes, chaval. ¿Eres nuevo? ¿Y no te han dado uniforme?

—Ya no les quedaba ninguno —dice Fritz.

—Seguro que sí. En fin, te dejo a lo tuyo. Ah, mierda. Casi lo olvido. —El hombre está a punto de marcharse, pero se vuelve—. ¿Te han explicado cómo funciona esto?

—No me han dicho nada.

—Claro, claro. Déjame hacerte un recorrido rápido. —El hombre señala algunos botones y pantallas del panel, mencionando cosas como luces, ventilación y alarmas. Termina señalando una zona concreta del panel, cubierta de cinta amarilla—. ¿Y esto de aquí? Por si no queda claro: no lo toques bajo ningún concepto. Es para los paneles metálicos. Deben permanecer cerradas en todo momento. —El hombre le lanza una mirada fulminante.

Fritz siente que se le encienden las mejillas al asentir.

—Por supuesto. No queremos ningún accidente. —Fritz se asombra de lo fácil que le salen las palabras. Es como si no estuviera hablando él. Como si alguien le guiara.

—Exacto —dice el hombre, y bosteza—. Bueno, te dejo en paz.

—Gracias.

El hombre sale de la sala de control. Justo antes de cerrar la puerta, se gira y dice:

—No olvides echar la llave. Ya sabes, por si acaso. No queremos que entre alguien que no debería estar aquí.

—Claro que no.

Fritz se acerca y echa el cerrojo.

Escucha los pasos del hombre mientras baja lentamente por las escaleras.

Fritz vuelve al panel. Se sienta en la silla. Mira hacia la arena. El pulso le retumba en los oídos.

Después de varios minutos sentado, Fritz empieza a quitar lentamente la cinta. Tiene cuidado de no activar nada. No quiere precipitarse.

Hace una bola con la cinta y la deja caer al suelo. Luego sube los pies y se sienta con las piernas cruzadas.

Sentirá cuándo ocurra. Igual que las dos primeras veces.

Fritz cierra los ojos.

Respira hondo.

Y espera.

CAMILLA

El baño está relativamente limpio. Lo cual es un alivio, porque no tiene tiempo de cubrir el asiento con papel higiénico.

Se sienta con un suspiro y empieza a orinar de inmediato. Es como si su vejiga se hubiera encogido a la mitad desde que se quedó embarazada. Curioso que ninguna de sus amigas se lo dijera. Solo hablaban de lo bueno. De lo mágico que era llevar una vida dentro de ti. De todo el amor que sentías.

No le hablaron de las noches sin dormir. De los problemas para respirar al estar tumbada boca arriba. De los estados alternos de hambre feroz y náuseas asfixiantes. Del dolor intenso de espalda. De los pezones sensibles. De los pies hinchados. Ni de las constantes ganas de orinar.

Tampoco le hablaron de cómo reaccionaría su prometido.

Claro que nadie podría haberla advertido sobre eso.

El pensamiento de Mark le provoca una punzada de dolor en el pecho.

Entiende de dónde viene su reacción. Tal vez incluso debería haberla previsto.

Lo conoce desde hace muchos años. Poco a poco, él se ha ido abriendo y le ha contado cosas de su infancia. Le ha compartido recuerdos dolorosos de rechazo y castigo.

El padre de Mark había sido el clásico borracho cruel. Su madre era emocionalmente inaccesible. Probablemente la pobre mujer se cerró en sí misma para poder sobrellevar a su marido violento.

Nadie protegía a Mark cuando su padre perdía el control. Lo había dejado ensangrentado en más de una ocasión. Los servicios sociales no hicieron nada. Su padre sabía mantener la compostura en público. Y su madre no se atrevía a hablar.

Hasta que, finalmente, cuando Mark tenía nueve años, su padre murió en un accidente en la fábrica donde trabajaba.

Mark nunca habló de ello.

Y sin embargo, en las noches silenciosas, Camilla lo había oído susurrar en sueños. Rogando a su padre que se detuviera. Llorando por su madre. Era desgarrador. Le despertaba unas ganas enormes de rescatarlo. Como si fuera un cachorro callejero perdido bajo la lluvia. Fue lo que le atrajo de él. Lo que la hizo perdonarle todas sus estupideces.

La volvió ciega a sus propias necesidades.

Y sabía perfectamente de dónde venía eso también. Al mirar su propia infancia, se daba cuenta de que estaba igual de herida que Mark. Solo que ella no dejaba que lo suyo afectara tanto a los demás. Se lo guardaba todo dentro.

Aun así, su necesidad constante de ayudar a todo el mundo, de intentar reparar lo que estaba más allá de toda reparación, era una clara muestra de que su madre había sido un agujero negro emocional, y de que su padre había volcado en él todo su corazón y su alma, hasta que, finalmente, su madre murió repentinamente de un derrame cerebral, dejando a su esposo y a su hija en el vacío.

Camilla estaba destinada a vivir sintiendo que nunca podía dar lo suficiente. Igual que Mark estaba destinado a exteriorizar el dolor y el odio que heredó de su padre.

Entendía por qué no quería tener hijos. Por qué la sola idea le aterrorizaba. Tenía miedo de convertirse en su padre.

Camilla había intentado convencerle de que podía romper el círculo del karma. Que podía acabar con el ciclo de abusos. Pero solo si se atrevía a dar el paso.

Después, tras tres años esperándolo, decidió seguir adelante. Esperaba que él reaccionara. Pero su embarazo solo lo había alejado más. Lo había hecho tambalearse. Lo había empujado hacia Erika.

Camilla suspira, se aparta el pelo y se limpia una lágrima que le baja por la barbilla. Ya ha terminado de orinar. Las piernas empiezan a hormiguearle por la falta de circulación. Se limpia, se levanta y tira de la cadena.

Al mirarse en el espejo, apenas se reconoce. Tiene los labios más carnosos, la piel más tersa, la mandíbula más redondeada. Irónicamente, el embarazo le sienta bien físicamente.

El bebé patea hacia abajo, haciéndole sentir que ya necesita orinar otra vez.

—Ni se te ocurra —murmura, lavándose las manos.

Pero sabe que sí. Siempre está más activo por la noche, y ya se prepara para su fiesta habitual ahí dentro.

Saca el móvil. No hay mensajes.

—Supongo que ya solo quedamos tú y yo —susurra. Tiene ganas de llorar. Desde que su padre la dejó aquí, se ha sentido más sola que nunca. Curioso, ya que nunca ha estado rodeada de tanta gente.

Aquí hay muchas personas mayores. Algunas con discapacidades, enfermedades mentales, incluso personas que parecen necesitar asistencia médica. También hay un montón de mujeres embarazadas, algunas más avanzadas que otras.

La fecha prevista para Camilla es mañana. Lo que significa que el bebé puede llegar en cualquier momento. Sabe lo que tiene que vigilar. Sabe que las contracciones deben llegar a intervalos regulares. En cuanto lo hagan, avisará a uno de los guardias y conseguirá una cama en la sección de maternidad.

No puede creer que vaya a dar a luz en un sitio como este. Ya no tiene ninguna ilusión de que logrará volver a casa a tiempo. Sea cual sea exactamente esta situación, pasarán días hasta que las autoridades logren controlarla. Si es que lo consiguen.

Durante todo el embarazo, se ha preguntado si Mark estaría allí cuando diera a luz. Si nueve meses serían suficientes para que él reaccionara.

Ahora, esa pregunta ya no tiene sentido. Aunque quisiera, no se le permitiría estar a su lado, y ella dará a luz a su hijo rodeada de desconocidos.

No puede evitar pensar en el chico joven que acaba de encontrarse en el pasillo. Algo en sus ojos le pareció extraño. Al principio pensó que era simplemente torpe, pero cuando habló, tuvo la sensación de que tramaba algo.

Aunque no era asunto suyo. Por lo que sabía, podía ser una de las personas con algún trastorno mental. El pobre chico seguramente estaba tan asustado como ella por estar allí.

Está a punto de salir del baño cuando una serie de contracciones le sacuden el suelo pélvico. El dolor se instala en la parte baja de la espalda y palpita durante varios minutos. Camilla respira hondo para sobrellevarlo.

Ha sido la más fuerte hasta ahora.

Espera a ver si llega otra. Pero todo se calma de nuevo. Al menos por ahora.

Camilla sale del baño. Regresa por el pasillo. Pasa junto a algunas personas sentadas sobre colchonetas, dormidas contra la pared. Una pareja de ancianos juega a las cartas a la luz de un teléfono móvil.

Justo cuando llega a la puerta de la arena principal, se detiene de golpe.

Qué es exactamente lo que la hace detenerse no queda del todo claro. Una sensación sutil de… algo. Mira hacia atrás, al pasillo. Las personas que acaba de pasar siguen ahí, sentadas.

Se encoge de hombros y abre la puerta. Está a punto de entrar cuando oye un zumbido metálico. Al principio, no logra ubicar de dónde proviene; parece venir de todas partes. Luego alza la vista. Y el corazón se le detiene.

Al menos dos docenas de grandes rectángulos se están desplazando lentamente, revelando fragmentos del cielo nocturno.

—No… —murmura, bajando instintivamente la mirada. Ve a la multitud de abajo. Está empezando a moverse. Probablemente atraída por el sonido, porque todos los demás sonidos han cesado. Nadie emite ni un susurro. Todos están simplemente incorporándose o poniéndose de pie. Uno tras otro, levantan el cuello, giran el rostro hacia arriba.

Entonces, alguien grita:

—¡No miréis arriba! ¡No miréis arriba!

Pero ya es demasiado tarde. Al menos la mitad ya está mirando hacia las ventanas abiertas.

Entonces, todo en la arena estalla en caos.

MARK

Algo vibra junto a su cara.

Mark gruñe y se da la vuelta, quedando de espaldas. Tiene que ser la alarma. Pero debe de haberse activado antes de tiempo, porque percibe que aún está oscuro fuera. Y está agotado. Solo pensar en ir a la oficina le provoca un quejido.

El teléfono sigue vibrando.

Mark gruñe y tantea hasta encontrarlo. Lo agarra y entrecierra los ojos para mirar la pantalla. No es la alarma. Es Camilla, que lo está llamando. Todo vuelve a él de golpe.

Se incorpora de un salto y contesta la llamada.

—¿Hola?

—¿Mark? —Ella susurra, sin aliento—. Gracias a Dios, ¿estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué pasa?

Ya lo sabe. Incluso antes de que Camilla pueda responder, sus ojos buscan la ventana del dormitorio. El reloj marca las 3:22 de la madrugada.

«Joder, no sentí nada. Debí de dormir como una piedra…»

—Está pasando otra vez.

—Vale —dice, apartando la manta de un tirón—. Tranquila, cariño. ¿Sigues dentro?

«Tengo que comprobar cómo están Erika y Robert. Por favor, que sigan dormidos», piensa Mark.

Su suegro había vuelto temprano esa noche. Tras medio día de viaje de regreso a casa, decidió pasar la noche allí y continuar al día siguiente. Está durmiendo en el sofá del salón. Erika está en la habitación de invitados.

Mark saca la pistola de debajo de la almohada.

—Sí, estoy dentro —le dice Camilla—. Pero, Mark…

—Eso está bien. Bien, cariño. Quédate dentro, ¿vale?

Se dirige hacia la puerta y la abre de golpe. Sale al pasillo y se queda helado. Al otro extremo está Robert. De espaldas. Sigue llevando la camiseta que Mark le prestó.

—Ha pasado algo horrible…

—Espera, cariño. ¡Robert! No te acerques a las ventanas. No es…

Mark deja de hablar al ver que el padre de Camilla se da la vuelta.

Su rostro es una máscara gris. Sus ojos, blancos. Los dientes quedan al descubierto, haciendo una mueca de odio.

—¡Oh, joder!

—¿Qué pasa, Mark? ¿Mi padre está bien?

—Espera —dice Mark, girando sobre sus talones justo cuando Robert grita y corre por el pasillo hacia él.

Mark irrumpe en la habitación de invitados. Cierra la puerta de un portazo y gira la llave. Luego se vuelve hacia la cama. Su intención

es correr y despertar a Erika. Pero ella ya está despierta. De hecho, está justo delante de él. Mark choca con ella, haciéndola tambalearse hacia atrás.

—¡Mierda, lo siento! Escucha, Erika, tenemos que—

Erika niega con fuerza, apartándose el flequillo de un manotazo y dejando su rostro al descubierto.

Y cuando Mark la mira a los ojos, todo dentro de él se detiene. La habitación parece colapsar a su alrededor. Incluso el tiempo se ralentiza.

Erika está ciega. Detrás de ella, las cortinas están descorridas.

«Dios, no. No ella. No Erika.»

Mark deja caer el teléfono y la pistola. Desde algún lugar lejano, puede oír la voz de Camilla.

Entonces todo vuelve a acelerarse cuando Erika se abalanza sobre él, dejando escapar un gruñido gutural.

Mark debería apartarse. Debería esquivarla. Pero no lo hace.

En su lugar, alza las manos y le sujeta las muñecas. Sus manos se dirigen hacia la cara de Mark, sus uñas están arañando el aire mientras lo empuja hacia atrás. Es demasiado fuerte. Sus movimientos le resultan extraños. Como los de un perro rabioso.

La mente de Mark está extrañamente en blanco, incluso mientras Erika lo empuja contra la puerta y lo inmoviliza. Debería intentar empujarla. Arrojarla a un lado. Pero solo permanece allí. Sujetándole las muñecas, impidiéndole llegar a su cara o a su cuello.

—Lo siento —le dice, con la voz quebrada.

Erika lanza la cabeza hacia delante intentando darle un cabezazo. Su frente solo alcanza su barbilla. Suficientemente doloroso.

Aun así, él no se defiende.

—Lo siento, Erika —dice, casi llorando—. De verdad lo siento.

Erika no lo siente. Erika ya no siente nada.

Le da una fuerte patada en la espinilla, haciéndole gritar. Se libera de una mano y empieza a golpearle la cabeza. Mark apenas logra esquivar los puñetazos, que impactan contra la puerta.

Registra vagamente que alguien más está golpeando desde el otro lado. Robert. Está atrapado entre dos ciegos que intentan matarlo.

Y sigue sin luchar por su vida. No quiere hacerlo. Es como si sus instintos de supervivencia hubieran desaparecido.

Los de Erika, en cambio, funcionan perfectamente. Cada vez está más fuera de sí, llena de rabia, arañando, golpeando, mordiendo, pateando. Luego cambia repentinamente de táctica, se agacha y le rodea la cintura con los brazos. Antes de que Mark pueda reaccionar, lo levanta y lo tira al suelo.

Mark cae de lado con un golpe seco y doloroso. Erika se sube encima de él y le muerde la clavícula. El dolor es insoportable. Mark grita y la sujeta con fuerza, intentando impedir que le muerda otra vez.

Erika gruñe y gime furiosamente mientras intenta liberarse, trata de crear espacio para volver a hacerle daño. Pero Mark entrelaza los brazos, sujetando su cuerpo delgado contra el suyo con todas sus fuerzas. La forma en la que están tumbados le recuerda a cuando hacían el amor.

¿Cuándo fue la última vez? ¿Hace una semana? Tal vez menos.

Los ojos de Mark se llenan de lágrimas. Erika se revuelca y ruge intentando soltarse. Le golpea la entrepierna con la rodilla, le busca

la cara con las manos. Pero él le mantiene la cabeza firmemente contra su pecho. Gira el rostro hacia un lado.

—Lo siento tanto —murmura, con la boca pegajosa de saliva—. No quería que nada de esto pasara.

Cierra los ojos por un momento. Se prepara. Espera que sea rápido. Espera que ella lo haga lo menos doloroso posible.

Empieza a aflojar el agarre.

Erika se zafa y recupera algo de espacio.

Entonces, Mark abre los ojos y ve el teléfono justo al lado de su cara. El nombre y la foto de Camilla siguen en la pantalla. Y se da cuenta de que ha estado hablándole todo el rato.

—¡Por favor, Mark! ¡Te necesito! ¡Te necesitamos! ¡Por favor, ven a ayudarnos!

Erika comienza a arañarle el costado, sus uñas desgarran la camiseta y se clavan en la piel.

Mark apenas siente el dolor. Sus pensamientos están, de repente, con Camilla.

La mujer a la que más ama.

La mujer que lleva a su hijo.

Y entonces ve algo más, justo al lado del teléfono.

La pistola.

—Lo siento mucho —dice de nuevo. Esta vez, su voz es firme. Decidida—. Por favor, perdóname.

Suelta a Erika por completo.

Ella se incorpora, dejando escapar un grito. Desde arriba, es una visión horrible. Su boca está manchada de sangre fresca. Su sangre. Su pelo es un desastre. Su rostro apenas reconocible.

Cuando levanta ambos puños para golpearle la cara, Mark agarra la pistola y le coloca suavemente la punta contra la garganta.

—Adiós, Erika.

El disparo borra cualquier otro sonido.

Erika sale despedida hacia atrás. Una cascada de sangre brota de la parte posterior del cuello. Cae de espaldas. Se estremece una vez. Luego queda inmóvil.

Mark se pone en pie. Le cuesta. Ya no oye nada. Tampoco siente dolor. Su mente está vacía. Sin pensamientos. Sin emociones. Solo acción.

Se vuelve hacia la puerta. Robert ya la ha destrozado a la mitad. Su brazo asoma por el hueco, buscando a tientas el cerrojo. Lo encuentra, lo gira y abre la puerta.

Justo cuando entra, Mark le dispara en la cabeza.

Esta vez, ni siquiera oye el disparo. Solo ve el fogonazo. Siente el retroceso. Ve a su suegro desplomarse en el umbral.

Mark se queda allí un momento. Respirando. Notando el latido de su corazón. Puede oler la sangre. Incluso saborearla.

Luego, se agacha y recoge el teléfono.

—¿Cariño? ¿Sigues ahí?

—¿Mark? ¿Estás bien?

—Lo estoy. —Oye gritos, alaridos y alboroto en el otro extremo.

—¡Gracias a Dios! He oído un disparo. ¿Estáis todos bien? ¿Mi padre…?

—¿Estás a salvo?

Camilla solloza.

—Estoy… estoy en el baño. Me encerré en uno de los cubículos. No hay nadie más aquí. Pero no sé cuándo vendrán a por mí. Mark, todo el lugar está… las ventanas… han abierto las ventanas, y… todos… todos están…

—Tranquila —se oye decir a Mark, mientras pasa por encima del cuerpo del padre de Camilla—. Todo va a salir bien ahora. Te lo prometo. Voy a por ti. Voy a por los dos.

***

¿Quieres descubrir cómo comenzó todo?

Consigue ahora la precuela gratuita.

Solo disponible en **nick-clausen.com/dioses**